
CREER
TAMBIÉN ES
VOLAR
Fátima Embark
FINALISTA LITERATURA DIVERSA 2026


ER
TAME
YO

© Título: *Creer también es volar*
© Fátima Embark

ISBN: 979-13-88238-00-0

Primera edición: abril de 2026

Edición: Editorial siete islas www.editorialsieteislas.com
Corrección: Marta Mozo
Ilustración: Juan Castaño
Maquetación: D. Márquez

Editorial siete islas, premio a la iniciativa empresarial en favor de la inclusión y la visibilidad del colectivo LGTBIQ+ en la tercera edición de los premios Fundación Manolita Chen.

Visite nuestro blog: https://www.editorialsieteislas.com/blog y nuestro canal de YouTube.

Si quiere recibir información sobre nuestras novedades, envíe un correo electrónico a la dirección
editorialsieteislas@gmail.com

Y recuerde que puede encontrarnos en las redes sociales, donde estaremos encantados de leer sus comentarios.

#creertambienesvolar #editorialsieteislas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa por escrito del editor. Todos los derechos están reservados.

A todos los niños que quieren volar
pero les han arrancado las ganas.

PRÓLOGO
JORGE M. PÉREZ GARCÍA

Presidente de la Asociación Pasaje Begoña

La literatura tiene la extraordinaria capacidad de abrir ventanas donde durante demasiado tiempo solo hubo muros. En sus páginas caben las voces que buscan su lugar en el mundo, los afectos que desafían los silencios impuestos y las historias que, al ser contadas, dejan de ser invisibles. La literatura diversa nace precisamente de esta necesidad de narrar la pluralidad de la experiencia humana y recordarnos que cada identidad, cada deseo y cada forma de amar también componen el relato colectivo.

En una sociedad que avanza hacia una comprensión más amplia de sí misma, la palabra escrita sigue siendo uno de los espacios más poderosos para la libertad. A través de la ficción, la memoria o la poesía, la literatura nos permite reconocernos en los otros y comprender que la diversidad no es una excepción, sino una de las mayores riquezas de nuestra cultura.

Precisamente, la cuarta edición del Premio de Literatura Diversa, impulsada por Editorial Siete Islas, Asociación Pasaje Begoña, Maspalomas Pride by Freedom, Orgullo de Madrid (MADO), Muestra-T (Festival cultural de Madrid y Orgullo), la revista *Shangay* y el grupo Ritual Hoteles, nos trae un año más historias que amplían horizontes, iluminan realidades diversas y ayudan a construir una mirada más abierta, empática y humana. Tengo la convicción de que la cultura, cuando se comparte, se convierte en un poderoso instrumento de visibilidad, dignidad y encuentro.

Por todo ello, es para mí un honor y un motivo de especial orgullo escribir estas líneas que preceden a la novela finalista de esta edición, *Creer también es volar* , de Fátima Embark.

Desde sus primeras páginas, la novela nos introduce en una historia profundamente humana en la que la amistad, el descubrimiento de la identidad, la búsqueda de libertad y la fuerza de la familia elegida se entrelazan con una sensibilidad extraordinaria. Fátima Embark construye, con una gran delicadeza narrativa, un universo emocional donde los personajes crecen, se enfrentan a sus miedos y descubren que, incluso en los momentos más difíciles, siempre puede existir un espacio para la esperanza.

Uno de los mayores logros de esta obra es la mirada desde la que está escrita. Su autora demuestra una notable maestría literaria para retratar la fragilidad de la infancia, la complejidad de la adolescencia y el largo camino que muchas personas recorren hasta poder reconocerse y aceptarse plenamente. Su escritura, cargada de sensibilidad, ternura y verdad, consigue que el lector se acerque a los personajes con empatía y emoción. La autora construye una historia que habla de vínculos que sostienen y de la importancia de aquellas personas que, a lo largo de la vida, se convierten en refugio. Con una prosa cercana y profundamente emotiva, Fátima Embark consigue transformar una historia íntima en un relato universal sobre la resiliencia, el amor y la libertad de ser.

Pero *Creer también es volar* forma parte de algo más amplio. Cada obra de literatura diversa contribuye a ampliar nuestro imaginario colectivo y a preservar una memoria que permaneció oculta durante demasiado tiempo. Las historias LGTBIQ+ han existido toda la vida, aunque no siempre se les haya dedicado el espacio que merecen en la literatura y en la cultura. Por eso resultan tan necesarias novelas como la que nos ocupa, que ayudan a generar referentes, a abrir caminos para las nuevas generaciones y a recordarnos que la diversidad constituye una parte esencial de nuestra sociedad y de nuestra historia. Leer literatura diversa es, en definitiva, un acto de conocimiento, de memoria y también de esperanza. Nos permite comprender otras realidades, reconocernos en experiencias distintas y construir una cultura más abierta y más humana.

Un año más doy las gracias de corazón a Ismael Lozano, *director* de Editorial Siete Islas, por brindarme la oportunidad de contribuir a los tres grandes objetivos de la entidad a la que represento: investigar la memoria histórica, visibilizar las luchas y retos del colectivo LGTBIQ+ y trasladar toda esta labor al mundo de la cultura con el fin de preservar y defender la memoria de quienes nos precedieron para que hoy podamos vivir en una sociedad más justa e igualitaria, pese a las amenazas y ataques que genera el creciente discurso de odio.

Aprovecho también para transmitir mi agradecimiento al jurado, a los coorganizadores y patrocinadores que han hecho posible la celebración de este Premio de Literatura Diversa 2026, a todas las personas que han participado con sus novelas, así como a todas las entidades amigas del movimiento asociativo LGTBIQ+ que han contribuido a la divulgación de este certamen.

Quiero finalizar estas palabras felicitando muy sinceramente a Fátima Embark por la extraordinaria sensibilidad, la delicadeza y la maestría que ha mostrado en esta preciosa novela. Le deseo el mayor de los éxitos y que esta historia encuentre muchos lectores y lectoras dispuestos a dejarse emocionar por sus páginas.

Os invito a conocer la obra con el corazón abierto, porque esta novela no es solo una historia de amor; es también una historia de supervivencia, identidad, memoria y familia elegida. Y, sobre todo, es una historia sobre la posibilidad de volver a creer que, incluso quienes han crecido entre sombras, pueden encontrar su lugar en el mundo; creer que el amor verdadero puede sobrevivir al paso del tiempo; creer que, después de todo, siempre existe la posibilidad de volver a volar.

Juan Carlos Parrilla Molina
Vicepresidente de la Asociación Pasaje Begoña

Prólogo

Hay personas que son como una ráfaga de aire fresco en un día de calima. Su ruido es suave pero apacible, como el viento que se cuela entre las ramas y las agita. Así llegó Rayco a la vida de Abián. Así llegó Itahisa. Así llegaron los Arocha. Así se quedaron.

Abián no creía en los «para siempre» ni en Nunca Jamás ni en el polvo de hadas por mucho que su hermana se empeñara en hacerle creer que la magia existía si creías en ella. No era verdad, pero durante unos años (pocos, muy pocos, pues el tiempo es un ladrón y te lo arrebata todo sin que te des cuenta) lo creyó.

Creyó en los «para siempre».

Creyó en la familia que no es familia.

Creyó en los lazos.

Creyó en el amor y hasta en la magia.

Creyó aunque su corazón estaba arrugado y su pecho lleno del eco que había dejado la soledad de la infancia, esa que te arrebata hasta lo que no tienes y te cambia de manera irremediable.

Creyó con la esperanza de un náufrago que se ahoga al mirar al cielo y ver un ave atravesar las nubes.

Creyó.

Lo que sucede con los «para siempre» es que no existen. Abián lo supo desde muy chico. Y aun así… aceptarlo dolió.

Y lo rompió.

El pecho se le abrió en dos y se le llenó del humo apestoso que invadía la casa en la que vivían, y de gritos y de rabia y de ausencias.

Abián dejó de creer entonces y se perdió.

Y se perdió.

Y se perdió.

PARTE I

«—Soy la juventud, soy la alegría —respondió Peter al azar—. Soy un pajarillo que se ha caído del nido».

«Cuando el primer niño se rio por primera vez, su risa estalló en mil pedazos, y todos esos pedazos se marcharon dando saltitos. Ese fue el principio de las hadas».

«En lo que llamaban el fondo de sus corazones sabían que se puede vivir perfectamente sin una madre, y que solo las madres piensan que no se puede».

Peter Pan y Wendy, James M. Barrie

Capítulo 1

Abián

12 años, septiembre

A veces los monstruos son los padres.

Tenía siete años cuando empecé a notarlo, pero no es hasta que Rayco llega a mi vida que lo acepto. Acabábamos de mudarnos a una casa del gobierno en Cruz de Piedra, un barrio pobre de Las Palmas con bloques muy altos y vecinos muy ruidosos y ascensores pintarrajeados que siempre huelen a cigarro. Hacía dos años que papá se había *escachao* el pie trabajando en la construcción y mamá limpiaba casas y no teníamos mucho dinero. Por eso nos mudamos a una vivienda de protección oficial. Yo no sabía lo que era, pero Pili (mi madrina), me lo explicó mientras hacíamos las maletas y bajábamos las cajas de la mudanza por las escaleras del edificio donde vivíamos y las metíamos en el taxi.

Mi hermana lloró fleje cuando mamá la arrancó de los brazos de nuestra madrina; pero yo era grande, así que solo la abracé y le prometí que iría a verla a ese sitio donde viven los viejos al que se iba a mudar, aunque no fuera verdad. Mentir no estaba bien y lo sabía. No puedes hacer esas promesas cuando eres chico, pero sí hay mentiras que puedes decir porque funcionan como tiritas para grandes heridas. Fue Pili quien me lo enseñó.

El barrio no es bonito, pero hay muchas palmeras y dos pistas deportivas y tiene un parque cerca del bloque donde voy con Henar a pasar el rato cuando no estamos en clase y no podemos estar en casa. A Henar le gusta el cole nuevo, porque hizo amigas y ya se olvidó de esas otras que tenía cuando íbamos al de La Isleta. Pero yo no. Echo de menos a mis amigos y a los profesores y mi pupitre, que era más grande y cómodo que el del Alonso Quesada y tenía mariquitas con mi nombre en la esquina. Todo era más cómodo cuando me conocían y nadie me miraba como si fuera uno de los *aliens* de *Mi amigo Mac* , esos que son tan raros que beben Coca-Cola para ponerse buenos.

Desde que papá se escachó el pie discute mucho y sale mucho y bebe mucho más. Todo es mucho con papá. Eso dice mamá, que siempre grita y tira cosas y nos pega con las cholas cuando mi hermana y yo nos portamos mal. No siempre lo hacemos. Portarnos mal, quiero decir. A veces solo estamos ahí y mamá se

enfada por eso. No entiendo a mamá y creo que papá tampoco, y por eso está siempre tan enfadado. El enfado de papá sube y sube hasta que se queda quieto, como un ascensor. Entonces todo da mucho miedo. Cuando eso pasa, cojo a mi hermana y me la llevo a las escaleras entre el cuarto y el tercero.

El día que conozco a Rayco llevamos tres horas allí. Ya es de noche y tengo sed y hambre y la nena duerme con el cuerpo echado sobre mí. El pasillo está en penumbra, pero él lleva una linterna chica en la mano (para no pisar el pis del perro del vecino) y puedo verlo bien. Tiene una bolsa colgada en un brazo y un ramo de flores en el otro. Es más grande que yo, y más alto, y tiene el pelo rubio y más largo que el mío, y unos ojos del color de la miel de palma, grandes y bonitos. Todo él es grande y bonito, eso pienso y me pongo colorado por pensarlo y no sé por qué.

Me hago a un lado para que pase, pero él se queda muy quieto delante de mí, la linterna apuntando a un lado del pasillo. Hay una chopa muerta en la esquina, colillas aquí y allá y una lata quizá llena o quizá vacía de 7 Up.

—Ustedes son los nuevos —me dice, inclinándose hacia nosotros.

Miro a mi hermana, que sigue dormida, y le acaricio el pelo. Lo tiene castaño, como el mío, largo y tan suave que las trenzas se le deshacen nada más hacérselas.

—No somos nuevos; llevamos más de un mes viviendo aquí.

—Es que estaba de vacaciones en la casa de unos amigos de mi madre, por eso no los había visto. Son de Teror.

—Ah —digo, porque no sé qué más decir.

Se oye un grito y un portazo y pienso que podría ser mamá, que viene a buscarnos, pero entonces un perro empieza a ladrar y comprendo que es el vecino, que baja a sacarlo a la calle. Suspiro y aprieto más contra mí a la nena, que ha empezado a temblar un poquito.

—Soy Rayco —me dice.

—Yo soy Abián, y la nena es Henar.

—¿Es tu hermana? Qué pequeña es.

Asiento.

—Tiene siete años. Yo tengo doce —explico, y me pregunto qué edad tendrá él.

—¿No tienes frío? —me pregunta al ver que la nena tiene mi pulóver sobre los hombros.

Me encojo de hombros, nada más. Rayco mira a los lados como si buscara algo

entre las paredes sucias del pasillo.

—¿Por qué están aquí? —quiere saber.

—Papá y mamá estaban gritando y la nena se pone a llorar cuando gritan.

Él deja caer el peso del cuerpo en el otro pie y se echa el pelo hacia atrás, como si estuviera pensando algo con mucha intensidad. Observo cómo se le dibuja una mueca rara en la boca y se muerde los labios, que le brillan mucho por la saliva.

—¿Quieres venir a mi casa? Allí hay mucho silencio. Mi madre es enfermera y siempre tiene turnos de noche porque pagan más.

Bajo la vista hacia el rellano de las escaleras. Me lo pienso. Mucho mucho.

Él me da un empujón en la rodilla con la pierna.

—Venga, tengo la Play y algunos juegos de mesa y te puedo enseñar mis libros y mis tebeos. ¿Te gusta leer?

—Leo los cuentos de Henar —digo, y enseguida se me encienden las mejillas.

Su risa suena como uno de esos instrumentos que ponen en los documentales que veo en la tele cuando papá se queda dormido en el sofá y se la deja encendida hasta el amanecer.

—Eso no es leer, tolete. Vamos y te presto uno. Y también un chándal mío. Incluso te lo puedes quedar. Tengo ropa que me queda pequeña y tú eres más canijo.

Me lo quedo mirando. El corazón me va como cuando Pili ponía la secadora en la azotea y tengo hambre y sed y frío y ya es de noche y él me mira como si todo estuviera bien, pero nada está bien y las mentiras si son para uno mismo no funcionan como tiritas ni quitan el dolor, mucho menos el hambre.

Agacho la mirada y aprieto más fuerte a la nena contra mí cuando empieza a lloriquear en sueños. Le acaricio la frente y la zarandeo como hago siempre para que se calme y en nada vuelve a respirar con normalidad.

—Es mejor que no —digo bajito—. No quiero que mamá salga y no nos encuentre. Se pondría triste. —No le digo que, cuando mamá llora, la nena llora y yo también lloro porque no quiero que piense que soy un niño chico, aunque lo sea.

—Vale. —Rayco me pide que le agarre las flores y la bolsa, que tiene comida, y se saca el pulóver para dejármelo—. Pero ponte esto, ¿vale? ¿Tienes hambre?

Como si lo hubiese invocado, mi estómago ruge y él se ríe mucho y muy fuerte. Coge de nuevo sus cosas y me dice que espere (como si tuviera algún sitio al que ir), y sube a su casa, que es en el cuarto y está justo encima de la

mía. No tarda nada en volver con unos bocadillos de jamón y queso con mucha mantequilla, un bote de batido de chocolate y vasos de plástico. También trae membrillo cortado en cuadraditos y nos chupamos los dedos cada vez que cogemos un cacho. En algún momento, Henar se despierta y nos mira: a mí con muchas preguntas que le respondo con una sonrisa y un «es el vecino del cuarto; nos trajo la cena»; a Rayco, sentado dos escalones más arriba, con curiosidad. Él le dice su nombre como un presentador de la tele, le llena un vaso de batido y le pasa un sándwich sin corteza que preparó para ella.

Cenamos y la nena se vuelve a dormir mientras Rayco me cuenta que tiene quince (casi tres más que yo, ya que él cumple en marzo y yo en diciembre) y que tuvo que repetir segundo de primaria porque se puso malo durante meses de la garganta (hasta que lo operaron de amígdalas y se le quitó) y suspendió muchas asignaturas, que se le dan bien las mates y las redacciones de lengua y el inglés, y que el instituto es una puta mierda. Lo dice así y a mí se me pone la cara roja porque mi madrina me enseñó que no está bien decir palabrotas, aunque las escuche en casa.

Rayco me habla y me habla y yo me olvido del frío que se me mete en los huesos y que el ruido de mi casa se dejó de oír hace rato, pero nadie sale a buscarnos ni en ese momento ni más tarde, cuando él ya se va y nos quedamos ahí esperando, esperando, esperando.

Capítulo 2

Rayco

Grietas.

Eso fue lo que vio Rayco aquella primera noche en la que se cruzó con Abián escaleras arriba. No las grietas de las paredes, esas que subían y subían y se perdían entre los techos mal pintados y sucios del pasillo; él vio las grietas que empezaban a asomarse en Abián. Eran chiquitas, casi transparentes. Solo tenía doce años, pero estaban ahí. Lo que sucede con las grietas es que crecen con el tiempo; dejan de ser líneas difusas para convertirse en algo más grave. La mugre de fuera se pega a las grietas, el frío y la humedad se filtran por ellas y corres el peligro de que la estructura se derrumbe.

Rayco se detuvo delante de él, estiró el brazo y las tocó con la punta de los dedos. Una a una. Eran suaves y estaban frías, como su piel. Sintió el empuje del corazón de Abián en las yemas, esa mezcla de dureza y fragilidad. Sintió sus miedos, el dolor y esa bondad que pondría su mundo del revés. Sintió tanto… Rayco también era muy joven y, aunque la vida le había puesto la zancadilla más de una vez, no sabía qué hacer en una situación así. Pensó en algún superhéroe que pudiera arreglarlo todo y quiso convertirse en uno, salvar a ese chiquillo muerto de hambre y de frío que lo miraba con unos ojos oscuros que les recordaban a esos lugares presentes en las historias de fantasía que leía y en las que le gustaba perderse a veces.

Rayco no sabía si podría salvarlo, si estaba en su mano. A fin de cuentas, no tenía poderes, aunque le gustara imaginar que sí. Pero sí lo invitó a su casa, esa vez y la siguiente. Y la siguiente. Y la siguiente.

Con los años, las grietas de Abián crecieron.

Lo que sucede con las grietas, también, es que en ocasiones alcanzan profundidades insalvables y no puedes hacer nada más que hundirte en ellas y desear, como solo un niño es capaz de desear algo, encontrar la salida, no perderte.

Capítulo 3

Abián

Mi primer recuerdo es extraño. Es en la casa de mi madrina, en La Isleta, antes de que se fuera a vivir al sitio ese donde viven los viejos, y yo tenía tres o cuatro o cinco años, no lo sé. Mamá tampoco lo sabe, ni papá. A lo mejor mi madrina sí lo sabe, pero ella se hacía la loca cuando le preguntaba, como si nunca hubiera pasado.

Estábamos en la terraza y yo corría y corría detrás de Blanquito, mi conejo, y de pronto Blanquito no estaba y yo entraba en la cocina y mi madrina estaba quitándole la piel a algo que se parecía a uno de esos pollos que mamá compraba en la carnicería del mercado a veces. Pero no lo era, porque no tenía los muslos doblados y el cuello y la cabeza no eran tan chicos. Me puse de puntillas, le jalé del delantal y vi que lo tenía lleno de un rojo vibrante como el del señor de la carnicería, pero con menos barriga. Ella se giró, pero no le vi la cara porque en mi recuerdo era una mancha borrosa como cuando le quitaba las gafas de culo de botella al niño del vecino y me las ponía y no veía nada. No se la veía, pero me miró y yo la miré y entonces lo supe. Que no era un pollo. Que era Blanquito, mi conejo, y que ya no correría nunca más, ni se quedaría quieto con las orejas p'arriba, ni dejaría mierda aquí y allá ni papá se enfadaría por haberlas pisado.

Luego recuerdo mis gritos, el ardor en la garganta de tanto llorar, las lágrimas y el abrazo de mi padre; el «ya está, mi niño, ya está» que no dejaba de repetir como una matraquilla, seguido del tac, tac, tac del cuchillo en la cocina.

Tenía tres o cuatro o cinco años y vi la muerte de cerca. El olor metálico de la sangre se me metió en la nariz y tuve miedo de hacerme grande y vivir allá arriba, a la altura de los mayores, esos que hacían cosas que yo no entendía pero que me hacían llorar. El miedo a dejar de ser era un concepto que no podía entender del todo, porque era chico, pero significaba no volver a ver a Blanquito.

En la vida estás y luego ya no.

Ese no es solo mi primer recuerdo, también es el único bueno que tengo con mi padre, un recuerdo sin dolor. Después, me convertí en Peter Pan . Eché a correr y lloré y seguí corriendo fleje de rápido, hasta que un hada (mi hermana)

llegó a mi vida, me llenó de magia y nos fuimos directos hacia el lugar donde los niños no crecen nunca. Aprendí a creer. En la magia, en Nunca Jamás y en todo lo que no se ve. Pero la magia no existe y todos los niños crecen. Todos, sin excepción. Y si no, que se lo digan al Peter de *Hook* , que creció y se olvidó de volar, y de todo lo demás.

Capítulo 4

Abián

12 años, octubre

Es tarde; tarde tarde; esa hora en la que los niños deben estar en la cama bajo las mantas y Rayco no deja de asomarse a las escaleras, donde Henar y yo llevamos horas esperando a que mamá deje de gritar y papá se duerma. Cuando se duerme, siempre es más fácil. Podemos entrar de puntillas y meternos en el cuartito del fondo, donde está la litera y no está lleno de trastos que no sirven para nada. Yo me quedo arriba y Henar abajo, aunque la nena suele llorar tanto por el susto que a veces tengo que estirar el brazo y agarrarle la mano para que su miedo se esconda, y otras tengo que bajar y tumbarme con ella.

Pero ese día, papá no duerme y mamá sigue gritando y hay más gente en la casa y nosotros tenemos hambre y frío, y un poco de tristeza. La tristeza es como la lluvia: llega sin que te des cuenta y se acaba igual de rápido. La nuestra se va cada vez que Rayco asoma la cabeza por el hueco de las escaleras con su linterna y nos sonríe, con unos pantis negros y una camiseta violeta ochomil tallas más grande que a veces se anuda a la cadera.

—Hace pelete. ¿No tienen frío?

Nos trae una manta.

—¿Tienen hambre?

Nos trae comida.

—¿Están muy aburridos?

Nos trae cómics.

Esa vez se sienta a nuestro lado y nos enseña sus tebeos favoritos, todos de Superman. Miramos los dibujos con las bocas y los ojos abiertos y él nos lee sus partes favoritas. En ese momento, algo dentro de mí hace clac, o clic, o chiiir, o cualquier otro ruidito de apertura. Y es que Rayco abre algo dentro de mí que no sabía que podía abrirse y se mete dentro y comprendo que de ahí no va a salir, porque es especial y está aquí, de noche, en las escaleras, cuidando de nosotros cuando podría estar en su cama calentito. Y sé con absoluta certeza que lo voy a querer siempre; siempre, siempre. Lo pienso ahora y lo sigo pensando después, cuando Henar se queda media dormida y él le acaricia la frente y me

mira con esos ojos grandes que dicen tanto aunque no pronuncie palabra.

—¿Se vienen a casa? Pueden dormir en el cuarto libre. Es el más grande y está lleno de vestidos de mamá, trajes de carnavales y cosas que no usamos. La cama es vieja, pero le podemos poner sábanas limpias y un edredón.

—¿Y tu madre?

—Está trabajando. No viene hasta mañana a mediodía. Además, a ella no le importa; ya le hablé de ustedes.

Eso me sorprende.

—¿Y qué le dijiste?

Él me guiña un ojo y me sonríe, y yo siento una cosa rara en la barriga que no es hambre porque ya comí. Coge a Henar en brazos con cuidado de no despertarla y me jala del brazo para subir al cuarto.

No me enseña la casa. Es tarde y estamos cansados y solo veo el baño cuando me deja un cepillo de dientes y hago pis. Luego sigo hacia la luz del cuarto, donde mi hermana ya descansa sobre una cama limpia con un edredón enorme con dibujos de flores. Hay percheros llenos de vestidos y zapatos y disfraces y una mesa con una máquina de costura y cosas de maquillaje. También hay flores, un jarrón aquí y otro allá y todo huele a como cuando estás en el campo y respiras hondo. Rayco está sentado con las rodillas flexionadas y le acaricia el pelo mientras la nena busca su mano libre para agarrarse a ella.

—Se despertó llorando —me explica cuando se aparta para que me acueste a su lado.

—Siempre llora de noche. Yo también le doy la mano; no se duerme si no se la das. ¿Te quedas aquí con nosotros?

—¿Quieres que me quede?

Asiento y él sonríe y yo sonrío porque me gusta lo grande que es su sonrisa llena de dientes blanquísimos. Es… como si la risa se le fuera a escapar de la boca y todo su cuerpo sonriera con él. Así de increíble es Rayco.

—¿Dónde vivían ustedes antes? —me pregunta una vez que nos colocamos apretujados en la cama, con la nena pegada a la pared porque tiene miedo de cómo se ven las formas oscuras de los trajes en las perchas.

Le cuento que vivíamos en un apartamento en La Isleta que era más pequeño que la casa de ahora y no había tantos vecinos, porque solo había tres pisos, como los bloques pequeños del barrio que están frente al instituto Cruz de Piedra. También le hablo de mi madrina, que vivía arriba, en el apartamento que era doble. Le cuento que la nena y yo nos quedábamos con ella y que tenía

una azotea grande desde donde veíamos pasar a la virgen en las fiestas del Carmen; lo bonitas que eran las alfombras de sal y pinturas que llenaban las carreteras para homenajear a la virgen, hechas por los propios vecinos, y lo que nos reíamos cuando lanzábamos voladores y nos tapábamos los oídos dando gritos. Con Pili éramos felices, aunque mamá no se acordara de nosotros y papá se enfadara. Con Pili nunca teníamos frío ni hambre ni teníamos que escondernos en las escaleras cuando el apartamento se llenaba de ruido. Solo teníamos que subir a su casa y se nos iba el miedo.

—¿La echas de menos? —pregunta, y se arrima tanto que su pelo me hace cosquillas en la cara y me río.

Huele a algo dulce que me recuerda al polo Bakoka de fresa que nos compraba mamá en el quiosco frente al cole de La Isleta, y también a flores, y a otra cosa que no sé qué es.

—Sí —digo—, pero no se lo digas a mamá. Se enfada porque no se lleva bien con mi madrina.

No le hablo de las peleas ni de las amenazas de Pili de llamar a la Policía, ni de la denuncia que les fue a poner pero que decidió que no cuando llegó a la comisaría y se le pasó el enfado. No le digo nada porque esas cosas no se cuentan y todavía no conozco mucho a Rayco. No quiero que la Policía se lleve a papá y a mamá ni que nos separen ni que mi hermana se ponga triste.

—No diré nada. ¿Por qué se mudaron?

—Porque allí papá y mamá tenían que pagar el alquiler y el dueño siempre venía a gritar porque quería su dinero y porque papá empezó a traer gente rara y los vecinos se quejaban. —Lo suelto así, de carrerilla, y también le explico que mi madrina ahora está en ese sitio donde viven los viejos y donde los niños no pueden ir a dormir—. ¿Tú llevas mucho viviendo aquí?

—Desde los seis años. Antes vivíamos en Teror, que es mejor que vivir aquí en el polígono; pero mamá se cansaba de conducir del trabajo a la casa y entonces nos mudamos.

—¿No es guay vivir aquí?

—No sé. Dímelo tú. También vives aquí.

—No he visto mucho. Solo sé que el edificio es muy grande y que las escaleras siempre están sucias. Pero tú vives aquí, y eso sí es guay.

Rayco sonríe otra vez. Tiene la cara tan cerca que puedo verlo a pesar de que la habitación está en penumbra y solo entra la poca claridad que se cuela por la persiana. Entonces me pregunta por el instituto y yo le cuento que mamá

intentó apuntarme en el Simón Pérez, el mismo al que va él, pero no había plazas y que por eso tengo que estar un año en el Alonso Quesada, que está cerca del centro comercial La Ballena.

—Con razón no te he visto. Creí que te estabas escondiendo de mí.

—Yo no me escondo de ti —digo en un tono demasiado alto, y él se ríe y me dice que soy bobo; también me pellizca la barbilla y yo le doy un tortazo, aunque no me molesta que lo haga.

—¿Ya hiciste amigos? —pregunta.

Niego y me pongo colorado.

—Es que todos se conocen y me da vergüenza.

—No te agobies. Los amigos llegan cuando tienen que llegar. Como tú y yo.

El corazón me late deprisa y siento otra vez esa cosa rara en la barriga que no parece querer irse, y menos cuando Rayco acerca la mano y me toca la cara como si quisiera dibujar algo en ella. Arriba y abajo, a un lado y a otro. Es… como si se metiera de lleno en las cordilleras de mi cara, con sus montañas y sus elevaciones y sus valles profundos. Me pregunto si no le da miedo recorrer lugares que no conoce, si no siente el mismo vértigo que me pellizca la barriga, si le gusta, si le gusto. Quiero gustarle, quiero seguir siendo su amigo, aunque sea más chico que él.

—¿Eres mi amigo? —susurro.

—¿Quieres que lo sea? —La sonrisa de Rayco podría iluminar el barrio, pero solo me ilumina a mí y eso me pone contento; mucho mucho.

—Sí.

Capítulo 5

Rayco

Tiempo atrás, cuando empezó la primaria, Rayco se dio cuenta de lo solo que se podía sentir en un patio de colegio lleno de chiquillos escandalosos. No le gustaban los demás niños y a ellos tampoco parecía gustarles Rayco, así que buscó un lugar apartado en el patio o dentro del recinto, cualquier rincón donde no hubiera niños ni profesores, se sentó en el suelo y cerró los ojos. No tardó en trazar un círculo, uno imaginario, claro, uno que nadie pudiera atravesar, un lugar donde estar a salvo.

Lo que Rayco no entendió hasta mucho después es que no hay lugares en el mundo donde puedas estar a salvo. Los peligros te acechan como los villanos de los tebeos que tanto le gustaban. La vida era como ese callejón oscuro que cambió la vida de Bruce Wayne para siempre.

Pero hay algo más que Rayco no tardó en comprender: puede que no existieran espacios seguros, pero sí las personas que hacían que los lugares aterradores lo fueran menos, que mereciera la pena pasar un poco de miedo. Las personas eran refugios, hogares seguros. Por eso, en cuanto Abián entró en su vida, Rayco abrió los ojos, los círculos desaparecieron y todo se redujo a los centímetros que había entre ellos dos. Y el tiempo, también el tiempo. Tic, tac. Tic, tac. Tic, tac. Qué miedo daba. Y qué rápido pasaba cuando estabas en casa, seguro, feliz.

Capítulo 6

Abián

12 años, noviembre

En ocasiones, mamá se parece a Regan, la niña de *El exorcista* . Lo pienso cuando soy consciente de que cambia cuando bebe o cuando coge esa lata quemada y respira con ella con mucha (mucha) fuerza y suelta humo por la boca. Se parece al fuchi fuchi que usa Lorenzo (el niño de mi clase que se sienta en el pupitre de al lado) cuando le viene el asma. Pero él se pone bueno cuando respira por él y mamá deja de ser mamá. Su cuerpo se mueve mucho y la voz le cambia igual que la de Regan cuando la posee Satanás. Se enfada o se pone cariñosa. Cuando se pone cariñosa habla y habla, y a la nena y a mí nos encanta porque es mamá y preferimos que hable a que se quede callada, aunque sus palabras no tengan sentido. Pero entonces se enfada y ya no es divertido ni nos reímos. Si eso pasa, Henar y yo tenemos que salir de la casa y dejarla ahí, con su enfado y su boca que se mueve incluso cuando no habla, como cuando tienes mucha sed o los labios secos.

A veces, a mamá le duele tanto la barriga que vomita y yo le acaricio el pelo mientras lo hace. Ella me agarra la muñeca con las ramas huesudas que tiene por dedos y me promete que nunca más la veremos así. Pero no es verdad. Sé que volverá a repetirse, volverá a enfadarse y nosotros volveremos a irnos.

Aun así, la creo. Cuando eres chico, la esperanza es una llama que se te prende en el pecho y crece contigo. Crece incluso cuando estás a oscuras y muerto de frío. Crece hasta que deja de hacerlo. Y entonces se apaga.

Capítulo 7

Abián

12 años, noviembre

—¿Por qué no se oye el dolor? —le pregunto a Rayco una tarde. Estamos en el parque que hay cerca de la parroquia María Madre comiendo pipas mientras la nena corre a la pata coja intentando no pisar una línea imaginaria. Le gusta mucho hacer eso, imaginarse escenarios que solo existen en su cabeza y hacer como si estuviera en peligro y yo tuviera que salvarla de una muerte inminente. Lo dice así: «muerte inminente», y a mí me da toda la risa porque suena a vieja revieja como la profesora de Lengua—. Debería hacer mucho ruido.

—Sí se oye; cuando lloras se oye —me explica él como si fuera muy obvio.

—No me refiero a eso, sino cuando te duele aquí —me llevo una mano al pecho y lo miro; tiene el pelo recogido en una coleta y los labios rojos e hinchados por las pipas y toda la camiseta verde llena de fisquitos de cáscara y sal— y no puedes respirar del dolor.

La preocupación en la cara de Rayco me provoca un cosquilleo en la barriga y cojo una pipa, y otra, y otra más.

Me estremezco cuando siento sus dedos en la barbilla, presionando para limpiarme los restos de sal. Enseguida me la levanta para hacer que lo mire.

—¿Te duele ahora? ¿Pasó algo en tu casa?

Niego con un gesto de cabeza y le aparto la mano de la cara porque la vergüenza me entra por los ojos cuando me mira así, como si quisiera metérseme dentro y sacar todas mis verdades. Henar me grita desde el otro lado para avisarme de que viene hacia nosotros. Le sonrío. Rayco empieza a mover los dedos sobre mi muslo como si tocara las cuerdas de un timple para que hable. Odia los silencios, casi tanto como yo el ruido de las cosas que no son invisibles. El ruido de lo invisible es mucho más importante, aunque nadie le dé esa importancia.

—Es que, no sé, no dejo de pensar en que las cosas importantes no hacen ruido. El miedo tampoco, ni la tristeza.

—Ni el amor —añade Rayco y veo cómo se le estira la comisura de la boca—. Es que las cosas importantes nunca hacen ruido, bobo. Dejarían de ser

importantes si sonaran.

—No es justo.

La nena llega a mi lado y coge la botella de agua. Tiene la frente brillante del sudor y los mechones castaños sueltos se le pegan en la cara. Sonríe mucho y eso me gusta, porque hasta hace un rato lloraba.

—¿Por qué estás así? —continúa Rayco—. Puedes decírmelo. Escuché gritos antes en tu casa… —Esto último lo dice bajito; sabe que no me gusta hablar de ello.

—Mi padre es un monstruo.

Los ojos del color del caramelo quemado se le abren de par en par, la boca le brilla por la saliva. La nena me pide que le dé el puñado de pipas que pelé para ella y se las mete en la boca antes de echar a correr otra vez. Le grito que mastique antes, que no sea bruta, pero no me hace caso. El aire empieza a ser frío y las ramas de los árboles se mueven a un lado y a otro creando sombras y una melodía que me hace pensar en mares y barcos y piratas y una isla alejada de todo.

Rayco se rasca la barbilla. Ya no me mira, pero sus dedos siguen en mi muslo y hablan en un idioma que tampoco suena, pero me calma.

—Los monstruos se escuchan cuando gritan o cuando gruñen, o cuando arañan las paredes y dan golpes. Se escuchan siempre. Pero el miedo… eso no se escucha nunca.

Nos quedamos callados. Henar viene disparada y se echa a los brazos de Rayco, que se levanta y la sube a piola y da vueltas y vueltas con ella a la espalda hasta que terminan mareados y riéndose en el suelo. Henar no tarda en levantarse y echarse a correr otra vez, y él se sienta con las piernas cruzadas y me clava la mirada. El sol le escupe diminutos rayos de oro sobre el pelo rubio y las pestañas se le ven más largas y rizadas, los ojos más claros, la piel más dorada. A su alrededor hay tierra, y hojas caídas, y suciedad, y yo pienso que a él hasta lo feo le queda bien.

—¿Te pegó? Tu padre, digo.

—No nos pega —explico, y es la verdad; lo que no le digo es que duele igual.

Hay golpes que se dan sin manos, que sientes adentro, que te quiebran y te cambian y yo estoy cambiando. Tengo doce años y estoy cambiando. La infancia se me está yendo deprisa y sin avisar. Se va como se van los segundos y la vida, como todo. El tiempo tampoco se escucha, pero gente muy lista creó los relojes y ahora oímos ese tictac que siempre está ahí como un recordatorio de que todo

se va.

Capítulo 8

Henar

Todos los niños, salvo uno, crecen.

Henar se quedó con eso la primera vez que vio *Peter Pan* y también las veces en que su madre se sentaba a leérselo. Eran pocas, y lo normal era que su hermano acabara los capítulos porque eran largos y su madre siempre tenía sueño, o prisa, o cosas de adultos que Henar no entendía.

Los niños crecen, pero Henar todavía era chica y no lo entendía. Cuando veía *Hook* , con ese Peter Pan grande y lleno de arrugas, se sentía como una niña muy pero que muy perdida y no le gustaba nada la sensación. No le gustaba saber que aquel niño que estaba exento de crecer lo había hecho, que era padre y siempre estaba ocupado y no era cariñoso y parecía que no quería a sus hijos. Henar era muy cariñosa, la hacía feliz que le dieran la mano y que la arrullaran y que la abrazaran. Que le hablaran bajito y no a gritos como hacía su padre. Que le quitaran el miedo cuando pensaba que la casa se llenaba de monstruos. No quería que la gente se hiciera grande, porque la gente grande estaba muy arriba y ella tenía que subirse a una silla para saber lo que estaban mirando y no siempre le gustaba lo que veía.

Y luego estaba lo de volar. Los niños volaban alto, altísimo, y hacían cosas que los adultos no hacían, como ponerles voces a los muñecos o perder el tiempo. Los adultos nunca perdían el tiempo en nada, y tampoco soñaban.

Henar no quería crecer ni dejar de volar. Tampoco quería que su hermano lo hiciera nunca. Abián era un niño perdido, como ella, y mientras lo fuera, todo estaría bien.

Pero los niños crecen, y su hermano, que no había cumplido los trece, estaba perdiendo la capacidad de volar. Y Henar se sentía tan enferma como un hada cuando un niño dejaba de creer en ella.

Capítulo 9

Abián

12 años, noviembre

Itahisa se parece a Rapunzel, pero en moreno. Eso pensamos la primera vez que mi hermana y yo la vemos.

Sucede unos días después del primer encuentro con Rayco. El monstruo (papá) ruge en las paredes de nuestro piso y la nena me echa los brazos a la cintura y llora de susto. Lo hace siempre que el monstruo asoma la cabeza y yo le pongo una chamarra y me la llevo fuera. Caminamos por el barrio, de parque en parque, mientras le cuento historias que me invento sobre la marcha y le hablo de todo lo que haremos cuando seamos grandes. Así hasta que el sol se muere y tenemos que volver a la casa, porque somos chicos y Henar tiene hambre y echa de menos a mamá.

Pero al llegar a la puerta, me doy cuenta de que la cosa ha empeorado. Los rugidos ahora van acompañados de gritos que parecen las uñas del fantasma de Casandra al quebrar los espejos a base de rascar y rascar. El corazón se me pone del revés y se me atora la garganta cuando la nena me dice que tiene frío y que tiene hambre y que quiere a mamá y, sobre todo, cuando me dice que tiene miedo, porque yo también tengo miedo y no sé qué hacer.

Los gritos siguen y siguen y hay lloros y golpes y palabrotas que tenemos prohibidas. La nena llora y llora y a mí se me escapa un sollozo y una lágrima, o quizá dos, no lo sé, porque me froto la cara rapidísimo para que ella no lo vea y la aprieto contra mí. Tengo la camiseta de las Tortugas Ninja empapada de mocos y lágrimas, pero no me da asco porque es mi hermana y es mi persona favorita. Hablar con Henar es fácil, porque le gusta que hable y me escucha, aunque a veces se quede dormida mientras le cuento mis cosas.

Bajamos las escaleras y nos sentamos entre las meadas del perro del vecino y las colillas. Es entonces cuando Rayco se asoma desde arriba con el pelo rubio recogido en una coleta y sus ojos como dos faros en una noche cerrada. Con los destellos de la luz artificial del pasillo, así como la linterna que tiene en la mano, parecen azules, y un poco marrones, y un poco verdosos, y un poco oscuros. Tiene un mapa entero en sus ojos y se me ocurre que necesito mirarlo mucho para no perderme.

—Hola —nos dice.

La nena se aprieta más contra mí y se sorbe la nariz.

—Hola —le digo.

De pronto se oyen los gritos y yo toso fuerte para que Rayco no se dé cuenta de que el monstruo está ahí abajo, dentro de mi casa, y que me escondo porque no soy nada valiente. Pero sé que lo escucha, porque Rayco es más grande y listo que yo y no tiene miedo. Tengo doce años y aún no sé que el miedo está ahí para todo el mundo; es un animal de compañía que nos sigue hasta el día del juicio final, como decía mi madrina.

Rayco, que ha bajado hasta donde estamos nosotros y apoya la mano izquierda en la barandilla, desvía la mirada hacia el final de las escaleras y no necesitamos más para comunicarnos. Me pongo colorado y le acaricio la cabeza a la nena, como si intentara protegerla de la verdad, del monstruo que se esconde allá abajo.

—¿Quieren conocer a mi madre? —pregunta Rayco—. Hoy es su día libre y compramos *pizza* . Pueden comer con nosotros si quieren.

Ahora soy yo quien se sorbe la nariz, con mucho (mucho) disimulo. Él sonríe y se inclina para revolverme el pelo y tirar de un mechón con suavidad. No tengo tiempo de quejarme, porque sale disparado hacia arriba, riéndose con esa melodía que me sacude los pies y el cuerpo entero.

El corazón me late deprisa cuando me levanto con una sonrisa que parece de mentira, pero que es de verdad. Enseguida jalo del brazo de mi hermana y seguimos a Rayco hasta la casa, donde nos presenta a su madre.

La casa es del mismo tamaño y forma que aquella en la que vivimos nosotros, pero no se parece en nada. Las paredes son de colores y hay fotos y pósteres de los carnavales, con mujeres guapísimas vestidas con tacones del tamaño de rascacielos y coronas que parecen pesar más que un quintal, y ropas brillantes, y rostros pintados de magia. Y también están los cuadros, coloridos y llamativos, con hombres que parecen mujeres y mujeres que parecen hombres, y quiero verlo todo y no puedo ver nada porque tengo el pecho lleno de burbujas y todas estallan a la vez.

—Son las *drags* . —Rayco me señala las fotos—. Mamá me lleva a los carnavales todos los años —explica.

—Yo nunca he ido.

—Eso es porque eres muy chico. —La voz que pronuncia esas palabras es un poco grave, y me asusto porque creo que el monstruo de mi casa nos ha seguido,

pero entonces la veo y su rostro es bonito y tiene los ojos como los de Rayco y también la boca, y los hombros anchos—. ¿Cuántos años tienes?

Le digo que tengo doce, y que Henar tiene siete, y me pregunta cosas de mamá y de papá y me enseña los cuadros que salpican el pasillo aquí y allá, deteniéndose en el *Poema del Atlántico* . Me dice que el pintor era de Gran Canaria y se llamaba Néstor de la Torre, como el cole al que va la nena y que está pegado al Simón Pérez.

También hay flores por todas partes. Un jarrón aquí, otro allá; flores que cambian cada semana porque los olores van con el estado de ánimo (eso dice Itahisa). Hay violetas, y margaritas y tulipanes y nomeolvides, y también hay hortensias colgadas en macetas en la ventana, que son las flores favoritas de Rayco porque cambian de color según la tierra y el PH, y a él le gustan mucho los colores. Por eso viste así, como si un unicornio le hubiese lanzado un escupitajo en la ropa y brillara; no como yo, que siempre voy de oscuro y las sombras se me pegan al cuerpo.

Mientras Itahisa termina de enseñarnos la casa, Rayco le da flores a la nena y ella se las pone en el pelo y yo lo miro embobado. Se parece a la mujer de aquel cuadro que mi madrina tenía colgado en el salón, el de la mujer flotando en un río toda llena de flores que duerme con los ojos abiertos, pero en rubio y menos dulce, porque la belleza de Rayco es más dura, más de ángel capaz de bajar al infierno o subir al cielo, quizá también según su estado de ánimo.

Un rato después, cenamos una *pizza* que tiene plátano y está *to* rica y ella nos cuenta cómo es vivir una gala *drag queen* desde dentro y también nos enseña fotos, muchas muchas. Las que más me gustan son las de Rayco vestido con trajes y coronas y zapatos de tacón, y yo me emociono tanto que me regala una a escondidas, porque a él le da mucha vergüenza y se le ponen los mofletes colorados.

Después de cenar, Itahisa nos entrega dos cepillos de dientes y nosotros les ponemos el nombre con rotulador permanente y los dejamos en el vaso del lavamanos junto al de ellos. No sé por qué, pero eso hace que sienta una cosa rara en la barriga, como si los microorganismos que vemos en clase se movieran mucho y muy rápido. Me pregunto si estoy enfermo o si es cosa de la *pizza* con plátano, que me dejó embostado. Cuando se lo pregunto a Itahisa se ríe y me explica que no estoy malo, y que eso es lo que sentimos cuando estamos a salvo. Lo dice con los ojos aguados y a mí me tiemblan las manos, porque mi tristeza la puedo esconder, pero nunca sé qué hacer con la de otros.

Itahisa no solo es bonita; también tiene kilómetros de pelo liso que Rayco se encarga de peinar y peinar mientras ella tararea canciones que no conozco. La nena se sienta a sus pies y la mira con la boca abierta. Ella le promete que, si se deja crecer el pelo, algún día podrá parecerse al suyo. Eso la pone contenta y yo me pongo contento, porque ver feliz a mi hermana es la cosa más increíble del mundo y no recuerdo la última vez que la vi brillar.

Es en ese momento, justo en ese, cuando me doy cuenta de que hay personas que son capaces de lograr eso: iluminarte, conseguir que su brillo se te pegue, darle color a tu vida. Lo último que hago antes de regresar a la casa donde vivimos es desear que el brillo de los Arocha nunca se apague. Por favor.

Capítulo 10

Abián

—¿Qué quieres ser de mayor? —le pregunto una noche en la que me quedo a dormir en su habitación.

La nena está con Itahisa y Rayco me hace un hueco en su cama; siempre lo hace, aunque sea chica, y sé que le cuesta dormir conmigo a su lado porque se mueve y se mueve y se mueve.

—Adivina.

Me pongo de lado para mirarlo. Sus ojos brillan en la oscuridad de la noche y su rostro se recorta por la escasa claridad que entra por la persiana semiabierta. A Rayco no le gusta la oscuridad y resulta que yo vengo de la cueva de un monstruo en la que tengo que permanecer a oscuras y en silencio. Somos como el día y la noche y me pregunto si el día y la noche podrán ser amigos para toda la vida o si sus diferencias los terminarán separando. Rezo todas las noches como me enseñó mi madrina para que no lo hagan.

—¿Peluquero? —pruebo, porque cuando le peina el pelo a Itahisa lo hace muy bien.

Él se ríe. Alarga el brazo y dibuja el contorno de mi cara. Le gusta hacerlo y yo siento esa cosa rara que parecen microorganismos moviéndose fleje de rápido por mi cuerpo, pero a él no se lo digo, porque es Rayco y me da vergüenza.

—¿Frío frío?

—No tanto —contesta—. ¿Quieres que te lo enseñe o tienes sueño?

—Sí quiero —digo tan rápido que él vuelve a reírse y a mí su risa se me mete dentro; me la guardo, como hago con cada momento que pasamos juntos.

Entonces se levanta. Enciende la luz de la mesita y saca un neceser grande. Me dice que me siente en el borde del colchón y que no me mueva ni abra los ojos hasta que él me diga. Es difícil no moverte cuando tienes doce años y te piden que no lo hagas. Pero lo hago, porque no hay cosa en el mundo que quiera más que seguirlo a él.

Me cuesta respirar cuando siento su aliento en la mejilla y se me mete en la boca, igual que me cuesta no reír cuando siento sus dedos en la cara, los pinceles arrastrándose por mi piel. No necesito preguntar qué hace, porque lo sé. He visto a Itahisa ponerse las pinturas antes de salir y a él esa cosa negra en

los ojos que hace que parezcan más profundos y bonitos. Pero nada me prepara para lo que encuentro cuando me coloca delante del espejo y observo el resultado. Nada.

Lo miro en el espejo y él me mira y comprendo que el día nunca estará para siempre unido a la noche, aunque sean partes de un todo. Somos dos amantes condenados a morir, como Romeo y Julieta, como Tristán e Isolda, como Gara y Jonay.

Parezco… bonito. Más que bonito, soy hermoso. Y jamás me he sentido así, tan valiente, tan libre de miedos, tan yo.

Como si Rayco me hubiera leído el pensamiento, se agacha para que nuestras caras queden a la misma altura y me dice:

—Quiero dibujar la libertad en la piel de las personas. A eso quiero dedicarme.

Lo miro durante mucho rato, mucho mucho. Y cuando una lágrima se me desliza por el maquillaje quebrando la libertad que mi amigo dibujó para mí, me pregunta:

—¿Y tú?

—Yo quiero ser libre.

Y tener un trabajo para darle de comer a la nena. Y poder comprarle ropa. Y regalos de Navidad. Y hacerla sonreír, porque el dinero hace sonreír a la gente aunque solo sea papel, y eso lo sabe todo el mundo.

Y tener una casa donde no haya monstruos.

Y no tener miedo.

Y ser su amigo para siempre.

Quiero todo eso, y también quiero ser feliz.

Claro que no se lo digo. No hace falta.

Capítulo 11

Henar

A Henar no le gustaba su padre porque daba miedo y olía mal y gritaba y siempre estaba enfadado, así que fingía no verlo. Hacía como esas veces en las que aparecían monstruos en su cuarto que resultaban ser sombras que desaparecían al encender la luz, o cuando su hermano le daba la mano, o cuando su madre estaba bien y dormía con ella. Todo lo que Henar conocía de su padre lo sabía porque escuchaba a su hermano.

Sabía que solo se dormía con la tele encendida, que le gustaba beber Tropical en lata, que fumaba mucho, que no trabajaba porque tenía el pie malo, que era fan del Madrid y que hablaba en el idioma de los gruñidos. También sabía que no le tenía miedo a nada y que no le gustaban los niños. Esa parte Henar no la entendía. En el cole, la tutora les hablaba de la familia y de lo importantes que eran los lazos, el respeto y el cariño, y ella se fijaba siempre en que los padres de sus amigos iban a buscarlos y les compraban cosas y jugaban con ellos y les leían cuentos por las noches. Pero su padre no era así.

Cuando se lo preguntaba a su hermano, a Abián se le ponía una mueca rara y la cara se le encendía. Se parecía mucho a la de su padre cuando ella se vestía de Campanilla y hacía que volaba por el pasillo de la casa, y él le gritaba que parara y le lanzaba las playeras que olían mal cuando no le hacía caso. Henar se preguntaba entonces si su hermano sería como él algún día, si también gruñiría y si no le gustarían los niños y si llegaría a tenerle miedo. Ojalá que no.

Capítulo 12

Abián

Vuelvo a ser un niño con Rayco, quizá porque a él se le da mejor eso de ser chico, de ajustarse a la altura que le toca, y a mí se me da bien practicar la imitación. Practicar, digo; llevarlo a cabo es distinto. Nadie podría imitar nunca a Rayco Arocha, y yo, menos que nadie.

Nos hacemos amigos sin querer. Nos encontramos en el parque que está al lado del bloque, en la parada de la guagua cuando voy caminando con la nena a Triana y él nos sigue, porque para qué va a coger la guagua solo si puede bajar con nosotros andando. Y luego están los encuentros en las escaleras y los «entren pa dentro, venga» cuando nos invita a cenar o a ver una peli o a dormir en su casa, siempre con el permiso de mamá, que asiente casi sin vernos mientras la nena le rodea las piernas y le dice «mamimamimami» y «tequierotequierotequiero», así, todo junto, que es lo mismo que decirlo muy alto pero sin subir la voz. Y yo me siento un poco más escachado contra el suelo porque sé que más tarde llorará con su nombre en la boca y yo nunca podré darle el cariño que necesita, porque mis manos son chicas y no tengo nada de madre; ni siquiera huelo como una.

Pero Rayco es un pirata y nos lleva en su barco como si hubiese nacido con el timón en las manos. Somos niños perdidos, pero también parte de una tripulación. Encontramos una familia y nos quedamos.

Itahisa vacía la habitación de invitados, mete los vestidos y los disfraces en armarios (en el viejo empotrado y en otros dos que compra de segunda mano), y la pintamos entre todos con los colores del arcoíris y estrellas en el techo que se iluminan cuando se apagan las luces y el sol se marcha. También compra una cama enorme y la habitación se convierte en nuestra cabaña de Nunca Jamás. Somos niños perdidos que por fin tienen hogar.

Y así vivimos, día tras día tras día.

Mi vida se resume en ver los cambios en Rayco: cómo le crecen el cuerpo y el pelo, pero la sonrisa se le encoge en la boca.

—¿Qué fue? —le pregunto a veces.

—¿Qué no fue? —me responde, también a veces.

—Estás *amulao* .

Él se encoge de hombros o me abraza, que es como no decir nada pero diciéndolo todo.

Algunas noches, cuando tengo miedo y me levanto temblando porque todo está oscuro y la oscuridad es tan terrible como mi padre, Rayco me coge de la mano y nos metemos en uno de los armarios, con los vestidos de telas suaves que nos caen como el agua de una cascada, acariciándonos la piel con cada movimiento de nuestros cuerpos. Nos tapa con una manta y hablamos de todo y de nada. Y la oscuridad es brillante porque él es una luciérnaga que me abraza y me acaricia y me quiere. Y yo lo quiero tanto (tanto) que duele. Un dolor que no quiero dejar de sentir, un dolor que sana.

Así es como nos hacemos amigos, sin querer, y así es como me voy enamorando de él, también sin querer. Y es como vivir. Caes aquí, en el mundo, también sin querer. Quieres y vives, porque estar aquí y querer son aventuras tremendas. Y pienso que el Garfio de *Hook* no tenía razón, morir no es la gran aventura. Morir solo es el punto final de la aventura. Y nosotros somos puntos y seguidos, y comas, y puntos suspensivos, y más puntos y seguidos, y espacios en blanco que rellenamos y rellenamos y rellenamos.

La vida, esa gran aventura.

Capítulo 13

Abián

-Niños, las cosas van a cambiar.

Es la frase favorita de mamá. La dice cada vez que papá se va a saber dónde. A mí no me importa siempre que se vaya, y a la nena tampoco. A Henar solo le importa mamá, y mamá está cuando papá no.

Mi madre promete muchas cosas cuando él no está. La casa está limpia, hay comida en la nevera y no tenemos que escondernos en las escaleras. También hay cuentos y risas y ruidos que no dan miedo. Pero las promesas son como la espuma de mar: se deshacen tan rápido que apenas te da tiempo de creerlas, aunque la nena sí lo hace. Henar siempre cree a mamá, quizá porque el amor de una madre está por encima de todo, incluso de mí, que soy quien está con ella y le dice la verdad. Y duele, mucho mucho. Me duele saber que mamá siempre estará primero, aunque no se lo merezca.

—Es una mierda —me dice Rayco cuando voy a su casa y se lo cuento: que papá se fue, que mamá ya no parece estar poseída, que la nena duerme con ella y se olvida de mí.

Rayco se levanta y se pone a dar vueltas por el salón y a patear el suelo que da a la casa donde vivo como si quisiera hablarle a mi madre en un idioma que nadie más que él comprende, y a estirar los brazos por encima de la cabeza como hace cuando se enfada, o a peinarse el pelo. Eso lo hace mucho y me encanta, porque lo tiene suave y brillante y me gusta acercarme y apartarle las manos, que no dejan de arrancárselo, y acariciarlo despacio.

—¿Por qué no te enfadas? —me dice al tiempo que me agarra de la cintura y me aprieta con suavidad, todavía con el enfado pintado en la cara mientras se deja acariciar.

—¿Con mi hermana pequeña? Porque es chica y no entiende, Ray. Y porque es feliz. No llora cuando mamá está bien y, no sé, es que tampoco dura mucho. Prefiero que sea feliz por unos días a que sea infeliz siempre, como yo.

Rayco se aparta de mí con brusquedad y me mira como si fuese yo quien le estuviera arrancando pelos a puñados.

—¿Eres infeliz? No puedes ser infeliz.

Me encojo de hombros; las palabras se me atoran en la garganta y no quieren

salir.

—Abi, todavía eres un niño.

—¿Tú crees?

Lo miro, me mira. El mundo allá afuera gira y tiembla y se transforma, pero nosotros seguimos aquí, metidos en la historia del otro.

—¿Me haces un bocata? Tengo hambre —le digo solo para que deje de dolerle: odio dolerle a él.

Y sé que esto tampoco durará, que su dolor es más real que las promesas de mamá, pero en este momento sonríe y a mí me falta el aire.

—¿Cuánto crees que tardará en volver esta vez? —me pregunta mientras nos comemos media barra de membrillo con tostadas, mantequilla y queso majorero.

Niego con la cabeza y me trago la bola de comida con batido de chocolate. Papá puede volver hoy o no volver nunca. Qué más da. Ojalá no lo hiciera nunca, pero es como las chopas cuando se te meten en la casa e intentas cogerlas: se esconden rápido, pero siempre (siempre) regresan.

Capítulo 14

Abián

12 años, noviembre

Tenía ocho o nueve años cuando vi *Hook* por primera vez. Mi padre no parecía tan monstruo y mi madre parecía una madre. Mi hermana todavía llevaba pañales. Lo recuerdo porque olía a mierda y a leche caliente y no dejaba de llorar. Aun así, los ojos se me quedaron pegados a la pantalla y no había manera de apartarlos de ahí. Aquel Peter Pan no era el mismo que luchaba contra los piratas y cantaba con los indios. Era un hombre viejo que tenía hijos y responsabilidades y estaba muy ocupado para jugar con ellos. Aquel señor era mayor, pero volvió a convertirse en un niño. No lo entendí entonces, como no entendí muchas cosas de aquella película que tanto me fascinaba. Pero volví a verla y la segunda vez la comprendí un poquito más.

No recuerdo cuántas veces la he visto ya cuando Itahisa me la regala al enterarse de que el DVD se me perdió con la mudanza.

Es sábado y la nena y yo nos marchamos de la casa porque hay mucho ruido y mamá nos da dinero para comprar algo de comer, así que vamos al HiperDino grande de enfrente y compramos membrillo, cruasanes, Nocilla y queso y subimos a la casa de los Arocha con el botín. Itahisa nos abraza y me dice que no tengo que traer nada de comer, que hay comida en casa y que también es nuestra, que podemos cogerla siempre.

Luego me da la película y yo la abrazo, fuerte fuerte, y prepara roscas mientras Rayco la pone y nos sentamos en el sofá del salón a verla con dos mil cojines y mantas.

Tengo doce años y esta vez veo mucho más de lo que no se ve. La tristeza de los niños, esa soledad que empiezo a reconocer porque me duele en el centro del pecho, un dolor constante que crece cada día más. El abandono. Los niños que están perdidos, pero se tienen los unos a los otros. Veo el hambre de amor en sus caras y de comida en sus barrigas cuando fingen que comen, aunque los platos estén vacíos. Veo el tiempo que se va, los niños que crecen, el polvo de hadas que deja de tener fuerza, la magia que no existe.

Miro a mi hermana, diminuta y frágil, una niña perdida en una casa que no es la suya, apoyada en los brazos de una madre que tampoco es la suya, embostada

de un abandono que sí es suyo y que aún no entiende porque es muy chica. Y lloro. Con la cabeza virada hacia un lado, me arranco las lágrimas y me digo que yo también seré Peter Pan , que lograré que el tiempo deje de ser un cocodrilo que arranca sueños y da miedo, que haré que el tiempo no le duela a la nena. La cuidaré hasta que no me queden fuerzas y no dejaré que se haga grande tan rápido ni que se pierda en este mundo de adultos que es tan gris y feo.

Y entonces lo noto: la mano de Rayco en la mía, la caricia de su mejilla en mi hombro, esa forma de decirme que todo está bien sin palabras. Rayco no necesita de eso. Y, aun así, lo creo; a él siempre lo creo.

Capítulo 15

Abián

13 años, diciembre

—¿Te puedo contar un secreto? —le digo a Rayco una noche en la que mi hermana duerme con Itahisa y nosotros nos quedamos juntos en la cama grande—. Pero no le digas nada a la nena, que fijo que se pone triste.

Él se gira hacia mí. Fuera, la calle se llena de sirenas: un incendio, tal vez, o quizá otra cosa. La habitación está a oscuras, pero la persiana está levantada y las luces pasan a toda velocidad y nos lanzan puñetazos anaranjados en la cara. Los dos cerramos los ojos, cegados por su intensidad, y los volvemos a abrir cuando se van. El rostro de Rayco se llena de sombras salpicadas aquí y allá por el brillo de las estrellas del techo.

—Claro que puedes, bobo.

Nos miramos, nos retamos. Él enrosca la mano en el cuello de mi camiseta para acercarme. Yo le clavo los dedos en la muñeca porque me gusta sentir su calor, y su piel, y el tambor de su corazón en las yemas. Su aliento a pasta de dientes me da en la nariz y sonrío y me pongo colorado porque me da vergüenza que lo sepa y a la vez quiero contárselo todo siempre.

—Hoy es mi cumpleaños. Bueno, fue ayer —me corrijo—. Ya son más de las doce, así que el trece de diciembre ya pasó.

Rayco se incorpora apoyado en un codo.

—¿Qué?

—Pues eso, que fue ayer.

—¿El trece de diciembre es tu cumple? ¿Por qué no lo dijiste? Yo te dije que cumplía el ocho de marzo.

—Y también me dijiste que era el día de la mujer y que nadie puede olvidar ese día. Pero es que el mío no es importante, Ray. No sé, papá y mamá no siempre se acuerdan. —No le digo que no se acordaron esta vez tampoco; no hace falta.

—No somos tus padres de mierda. —Rayco abre los ojos de par en par y se tapa la boca. Enseguida me acaricia la cara con la mano abierta y a mí se me forma una cosa muy rara en el pecho que se queda ahí, como un nudo bien apretado—. Dios. Perdón, perdón, perdón.

—Tranquilo. Es verdad.

Tiene los ojos brillantes y, de cerca, puedes ver el verde musgo de las manchitas que salpican la miel de sus iris, además de los anillos ámbar que le rodean las pupilas. Es como subir a Marte, o mejor aún, a Nunca Jamás; adentrarte en sus tierras fértiles y que todo se inunde de agua, y yo me arrepiento de haberle dicho nada, porque se siente mal y no quiero que lo haga.

—Lo siento.

—No lo sientas tú, bobo. Dios, ven aquí. —Me abraza, fuerte fuerte, y yo siento el pecho lleno de muchas cosas. Mi madrina decía que podías morirte de amor, que no me enamorara mucho, que todo en su justa medida era mejor, pero yo no sé hacer esas cosas; no sé nada más allá de sentir, sentir, sentir—. Vale, y ahora dime algo que quieras, venga.

Se sienta, estira el cuerpo para encender la luz de la mesita y me pasa una libreta de las que guarda dentro del primer cajón, llena de números y dibujos que no sirven para nada.

—Escríbelo aquí —insiste cuando ve que no le hago caso.

Me siento yo también, un poco desorientado y mucho más avergonzado.

—No sé, no quiero nada.

—Venga ya, todos queremos algo.

Me muerdo el labio. Él le da un toquecito al papel.

—Algo que quieras mucho.

Me lo pienso. Y la idea se me viene así, sin avisar.

—Quiero volar contigo.

—¿Qué?

—Henar dice que ya no sé. El otro día se puso a llorar porque decía que yo había dejado de ser un niño. No quiero dejar de ser un niño; quiero volar contigo, Ray. ¿Puedo tener eso?

La mirada que mi amigo me dedica me rompe el corazón y siento que vuelvo a estar en tierras inexploradas que se inundan con rapidez. No dura mucho. Enseguida se levanta y me tiende la mano. Se la miro con curiosidad.

—Vamos, tolete —insiste y me sujeta con impaciencia.

—¿A dónde?

—¿A dónde va a ser? Al país donde viven los monstruos, los que merecen la pena. —Sus dedos se enlazan con los míos cuando me incorporo y dejo que me arrastre por el pasillo—. Vamos a celebrar tu cumpleaños.

—Pero fue ayer.

—Hoy es ayer, y mañana será ayer si queremos. Tu cumple es todos los días.

—¿Como un *no cumpleaños* ? —pregunto, recordando las partes favoritas de mi hermana de *Alicia en el país de las maravillas* .

—Como un sí cumpleaños. Lo celebraremos hasta que me olvide de que fuiste un tolete que no me lo dijo. Lo vamos a celebrar hasta que me canse. Y después… —Se detiene delante de los muebles de la cocina y empieza a sacar cosas: galletas, leche, chocolate negro...

—¿Y luego qué?

—Y luego ya veremos.

Sonreímos. Me pide que me siente, porque es mi cumpleaños y no puedo hacer más que mirar. Le recuerdo que ya no lo es, y él se enfada y me llena la cara de chocolate y nos reímos tanto y tan fuerte que Itahisa se levanta, con el pelo alborotado y cara de enfado.

—Pero ¿qué hacen?

—Una tarta, ma.

Antes de que ella pueda abrir la boca, le explica que es mi cumpleaños y que tienen que comer tarta, que es cosa lógica. Ella me mira con los ojos brillantes. No me pregunta por qué no se lo dije y yo finjo que no veo su pena. En nada están los dos trasteando aquí y allí, cantando y moviéndose como si fuera un baile.

—Y ahora, a dormir —dice Itahisa cuando acabamos y mete la tarta en la nevera.

—Pero ¿y la tarta? —inquiere Rayco.

—La tarta, mañana; caliente no sirve para nada.

Él va a protestar, pero ella lo silencia con una mano en los labios y me pide que me vaya a la cama, que tiene que hablar con su hijo.

No sé qué se dicen, pero Rayco sonríe mucho cuando se tumba conmigo en la cama y me besa la frente.

—¿Por qué sonríes?

—Porque sonreír es de guais, y yo soy lo más.

Ahora soy yo quien se ríe. No le digo que no es verdad, porque yo también lo pienso. Eso tampoco se lo digo porque me da vergüenza, pero se me pone la cara colorada y creo que se da cuenta, porque la luz de la mesilla de noche de su lado sigue encendida.

Me da un pellizco en la barbilla y a mí me duele la cara de sonreír.

—Tú también lo piensas.

Le doy un tortazo para apartarle la mano, pero él me vuelve a pellizcar.

—Voy a hacer que vuelvas a volar, Abi. Cada vez que toques el suelo, te subiré bien alto, hasta que no veas más que nubes y cielo.

—¿Vendrás conmigo? —pregunto bajito.

—Siempre.

Me besa la frente otra vez y apaga la luz. Tengo el corazón acelerado, el pecho lleno de burbujas y no hay monstruos de los que dan miedo, solo nosotros. Pienso que ojalá no acabara nunca, y que este es el mejor cumpleaños del mundo, incluso sin haber probado la tarta.

Cuando el sueño consigue agarrarme, oigo que Rayco me dice:

—Te quiero fleje, Abi. ¿Sabes esas olas del Pino que suben y suben y te dejan todo enchumbado si te acercas? Pues así de fuerte te quiero.

Capítulo 16

Abián

13 años, diciembre

El mejor cumpleaños del mundo no llega al día siguiente, cuando nos levantamos y la mesa está llena de comida, con una tarta y trece velas de cumpleaños que soplamos juntos, porque son muchas y no me gusta pedir deseos yo solo; lo hace el fin de semana, cuando Itahisa nos cuenta que mi madre nos dio permiso para pasar el sábado y parte del domingo en el sur, en un hotel en Anfi del Mar.

Pero primero vamos a volar.

El sábado nos subimos al mini de Itahisa sin entender a lo que se refiere con «volar» hasta que llegamos al aeródromo de Maspalomas y nos bajamos del coche en un sitio donde nunca hemos estado y que parece desierto, como las pelis de zombis, y nos ponen los trajes de Superman. Allí nos explican lo que es un túnel de viento de paracaidismo *indoor* y cómo tenemos que mover los brazos y las piernas. Enseguida nos meten uno a uno dentro de un tubo con rejillas en el suelo desde donde empieza a salir mucho aire y entonces volamos. Los nervios se me atoran en el pecho a la llegada de mi turno, al menos hasta que empiezo a volar y el monitor me agarra para que no me caiga.

Cuando me quedo suspendido en el aire, ni arriba ni abajo, sino en un punto intermedio, con el mordisco de la adrenalina en la tripa y el miedo que no entra ni sale, solo me rodea, comprendo que esto es la infancia. Tenerlo todo, aunque no tengas nada; pero también es darte cuenta de que eres adulto, y que, aun así, puedes seguir siendo un niño. Que el miedo siempre estará ahí, rodeándote, como el traje del superhéroe extraterrestre que se me pega al cuerpo y me convierte en el muchacho valiente que nunca seré. Esto es la infancia, y esto es la adultez.

Los vuelos duran poco, pero la sensación se queda. De camino al coche, la nena salta y salta e Itahisa se la sube a las caderas, aunque pesa fleje, solo para que se calme y deje de pedir que volvamos a subirnos.

Rayco me mira y me acaricia el dorso de la mano con los dedos. No me atrevo a mirarlo. Sigo nervioso y tengo miedo y no sé por qué. Pero él no me dice nada ni se ríe de mí; solo me acaricia y me acaricia hasta que se me estiran los labios

y me suelta un «¡Ja, te gané!», y yo lo empujo y me río porque ¿qué otra cosa puedo hacer?

***

Una vez que dejamos las cosas en el hotel de Anfi del Mar, que tiene habitaciones grandes y piscinas aún más grandes, bajamos a la playa más bonita del mundo, con esa arena blanca y esas aguas cristalinas que se parecen a las playas del Caribe que salen en la tele. Nos bañamos, comemos hamburguesas y papas locas en la arena y paseamos por la zona de palmeras cerca del muelle. El domingo por la mañana nos subimos en la banana, que es un flotador gigante con forma de plátano donde te sientas y una lancha te lleva a la velocidad de la luz y tienes que agarrarte fuerte para no caerte. Luego caminamos hasta la playa del Balito, que es de piedras, e Itahisa y la nena se bañan en la orilla mientras nosotros cogemos cangrejos que luego soltamos porque no queremos que se mueran.

Ese día hay otra tarta, y también velas. Muchas. Pero nadie felicita a nadie, o quizá todos nos felicitamos a todos. Qué más da. Es el mejor fin de semana de mi vida y sé que también es el de la nena, aunque llamara a mamá en sueños. Eso me enfadó, pero Itahisa me explicó que era normal, que a una madre no se la olvida nunca.

***

—¿Lo pasaste bien? —me pregunta Rayco cuando llegamos esa noche a su casa y nos metemos en la cama con dolor de barriga de tanto reír, los cuerpos encendidos por el sol tímido de diciembre en el sur y las frentes sudadas.

—Volví a volar.

Estira el brazo y me recorre la cara con los dedos. Le pido que no haga eso, que estoy sudado, pero él me asegura que no le da asco, que nunca sentirá asco de mí. Él también suda; un sudor que huele a hortensias, a ropa limpia y a polo de fresa.

—Pusiste una cara rara cuando te bajaste del tubo.

El corazón se me acelera y creo que sudo un poco más. Puede que nos conozcamos desde hace tres meses, pero lo siento como una verdad que siempre estuvo ahí y comprendo que a él le pasa lo mismo.

—Estaba contento.

—Fue algo más, Abi.

Me quedo callado. Él me sigue acariciando; a un lado y a otro, a un lado y a otro. Pienso en la luz y en las sombras, en el mundo que da vueltas muy deprisa y nos empuja hacia la superficie, cada vez más al borde, y pienso que no me importaría soltarme y caer mientras él se mantuviera a salvo.

—Buenas noches —me dice con un suspiro, y hace que se da la vuelta, pero lo agarro de la muñeca y me pongo de lado para mirarlo.

—Ray… —Le aparto los mechones de la cara y me recoloco en la almohada para que unamos nuestras frentes—. Creo que no fue el tubo ese lo que me hizo volar. Creo que eres tú. Creo que vuelo cuando estás cerca de mí.

Él me sujeta de la nuca y hunde los dedos en mi pelo.

—No, tonto, tú vuelas siempre; yo solo te recuerdo que lo haces. —Me besa la mejilla; nuestros pechos unidos, nuestros corazones acelerados—. No te preocupes, siempre estaré contigo para recordártelo. Volarás siempre.

Y allí, en el silencio de la noche, con el corazón de Rayco empujando el mío, me creo que será así siempre. Tengo trece años y aún soy capaz de creer.

Capítulo 17

Itahisa

Sucedió días o semanas o meses después de aquel fin de semana en el sur, una mañana cualquiera en la que el sol había decidido entrar a raudales por la ventana abierta. Itahisa abrió los ojos, miró el modo en el que los rayos se reflejaban en las paredes y emitían destellos en el espejo, y en los marcos de los cuadros y las fotos, y en las diminutas estrellas de metal que decoraban las paredes de su habitación, colgadas por su hijo hacía ya mucho tiempo. «Porque brillas, mami», eso había dicho, y ella se había tenido que morder los labios para no decirle que su brillo solo se apreciaba cuando él estaba cerca.

Itahisa sonrió y la sonrisa se le quedó ahí, pegada a los labios mientras se daba cuenta de que algo había cambiado. No tenía claro qué era. Todo estaba igual, pero parecía distinto, como cuando estás dentro de un sueño y lo ves todo en escala de grises. Pero en ese momento no soñaba, porque el color estaba ahí, salpicando la alfombra, y las cortinas, y las uñas de los ñoños que se le habían salido de la colcha y brillaban por el rojo del esmalte. A Itahisa le gustaba mucho el rojo.

Fue entonces cuando oyó un grito, y otro más, y otro más. Se levantó, se puso su bata favorita, deshilachada y desteñida, y salió al pasillo con el pelo revuelto y los ojos llenos de sueños. Y quizá sí estaba en un sueño, el más maravilloso del mundo.

Ahí, en el salón, sus niños reían, y bailaban, y saltaban; y lo hacían todo en silencio; porque ella dormía y no podían despertarla.

—¿Qué hacen, niños?

—Bailamos en silencio —dijo Henar, con esa voz solemne que ponía a veces.

Abián se ruborizó; Rayco intentaba que no se le escapara la sonrisa.

—Perdón —dijeron los dos a la vez.

—No se puede bailar en silencio. Se baila con música y con mucho ruido, con el cuerpo y con los pies. —Itahisa empezó a saltar y a mover los brazos con mucho ahínco. Todos sonreían. Henar se puso a su lado y la imitó—. Pongan música y bailen hasta que prepare el desayuno, venga.

Los dejó ahí, guerreando mientras ella hacía tortitas y sacaba el membrillo de la nevera. Y a medida que la cocina se llenaba de olores que hacían que su

barriga gruñera y se quejara y les daba vueltas a las tortitas en la sartén, se dio cuenta de que era eso lo que había cambiado: el ruido, los niños; la casa, que ahora tenía risas en lugar de ecos.

El ruido, cuando es bonito, consigue que todo se vea de otro color. Itahisa nunca pensó en traer más hijos al mundo. No pensaba más que en su familia, que era de tres y después se quedó en dos. Y ahora… Ahora estaban los Machado: dos niños que no eran huérfanos, pero llevaban una capa de abandono encima. Itahisa los quiso nada más verlos y su amor fue creciendo con el paso de las estaciones. Les cogió cariño en otoño, los quiso fleje en invierno, se enamoró de ellos en primavera y, cuando llegó el verano, supo que ya no había vuelta atrás, que su amor era uno de esos «para siempre» en los que no creía cuando era más joven.

Se sintió madre por segunda vez en la vida. Eran dos criaturas maravillosas que guardaban tanto amor… Tanto…

Henar era fácil. Ella quería como quieren los niños de su edad, con el abandono y la simpleza de la inocencia. El difícil era Abián, su niño perdido, con ese cuerpo que creció y creció hasta llegar a su altura y esos brazos que parecían de hierro pero que se quebraban como esos espaguetis del número 1 que le gustaban a Henar. Itahisa se volcó en ella, porque era más chica, pero no apartó la mirada de él. Cómo quería el *jodío* , cómo se las apañaba para que su hermana viviera eternamente en su Nunca Jamás particular, ese en el que el plato siempre estaba lleno de comida, aunque no hubiera nada. A Itahisa se le partía el corazón al advertir su fuerza y su fragilidad, todo lo que daba y lo poco que aceptaba de los demás. Así era él. Y lo siguió siendo a medida que pasaban los años.

Itahisa los vio crecer con el corazón en un puño. Fue madre sin serlo, y lo hizo lo mejor que pudo, aunque a veces se equivocara. ¿Cómo no hacerlo? El amor es un galimatías y la experiencia no te aseguraba nada ni te salvaba de cometer errores.

Hubo días buenos, muchísimos. Itahisa les dio un hogar seguro; fue madre, Ratoncito Pérez, Papá Noel y los Reyes Magos. Los sacaba de excursión cuando le daban permiso, se encargaba de vestirlos en Halloween y en carnavales, los llevaba a las galas y los colocaba cerca del escenario para que no se perdieran nada, los apretaba contra su pecho cuando lloraban (Henar por fuera, Abián por dentro), se quedaba en silencio cuando no sabía qué decir, pedía citas para el médico o los ayudaba con los deberes cuando no trabajaba. Pero también hubo

días malos. A fin de cuentas, solo era una madre de quita y pon. No pudo evitarles el dolor ni los golpes de la vida, ni el miedo, ni mucho menos la soledad del abandono, esa que Abián se había comido hasta el emboste. Sus niños fueron felices, sí, pero también sufrieron.

Itahisa se preguntaba a veces si lo bueno compensaba lo malo. Deseaba que sí. Que la magia se les quedara dentro cuando el dolor se lo llevaba todo, que el camino hasta ellos siempre fuera claro y seguro, que siguieran siendo niños. Que creyeran. Eso era lo que más quería Itahisa: que creyeran. Porque solo quien cree es capaz de volar.

Capítulo 18

Abián

13 años, febrero

Henar coge piojos después de cumplir los ocho años. El pelo le llega hasta la cintura y no para de decir que quiere ser Rapunzel, como Itahisa. Eso enfurece a mamá y hace que el monstruo lance fuego por la boca. Las paredes crujen a causa de sus zarpas y me alegra que Rayco nunca entre en la casa, porque todo está destrozado y lo único bonito es mi hermana, que ahora llora y llora mientras mamá la peina y el cepillo se le llena de pelos arrancados y no para de decir «mira qué de liendres» y «qué asco» y que se calle si no quiere que la calle ella. Es uno de sus días malos.

Después viene el silencio. Mamá termina de peinarla, la abraza, le pide perdón y le dice que van a salir las dos solas y que le comprará un helado. Y yo me pongo contento, porque la nena deja de llorar y sonríe y yo sonrío porque ella es feliz, aunque no se acuerde de mí. La nena nunca lo hace cuando mamá le presta atención.

Ese día, mientras espero a que regresen, me pongo a leer varios de los cómics de Superman que me prestó Rayco. Me olvido de los piojos, de los gritos y los lloros y me centro en ese hombre tan súper al que no entiendo. Desde el salón, escucho los ronquidos del monstruo: grrr, grrr, grrr. Me lo imagino babeando y arrastrándose por el suelo mientras yo le lanzo rayos láser con los ojos, como hace el último hijo de Krypton con sus enemigos.

Se me escapa una sonrisa y me entran muchas ganas de ver a Rayco y contarle lo que estoy pensando. Verlo, nada más. Él es grande y es invencible y es todo lo que yo nunca seré, porque para ser eso tienes que ser valiente y resulta que yo no lo soy.

Lo sé en cuanto la nena entra con mamá en la casa. Lo sé en cuanto la veo en el suelo, asfixiada por su propio llanto. Me levanto, el cómic se cae al suelo y lo destrozo cuando paso por encima para llegar a ella. Hay todo un abismo entre mi hermana y yo y se me ocurre que no existen mapas que te ayuden a alcanzar el dolor de aquellos a los que más quieres. No los hay. Ni siquiera un superhéroe podría, y yo no lo soy. Me tiemblan las manos, el corazón se me agita y tengo un bloque de hormigón en el pecho que no me deja avanzar.

Arrastro las piernas, una a una, y parpadeo cuando llego a la altura de la nena y descubro lo que pasa.

Su pelo largo ya no existe y ahora lo lleva tan chico como mi padre, o como el del vecino de al lado, ese que nos toca la puerta por la noche cuando hay mucha gente en la casa y la tele está alta.

Henar no tiene pelo y yo no puedo dejar de temblar ni de llorar por dentro. Cuando lloras por dentro no se escucha, pero duele más porque el silencio duele más, porque esconderse duele más.

Mi madre pasa por su lado y me dedica una mirada que parece una copia de aquellas que me echa el monstruo cuando me cruzo con él por el pasillo.

—Haz que se calle o la callo.

No dice nada más y yo me agacho y cojo a mi hermana en brazos y también el cómic roto de Superman y salgo de la casa. No nos quedamos en las escaleras, sino que subo y llamo a la puerta de los Arocha.

El miedo es un pantano en los ojos de Rayco cuando me ve con toda mi fragilidad en la cara; ríos y ríos de miedo que no se derraman por mis mejillas mientras la nena hipa y se asfixia y yo me muero de pena y de rabia y de dolor.

—No sé qué hacer —digo con una voz que es mía, pero que no lo es.

Rayco estira el brazo con miedo y me roza la mejilla como si intentara borrar eso que no se ve, pero sí se siente en la vibración de mi cuerpo. Enseguida sale Itahisa y me quita a la nena de los brazos con suavidad.

Rayco me agarra de la muñeca y me hace pasar a la cocina, donde me prepara un colacao mientras los dos fingimos que no estoy llorando por dentro.

No puedo mirarlo cuando le entrego el cómic destrozado.

—Lo siento. Ahorraré y te lo pagaré.

—No pasa nada, tengo más.

—Es que la vi en el suelo y se me cayó y yo… pensé que se moría. —Respiro hondo y noto el pinchazo en los ojos, como si el río de dolor quisiera salir por ahí—. Si ella se muere, yo me muero, Ray. No tengo a nadie más.

Cojo aire y me muerdo el labio con fuerza mientras el cuerpo se me dobla y las lágrimas no salen. Soy uno de esos castillos que hacía en la arena cuando mamá no estaba poseída y nos llevaba a Las Canteras. Un solo roce y se caía. Así me siento cuando Rayco me sujeta la cara con ambas manos y me acaricia con cariño.

—No seas bobo. Solo es un cómic. ¿No viste mi habitación? Tengo muchos.

—Lo siento.

—Mírame, por favor.

Entonces lo hago: lo miro. Y hay tanto amor, tanta dulzura… Pero también hay otra cosa que no logro entender y que no me gusta nada. No es la primera vez que me mira así y a mí me gustaría ser un superhéroe de esos que leen la mente para poder saber lo que piensa.

—Óyeme bien: no solo tienes a Henar; ahora tienes a mamá y me tienes a mí. Con nosotros nunca estarás solo.

Pero no es verdad. Puedes estar con gente y estar solo. Puedes estar con tu persona favorita y estar solo. Me pasa cuando estoy con Henar; no siempre, pero me pasa. Claro que no se lo digo, porque Rayco me está sonriendo con la boca y con el cuerpo y también me abraza fuerte y durante mucho rato. Es más grande y alto que yo, pero se agacha y nuestros corazones se sincronizan y yo me aprendo el modo en que laten juntos, ese «pum pum, pum pum, pum pum» que es suyo y mío y de los dos a la vez.

Rayco huele a Bakoka de fresa y a flores y a la base de maquillaje que siempre le llena las uñas. Su olor es un mapa en sí mismo, un mapa que siempre me llevaría a casa: a él, no a este edificio; no a ese lugar en el que duermo bajo las fauces de un monstruo, sino a él, solo a él.

De pronto nos damos cuenta de que se dejó de oír el llanto de la nena y ahora su voz trémula llena la estancia: preguntas y respuestas que Itahisa le contesta con paciencia y cariño. Ese «ya no podré ser Rapunzel» que se repite y se repite y se repite. Y ese «no, eres algo mejor» que le viene de vuelta y hace que la nena ría con fuerza y que a mí me tiemble la barbilla por el alivio.

Itahisa nos llama desde el salón, o quizá lo hace Henar. No lo sé. Aún sigo contando los latidos y no quiero separarme de Rayco nunca. Su risa al darse cuenta de cómo lo aprieto me hace cosquillas en el cuello y siento una marea alta en la barriga cuando me aparto y me mira con esos ojos que son hogar, la camiseta verde veinte tallas más grande, los pantis violetas y el pelo rubio salpicado de fisquitos de nomeolvides.

—Bienvenido al mundo, Kal-El.

No le pregunto por qué me llama así, pero le cojo la mano cuando me la tiende y tira de mí hacia el salón. Ahí está mi hermana. La melena que Itahisa le puso es incluso más larga que la que le raparon.

La nena se abraza a mi cintura y yo me agacho para darle un beso en la mejilla.

—Mira, Abi, soy Rapunzel. Ahora tendré el pelo siempre largo y no se me llenará de piojos y mamá no me lo quitará, porque Ita me lo guardará hasta que

venga del cole.

Itahisa me mira. Rayco también me mira. Pero yo solo puedo mirar a mi hermana, que gira y gira por el salón con ese pelo que es como una cascada de oro enfatizada por la luz que se cuela por la ventana abierta. En ese momento pienso que no necesito superhéroes si tengo esto. No necesito nada más.

Capítulo 19

Rayco

Rayco pensaba mucho en la libertad de las personas. La buscaba en cada rostro que conocía, en las conversaciones, en el timbre de las voces, en los gestos, en la forma de caminar. La libertad no estaba en todos. Había quienes la escondían, se disfrazaban y la guardaban como un secreto en una caja acorazada.

A Rayco esas personas no le gustaban, le daban miedo. Quizá por eso Superman era su superhéroe favorito. La libertad de Kal-El era simple. No había máscaras, no se ocultaba; aun así, la gente no lo reconocía. No siempre es fácil reconocer la libertad en las caras ajenas. Vivimos en un mundo de máscaras y ver una libertad tan blanca y simple cuesta, no te la crees.

Por eso, cuando Rayco conoció a Abián no pudo apartar los ojos de él. Era un niño más bien triste, pero tenía los ojos llenos de fuego y el cuerpo en alerta para enfrentarse a quien fuera que intentara hacerle daño a su hermana. La libertad pintada en su cara resplandecía y llenaba de luz el lugar hediondo en el que vivía. Rayco lo quiso en ese momento, y lo quiso mucho más en cuanto comprendió que no era un espejismo y que su libertad, quizá, era lo único con lo que contaba, además del cariño de su hermana. Su amor por Abián creció como crecen las olas del Pino en La Cícer a la llegada de septiembre.

La libertad de Abián se parecía a la de su madre, que no era simple pero sí real. Y es que la de Itahisa estaba dentro de ella, pero había que dibujarla fuera para que se viera. A Rayco le encantaba hacerlo. Cogía sus paletas de sombras, los lápices, la máscara *waterproof* y los pinceles sintéticos y dibujaba en el rostro de su madre una libertad que había tardado mucho en mostrar, pero que ahora lucía con orgullo.

No siempre fue así de libre. Hay quienes tardan en aceptar la libertad y quienes no la aceptan nunca. Itahisa tardó en hacerlo. El miedo es un parásito con el que vivimos día y noche y no siempre podemos hacerle frente. No siempre nos quedan fuerzas. Rayco siempre recordaría el momento en que «su madre» dejó de ser «su padre», tiró a la basura sus ropas antiguas y se pintó la libertad que se merecía. Fueron muchos años de esconderse en prendas que no eran suyas y en un matrimonio feliz de puertas para dentro. Itahisa solo era ella

dentro de casa. La libertad en espacios pequeños puede llegar a asfixiar. Y lo hizo, en parte. Hasta que Marta, su otra madre (la mujer que lo trajo al mundo y ya no estaba en él) enfermó. Entonces hubo lágrimas, pero también una promesa. Antes de irse, Itahisa le prometió al amor de su vida que nunca (jamás) volvería a esconderse. Y lo cumplió.

Rayco la ayudaba cada día. Pintaba y pintaba y su vida era sencilla, aunque por fuera pareciera compleja. Nada lo era cuando había amor; de eso iban bien sobrados.

Rayco no le habló de esto a Abián; no hacía falta. Su amigo no veía a su madre como lo hacían las otras personas. La aceptaba, sin más. Quizá porque quien es libre sabe reconocer a sus iguales. Quizá porque el amor es el único idioma válido en la vida de un niño que siempre careció de él. Quizá.

Capítulo 20

Itahisa

Itahisa tenía siete años cuando conoció el *Poema del Atlántico* de Néstor de la Torre. Sus padres la habían llevado a casa de unos amigos que tenían en el pasillo el cuadro *Mar en reposo* , del *Poema del mar* , con esos tonos pasteles y esos peces enormes y esos cuerpos desnudos con los brazos abiertos y los ojos cerrados, en calma. A su lado, *Drago* , del *Poema de la Tierra* . La luz intensa del sol amortiguada por las hojas y ramas del árbol, dos cuerpos desnudos, fusionados por la intensidad del amor.

Ella se detuvo ahí, delante de él, como si fuera una de esas criaturas de las leyendas mitológicas que le gustaba leer. Y en parte fue así. Era una imagen hermosa y muy diferente de esos otros cuadros que decoraban las paredes de su casa, con mujeres muy flacas de vestidos muy recargados y nada bonitos, como si tuvieran que esconder su cuerpo del mundo, como si no fueran dignas. El cuadro de Néstor era algo insólito, algo que Itahisa no había visto en la vida y no olvidaría ni aunque Cerbero le arrancara los ojos esa misma noche.

Cuando su madre le dio un toquecito en el hombro para que entrara y se comportara, ella levantó la barbilla y le preguntó, apuntando el cuadro con el índice:

—¿Son dos hombres o dos mujeres?

Su madre se ruborizó. Miró a los lados y se agachó.

—No digas bobadas. Son un hombre y una mujer.

—Pero ¿quién te lo dijo? Yo no veo tetas ni pito.

Itahisa tampoco tenía tan clara la parte de los genitales. Ella también tenía pito, aunque se cuidara bien de que no se lo vieran, y no tenía tan claro que fuese un niño. Dentro de ella, se veía llevando vestidos y adornos que su madre le decía que no podía llevar, porque era un niño y los niños no llevan esas cosas y eso lo sabía todo el mundo. Itahisa entonces le preguntaba que quién era todo el mundo y ahí se acababa la conversación, porque su madre se cansaba y dejaba de prestarle atención.

—Qué cosas tienes. Anda, entra y juega con los niños.

Pero Itahisa no jugó. No le gustaban esos niños ni tampoco las niñas. Quería volver al cuadro. Quería saber. Quería tantas cosas… Tantas… Como el vestido

de la rubia con coletas, la hija del dueño de la casa. Eso sí le gustaba. Y todas esas pulseras que movía fuerte para que se le notaran; movimientos exagerados de niña presumida que Itahisa no entendía. Si ella las llevara, estaba segura de que nadie lo notaría. Lo haría mejor. Sería una niña más buena. Y más bonita. Y más. Lo que Itahisa no podía saber era que sí la mirarían, pero de otra forma: la mirarían para juzgarla, o para reírse, o para condenarla.

Itahisa volvió al cuadro más tarde, antes de marcharse. Y esta vez fue su padre quien fue a buscarla. Itahisa siempre prefería a su padre porque la entendía. Su padre hablaba un idioma distinto propio de esas historias con las que ella fantaseaba desde chica. Era su caballero de brillante armadura, ese que la protegía de todo mal como solo un padre protege a una hija.

—*Pa* , ¿son dos mujeres o dos hombres? —le dijo, ansiosa por saber.

Él se rascó la barbilla solo para hacerse el interesante mientras se inclinaba hacia la imagen.

—¿Importa mucho?

Itahisa lo miró. No entendía la pregunta; nada de nada.

—Quiero saberlo.

—¿Por qué? ¿No te gusta el cuadro?

—Me encanta mucho. ¿Puedo tener uno? —aprovechó para preguntar.

La risa de su padre le estiró las comisuras de la boca y los ojos le brillaron como la luz del otro cuadro, *Mar en reposo* .

—¿Y te va a gustar más o menos si son mujeres o si son hombres? Porque pueden ser las dos cosas o pueden no ser nada. El sexo es solo una imposición con la que nacemos. Hay niños que nacen niñas y niñas que nacen niños y personas que no son ni una cosa ni la otra o las dos a la vez. Somos un estado libre.

Itahisa lo miró durante mucho rato. Tenía fuego en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas y no supo por qué. Su padre nunca volvería a hablarle así, como si se hablara a sí mismo después de una vida de tragar y tragar y callar y callar, y ella retendría las palabras como un tesoro muy adentro, en lo más profundo. Y callaría y callaría, y tragaría y tragaría, y sería una imposición antes de convertirse en un estado libre. Pero en ese momento habló. Tiró de la camisa de su padre para que se agachara y le susurró al oído algo que no volvería a pronunciar hasta muchos años después:

—Yo soy una niña.

Su padre sonrió y a él también se le aguaron los ojos. Se incorporó y le acarició

la cabeza con cariño. La miró con pena, como si supiera que su vida estaría tan llena de fuego como el que en esos momentos se avivaba en su garganta dolorida.

—Vamos pa casa, mi niña.

Esa fue la única vez que su padre se refirió a ella como «su niña».

Su niña.

Su niña.

Meses después dejó este mundo, quizá cansado de callar y de tragar. Se fue y la vida de Itahisa se oscureció. El cielo se llenó de nubes grises. Su madre cerró las ventanas y echó la llave a las puertas para que la verdad de Itahisa no saliera fuera. El nombre de su padre, ese hombre cobarde que se había marchado dejándolos a la deriva, pasó a ser tabú.

Su madre se agarró a los hombros de ella y le dijo:

—Ahora eres el hombre de la casa.

El fuego en la garganta de Itahisa le impidió hablar, gritar y sacar una verdad que empezaba a consumirla, porque el fuego quemaba y ella se estaba convirtiendo en cenizas.

Y los años pasaron. Y todo era gris. Y llegó *ella* , Marta, e Itahisa se casó como su madre quería que se casara. Y cuando por fin salió a la calle y vio el cielo despejado, cuando por fin el fuego dejó de quemar, Itahisa habló, y habló, y habló.

No había dejado de hacerlo desde entonces. Y su voz se mezclaba a veces con la de su padre, que estaba en el cielo, aunque las malas lenguas dijeran lo contrario. Porque su padre era pura luz y ella era su niña, y algún día subiría allá arriba y lo abrazaría y le diría «gracias, papá, por no negarme».

«Somos un estado libre».

«Mi niña».

Todo eso les contó a sus pequeños una mañana cualquiera mientras desayunaban y Henar le preguntaba por Néstor de la Torre y su *Poema del Atlántico* , esos cuadros que recorrían los pasillos de la casa y que llenaban su vida de sueños y color; omitiendo partes, claro, pues aún eran muy chicos, y adornando otras. Rayco y Abián se miraron con las almas temblorosas y los corazones acelerados, atesorando cada palabra del relato. Henar tardaría un poco más en entender a qué venía esa tristeza y esas caras y toda esa complicidad.

Y el cielo seguía despejado, e Itahisa siguió hablando.

Y siguió hablando.

Y siguió hablando.

Capítulo 21

Abián

13 años, julio

—¿Dónde estaban ustedes, dices? —me pregunta el monstruo que era mi padre cuando volvemos de la casa de los Arocha después de pasar el día en el sur.

—¡Deja al niño! —dice mamá casi a gritos.

—¿Te piensas que me chupo el dedo? ¡Estaban con el travelo! ¡Los vi salir con él!

Yo no sé qué significa, pero es algo feo porque el monstruo empieza a gruñir y se le escapa la saliva que salpica en la cara de mamá y también en mi ropa cada vez que gira el cuello y la baba se cae aquí y allá. A ella no le da asco, creo, pero yo cojo a la nena y la escondo detrás de mí para que los perdigones no le lleguen. La discusión sigue y sigue y yo me muevo para dirigirnos al pasillo, porque Henar está temblando y tiene miedo. Oigo algo sobre «denuncias» y «Policía» y «asistenta social», y luego el monstruo se calla; no hay cosa que odie más que la Policía.

El corazón se me acelera y me hago a un lado cuando veo que va a pasar por el pasillo con la mandíbula apretada y cuchillos en la mirada. La nena me agarra más fuerte y yo cierro los ojos y cuento. Tengo trece años y tengo miedo. Me pregunto cuánto tarda en irse el miedo. Itahisa dice que no se va, que solo se transforma, pero no sé qué significa y solo quiero crecer y crecer hasta ser grande y fuerte y que el miedo no me gane a las escogidas nunca más.

De pronto, percibo el olor a mierda de la boca del monstruo y sus garras se me clavan en el brazo.

—¡Óyeme bien, cabroncete! ¡Como te dé por comer pollas como el maricón ese, te la arranco! —El golpe en la pared llega antes de que abra los ojos; el cuerpo me retumba por la sacudida, el mío y el de la nena, que se agarra más a mis piernas y grita. Los dos sabemos que el monstruo tiene garras y hace daño, aunque nunca nos haya alcanzado—. ¿Me estás oyendo? ¡Te cojo y te escacho como te vuelvas marica! ¡Un hijo mío no va por ahí comiéndole pollas a nadie!

Henar grita, mamá grita, pero yo no hago nada. Ni me muevo ni lloro ni respiro ni tiemblo. Todo sucede dentro de mí. No sé cuándo empiezo a

controlarlo, pero lo hago. Esa es la primera vez que miro al monstruo a los ojos y le digo que sí, que está bien, pero que se calle. Y él lo entiende. Comprende que algún día creceré y no podrá hacer nada. Nada de nada. Porque somos iguales, porque los monstruos se hacen por dentro y yo me estoy cociendo como el potaje de berros que cocinaba mi madrina. Si Itahisa está en lo cierto y el miedo se transforma, no sé cómo será el mío. No sé si quiero saberlo. No sé.

***

Esa noche mamá nos abraza y habla con los Arocha para que nos quedemos con ellos. Hay muchos amigos de papá en la casa y no es bueno que estemos ahí. Itahisa le dice que sí con la cabeza, pero no le habla. Itahisa no habla mucho con mamá y creo que sé por qué, pero no se lo digo porque no quiero que se ponga triste ni ponerme triste ni hacer que Rayco se ponga triste.

—¿Te duele? —me pregunta él al llegar de la calle y sentarse conmigo en el sofá.

Huele a verano y al ramo de flores que tiene en la mano y que su madre le quita para repartir en los jarrones vacíos, y a polo de fresa. Inspiro hondo para llenarme de libertad y me arrimo más a él. Sé que Itahisa le contó algo porque tiene arrugas en la frente y no deja de poner esa mueca triste en la boca que a mí me gustaría borrar con típex.

Despacio, me recorre la cara con la punta de los dedos como hace cuando estamos en la cama y el sueño no quiere venir a nosotros, y a mí se me pone la piel de gallina, pero me relajo.

—No me pegó, bobo —replico—, solo me gritó.

—Los gritos también duelen, bobo —repite con ese tono jodelón que siempre me hace sonreír, y quizá por eso lo usa, porque le gusta que sonría y a mí me gusta que lo haga cuando me ve hacerlo. Somos un péndulo que va del uno al otro y yo quiero caerme siempre en él, sentirlo y que me sienta, sentir que no estoy… solo.

Lo miro, pero no digo nada. Él me sigue acariciando un poco más antes de volver a preguntar:

—¿Qué pasó?

Le digo que no con la cabeza. No quiero hablar. No.

Y entonces la nena llega de la cocina con un cuenco de roscas y pregunta:

—¿Podemos ver *Hook* ?

Itahisa grita:

—¡Preparados, listos, allá voy con la cena!

Y nos trae *pizza* y comemos viendo la película en el salón. Rayco me acaricia el brazo y también la cara cuando todo está a oscuras: pequeños roces que yo siento como hormigas hambrientas moviéndose por mi piel. Cuando se cansa, apoya parte del cuerpo en mi pecho y juega con mi camiseta o me clava los dedos en el muslo de esa manera que significa que estamos aquí, el uno en el otro, mientras su pelo me hace cosquillas en el cuello y todo huele a él.

—Papá es malo como Garfio —suelta Henar cuando empiezan a aparecer los créditos.

Rayco eleva el rostro y sonríe y yo sonrío porque no puedo no sonreír si él lo hace. Todavía me acaricia el brazo y a mí ya no me duele nada.

—Cuando se enfada abre los ojos así, como Garfio —dice, imitándolo entre risas—. Creo que hay un cocodrilo que lo persigue y por eso se enfada.

—Los cocodrilos dan mucho miedo —admite Itahisa mientras se la come a besos.

La nena se ríe a carcajadas y mi corazón se acelera, pero de felicidad. Itahisa la coge en brazos y se la lleva a la cama. Los dos escuchamos la pregunta que le hace antes de desaparecer por el pasillo:

—¿Qué es un travelo? ¿Es un cocodrilo?

—¿Quién te enseñó esa palabra? —inquiere ella con voz suave.

La nena le explica que papá se enfadó y me gritó porque le tenía miedo al travelo y mamá decía que no pasaba nada, que era buena gente, pero los cocodrilos no son buenos y…

Ray se incorpora y me clava la mirada.

—¿Por eso estás así?

Me encojo de hombros.

—Mi padre es un monstruo, ya lo sabes. Además, mamá nos defendió.

—Los defendió —repite, casi escupiendo la palabra—. ¿A ustedes o a mi madre?

Lo miro sin saber bien lo que me está preguntando.

—Espera… —Rayco abre los ojos de par en par—. ¿Sabes lo que significa?

Niego con un gesto. No le cuento esa otra parte, la de maricón, porque eso sí sé lo que es y creo que se refiere a él y no lo soporto y me duele.

Nos miramos. Él con los labios apretados y la mandíbula tensa, los hombros rectos como la profesora de Lengua, la que dice que hay que sentarse con propiedad y es vieja revieja; yo con este miedo que tengo dentro y que no sé si

se irá o se transformará como dice Itahisa, pero que ahora siento muy vivo y real.

Rayco se levanta y yo lo sigo. Mi hermana e Itahisa están ocupando la habitación grande, así que nos cepillamos los dientes y nos metemos en su cama. La distancia entre nosotros es diminuta y fría, como un cristal helado, y empiezo a temblar a pesar de que es julio y hace calor. No puedo dormir, así que me muevo hasta que él me toca la cara y me relajo.

—Ray…

—Mmm.

—No te enfades conmigo, porfa.

Me estremezco cuando eleva el rostro y me roza la mandíbula con la nariz.

—Contigo nunca, bobo.

—¿Significa que seremos amigos pa siempre?

—Significa que la nena y tú siempre tendrán un hogar con los Arocha.

Luego me da un beso en la frente y me duermo con la horrible certeza de que algún día eso cambiará, de que el tiempo nos separará o quizá la vida o los monstruos que habitan en ella. Quizá.

Capítulo 22

Abián

13 años, agosto

—¿Por qué te gusta tanto Superman? —le pregunto una noche a Rayco. Es muy tarde y su madre nos obliga a dejar de leer y apagar la luz, porque al día siguiente nos va a llevar a Galdar para ir al museo y parque arqueológico Cueva Pintada, y también al Faro de Sardina. No sé cómo convenció a mamá cuando la ira del monstruo no ha hecho más que crecer y crecer durante todo el verano; tampoco quiero saber, solo ir, estar con los Arocha y con mi hermana y que el tiempo se estire hasta desaparecer—. ¿No te parece que está un poco *aplatanao* ?

La voz de Rayco suena estridente en la silenciosa habitación y nos reímos cuando Itahisa golpea la pared para que nos callemos. La nena duerme con ella y yo deseo que todos los días sean así, que mi familia sean ellos, que los monstruos solo existan en los tebeos.

—*¿Aplatanao* ? —repite, y la voz le sale tan aguda que tengo que taparme la boca con la almohada para que mi risa no se oiga en todo el bloque.

—Es un soso, Ray. No me digas que no.

—¿El ser más fuerte de la Tierra te parece soso?

—No es de la Tierra.

—Es un extraterrestre, pero con residencia en la Tierra. —Empieza a recorrerme el contorno de la cara con las yemas de los dedos y yo cierro los ojos y muevo el cuello para que siga—. Dime qué es lo que no te gusta del pobre Superman.

—Es que lo tiene todo y no hace nada. Se esconde incluso cuando todos lo ven. No lo entiendo.

Rayco se ríe. Yo sigo con los ojos cerrados y siento esa cosa rara como de tener hormigas por la piel, que suben y bajan y van en todas direcciones. Rayco acerca los labios a mi frente y me besa como beso a mi hermana, pero no es igual porque no lo siento igual.

—Lo entenderás cuando seas más grande.

—No soy un niño chico —me quejo, y abro los párpados para ver el fuego llameando en sus pupilas.

—No, pero aún eres chico para entenderlo.
—¿Entender el qué?
—Lo valiente que es una persona cuando puede hacer daño y no lo hace.

Capítulo 23

Abián

13 años, septiembre

Lo entiendo unas semanas después, cuando mamá me cambia de instituto porque ya hay plazas y puedo ir al Simón Pérez, que está al lado de casa y es el mismo al que va Rayco. Yo, a segundo de la ESO, y él, a cuarto. Me paso una semana con gripe y las clases ya están empezadas cuando llego. Aun así, hago amigos desde el primer día.

Es por el monstruo.

Un niño (Luis) se me acerca y me dice que vaya, que es hijo de un amigo de mi padre y que juegue con ellos al fútbol en el recreo, que les falta uno. No soy bueno jugando al fútbol, pero tengo los gemelos fuertes y soy alto y aprendo rápido y soy hijo del monstruo. Eso me da oportunidades, signifique lo que signifique eso.

«Las oportunidades no se cuestionan, se aprovechan». Eso me dice Rayco y no lo entiendo hasta que veo cómo es su día a día en el instituto.

Rayco no tiene amigos, sino amigas. Es el más alto de su clase y tiene un cuerpo más fuerte que el de muchos de los otros niños, pero también es guapo. Qué digo, es el niño más guapo del Simón Pérez y de todo el polígono Cruz de Piedra; probablemente de toda la isla. Eso lo convierte en un extraterrestre dentro del instituto. Los niños se ríen, lo insultan y algunos hasta lo empujan y se atreven a pegarle. Cuando pasa, él los mira mucho y también les sonríe hasta que lo llaman cosas que jamás había oído y que me hacen encogerme de rabia y de miedo. No por mí, sino por él. El miedo, cuando parte de ti, es casi una mascota que va contigo a todas partes, pero cuando viene por otros a los que quieres… es horrible. Y no sé qué hacer. Soy chico y no soy valiente y no sé qué hacer.

—¿Por qué no te defiendes? —le pregunto una vez en la que uno de los mayores le arranca un puñado de pelos para demostrar que lleva peluca como su madre; no es verdad, ni él ni Itahisa la llevan, pero no se lo digo porque no me sale la voz y el pibe es un gigante y asusta—. Eres fuerte; puedes hacerlo.

Él mira a los lados.

—No deberías acercarte a mí. Vete con tus amigos, Abi.

—Tú eres mi mejor amigo. Ellos no son nada.

—Yo no estaré mucho por aquí. Ellos son tu billete a unos años tranquilos en esta mierda de sitio.

Lo miro. Tiene el pelo revuelto, la miel de sus ojos enfatizada por el kohl y va como va siempre, con mucho color en la ropa y mucho brillo en el cuerpo.

—No lo entiendo —murmuro, y no puedo evitar estirar el brazo y peinarle el pelo con los dedos, así como él no puede no cerrar los ojos y permitir que lo haga—. Ellos están conmigo por mi padre, pero yo no soy mi padre.

—Lo sé, bobo, pero las oportunidades se aprovechan. Sigue jugando al fútbol y sigue con ellos y estarás bien. Si no lo haces por ti, hazlo por la nena. Y ahora vete antes de que te vean —dice, y me clava los dedos en la muñeca, fuerte fuerte, antes de apartarme la mano y poner distancia.

—Pero ¿por qué no te defiendes? —insisto—. Te he visto defender a tu madre otras veces y pegarles a pibes más grandes que ese.

Rayco me jala de la camiseta y me lleva a un rincón alejado donde nadie nos ve. Su aliento me hace cosquillas en la mejilla cuando me susurra al oído:

—¿Recuerdas eso que te dije de Superman? A veces es más valiente no hacer nada, aunque lo puedas hacer todo.

—Pero te hacen daño —replico.

—No tanto como crees. Hay días en los que ni se acuerdan de mí. Nadie mira a Superman si no llama la atención. Quiero terminar el insti y empezar el ciclo sin que mi madre tenga que pisar este sitio ni dar la cara por mí. Ya tiene bastante con lidiar con su vida. Hay batallas que se ganan en silencio, Abi. Y ahora, vete con tus amigos.

—No son mis amigos.

—Hay batallas que se ganan en silencio —repite, y me da un beso en la mejilla antes de empujarme para que me marche.

Y yo me voy con la sensación de haber perdido no una batalla, sino toda una guerra.

Rayco y yo no volvemos a hablar en el instituto. Nos miramos, nada más. Los pibes se meten con él, pero no tanto. Y comprendo lo que me dijo. Cuando los monstruos no se sacian con su presa, en ocasiones le dan duro hasta que consiguen quebrarla, pero otras la sueltan y se van. Rayco sigue ahí, con sus amigas, y el resto se olvida de que existe. Ser invisible es una cosa terrible, pero a veces es lo único que puede salvarte.

Y mientras él se hace invisible, yo me vuelvo muy pero que muy visible. Y

por primera vez en mi vida, tengo miedo. De llegar a ser un monstruo. Como mi padre.

Capítulo 24

Rayco

Rayco no fingía que le gustaba el fútbol; lo hizo una vez para intentar encajar, y después ya no. Cuando tenían Educación Física, elegía voleibol y jugaba con las chicas y con los frikis. Prefería llamarlos así que hacerlo como hacían los otros pibes. Ser friki estaba bien y a Rayco le gustaba mucho que lo incluyeran en el grupo. Era mejor eso a que lo llamaran «maricón» o «el hijo del travelo» o «mariposón».

Rayco tampoco fingía que le gustaban los pibes del instituto. Le gustaban, sí, pero a distancias largas y solo para mirarlos. Y no a todos. Había pocos chicos dignos de mirar, pero los había, y la gran mayoría eran gilipollas o perdían encanto en cuanto abrían la boca. Tenían una manera de hablar que le provocaba a uno arcadas. A Rayco le recordaba a aquella película de Eminem en la que se subían a un escenario y se enfrentaban a una lucha de rap. Con muchos «tíos» y «hermanos» y «chos» que le hacían arrugar la nariz. Entonces Rayco dejaba de mirarlos y volvía a su sitio, junto a las chicas, donde solía estar. Ellas hablaban bonito, eran bonitas, sentían bonito. El mundo de las chicas estaba lleno de color y una melodía en la que a él le gustaba perderse.

Eso molestaba a los otros pibes por norma general. A fin de cuentas, Rayco era más alto que la media, y tenía una espalda más ancha que la media, y era más guapo que la media (el chico más guapo del Simón Pérez si le preguntaban a Abián, y de la isla entera si nos poníamos puntillosos). Que un chico estuviera rodeado de chicas lo convertía en mariquita o en un aprovechado. Dependía del día.

Rayco no jugaba al fútbol, pero a veces la pelota le llegaba igual que si estuviera en un partido, con la misma fuerza y las mismas ganas. Venía volando y no tenía tiempo de pararla cuando se le estampaba en la cara o en cualquier otra parte del cuerpo. Él la ignoraba, se aguantaba el dolor y seguía a lo suyo, aunque le picaran los ojos de rabia y el cuerpo le temblara como el flan que hacía su madre, con poco azúcar para que no se le picaran los dientes.

Rayco también era más fuerte que la media. De niño, su madre lo apuntó en defensa personal porque, según ella, tenía que aprender a defenderse de todo aquel que quisiera hacerle daño, cosa que pasaría; ella no tenía dudas. Su hijo

tenía que prepararse y lo hizo. Estaba preparadísimo, y era cinturón negro en taekwondo y podía con cualquiera de esos toletes. Pero Rayco no lo hacía. Odiaba la violencia y odiaba usar una fuerza que le venía grande con gente tan pequeña. Y esos pibes eran demasiado chicos de cuerpo y de mente, en especial de mente.

Cuando le hablaba a Abián sobre Superman y el tener la capacidad de hacer algo pero decidir no hacerlo, lo decía en serio. Los pibes podían seguir insultándolo y lanzándole balones y teniéndole envidia y mirándolo cuanto quisieran, que él seguiría ahí, inmutable y decidido a seguir mientras ellos se quedaban atrás. Muy pero que muy atrás.

«El tiempo no te espera nunca», le solía decir su madre, y luego veían *Hook* con Henar y Abián y todo cobraba más sentido. El tiempo eran ellos, uno sentado al lado del otro en el sofá, en fila, con los hombros bien juntos, los dedos pegajosos de tanto chupar la sal de las roscas y los ojos bien abiertos, maravillados con una historia que ya se sabían de memoria mientras Itahisa le llenaba el pelo de trenzas a Henar. Fuera del tiempo no importaba cómo te miraba el mundo ni lo que dijeran de ti. No importaba nada.

Capítulo 25

Henar

La primera vez que Henar vio a Itahisa vestida de *drag queen* pensó en Campanilla y en esa magia que la hacía volar, tan fuerte que podía lograr que otros lo hicieran. El cuerpo pintado de ocre le brillaba como si se le hubiera caído encima un bote de polvo de hadas. Llevaba una corona que parecía pesar mucho, llena de palmeritas y plumas de colores que llegaban al techo. Cada vez que se movía, parecía que se le iba a caer a un lado o al otro. También tenía un collar enorme lleno de brillantes y un bañador de cuerpo entero como los que se ponía su madrina cuando iban a la playa de Las Canteras, pero con piedras incrustadas en la tela. Y luego estaban los ojos, tan grandes y bonitos, con ese brillo que era suyo y las pestañas que le llegaban al cielo.

Cuando Itahisa, subida a unas botas que parecían rascacielos, se inclinó hacia ella y le sonrió, rozándola con sus plumas y llenándola con su polvo de hadas, Henar pensó que ella también podía volar.

Capítulo 26

Abián

13 años, septiembre

—¿La maquillaste tú? —le pregunto a Rayco cuando veo que la nena comienza a correr alrededor de Itahisa, maravillada con su traje.

Es precioso, como ella, como el mismo Rayco, que viste con vaqueros blancos estrechos y una camiseta ajustada del mismo color, pero con el rostro igual de pintado que el de su madre. El pelo lo lleva recogido con un millón de trabitas brillantes. Es… hermoso. Y quizá nadie de aquel edificio ni de aquel barrio feo logre verlo como yo lo hago, pero el niño de casi catorce años que soy no puede más que admirar su belleza.

—¿Te gusta?

—Lo conseguiste. Pintar la libertad en ella.

Rayco se me acerca y me pasa una mano por la cara.

—¿Quieres que te maquille un poco antes de irnos?

Le digo que no, pero no lo miro. Los dos sabemos lo que sucedería si el monstruo me viera con la cara pintada o cualquier muestra de que soy poco hombre, como le gusta gritarme cuando se entera de que pasamos la noche en casa de los Arocha.

—Pero pueden venir a la gala, ¿no? Es la primera vez que mamá actúa, y solo porque va a sustituir a una amiga.

Son las fiestas del barrio, y no una gala grande de los carnavales de Las Palmas. Invitan a *drags* famosas, ganadoras o finalistas, pero una se puso mala y resulta que es amiga de Itahisa y llegaron a un acuerdo.

—Mamá nos dio permiso.

Rayco sonríe y me besa en la mejilla. Tiene una lágrima dorada pegada al borde del ojo, los labios brillantes y rojos, la mirada intensa remarcada por el kohl.

—Algún día pintaré la libertad en tu piel y podrás salir con ella a la calle. —Lo dice mientras me acaricia la barbilla con sus manos suaves y yo no puedo más que creer.

Capítulo 27

Abián

«A un padre se lo quiere».

Lo decían mucho en el cole y en la parroquia de La Señora del Carmen las veces en las que íbamos con mi madrina, y lo decía ella misma cuando dejaba de estar enfadada con mis padres. Pero no es verdad: a un padre no siempre se lo quiere.

Con el paso del tiempo, el amor que sentía por ellos, intenso y burbujeante, se fue convirtiendo en algo similar a esas sopladeras de cumpleaños que había en las casas de mis amigos, con formas retorcidas que querían ser perros o pandas o cosas por el estilo; nunca la verdad. Porque mis padres no quieren ser verdad ni ser padres. No tengo claro que quieran ser algo. Aunque lo de querer…, eso es algo que sí quieren, al menos mi madre; el monstruo no quiere nada. Que te quieran sin esfuerzo, por obligación, porque toca.

Y no funciona así.

No me da la gana.

No.

Capítulo 28

Abián

13 años, octubre

Rayco nunca viene a mi casa, no solo porque al monstruo no le gustan los Arocha, sino porque su casa no se parece a la mía, que no es bonita ni está limpia ni huele bien. Ni siquiera parece una casa y a mí me da vergüenza. Mi madrina decía que no estaba bien sentir vergüenza por las cosas que no son culpa tuya, y yo lo entiendo pero no lo entiendo, porque la vergüenza sigue ahí, aunque la culpa sea de mi madre o de mi padre o de sus amigos, que vienen y se van sin limpiar.

Por eso, cuando la nena se pone mala y mamá no se despierta ni empujándola muchas veces, decido llamar a la puerta de los Arocha. Porque papá no está y mi madrina está lejos y no sé qué hacer.

—Henar tiene los labios blancos y llora y no me deja cogerla en brazos y creo que se está muriendo y no sé qué hacer.

No sé si lo digo en voz alta o en mi cabeza; suena a algo que me diría a mí mismo. Lo que sé es que Itahisa me coge de la mano y me sigue hasta el tercero. La vergüenza me empuja en cuanto entramos. La suciedad salpica las paredes. Hay botellas en el suelo y latas escachadas con agujeritos y quemaduras en el centro, y hay colillas que se desbordan de los ceniceros y platina aquí y allí y todo huele a cigarro y a rancio. La casa siempre huele así, pero no me había molestado hasta que conocí el aroma de los Arocha, porque estoy acostumbrado y las cosas solo huelen mal cuando tienes con qué comparar.

Alzo la vista, solo para ver si se ha dado cuenta, y ella me aprieta con más fuerza y me dice que está bien. Luego le toca el cuello a mamá, que sigue en el sofá, y le pone la mano cerca de la boca y la coloca de lado. Enseguida me agarra la muñeca y me pide que la lleve con Henar.

La nena suda y llora y se retuerce cuando Itahisa le palpa la tripa para ver de dónde viene el dolor. La levanta con cuidado y se la carga a los brazos. Ahí la miro; la miro de verdad. Es grande y alta y bonita y pienso que no es una enfermera; es una heroína que va a salvar a mi hermana. Y lo hace: la salva.

A Henar la operan de apendicitis esa misma tarde y mamá no viene porque sigue dormida, pero lo hace el monstruo, que mira a Itahisa como si fuera una

de las morenas del cuadro *Noche* , del *Poema del mar* de Néstor de la Torre, con los dientes afilados y las bocas abiertas que dan mucho miedo y vértigo, y no fuera nada bonita.

Esa noche duermo con Rayco, que me lee un cómic y me acaricia la cara mientras lloro por dentro porque Henar está sola con el monstruo y tengo miedo.

Capítulo 29

Rayco

-Ma , ¿puedo casarme con él? —preguntó Rayco, que pegaba la nariz a la pantalla y clavaba sus deditos en la cara de Heath Ledger, llenos del pan de millo con el que mojaba la salsa del plato—. ¿Puedo?

Era domingo y ponían *Diez razones para odiarte* en la tele. Rayco no la estaba viendo, ni él ni su madre. Solo comían el moros y cristianos de los domingos mientras una película terminaba y empezaba otra y resultó que era esa. Rayco solo tenía diez años y había cosas que aún no entendía del todo, pero sí sabía que había hombres que se casaban con hombres y mujeres que se casaban con mujeres y muchas otras cosas que su madre le había ido explicando con paciencia y cariño. Toda Itahisa había sido una de sus primeras explicaciones y su hijo lo había asimilado con la alegría propia de los niños.

—¿Te gusta ese chico? —le preguntó ella.

—Es Aquiles, pero con vaqueros en lugar de túnica o armadura —dijo. Tenía muy presentes las imágenes de los héroes de los mitos griegos que su madre le narraba por las noches, en especial del Aquiles de pelo largo y rizado de su libro ilustrado favorito, ese que tenía más imágenes que letras—. ¿Puedo casarme con él?

Itahisa sonrió con complicidad, orgullo y una pizca de miedo, porque era su madre y todas las madres temen por el futuro de sus niños.

—Puedes.

Y siguieron comiendo, y Rayco siguió pegando los dedos llenos de pan a la pantalla, y la vida siguió su curso, y lo que entonces era una posibilidad se convirtió en certeza: Rayco quería casarse con Heath Ledger, con Aquiles o con cualquier otra persona siempre que fuera un chico, porque a él solo le gustaban los chicos.

Y fue fácil en casa, pero difícil fuera de ella.

Rayco no tardó en darse cuenta por cómo lo miraban cuando lo decía muy alto en el cole y por cómo se reían de él, y por cómo los otros niños se apartaban como si los fuera a contagiar de una enfermedad que no existía, porque Rayco no estaba enfermo de nada.

Quizá fue por la rabia o tal vez por la humillación que no cabía en un corazón

tan pequeño, pero Rayco aprendió a endurecerse pronto. Practicaba el fútbol como cualquier chico, participaba en los juegos de escupitajos como cualquier chico, y era más listo que cualquier chico de la clase. Pero resulta que también era demasiado guapo y le fascinaban las cosas bonitas y brillantes que no le gustaban a cualquier chico.

Y mientras el tiempo pasaba e intentaba acercarse a los demás, el mundo le ponía la zancadilla y lo alejaba más y más hasta que tuvo que rendirse. Dejó el fútbol y las cosas que se suponía que eran para chicos y aprendió a vivir como un herbívoro en un mundo de depredadores que querían comérselo y hacerle daño, y que se lo harían, pero que nunca le quitarían las ganas de vivir.

Por las noches, cuando su madre le besaba la frente antes de dormir y él cerraba los ojos, Rayco no rezaba. En su lugar, soñaba con vivir en un mundo en el que nadie lo mirara como a un extraterrestre, un mundo en el que solo fuera él, Rayco, con todo su brillo y sus paletas de colores. Él, sin más.

Y llegó el instituto y creyó que las cosas cambiarían al hacer un amigo. Se llamaba Borja y venía de Escaleritas. Era nuevo, no conocía a Rayco ni tenía relación con los otros chicos. Su amistad se forjó muy rápido. Unieron sus pupitres, quedaban para hacer los deberes y apuntaban sus nombres en los trabajos de clase para hacerlos juntos.

Rayco lo llevó a su casa, le presentó a su madre, y todo estaba bien hasta que dejó de estarlo. Los rumores no tardaron en salpicarlos y entre ellos se trazó una línea continua invisible que estaba ahí, aunque nadie la viera, nadie más que él. Y los trabajos en pareja cesaron. Y los pupitres se separaron. Y Borja dejó de hablarle, menos cuando llamaba a la puerta de su casa. Entonces hablaban y reían, y a veces se quedaban muy cerca del otro y sus cuerpos se tocaban. Rayco podía sentir a su amigo temblar y morderse los labios para no respirar fuerte como hacía él mientras sus cuerpos se buscaban y se encendían. Borja siempre se ponía encima y cerraba las persianas de la habitación para que no se viera nada. Y, cuando se corría sobre él, a veces lloraba y otras se enfadaba y se iba y no volvía a aparecer en semanas.

Pero siempre regresaba y Rayco siempre lo recibía. Tenía catorce años y mucha esperanza dentro. Hasta que un día Borja llamó a su puerta y Rayco le abrió pintado de libertad. Se había maquillado al completo y el corazón le saltaba en el pecho porque era la primera vez que alguien que no era su madre, o los amigos de su madre, lo veía; la primera vez que el chico que tanto le gustaba lo hacía.

Borja no sonrió ni se sorprendió ni le dijo que estaba guapo. Puso una cara muy rara y luego una mueca en la boca que Rayco recordaría siempre porque era cruel y fea y sería la protagonista de muchas de sus pesadillas futuras. Lo siguiente que hizo Borja fue escupir a sus pies y marcharse.

No volvió a su casa, ni volvió a hablarle en el insti ni volvió a mirarlo.

Y la corona que llevaba en la cabeza se cayó y se rompió. Y Rayco casi dejó de creer. Casi.

Mientras lloraba y lloraba, su madre le habló de Néstor de la Torre, lo llevó al pasillo e hicieron un recorrido por los cuadros. Le habló de la libertad, y del miedo, y de lo que muchas personas habían pasado antes que ellos para que hoy pudieran vestirse con libertad, y de esos muchos otros que aún tenían que seguir escondidos porque no les quedaba otra. Le habló de lo basto que era un armario y el miedo que daba vivir para siempre encerrado en él. Le habló y le habló y Rayco lloró y lloró, y se sintió primero diminuto y luego enorme, inmenso, como las reinas que se subían a tacones que eran como ascensores hacia la libertad. Y su madre le arregló la corona y él se la volvió a poner.

Esa noche, cuando Rayco se metió en la cama, se prometió que nunca volvería a mostrarse ante cualquiera. «La próxima vez elegiré bien», se dijo. Lo que no sabía era que no tendría que elegir. Pasaría, sin más, como sucedía lo importante. Que el elegido sería él, Abián Machado, su niño perdido y el amor de su vida. El chico a quien más daño haría. El chico al que perdería antes siquiera de haber tenido una oportunidad con él. El chico.

Capítulo 30

Abián

A veces pensaba que me gustaría acostarme a dormir y no levantarme nunca. Rayco se enfadó cuando se lo dije una noche, con trece o catorce o quince años.

—Venga ya. No vuelvas a decir eso.

—¿Tú no lo harías? Descansar la cabeza todo el rato.

—Es como morir. Cuando duermes no te enteras de nada y, cuando te mueras, tampoco lo harás. Es como morir, Abi.

—No es lo mismo. Cuando duermes, sueñas.

—Pero no siempre te acuerdas.

—¿Por qué te enfadas? —quise saber.

—Porque la vida puede ser un rollo tremendo, pero es que eso es la vida. Duerme un rato si estás cansado, pero levántate después y sigue aquí conmigo.

—Si lo dices por eso, no pensaba irme.

—No lo digo por eso, Abi. Es por la rotundidad de tus palabras. Que lo tengas tan claro me da miedo.

—A mí me da miedo esa vida que tanto te gusta. ¿No sientes que hay monstruos por todas partes y que no se van ni cuando enciendes la luz?

—Claro que sí.

—¿Y qué haces?

—Pues apagar la luz y acostumbrarme a ellos. Si te acostumbras no dan tanto miedo.

Nos miramos. Luego él me cogió de la mano y me llevó al armario. Nos metimos dentro, apretujados, y ahí nos quedamos, bajo prendas y prendas de ropa, sus piernas sobre las mías, mis manos entre sus muslos, nuestras respiraciones un eco que no olvidaría jamás.

—¿Ves? ¿A que no da miedo? Y estás despierto. Soy yo quien no soporta la oscuridad, Abi, y ya ves que sí puedo vivir con ella cuando hace falta.

—No da miedo porque estás tú, pero no siempre vas a estar.

—Estaré, lo haré incluso cuando no esté. Solo tienes que creer en mí.

Y creí. Lo hice siempre, cuando me metía con él en el armario, o cuando había mucha gente en esa casa en la que vivía y me escondía en los armarios con la

nena para que no nos vieran o yo solo cuando mamá estaba bien y la nena y ella se querían y yo estaba solo. Solo. Solo.

Capítulo 31

Abián

13 años, diciembre

—¿Te gustan los chicos? —le pregunto una noche de principios de diciembre, cuando bajamos a Triana a dar una vuelta para ver el alumbrado de Navidad.

La larga avenida llena de comercios parece haber abierto los ojos tras un largo sueño. Están las luces y otros machangos navideños que cuelgan de lado a lado de la calle, en árboles y postes, artistas callejeros aquí y allá, y todo huele a castañas asadas, algodón de azúcar y almendras garrapiñadas que me hacen salivar. Rayco se ríe al ver que mis ojos se quedan pegados a uno de los puestos y me compra una bolsa que nos comemos sentados en un banco mientras vemos a la gente pasar.

Hacía meses que había dejado de ser un crío que no sabía nada del mundo porque mi madrina me había encerrado en una burbuja donde no entraba el ruido de fuera. Sé que mis padres beben y se drogan y también sé lo que es un travelo y muchas otras cosas que me gustaría no saber, pero sé. Y oigo los rumores, y a veces necesito preguntar, y preguntar, y preguntar.

La manera en que Rayco me mira cuando escucha la pregunta hace que me tiemblen las manos y que se me caiga una almendra y que me ponga rojo, todo a la vez. Me chupo el caramelo de los dedos y miro al mimo que se mueve como si un cristal invisible le impidiera el paso, un cristal muy parecido al que hay entre Rayco y yo y que él se encarga de empujar con un codazo.

—¿Te molesta? —quiere saber.

—Claro que no.

—Vale —dice.

—Vale —repito como el bobo que soy.

—¿A ti te gustan las chicas?

Me pongo más colorado y me miro las manos. Llevo un rato arrancándome los padrastros de puro nerviosismo. Cojo las dos almendras que quedan y le doy una antes de meterme la mía en la boca y masticar despacio.

—Sí.

—Vale.

—Pero creo que también los chicos. ¿Qué? —inquiero al ver que se gira con brusquedad, la rodilla clavada en mi muslo, la frente un mapa entero de cordilleras y líneas difusas; alguien da un grito, un perro ladra espoleado por el ruido y otro alguien empieza a tocar la guitarra y a cantar con una voz que se parece a la de un niño en plena pataleta—. Se puede.

—Ya sé que se puede. Lo que me extraña es el «creo». Significa que no estás seguro.

—Es que no lo sé. Tampoco sé lo de las chicas, porque no he probado. Si no pruebas no lo puedes saber seguro, ¿no?

—No creo que funcione así. Puedes estar seguro, aunque no hayas probado. ¿Te gusta algún chico?

—Me gustas tú.

Rayco abre los labios y los vuelve a cerrar, como si las palabras se le hubiesen esfumado a saber dónde. Se chupa los dedos y arruga el plástico vacío. Su risa suave me calienta el pecho. Las luces de colores que llenan la avenida de Triana se mezclan con las amarillas de las farolas y con esa otra ámbar que Rayco tiene en los ojos. Y cuando me clava de nuevo la mirada, siento que tiene llamas en los ojos y que va a quemarme y no me importa porque es un fuego que no duele. Me caigo, eso pienso a pesar de saber que es imposible, porque estoy sentado y él desliza las manos entre mis muslos y creo que ardo al contacto de sus dedos, que se hunden en mi piel en un gesto que es muy de los dos: sentirnos en la carne, sentirnos hasta el dolor, sentirnos.

La voz me sale atropellada cuando me apresuro a decir:

—No pienses raro.

—No lo hago.

—También me gusta el profe de Inglés y sé que no pasará nada.

—No soy el profe de Inglés, Abi —dice, y me quedo embobado mirando la curva de sus labios.

—Pero eres platónico. Sé que sales con pibes más grandes y que nunca me verás así, y no pasa nada porque no espero que lo hagas y te voy a querer igual toda la vida.

Lo digo así, todo de carrerilla, porque me pueden los nervios; la mirada en algún punto de la calle y las manos sobre las suyas, apretando tan fuerte como hace él. Él las aparta para levantarme la barbilla. Su sonrisa es tan grande que podría iluminar el mundo entero. Al menos, el mío sí lo hace. Todo todo.

—Eh. Yo te veo, Abi. Nunca existirá un chico al que vea más que a ti. No

existe. No existirá nunca, porque estás tú y eres fleje de importante para mí.

—Tú también eres fleje de importante para mí —digo casi sin aliento.

—Lo sé, bobo. Gracias por contarme esto. Es… un gran honor ser tu amor platónico o lo que sea.

«Honor». Suena extraño, suena a todo lo que nunca seremos, porque Rayco no es para mí y yo soy demasiado chico para él. En todos los sentidos de la palabra.

Capítulo 32

Itahisa

—Me dijo que le gustaba —le contó su hijo esa misma noche, cuando dejó a Abián en la casa para que se reuniera con la hermana; se había metido en su cama con los pies fríos y los nervios tibios—. Fue tan natural… No solo me aceptó, ma , también resulta que le gusto.

Itahisa lo miró con cariño. Se lo veía tan feliz... Pensó en Marta y en lo que ella le diría, pensó en las oportunidades que te llegan y las consecuencias que te vienen de vuelta si las aceptas.

—¿Sabes que Néstor y Gustavo se llevaban diecinueve años? Gustavo nunca tuvo una figura paterna y trasladó toda la soledad que llevaba dentro a su amante.

—Ma, solo le llevo dos años y unos meses. No me ve como su padre, por Dios.

—No hablo de eso, mi niño, sino de agarrarse a un clavo ardiendo. Eres su único puerto seguro, la única figura que le da un poco de paz. A veces vemos demasiado cuando no hay nada más a nuestro alrededor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con esa alma brillante y esa esperanza igual de brillante a punto de apagarse como la llama de una vela.

—Que es muy chico, y que a veces la admiración y la gratitud se pueden confundir con el amor.

—A lo mejor solo le gusto.

—Lo más probable es que solo le gustes, exacto. Pero tómate tu tiempo para asegurarte y no te ciegues. Solo quiero que tengan cuidado y que no se hagan daño.

—Nunca le haría daño, ma. Nunca.

Itahisa sonrió, besó la mejilla de su hijo y se levantó. ¿Qué más podía decirle? El dolor era inevitable, y más cuando se estaba aprendiendo a vivir. Su hijo era joven y estaba lleno de sueños. Que le haría daño era un hecho, pero ojalá no fuera un daño irreparable. Y ojalá el daño que le viniera de vuelta tampoco lo fuera. Ojalá.

Capítulo 33

Abián

14 años, abril

En el instituto dejamos de volar. Es como si te arrancaras las alas nada más atravesar las puertas de hierro verde botella de la entrada. Dejas la magia fuera y te esfuerzas en no creer. O yo al menos no lo hago. No puedo. Pero Rayco es distinto. Dudo que haya un momento de su vida en el que se haya quedado sin polvo de hadas. Él nació para creer, para volar. Por eso me es más fácil mantenerme en el aire cuando lo tengo cerca. Con él no siento el suelo, no me importa lo que no tengo ni ese hueco en el pecho que cada vez me pesa más. Con él no tengo miedo, el futuro no es la boca de un cocodrilo ni un tictac que cada vez se oye más.

Cada mañana, cuando me adentro en el Simón Pérez, finjo que Rayco no tiene un cacho de mí. Lo esquivo, me alejo. Y es fácil. Hay demasiados alumnos y estamos en cursos distintos. Hay días en que ni siquiera nos cruzamos, pero otros, el imán que tenemos en los ojos nos lleva a buscarnos entre la multitud. Entonces nos reímos o nos sacamos la lengua, o hacemos algún gesto que dice mucho y significa mucho más. Algunos días nos encontramos en los baños, nos damos la mano o él me toca la cara y yo me sonrojo, porque cada vez me cuesta más fingir que no me gusta. A veces incluso me besa en la mejilla y me recuerda que no puedo dejar de volar. No lo hago. Mis pies no rozan el suelo en lo que resta de día, no cuando salgo al campo de fútbol y corro y corro, y marco un gol y otro y otro más.

Sé que ha tenido novios fuera del instituto y del barrio, pero este año empieza a salir con un chico nuevo que conoce aquí, en el único año que coincidimos. Yo los miro en el recreo cuando van de aquí para allá, sin tocarse, porque nunca se tocan delante de nadie.

—¿Y ustedes por qué nunca se tocan? —le pregunto una noche mientras nos cenamos el rancho que sobró del almuerzo—. No parecen novios.

Mi amigo me mira como si hubiese dejado de volar.

—No tenemos que parecer novios. No tienes que demostrar amor todo el rato. Además, el insti no es un buen sitio para ir de la mano o darse besos. Y él no es como yo; es tímido.

Lo miro con curiosidad.

—¿Que no es como tú? Y qué tiene, ¿le falta la lengua o es que no sabe hablar nuestro idioma? —Me rasco la barbilla con el borde de la cuchara—. Espera, ¿no tiene pene?

Rayco me empuja, pero se le forma una sonrisa preciosa que me derrite un poco (mucho) el corazón.

—No digas «pene», joder.

—¿Por qué?

—Porque suena fatal.

—Vale, pues la cuca.

Me descojono al ver su expresión, pero a lo bestia. Ni siquiera se molesta en corregirme y se larga muy indignado hacia el pasillo. Lo sigo a la carrera, todavía con la risa en la garganta.

—¿La chimichanga? —sigo con la broma; él se da la vuelta y empezamos una guerra de cosquillas y risas que despiertan a Itahisa, que nos lanza un zapato desde el otro lado de la puerta cerrada porque está agotada y necesita dormir.

Le gritamos un «perdónperdónperdón» casi al unísono, y Rayco me susurra cuando nos metemos en su habitación:

—Vete a la mierda, anda. Ah, y para tu información, a mi novio la polla le funciona de puta madre.

Esta vez, cuando sonríe, no le devuelvo la sonrisa. Porque no me hace gracia. Imaginarme a Rayco haciendo… *eso* con un chico no está entre mis cosas favoritas del mundo. Ni siquiera existe en mi imaginación. Y ahora, la verdad se despliega sobre mí como una lluvia de verano de las que no te esperas. Y duele, porque después de la lluvia viene el frío. Y yo estoy congelado.

No hablamos más de ese tema, pero cuando los vuelvo a ver en el recreo, me fijo más. Observo sus expresiones, el modo en que el chico se ruboriza cuando Rayco le dice algo o la manera en que mi amigo le jala del brazo y se lo lleva a un rincón del recreo y hacen cosas, como tocarse o besarse o qué sé yo. No quiero saber lo que hace con una persona que no soy yo. Mi amigo es consciente de que me gusta y sé que no siente lo mismo; pero verlo… duele. Y no creo que el dolor se vaya nunca.

Capítulo 34

Rayco

Decepcionante, así fue la primera vez de Rayco. Y dolorosa. Y un poco vergonzosa. Y todo a la vez.

Fue con su segundo novio y, aunque se habían preparado, en la práctica estaban bastante verdes. Rayco estaba nervioso y el chico tenía demasiadas ganas. Se lo hizo de espaldas, siguiendo los pasos de los vídeos que habían visto. Se suponía que todo estaba bien, pero no lo estaba. Lo intentó muchas veces sin conseguirlo. El novio sudaba y las gotitas se le caían a Rayco en la espalda y él las sentía bajar y bajar hasta colarse entre sus nalgas, y pensó que acabarían dentro de él mientras su novio empujaba y no entraba. Cuando por fin se abrió paso en su interior, Rayco sintió frío, aunque por dentro estuviera ardiendo; un frío que se extendió por todo su cuerpo y lo dejó entumecido. Gritó por dentro, pero por fuera se quedó bien callado. Inmóvil. No podía hacer nada más que respirar y esperar. A que dejara de doler, a que terminara. El dolor siguió y se convirtió en otra cosa. Y cuando algo brillante le llenó los párpados, todo acabó. Su novio salió de él y quiso ayudarlo a terminar, pero Rayco no tuvo ganas. El frío seguía pegado a su piel y se levantó con las piernas temblorosas para limpiarse el lubricante y la sangre. Su novio lo besó y él le respondió por pura inercia.

Luego se marchó a su casa. Se dio un baño y se metió en la habitación donde Abián dormía junto a su hermana. Lo abrazó por detrás y se apretó contra él. Abián suspiró y le clavó los dedos en el antebrazo, y Rayco sintió que todo estaba bien.

Fuera, el cielo comenzó a llorar con pereza, las persianas temblaron por el viento y un gato maulló. La vida seguía, el mundo giraba, el tictac no se oía, pero estaba ahí. A Rayco no le importaba. No le importaba nada mientras pudiera quedarse ahí, apretujado contra Abián Machado, su mejor amigo.

Capítulo 35

Abián

14 años, julio

—¿Estás despierto? —me pregunta Rayco la primera noche de vacaciones, antes de que se vaya a Teror para hacer no sé qué curso de maquillaje con no sé qué amigo de su madre.

—Me estás tocando la cara.

—Estabas despierto antes de eso.

—Pues sí.

—¿Siempre te ha costado dormir?

—Desde que llegué al bloque —confieso.

—¿Antes no?

Sus dedos dibujan el contorno de mi cara, bajan por mi cuello, suben por mi garganta, se deslizan entre mis labios; los dibuja, los presiona, los pellizca, y a mí se me saltan tres mil latidos y me cuesta un mundo respirar y quedarme quieto de lo mucho que siento.

—La casa de La Isleta era más chica que esta y no venía tanta gente a ver a papá. Pero aquí sí, y cuando vienen los amigos y estamos en la habitación, se oye mucho ruido y no quiero que molesten a mi hermana o que alguien se la lleve por error, así que me quedo despierto.

—¿Quién se la va a llevar por error?

—Cualquiera. Entra mucha gente en la casa y a veces se llevan cosas que no son suyas. No quiero que se lleven a mi hermana.

Rayco se arrima a mí, mucho mucho, y entre los dos se enciende una linterna que ilumina el camino que somos, y las estrellas del techo brillan, y todo es luz a nuestro alrededor, y siento que estoy en casa y que todo está bien, aunque mañana nada lo esté.

—Te ayudaré a dormir. Te acariciaré hasta que te quedes dormido.

—Eso ya lo haces.

—Lo haré más, lo haré siempre, Abi.

«Siempre». Qué palabra tan inmensa y con qué facilidad disponemos de ella. No existe, en realidad, pero la usamos a menudo. Porque la conduce la esperanza y no hay nada más traicionero ni más peligroso que la esperanza.

«Siempre» no es más que una mentira. Rayco no estará siempre, pero esa noche, mientras nuestras respiraciones se oyen en el silencio de la noche, creo en ello y sé que él también lo hace. Hasta que los dos dejamos de hacerlo.

Capítulo 36

Abián

14 años, septiembre

Eran cuatro. Los conozco en el tercer año de instituto. Dos de ellos son más grandes y están en cuarto, otro está en mi clase y el último, en la de al lado. En el recreo se juntan, aunque no siempre están todos. A veces se separan por esto o por aquello. No son malos pibes, pero tampoco buenos. O eso dicen, que yo de ellos no sé nada.

Me hago su amigo el primer día. Uno de los grandes quiere robarme la mochila. Me pide que se la abra. No lo hago. Hace meses que mi cuerpo cambió y soy hijo de mi padre, a fin de cuentas. Además, si una cosa tengo clara desde muy chico es que, si pegas antes de que te peguen, te libras de ser un objetivo. Así que pego. Le lanzo la mochila a la cara, que ese día pesa un fleje porque lleva unas piedras que la nena necesita usar con las pinturas acrílicas del cole. El golpe lo deja atontado en el suelo, la nariz sangrando. El otro mayor se me queda mirando y retrocede al verme los puños.

—¿Tú también quieres mi mochila? ¿Te la doy o qué?

Y entonces lo siento: el brazo en mis hombros, el aliento dulzón en mi mejilla.

—Afloja un poco, pollaboba. Eres el de la clase de al lado, ¿no?

Lo empujo y me suelto. No me suena de verlo. Tiene el pelo rubio rizado y los ojos verdes y es tan alto como yo, pero más flaco y pequeño que los demás. Su sonrisa se estira cuando ve cómo lo estoy mirando, a él y a los otros tres que se colocan a su lado.

—Soy Mati —dice, y me explica que también va a tercero, pero a la clase de al lado. Y luego me presenta a los demás—. El que dejaste más feo de lo que es se llama Emilio y va a cuarto. Los de aquí son Zeben y Raúl. Zeben también va a cuarto y Raúl, a tu clase. Somos colegas, tío. ¿Juegas al fútbol?

Los miro. Uno a uno. Salvo a Emilio, que parece enfadadísimo, y con razón, al resto parece que le doy igual. Me relajo y respondo que sí con un gesto de cabeza.

—Pues vente esta tarde. Quedamos en las canchas de fuera a las cinco. Puedes seguir practicando tu puntería con la nariz de este si quieres; es el portero.

—Que te den —suelta Emilio, que se larga en cuanto los demás le ríen la

gracia al más pequeño.

—¿Entonces? —inquiere Mati, que no me quita la vista de encima.

Me encojo de hombros.

—Vale.

—Pues vale.

Me guiña un ojo y se va.

Esa tarde mamá parece estar bien. Le dejo a la nena y bajo a jugar. No hablo mucho, pero lo escucho todo. Ellos me ponen al día sin necesidad de explicarme nada. Todos tienen familias que se parecen a la mía, aunque no tengan nada que ver. La peor es la de Mati, que casi vive solo en la casa con su hermano porque su madre está loca y el padre se fue a saber dónde y regresa a saber cuándo.

Cuando me preguntan por la mía, enseguida saben quién es mi padre y oigo el «Abián el jacoso» que dice Emilio, porque aún está rabioso. Que sepan quién soy me pone en un pedestal en el que no quiero estar. Subo a la categoría de malote, lo que significa que a partir de ahora soy uno de ellos. Me invitan a sitios, cuentan conmigo. Emilio se me acaba pegando como un chicle y resulta que no es tan gilipollas como pensaba. Pero el que más me gusta es Mati.

Eran cuatro y ahora somos cinco.

Capítulo 37

Abián

14 años, octubre

Descubro la tienda de cómics un día de excursión. Nos llevan a Vegueta, al casco antiguo; pisamos pasado mientras nos hablan de él. Entramos en la iglesia de Santa Ana, recorremos las calles antiguas, miramos balcones, soñamos. Nos llevan a la biblioteca de Las Ranas y, al atravesar la calle Peregrina de camino a San Telmo para coger la guagua, oigo gritos. Los demás se paran, los profes nos dan permiso para entrar si queremos. No todos lo hacen. Cuando me doy cuenta de lo que es, ya estoy dentro con los ojos y la boca bien abiertos.

La librería es estrecha y alargada y parece un búnker y el mostrador está tan lleno de cosas que no parece un mostrador, y los cómics están en todas partes y no sé a dónde mirar, porque quiero verlo todo y el cocodrilo con su tictac me echa el aliento en la nuca y no quiero irme. El suelo es mitad laminado y mitad de parqué y hace crac, crac, crac cuando pisas y también hay muñecos, y figuras, y llaveros, y más cómics en cajas por el suelo, y discos viejos en el fondo, y juegos de mesa que llegan al techo y todo huele como huelen los sueños, a historias que no conoces pero en las que quieres perderte. Estoy en un sueño.

Tantas vidas encerradas, tantos mundos, tantos héroes… El librero me pregunta que si me puede ayudar y le digo que sí, que quiero la grapa nueva de Superman. Le doy el dinero que tengo para comer y me la llevo para regalársela a Rayco.

A partir de entonces, ese lugar pequeño y destartalado se convierte en un refugio, en mi Nunca Jamás particular; un lugar donde la vida no me pesa, donde no hay una hermana a la que tengo que proteger, donde no importa que tus padres no te quieran, ni esa hambre de cariño que te va mordiendo por dentro hasta crear un agujero en la barriga que te sube hasta el pecho, donde no hay un Rayco que no me quiere, ni preocupaciones ni futuro ni nada.

Aunque ahorro cuanto puedo, no siempre me da para comprar, pero me paso a ver y a saludar y los libreros son simpáticos y uno me habla de Superman, porque es su favorito, y de otros cómics que no son de superhéroes y que yo no conozco. Hay tanto arte... Tanto… Y rezo porque ojalá en otra vida pueda hacer

algo así: dibujar la libertad en las páginas de un tebeo como hace Rayco en la piel de los demás.

Capítulo 38

Abián

Dicen que lo que no se ve te persigue, y así sucede con mi padre. Hay muy pocas cosas que conozco de él. Sé que creció en La Isleta, el barrio en el que pasé mi infancia; que vivió allí un tiempo con mi madre y conmigo, en la casa de mis abuelos; que murieron casi a la vez porque se querían mucho y uno no soportó la muerte del otro. Sé que mi padre estaba tan endeudado que el banco se quedó la casa de sus padres; que tuvimos que irnos a la casa de mi madrina y, más tarde, alquilar el piso de abajo. Allí vivimos muchos años; algunos fueron tranquilos, otros los recuerdo como cuando te metes en las olas rápidas en Aqualand y te cuesta mantenerte a flote. Y la nena. De ella sí me acuerdo: mamá en la cama dándole de comer y yo sentado a sus pies, observándolas.

Papá ahí sí era nuestro padre, o lo parecía. Decía «mi hija» con orgullo, igual que lo hacía conmigo cuando me llevaba a los partidos de Las Palmas con las camisetas amarillas o me hacía sentarme con él en el bar de Andrés, frente al colegio donde estuve hasta el último curso de primaria. Entonces papá no salía tanto ni traía amigos a casa y nunca (nunca) bebía, porque lo había dejado cuando yo nací. Hasta que se jodió la pata y tenía que caminar con las muletas, o se arrastraba por el largo pasillo de la casa y bajaba las escaleras agarrado a la barandilla. Y tú oías el plaf, plaf, plaf. Y los gruñidos. Y los gritos. Y el «déjame en paz, que yo puedo». Y el olor a cerveza, que no se iba. Y más gritos. Y más gente.

Llegaron las cartas y se acabó el trabajo, y pudo caminar, pero no seguir. Porque caminar no te da el impulso de tirar p'alante; solo te da una posibilidad y tú decides qué hacer con ella. Mi padre se hundió en las profundidades, como Cthulhu y, cuando salió, ya nunca más fue mi padre. *Nunca más* , como el poema de Poe.

Con el paso de los años, para muchos, papá se convirtió en leyenda; para otros, en un peligro del que debían huir; para algunos, una ruindad; para unos pocos, un ejemplo a seguir. Para mí era todo eso y más.

Papá era un rumor que se extendía por el barrio. El monstruo de aliento fétido de mis pesadillas. Era muchas cosas, pero lo peor es que también era mi padre.

Y después…
Después ya no lo fue más.

Capítulo 39

Abián

15 años, diciembre

¿Dejas de querer a un padre cuando dejas de sentirte a salvo o dejas de sentirte a salvo cuando ya no lo quieres? Yo creo que dejar de querer no dejas tan fácilmente, no mientras seas chico y te quede esperanza, recuerdos guardados en tarritos de cristal que abres sin que te des cuenta un día sí y otro también. Creo que dejas de querer a un padre cuando dejas de creer en él. Y es aquí, en este preciso instante, cuando dejo de hacerlo.

Mi padre era un monstruo, pero era mi padre. Y después ya no.

Papá sí me pega. Lo hace una sola vez, con la mano abierta y el sello enorme en el dedo. El cachetón me retumba en el oído y en el cuerpo entero, que se sacude y tiembla como cuando tienes mucho frío por la fiebre. El monstruo me pega por querer (y defender) a los Arocha y a mí se me salta un diente. No es de leche. No habrá Ratoncito Pérez, solo un hueco como el que tengo en el pecho, que parece chico pero cada vez es más grande; un hueco que sabes que está ahí, como un recordatorio.

Se habla mucho de los Arocha en el barrio. De Itahisa, por guapa y por mujer. Hablan los hombres, que gruñen y escupen y se quejan porque los ojos se les quedan pegados a ella cuando pasa por su lado. Es cosa seria que te guste quien te provoca asco. Pero también hablan las mujeres. A muchas les fastidia que sea más bonita que ellas, que tenga más estilo, que camine sobre tacones como un cisne sobre aguas heladas. Y yo sonrío cuando lo oigo, y el hueco en mi pecho se llena un poquito del amor que siento por esa mujer que es más madre que la madre que me parió.

También hablan de Rayco, claro. El maricón del bloque. No es el único gay del edificio. Está el del sexto, el que vive con su madre y se mete en un coche distinto cada semana. Trabaja en el HiperDino y tiene una voz suave y unas manos bonitas que mueve mucho cuando te habla. De él nadie dice nada, claro, porque no hace ruido. También está la chica del segundo, la que trae a la novia los findes y se despiden los domingos con un beso en el portal; ella tampoco hace ruido.

Pero Rayco suena alto y fuerte. A Rayco se lo oye y eso les molesta. También

se lo ve cuando se pinta con kohl y se hidrata los labios con brillo, o cuando se maquilla al completo y se va al Yumbo o a las galas, o cuando sube p'arriba o baja p'abajo con los novios que trae y de los que yo me escondo porque no quiero verlos. Y eso no gusta.

No hay cosa que moleste más que ver la libertad pintada en cuerpos que no son tuyos.

Capítulo 40

Rayco

La primera vez que Rayco cogió un pincel tenía solo dos años. La paleta de su madre estaba abierta de par en par, con todas esas sombras y colores que brillaban bajo la lámpara del tocador. No sabía usar el pincel como veía que lo usaba su madre, así que lo soltó y fue directo a por esos cuadraditos que tanto brillaban. Tocó las sombras, una a una, dejando un rastro de babas y aplaudiendo al descubrir todos esos colores que se les pegaban a los dedos y que él se untaba en la piel de los muslos y en los brazos y en la ropa. Eran tan bonitos… Tan brillantes... Pero no se conformó con tocar. Necesitaba más, más de eso que no entendía, más. Rayco se llevó la paleta a la boca y la probó. No sabía muy bien, todo hay que decirlo. La libertad no tiene por qué tener buen sabor, solo tiene que serlo. Rayco arrugó la cara, sacó la lengua muchas veces para escupir esos fisquitos con tan mal sabor y un hilillo de baba se le deslizó por la barbilla; rojo, naranja, amarillo, verde, azul, violeta. Tenía un arcoíris que le bajaba por el cuello y él gritaba, feliz, mientras volvía a meter los dedos pegajosos en la paleta.

Cuando sus madres entraron en la habitación y lo vieron, les quedaron claras varias cosas: que su hijo estaba hecho para brillar y para hacer que otros brillaran, que sería especial y que era mejor guardar las paletas caras, al menos hasta que fuera grande y pudiera hacer buen uso de ellas.

Con cinco años, a Rayco los Reyes Magos le trajeron un tocador y una paleta de treinta y seis sombras, y pinceles que entonces sí usaba, aunque aún fuese chico.

Con trece años, tenía el tocador lleno y sabía maquillar mejor que algunos de los que salían en esos vídeos de internet.

Con quince, su madre lo apuntó al primer curso de maquillaje y hacía mucho que sabía lo que quería ser de mayor. El curso no era muy avanzado, pero sí estaba impartido por una maquilladora canaria de renombre. Rayco irradiaba felicidad. Brillaba más que las sombras de Natasha Denona que no podía permitirse, pero con las que soñaba en silencio para que su madre no se gastara el dinero en ellas. Pocos meses después, conoció a Abián y su brillo cambió de tonalidades. Él no se dio cuenta, claro; aún era muy joven y Abián, un niño a

sus ojos.

A los diecisiete, Rayco decidió que estudiaría un FP de estética una vez que acabara el instituto. Conseguiría trabajo y haría cursos profesionales, primero en la isla y luego en Madrid. Aquel crío de dos años salpicado con los colores del arcoíris quería seguir brillando. Quería destacar, entrar al camerino de las *drag queens* y dibujar la libertad en sus cuerpos. Quería tanto... Y daría tanto por conseguirlo…

Quería subir arriba, cruzar el cielo, tomar desvíos sin perder de vista su objetivo. La segunda a la derecha y todo recto hasta el amanecer: ese era su destino.

Y así fue creciendo y creciendo, con toda esa voluntad, con todo ese brillo.

Capítulo 41

Abián

15 años, enero

Rayco no me dice nada sobre mi grupo de amigos hasta que pasa un tiempo, pero sé que no le gusta. Sé que a veces aprieta los labios para que las palabras no se le escapen por la boca, se gira y hace cualquier otra cosa con tal de olvidarse. Sé leer sus silencios igual que él sabe leer lo que callo a través de lo que digo.

—No son buenos pibes —me suelta por fin una noche mientras espero a que Itahisa vuelva con la nena para irnos a la casa donde vivimos.

Mi padre lleva más de una semana por ahí y mi madre está en uno de esos días en los que el pecho se le llena de orgullo por la hija que parió, pero de la que no se ocupa.

—Me dijiste que hiciera amigos, dijiste que pasara desapercibido —le recuerdo.

—Pues podrías, no sé, buscarte a gente guay.

—¿Chicas, como haces tú?

Nada más decirlo, me arrepiento. Él me mira como si le hubiese lanzado un reloj a la cabeza. Abre los labios, pero los vuelve a cerrar con un gesto de negación. Y como si yo hubiese desaparecido, sigue con lo suyo. Se sienta en el tocador con un vídeo en la *tablet* y comienza a hacerse un ahumado complicadísimo usando técnicas que me parecen más jodidas que los sistemas de magia de los libros de fantasía. Ahora se dedica a hacer cursos *online* con profesionales de fuera y se le da tan bien que mirarlo mientras se maquilla es… una puñetera fantasía.

Con el corazón en la garganta, me coloco tras él y dejo caer la mano en su hombro.

—Perdón, Ray.

Él chasquea la lengua y se revuelve, pero le clavo los dedos todavía más en la carne en ese gesto tan nuestro. Por nada del mundo quiero apartarme de él.

—Estás a un paso de llamarme marica. Y ¿sabes qué? Prefiero que me arranques el corazón, ya que estamos. —Continúa con sus pinceles y con sus paletas y con sus vídeos, pero sé que no les presta atención, que solo estamos él

y yo y esta batalla en la que ambos perdemos; porque no puede haber ganador cuando es el corazón de uno lo que está en juego.

—No seas dramático. —Le aparto el pelo a un lado y la piel se le pone de gallina cuando le rozo la mejilla con los nudillos—. Sabes que jamás haría una cosa así. Prefiero arrancarme la lengua, ya que estamos —digo en un tono igual de intenso que el suyo.

Sonrío al verle la sonrisa pegada a la comisura. Suspira y gira un poco el cuello cuando bajo por la curva para acariciarlo ahí. Su piel es la cosa más suave que he tocado nunca y el contacto me arde en los dedos; el pulso se me acelera cuando noto el suyo en las yemas, la vibración de su cuerpo, y advierto la manera en que se muerde el labio inferior para no decir todo lo que quiere decir.

—No son buenos, Abi, y tú tampoco serás bueno si sales con ellos.

—Solo paso el rato.

No dejo de tocarlo y él no hace nada por evitar mis caricias. Cojo aire y lo suelto despacio. Mi corazón es una locomotora y apenas puedo controlar el temblor de mi mano al recorrerle los kilómetros de piel. Dios. Quiero detener el tiempo, quiero lanzar los relojes por la ventana y quedarme así, sintiendo su cuerpo, sintiéndolo a él.

—Puedes pasar el rato leyendo, o con tu hermana, o conmigo, o con mi madre. Tienes pa elegir.

Me río con amargura. También me aparto de él, porque duele, duele, duele.

—Tú casi siempre estás fuera, Ray. Desde que empezaste el ciclo no tienes tiempo de nada. Y, no sé, estar con gente a veces está bien, sobre todo si tu madre está trabajando y tú estás con uno de tus novios o en clases o en algún curso de maquillaje.

—No tengo novio, y menos *novios* , así, en plural. —Se gira con la cara rojísima y los hombros tensos—. ¿Qué te crees que soy?

—¿Desde cuándo no tienes? Porque el domingo todavía tenías.

Él resopla, pero esquiva mis ojos.

—Desde el domingo. Se lio con otro. —Se encoge de hombros y vuelve a darme la espalda, a sus pinturas y a su libertad, a todo lo que yo no soy—. Eso me dijeron; yo no lo vi.

Observo su rostro en el espejo, el modo en que le brillan los ojos y comprendo que no lo está pasando bien. Cojo la banqueta donde suele sentarse Itahisa cuando la maquilla y me coloco a su lado. Le acaricio el brazo y él aparta el pincel y me deja que mueva su silla hasta que quedamos frente a frente.

—No te permito que llores por alguien así. Eres… Tú… —Mi voz se desvanece y él sonríe, tanto que le veo todos los dientes y es tan bonito que me sonrojo.

—Qué guapo te pones cuando te avergüenzas. —Me sujeta la barbilla con una mano cuando intento apartarme y de la cadera con la otra para que nuestros cuerpos se acerquen todavía más; su rodilla se cuela entre mis piernas y siento todo su calor como un abrigo de invierno en la Cumbre—. Va, dilo: soy precioso, soy un tío bueno, soy lo puto más. Si ya lo sé, no hace falta que me lo digas.

Me río, mitad indignado, mitad feliz.

—¿Y entonces?

—Saber que eres increíble no hace que duela menos, Abi, ni que te lo creas más. Hay personas que llegan y hacen que te encojas y te vuelvas chiquito. Me pasa cuando conozco a alguien y me ilusiono y luego me tratan como una mierda. Entonces me hago pequeño y me cuesta recuperar mi altura.

Intento decir algo, asegurarle que yo siempre estaré para él, pero me pone una mano en la boca.

—Por eso no me gusta que te juntes con esos. Tú eres mejor que ellos. Te conozco, Abi. Eres demasiado bonito para esa gente.

Quiero apartarme, que deje de decir esas cosas que no son verdad. Quiero…

—No lo soy.

—Lo eres, y pienso repetírtelo hasta que te lo creas. —Arrastra la silla hacia atrás y se pone en pie—. ¡Eres bonito, Abi! —Lo dice a gritos y tengo que taparme los oídos para no morir de vergüenza cada vez que oigo un «chorbo» y «guapo» y «precioso».

Me levanto con el rostro encendido y le tapo la boca cuando lo repite y lo repite y lo repite. Él se ríe con fuerza y se revuelve y yo le hago cosquillas mientras sigue gritando todo eso y más.

Acabamos en el suelo, nuestras camisetas hechas un desastre por el maquillaje que se nos cae encima. Nos miramos, nos reímos y se me van los ojos a sus labios. Él se da cuenta y me mira los míos. No sé qué significa eso. No sé si él lo sabe. No sé si quiero saberlo. Acerco la mano y le limpio la mejilla llena de base y del azul brillante de una de las sombras. Él me agarra la muñeca y me la besa: sus labios como plumas acariciándome la piel sensible; su nariz arrastrándose por mi palma; su lengua caliente rozándome el pulso; nuestras respiraciones cada vez más aceleradas; nuestros cuerpos, que se buscan, que se

unen, que encajan; mis dedos enredados en su pelo; su mano en mi nuca.

Y entonces un grito:

—¡Ya estamos en casa!

Enseguida la nena irrumpe en el salón y nos observa mientras nos apartamos con las caras rojas y el aliento que se nos fue a saber dónde.

—¿Están jugando a las escogidas? —quiere saber Henar cuando Itahisa llega cargada con bolsas y entiende lo que pasó, o lo que no llegó a pasar.

La respuesta de Rayco es regalarme una sonrisa que se me engancha al pecho antes de salir disparado hacia ella. En ese momento, cuando Itahisa desvía la vista hacia mí, me siento grande y chico, en un lugar que puede existir o no hacerlo nunca. Qué más da. Mi Nunca Jamás es este, mi Nunca jamás son ellos. Y mientras crea en ellos, podré seguir volando.

Capítulo 42

Henar

Henar pensaba mucho en *Hook* , y en crecer, y en los monstruos. Tenía nueve añitos y aún creía en todo en lo que un niño podía creer, que no era mucho a veces, porque los niños tienen eso de creer en todo y luego en nada. Un día te levantabas y pum, se acabó. Y la magia se fue, y volar es cosa de críos, y «no me cuentes machangadas, que ya soy grande». Pero Henar era Henar, y su hermano era como Peter Pan , que a poco que dijera ya lo tenías que creer, porque lo que decía Peter iba a misa, como decía su madrina, y eso era así.

Por aquel entonces, Henar todavía pensaba que su padre era Garfio, el viejo pirata malvado que no tenía madre y quería matar la ilusión de los niños. Su padre, que no solo le había roto un diente a su hermano, sino un poco de la infancia. Porque los niños crecían a base de dolor y eso lo sabía todo el mundo. El dolor te hacía grande, eso pensaba ella, y lo siguió pensando a medida que crecía.

Todavía recuerda la sonrisa de Abián cuando la abrazó con ese labio partido y ese diente que tenía en la mano.

—No duele nada; no llores, boba.

Abián le secó las lágrimas, le puso el diente en la mano envuelto en platina y le dijo con una sonrisa: «Para ti. Esta noche lo pones bajo la almohada y verás lo que te trae el Ratoncito Pérez».

Ella lo miró con ese interrogante que solo ponen los niños que siguen creyendo pero les asoma la duda. Y su hermano sonrió más, y ella siguió creyendo en la magia, y en las hadas, y en Nunca Jamás. Sobre todo, creyó en su hermano.

Henar nunca supo, ni siquiera de grande, que no fue él quien le puso esa noche una moneda bajo la almohada, sino Itahisa. Porque su hermano estaba con Rayco, que lo abrazaba mientras temblaba y se esforzaba por no llorar. Nunca supo cómo les gritó Itahisa a su madre y a su padre, ni cómo los amenazó con denunciarlos por primera vez, una amenaza que quedó en nada porque Ana insistía e insistía en que fue sin querer, un mal golpe, y que el niño se portó mal, y que todos los niños necesitaban dos tortas bien dadas de vez en

cuando, y que les iba a traer la desgracia a la casa, y que podían quitarles a los niños y que si era eso lo que quería, que los separaran y no verlos más. Y la pelea siguió y siguió hasta que Itahisa se fue llena de rabia y con esa impotencia que le mordía la barriga, porque puedes ser un hijo de puta, pero a un niño no se le pega. Eso sí que no.

Henar tampoco supo que los meses de tranquilidad que siguieron fueron gracias a esa amenaza de denuncia. Que el coche de Itahisa aparecía día sí y día también con las lunas rotas, y sin espejos, y con muchos «travelos» y «putas» y «maricón de mierda» pintados con espray. No supo que tuvo que alquilar un aparcamiento y andar todos los días hasta el coche ida y vuelta porque no podía permitirse más arreglos. Que una noche le pegaron, dos amigos de su padre a los que ella no conocía, y que fue por eso que estuvo días sin aparecer por la casa, ni las veces en que su hijo, lleno de rabia, tuvo que maquillarla para que no se le notara.

Y el tiempo avanzó, y la casa, durante un tiempo, estuvo vacía, porque su padre se iba a la de sus amigos en lugar de invitarlos a que vinieran, no fuera a ser que la Policía los pillara allí en faena. Y había comida en la nevera, y su madre volvía a trabajar y le contaba cuentos por las noches y la llevaba al parque, porque quería ser una buena madre y tenía miedo de que la asistenta social viniera y se los llevara.

Fueron tiempos buenos en los que aún Henar podía soñar con volar. Pero, incluso en tiempos buenos, el miedo llamaba a su puerta cada noche.

—Abi, tengo miedo —le dijo a su hermano unos pocos días después de que su padre le pegara.

Estaban en su casa, en su litera, y todo estaba a oscuras. Pero Henar no dormía. Pensaba en su hermano, en su labio hinchado, en el diente que su padre le había arrancado y que nunca más crecería. Pensaba en los niños que crecen y dejan de volar, en el tiempo, en los tictacs y en el miedo que daban los cocodrilos que venían para hacerte crecer. Pensaba todo eso y el miedo se le metía en la barriga y ella daba vueltas y vueltas y no podía dormir.

Abián tenía quince años entonces, y Henar no dejaba de pensar en que crecería y se olvidaría de ella, como creció el Peter Pan de *Hook* al dejar atrás aquella isla perdida.

Su hermano, que ya la conocía y esperaba algo así, metió el brazo por debajo del hueco de madera de la litera como pudo, pues cada vez le costaba más, y le apretó la mano.

—¿De qué, nenita?

—No quiero crecer, y no quiero que te hagas grande. Quiero que no dejemos de volar nunca.

—Piensa en algo alegre y guarda ese pensamiento. Protégelo bien. Mientras lo tengas contigo, la magia nunca se irá y no dejarás de volar.

Era la respuesta habitual de su hermano y a ella siempre le valía. Pero ese día no se conformó.

—¿Cuál es tu pensamiento alegre? —le preguntó.

—Tú, claro —respondió Abián tan rápido que ella supo que lo decía de verdad—. Siempre serás mi pensamiento alegre. ¿Y el tuyo?

Henar se mordió los carrillos y apretó más su mano. Las de Henar sudaban un poco siempre, y a los niños en el cole les daba asco y se lo decían cuando jugaban, pero a él nunca le importaba eso.

—Tengo muchos. ¿Recuerdas cuando Itahisa nos llevó al sur y volamos por tu cumple en el tubo de aire? ¿Y cuando me dio la peluca de Rapunzel porque mamá me dejó calva?

La mención del pelo cortado hizo que su hermano temblara y ella le dijo que podía coger su manta si tenía frío.

—Así que Ita es tu pensamiento alegre —musitó él.

—Y también Ray. Cuando me pone tan guapa y luego bailamos por la casa y me cuenta secretos. Y tú, cuando me coges la mano y me esperas para dormir. Tú eres mi pensamiento alegre favorito. ¿Te acuerdas de los toboganes en Aqualand y cómo mamá se metía en el dónut y nos empujaba por el río ese que era muy lento?

Abián no dijo nada durante mucho rato. Henar sabía que su hermano se ponía triste cada vez que hablaba de su madre, porque estaba muy enfadado con ella, y eso hacía que ella también se pusiera triste.

—Puedes decirlo, boba. Mamá puede ser tu pensamiento alegre. No tienes que dejar de quererla nunca.

—¿Tú la quieres?

Abián tardó en contestar.

—Sí, nenita. La quiero, aunque me enfade. Es mamá. —Su voz sonaba rota, desgastada, lo contrario a un recuerdo alegre. Henar no podía saber lo mucho que le dolía a su hermano de quince años admitir una cosa así.

—¿Aunque estés enfadado?

—Puedes estar enfadado y querer. Hay amores que están por encima de todo.

Mientras no te haga mucho daño, puedes querer.

Y Henar asintió. Su madre no le pegaba a su hermano ni le hacía daño. Henar no podía saber que el peor daño no se hace con las manos. De modo que sonrió cuando dijo:

—Mamá es mi pensamiento alegre.

Y Abián asintió, y los ojos se le aguaron de lágrimas por esa verdad que dolía. Claro que Henar no pudo verlo ni sentirlo. Después de eso, se durmió enseguida y Abián se quedó ahí, agarrado a su pensamiento alegre, pensando en que todo sufrimiento merecería la pena si ella era feliz.

Todo valdría la pena mientras su hermana siguiera volando.

Capítulo 43

Abián

15 años, febrero

—¿Rayo?

—¿Abi?

—¿Cómo se decide quién hace de chica?

Estamos viendo una peli de un aristócrata antipático, pero rubio y muy guapo, al que le gusta el hijo de una sirvienta que también es muy guapo y antipático, pero solo con el rubio, y yo no dejo de pensar en chicos que se besan y se quieren y se tocan y apenas me entero de nada más allá de las miradas que se echan y esa manera tan intensa en que viven su amor.

Rayco me mira como si me hubiese convertido en la cosa del Pantano y después se ríe.

—Hablas del sexo.

Me pongo colorado.

—Hablo de todo, de dos chicos siendo novios, ya sabes —digo y señalo la pantalla, donde el moreno estampa contra la pared al rubio borde y le come la boca.

Rayco se gira un poco; su rodilla me presiona el muslo cuando alarga el brazo y coge el mando para detener la película, que se queda congelada en un beso interminable.

—¿Por qué tiene que haber una chica? ¿Por qué no pueden ser solo dos chicos y ya está? ¿Crees que ser uno es mejor que otro o qué? Los roles entre mujeres y hombres existen de toda la vida, y entre las parejas gais es lo más común del mundo. ¿Activo o pasivo? Odio que me hagan esa *jodía* pregunta, como si lo importante fuera quién le mete la polla a quién y lo demás diera lo mismo. —Resopla.

«Roles». «Parejas gais». Se me forma una bola de nervios en la tripa.

—No he dicho que haya uno mejor que otro.

—Pero lo piensas.

—No lo pienso. Es que sé cómo es el sexo con chicas y entre chicas, por los vídeos que ponen los pibes del insti cuando vamos a casa de Mati y no hay nadie, y hace unos días nos puso uno de dos chicos y uno estaba encima del otro

y le gritaba que era una zorra y cosas así. No sé, parecía una chica.

Ahora me arden las mejillas; la mirada de Rayco me arde y también el modo en que me clava los dedos en el muslo.

—Mati, ¿eh? —Resopla tan fuerte y está tan cerca que me hace cosquillas en el cuello—. Y dime, ¿crees que yo soy una chica? ¿Crees que por maquillarme y por vestirme de reina y no esconderme soy menos hombre? Dos chicos que se quieren son dos chicos, y lo siguen siendo después de follar. Y da igual que le grites a tu novio que es una zorra cuando estás en el tema; hay gente a la que le gustan esas cosas. Ya sabes. La humillación, los insultos y todo eso; y en el porno es lo normal. Son solo palabras que se van cuando te corres. —Suspira hondo y yo siento cómo la presión en mi muslo se suaviza—. El caso es que puedes estar encima o debajo, y puedes no estar de ninguna forma, y seguirás siendo hombre si es lo que eres.

Me atrevo a mirarlo. Tiene el pelo anudado en un moño alto y los mechones le caen por el rostro, la nariz roja por esa gripe que lo ha acompañado durante toda la semana, la camiseta veinte tallas más grande manchada de pintura aquí y allá, los pantis de licra llenos de agujeros en los muslos y en las rodillas, y a mí me parece que nunca ha estado más guapo.

—No te enfades.

—No me enfado —dice, y vuelve a poner la película y el beso se acaba porque alguien entra y los interrumpe, y qué mierda todo—. Pero si algún día te gusta un chico, nunca lo veas como una chica a menos que te diga que lo es. Nunca, Abi, o le romperás el corazón.

—Vale.

—¿Algo más que quieras saber?

—Muchas cosas.

—Pues otro día me preguntas. Ahora no tengo ganas.

—Te enfadaste.

—No, bobo, pero es absurdo preguntar algo así. Y sé que tú no tienes maldad dentro, pero imagínate esos pibes con los que te juntas… Dime, ¿qué dijeron cuando vieron a esos tíos follando?

No contesto.

—En fin, otro día me preguntas —repite Rayco.

—Vale.

No lo hice, y después lo acabé por descubrir y ya no necesité hacerlo.

Capítulo 44

Itahisa

Itahisa no les dio la charla sobre sexo, al menos no al principio. En su lugar, los sentó en el salón de casa uno de esos días en los que Henar estaba con la madre. Encendió la tele y puso *Pose* , una de sus nuevas series favoritas, con sus luces y sombras, con sus reinas y sus bailes y todo ese amor. Encadenaron capítulos mientras ella se levantaba para hacer más roscas, o llenar los vasos, o coger aire. Porque la serie siempre la hacía quedarse con los pulmones secos.

Sus niños la vieron con las mejillas llenas de sueños, los hombros tensos y los ojos llorosos. Era dura, bastante, justo para que captaran el mensaje, pero también hermosa como lo son las mejores cosas en esta vida. Porque siempre hay belleza incluso en lo cruel.

La vieron en un fin de semana y, cuando terminaron, Itahisa sacó un par de cajas de condones de la mesa de centro y los dejó delante de ellos. Y les habló a su manera sobre la importancia de cuidarse y lo arriesgada que puede ser la confianza, y que no siempre conoces a una persona, aunque creas que sí, y que el amor es muchas cosas, pero también traicionero. Y que se cuidaran, eso lo dijo mucho.

—Ustedes cuídense siempre, mis niños, sobre todo ahora que son tan jóvenes. Ya serán adultos y vendrán las parejas estables, pero, mientras tanto… El calentón no dura mucho, es un visto y no visto, pero las consecuencias se quedan.

Luego se llevó los cuencos a la cocina y ellos se quedaron ahí, aún con la tristeza en la tripa y la vergüenza en las caras.

Capítulo 45

Rayco

A Rayco le gustaba ver dormir a Abián. Cuando lo hacía, todas las arruguitas que tenía en la frente desaparecían, y él alargaba el brazo y la tocaba con la punta de los dedos. Era raro, como volver a pasar por calles que te sabes de memoria y advertir que han cambiado; siguen siendo las mismas, pero ya no. Abián seguía siendo el mismo, pero se le borraban las preocupaciones, el miedo y toda esa soledad que le cortaba la lengua y lo hacía callar todo el rato. Esa persona tan fuerte que era por la mañana desaparecía en los brazos de Morfeo, o de Sandman, o de vete a saber quién, y Rayco dibujaba en él. No la libertad, porque Abián era libre a su manera, sino el amor que no se atrevía a dibujarle cuando despertaba. Rayco cogía un puñado de nomeolvides, con esas hojas que eran tan chiquitas, y lo dejaba caer en torno a él: tan violeta en contraste con su piel canela, con sus labios como fruta roja madura y ese pecho que se movía como la cría de un ave, despacito, despacito.

Después, le tocaba los labios y pensaba en cómo de suaves los sentiría al rozarlos con la boca, si sus lenguas encajarían, si sus dientes podrían arrancarle el miedo. Y cuando la llama se le encendía dentro, Rayco iba más allá, porque el deseo te empuja siempre al filo, con todo ese vértigo que está ahí y no quieres que se vaya. Rayco recorría el paisaje que era la piel de Abián allá donde la camiseta se le había subido y los calzoncillos se le habían bajado. Rozaba con las yemas las marcas que el elástico había dejado en torno a sus caderas, diminutas bifurcaciones de líneas rectas que recorría con los dedos hasta que terminaban por desaparecer. Y pensaba en cómo de cálida sería su piel desnuda al contacto con la suya, cómo sería entregarle placer, o robárselo, cómo sonaría.

Y Rayco tenía que levantarse, porque los pantalones le apretaban hasta el dolor y todo estaba mal; él estaba mal por desear algo así con su mejor amigo. Parecía tan vulnerable…, tan frágil…, tan hermoso… Y Rayco tenía que ponerse a pensar en cosas muy feas para aplacar todas esas llamas, o aplastarlas él mismo en la soledad de su habitación (o en el baño o en otros cuerpos que nunca eran el suyo). No era hasta que se sentía capaz que volvía a la habitación y se acostaba con él, con el olor a flores y a almendras garrapiñadas (el olor de Abián) inundándolo todo, y le daba un beso en la frente. Y todo volvía a ser

como antes, al menos por unas horas. Por unas horas.

Capítulo 46

Abián

15 años, marzo

Hay una chica nueva en mi clase. Se llama Eli y no tiene libros porque viene de otro insti y no usaban los mismos. Los profesores nos dicen que juntemos los pupitres y yo dirijo la vista a la pizarra y finjo que no le presto atención, aunque es lo único que hago. Me da vergüenza. Soy consciente de cada roce y respiración, cada movimiento de la mesa. Las veces en que su rodilla roza la mía siento que un enjambre de abejas me repta por el cuerpo y devorará todo lo que soy. Cuando me pregunta algo y su aliento me roza el cuello, el pulso se me dispara y la clase deja de tener sentido. Nada lo tiene salvo su cuerpo contra el mío y esa manera que tiene de enroscarse el pelo con el boli, y metérselo en la boca con nerviosismo, y mirarme. Lo hace mucho, casi tanto como yo a ella, pero los dos nos hacemos los locos.

Sucede el primer día, y las primeras semanas, y los primeros meses.

Todos mis amigos se ríen, menos Mati, que me observa durante demasiado rato cada vez que la mencionan. Alguna vez hablan de más y hacen apuestas sobre cuándo nos enrollaremos o si aguantaré más o menos cuando por fin me haga un hombre y cosas por el estilo, y yo les pego o me largo cuando lo hacen. Odio que hablen de nosotros como si solo fuéramos dos trozos de carne. Mati es el único que no participa en las apuestas.

—¿Qué fue? —pregunto una tarde en la que estamos en las canchas y Emilio termina de guardarse el sobre de las apuestas en el bolsillo.

No sé qué ha pasado; solo sé que Mati ya no está con nosotros y apenas se lo ve de lo rápido que avanza calle abajo.

—Es marica —dice Emilio—. A ver, que no pasa nada. Hay maricas que molan.

Me lo quedo mirando, a él y después al resto.

—No le hagas caso, no es verdad. —Lo dice Zeben, que enseguida va a por la pelota y nos hace un gesto para que lo sigamos.

Miro a Emilio, que dice «lo es, tío» en un susurro que no es susurro porque lo escuchamos todos. Y luego a Raúl, que dice no con la cabeza.

El tema cambia y todos se olvidan de Mati; todos menos yo. Señales, eso es lo

que veo. Señales pasadas y presentes. Señales. Pero no me doy cuenta de la verdad hasta que empiezo a salir con Eli unas semanas antes de terminar el curso. Lo sé por cómo me mira Mati cuando se la presento. Y por cómo la mira a ella.

Cuando se lo cuento a Rayco unos días después, se queda callado durante lo que me parece una eternidad. Estamos en la playa de Las Canteras, frente al hotel Reina Isabel, él tirado de espaldas en la arena y yo tumbado de lado, con la cabeza apoyada en un brazo esperando a que diga algo.

—¿Te gusta ese chico? —me pregunta al final.

—Tengo novia. ¿No me oyes cuando te hablo o qué?

—Vale, felicidades. Y ahora me dices si te gusta ese chico.

Coge un puñado de arena y la deja caer sobre mi pecho, y me masajea la piel como si sus dedos fuesen los pinceles que usa para pintar la libertad en los cuerpos cuando practica el *body painting* . Suspiro y la piel se me pone de gallina allá donde aprieta y se detiene para dar forma a lo que sea que quiera dibujar en mí. Es tarde y el calor no fue nada intenso ese día, pero llevamos un rato en la arena y nuestras pieles están calientes y secas.

Me encojo de hombros. Suspiro y me incorporo, sentándome con los codos apoyados en las rodillas, el cuerpo inclinado hacia delante. La playa está casi vacía, pero aún hay familias con padres que gritan a sus hijos; amigos que ríen, juegan o hablan, como nosotros; algún solitario aquí y allá, alguna pareja cerca y más lejos.

—No es una pregunta tan compleja, Abi.

Resoplo.

—Es guapo, yo qué sé.

Me levanto y me acerco a la orilla. El sol empieza a caer con pereza en el horizonte y el cielo es un cuadro en tonos pastel de Néstor de la Torre, una mezcla de *Mar en reposo* y *Mediodía* . Cojo un puñado de arena y lo lanzo como si así pudiera deshacerme del nudo de nervios que tengo en la barriga.

Su presencia a mi espalda es un rayo más intenso que los que emite ese sol cansado. Me imita y lanza otro puñado de arena, pero su fuerza hace tiempo que dejó de ser superior a la mía y se queda unos centímetros por detrás, cerca pero lejos, como nosotros.

—Solo quiero saber si estás con esa chica porque te gusta o si es porque no quieres que te guste Mati.

Me giro hacia él. No puedo creer que me esté diciendo lo que me está

diciendo, como si no supiera quién soy ni lo que siento ni cómo siento.

—No estoy con ella por aparentar, idiota. Claro que me gusta. Siempre me gustaron las chicas. No tengo dudas de eso, si es lo que quieres saber. Puede que se me hiciera raro al principio, pero nunca dudé de mi sexualidad.

—¿Pero…? —Rayco se cruza de brazos y se queda ahí, tan tranquilo, como si no estuviera poniendo mi mundo del revés.

—No hay peros, los peros los estás poniendo tú, y a saber por qué.

Alza las cejas, se ríe. Lleva el pelo en un moño alto y creo que nunca lo he visto más guapo (cosa que pienso siempre) ni más inalcanzable, aquí, todo desnudo salvo por el bañador ajustado que remarca esa parte de su anatomía que intento no mirar nunca.

—Te recuerdo que eres tú quien empezó a largar, primero sobre tu novia y luego del tal Mati. Que si solo era una posibilidad, algo que dijeron los pibes de broma, y que resulta que al final es verdad. Que te quiere comer la polla y no te diste cuenta hasta ahora que ya tiene dueña.

Me ruborizo a lo bestia.

—Mi polla no tiene ninguna dueña, *enterao* . Y no hables de eso. —Me doy la vuelta, avergonzado, excitado por su cercanía, molesto con él y con el puñetero mundo.

—¿Lo de que no tiene dueña lo dices porque eres virgen? —No me pasa desapercibido su tonito jodelón, y yo me enciendo por fuera y por dentro. Aprieto los puños y le doy una patada a la arena. Quiero empujarlo y comerle la boca, y demostrarle lo que puede hacer mi polla sin dueña; que sí, que soy virgen, pero… ¿tan malo es?—. Bueno, ahora puedes elegir: chico o chica. Yo que tú me lo pensaría; es cosa seria.

Y entonces lo entiendo. Rayco no es de mucho enfadarse, pero, cuando lo hace, apenas se le nota. Traga y traga y su rabia se diluye sin que te des cuenta. Tienes que apretar para sacarla y resulta que aquí estoy yo, empujando a lo bruto, enfadándome con él.

Me giro otra vez.

—¿Por qué te portas así? Solo buscaba los consejos de un amigo. Si estás enfadado y no quieres hablar, dilo, pero no la pagues conmigo.

—Mi primer novio fue así, ¿sabes? —dice como si no me estuviera escuchando, como si estuviera a kilómetros de mí y nuestra rabia no nos arrancara la piel a tiras—. Estaba con chicas y después buscaba a chicos porque con ellas no podía. Y luego los dejaba tirados, porque, claro, follar está bien,

pero una relación… Eso es cosa seria.

Me acerco y esta vez sí, lo empujo, no muy fuerte, lo suficiente para que mi rabia se diluya un poco, pero en él.

—¿Me estás comparando? ¿En serio?

Él tensa la mandíbula y se vuelve a acercar. Me devuelve el empujón una, dos, tres veces. He crecido mucho en los últimos meses y mi cuerpo es más grande, pero sigue siendo más alto que yo, de modo que alzo la vista para encontrarme con sus ojos, llenos de una cosa oscura similar a la que le veo a mamá en los ojos cuando se mete alguna mierda.

—¿Te gusta Mati o no? —pregunta con voz grave.

—Me gusta Mati, sí —admito sin tocarlo; por nada del mundo quiero pelearme con él—. ¿Tienes problema con eso? Me enrollaría con Mati y seguramente lo habría hecho con él si me hubiese dicho antes que yo le gustaba y no se hubiese callado la boca. Igual que me gustas tú. También me enrollaría contigo y follaría contigo si te dignaras a mirarme. Lo haría con ustedes dos si no estuviese pillado por Eli, pero resulta que me gusta de verdad, bobomierda. Eso no significa nada y me parece mentira que pienses tan mal de mí. Creía que me conocías.

La mirada de Rayco cambia. Retrocede. Parpadea. Se echa el pelo rubio hacia atrás. Abre la boca. La vuelve a cerrar. Se pone colorado, tanto que su vergüenza es mi vergüenza y odio estar aquí, delante de él, mendigando un cariño que no me dará nunca. Porque él no me ve de ese modo, porque me ve como un crío, porque estamos a mundos de distancia a pesar de hallarnos tan cerca. Qué sé yo. Supongo que cuando creces con alguien, te cuesta verlo de otra forma. Y yo siempre seré el niño de las escaleras, el niño perdido al que le tienes que recordar que las hadas existen para que la magia no se le vaya del cuerpo. El niño de las alas arrancadas. Eso soy: el niño.

Y antes de que pueda decirme nada, cojo la toalla y mis cosas y me largo de allí. Y él no me detiene porque no hay mucho que decir, o quizá demasiado.

***

Esa noche beso a Eli por segunda vez. La primera fue un beso torpe y rápido en el recreo del insti. La segunda, en el parque más alejado de su bloque: un beso más intenso que nos deja sin aliento y con ganas de más. La tercera, la cuarta y las quince siguientes suceden todas en el cine de Siete Palmas, en una sala semivacía viendo una película que no vemos. La siguiente es en su casa, nada

más comenzar las clases del último año de la ESO, una tarde en la que me invita con la excusa de hacer un trabajo. Nos besamos mucho, también hacemos otras cosas, todo por encima de la ropa.

A partir de ahí, dejo de contar.

Y Mati, que no me había vuelto a hablar en todo el verano, lo vuelve a hacer en cuanto retomamos los partidos de fútbol.

Capítulo 47

Abián

15 años, octubre

Estoy delante del espejo del pasillo de la casa de los Arocha, lejos de los demás. Henar maquilla a Itahisa en su habitación y Rayco mira vídeos en la suya sobre estas o aquellas técnicas de maquillaje. No hace otra cosa desde que empezó el curso. Muy bueno, pero demasiado básico para alguien que ha crecido con pinceles en las manos y una madre metida en el mundillo del transformismo. Pero necesita títulos si quiere llegar a maquillar de forma profesional. Eso lo frustra y lo hace enfadarse mucho, pero se le quita en cuanto acude a una gala o a los eventos exclusivos a los que acude gracias a los contactos de su madre, y ve hasta dónde quiere llegar.

Llevo un rato concentrado en la imagen que me devuelve el espejo, en ese alguien que soy yo, pero no soy, palpando piel y huesos; las manos en el rostro, en los músculos diminutos que descienden hasta mis clavículas, elevadas como volcanes, en mi cuerpo flaco y endurecido por el ejercicio, en las costillas como las cuerdas de un instrumento que está hueco por dentro, un instrumento que sí soy. Siento en los dedos la piel erizada que es mía, pero que tampoco lo es, mi corazón un ave cansada de agitar las alas. Y entonces noto algo más. El cuerpo de Rayco, tan pegado a mi espalda que percibo su calor a través de la tela del chándal, sus manos en mi cintura, el roce de su entrepierna en mi cadera, sus dedos dibujando sobre mi piel una belleza que no considero mía, porque no soy ese chico a centímetros de distancia, ese chico de ojos oscuros y piel aceitunada que mira a su mejor amigo con una mezcla de miedo y deseo.

—¿Estás admirando lo guapo que eres? —pregunta.

La voz tampoco me pertenece, de modo que no contesto. Rayco introduce la mano en mi pelo y me acaricia, arriba y abajo, arriba y abajo. Cierro los ojos y suspiro. Los vuelvo a abrir para ver cómo me observa en el espejo. Me roza la mandíbula con la nariz y la arrastra hacia a esa zona sensible por detrás de mi oreja. El calor de su aliento me pone la piel de gallina y hace que estire el brazo y me sujete a la mesa como si el agarre pudiera controlar los temblores de mi cuerpo, esa necesidad cada vez más grande de él.

No puedo sentir esto, no cuando tengo novia. Me lo digo una y otra vez, pero

se me olvida cuando lo tengo cerca. Es… inevitable. Luego estoy con Eli y me toca y todo vuelve a su sitio. Tengo la cabeza llena de nudos y no sé cómo deshacerlos. No lo sé.

—Eres guapísimo, Abi. Lo sabes, ¿verdad?

—Tú eres guapo. Yo…

«Me parezco a él»; lo pienso y lo pienso y no dejo de pensarlo nunca. A veces creo que mirarlo es mirar a una ventana hacia el futuro. Me veo a mí mismo borracho, drogado, enfadado, en una casa llena de hijos que no se atreven a respirar. Y la pena me agarrota la garganta. Porque no quiero. No puedo. No.

Rayco me besa la barbilla y yo me aparto porque necesito respirar. Necesito que deje de tocarme así y de apretar más los nudos. Necesito que deje de confundirme.

—¿Viene tu novio esta noche? —le pregunto.

—No.

—Entonces… ¿me puedo quedar? Hay gente en la casa.

—Puedes quedarte siempre, bobo. No lo tienes que preguntar.

Pero sí tengo. Odio quedarme si está acompañado. Odio ver cómo se miran y cómo se tocan y cómo se encierran en una habitación a hacer cosas que yo nunca podré ni soñar. Odio cómo suena su risa cuando no va dirigida a mí. Tengo casi dieciséis años y, por primera vez, sé lo que es estar en la calle, ser huérfano, no tener hogar más allá de los brazos de mi hermana, tan suaves y frágiles, tan quebradizos, tan… volátiles.

Rayco intenta tocarme otra vez, pero lo aparto y decido ayudar a Itahisa a hacer la cena. Ella, cansada como está de los turnos en la clínica, me da un abrazo y cenamos viendo una peli de Audrey Hepburn, porque le encanta y la vida es menos fea en blanco y negro.

—¡Lo dice la que vive el mundo en tecnicolor! —se queja su hijo cuando lo menciona.

—Una cosa es darle el color que quieres a tu vida y otra es vivir en la gama cromática que te tocó al nacer. Uno se hace a sí mismo, mi niño. Ya deberías saberlo.

—Tú eres rojo y rosa, y también violeta y blanco —le dice mi hermana, rodeándola con los brazos—. Tus colores son los más bonitos.

Las miro. Parecen madre e hija, aunque no lo sean. Pienso en mi madre y en todas las madres del mundo. Pienso en qué hace a una persona convertirse en madre. Pienso en mi madre como un bloque de hielo en un desierto bajo un sol

que te deja manchas en la piel, derritiéndose hasta desaparecer. Pienso y pienso hasta que me duele la cabeza y dejo de pensar. Luego me meto en la habitación grande, donde pienso dormir solo porque no me apetece hacerlo con Rayco. Las cosas han cambiado entre nosotros y por nada del mundo quiero que vea lo cachondo que me pone estar a su lado.

Él tarda en decidirse a venir, y yo sigo despierto cuando lo hace. Demasiado despierto. Sé que se da cuenta porque estira el brazo y dibuja el contorno de mi rostro. Respiro mientras mi cuerpo se enciende como hace cada vez que lo tengo cerca. Es… como si de verdad fuera Superman y él fuese mi criptonita. Me enciende, me hace temblar y moverme para encontrar un alivio que no obtengo, porque mis sentimientos no hacen más que crecer y crecer y no sé hasta dónde llegarán, si se quebrarán o si mutarán a algo feo y grotesco, si de tanto quererlo acabaré por odiarlo. No quiero odiar a Rayco. No quiero.

—Dime qué te pasa —me susurra.

—¿Qué ves cuando me miras?

—¿Qué voy a ver? A ti.

Me giro y le sujeto la muñeca para que deje de tocarme. Noto el pulso suave, la tensión cuando aprieta el puño.

Estiro el brazo y enciendo la luz. Luego me pego a él, pero no lo suficiente como para que note el bulto en mis pantalones.

—Mírame bien, Ray.

Sus ojos del color de la miel de palma se abren, brillan, se oscurecen, todo a la vez. Lo veo pasarse la lengua por los labios para humedecérselos, arrugar la frente, suspirar. Y yo me bebo cada gesto como si esa fuera la primera y la última vez. Su piel es dorada, ni muy blanca ni muy morena. Es… como una de esas figuras de los cuadros de Néstor de la Torre, mujer u hombre, qué más da. Lo veo en *Primavera* , en *Cactus* , en *Drago* ; incluso lo veo en *Capas de la reina* o *Higuera del Himalaya* , donde pueden distinguirse mejor los cuerpos femeninos. Hombre o mujer, mujer u hombre, el orden no importa, el sexo tampoco, solo la forma. Y la forma de él es perfecta. Los músculos, con sus ondulaciones, sus bajadas y subidas y su tirantez, hablan de libertad; su piel es un abrigo en la noche; sus labios, el rocío de la mañana; el pelo, un susurro al viento, suave, muy suave. Así de bonito es Rayco, así de increíble.

—Te estoy mirando —dice, y a mí se me pone la piel de gallina al escuchar esa voz, rota y profunda, y tan perfecta como todo lo demás.

—¿Y no ves al monstruo? Porque yo lo veo cada vez más claro.

—Pero ¿qué dices?

Intenta soltarse, pero no lo dejo. Quiero que vea en lo que me estoy convirtiendo, que lo sienta; necesito que me vea.

—Me parezco a él. Tengo fotos, ¿sabes? Soy un calco de mi padre.

—No eres tu padre, Abi.

—Todavía no.

—No digas tonterías. —Esta vez, cuando tira del brazo para soltarse, dejo que lo haga.

—Mira mi cuerpo, mira mi cara. Joder. Mira con quién salgo. Tú mismo dijiste que no eran buena gente.

—Eso no te convierte en monstruo a ti también —replica; su preocupación me muerde el pecho y hace que cualquier rastro de excitación termine por desaparecer del todo.

Me dejo caer de espaldas en la cama y suspiro hondo.

—Ni siquiera sirvo para estudiar. A veces la nena me mira y se echa a llorar de miedo. Ella también se dio cuenta.

—Abi…

Me roza la cara con los dedos, pero me sacudo y apago la luz.

—Déjalo.

—No te pareces en nada a él. Eres el chico más bueno y más listo que conozco. También el más fuerte. Estás librando una batalla que no te gusta y empuñas armas que te dan asco, pero que te mantienen a salvo a ti y a tu hermana. Si eso no es de valientes, entonces me bajo del mundo. Abi…

Se acerca, intenta tocarme y yo me aparto todo lo que la cama me permite.

—No me toques. —Estoy temblando y no quiero que me toque, y a la vez quiero que no deje de hacerlo nunca.

Los segundos pasan, el silencio llena la habitación solo interrumpido por nuestras respiraciones y el frufrú de las colchas y nuestros cuerpos, que no pueden estarse quietos mientras se acercan, se acercan, se acercan. El suyo es un templo y yo me siento tranquilo en él, en casa. Sus dedos no tardan en regresar a mi rostro en una caricia lenta que me sé de memoria y que me pone la piel de gallina. Siento mucho y demasiado rápido. Me enciendo cuando su rodilla me presiona el muslo y percibo su aliento en el cuello, la humedad de sus labios en mi piel, su calor, lo mucho que vibra. Me sobreviene un espasmo cuando enlaza el pie entre los míos y me roza la entrepierna sin querer, un roce de nada que me excita y me marea y me tengo que mover para evitar que lo vea.

Fuera, el viento sopla con suavidad. Los edificios son viejos y todo suena demasiado alto en las paredes de papel vegetal. No necesito preguntarme de dónde vienen los gritos, los portazos, las risas crispadas, la música de la tele demasiado alta para la hora que es. Un vecino grita el nombre de mi padre (mi propio nombre), seguido de un insulto, y otro, y otro más. Rayco se aprieta más contra mí. Me estremezco cuando su respiración me acaricia el cuello. Quiere decirme algo, quizá mucho, quizá poco, quizá todo.

Giro el cuello y nuestras narices se rozan. Estamos tan cerca… y a la vez tan lejos… Sé que sabe lo que siento por él, y no porque se lo haya dicho. Lo sabe porque mi cuerpo habla, aunque mi boca no emita ningún sonido.

Acerco la mano y le aparto el pelo de la cara. Lo acaricio, enredo los dedos en los mechones y los hundo en su cuero cabelludo. Él suspira y cierra los ojos. No se aparta. Me gusta que sepa que valoro lo que tenemos, que me conozca lo suficiente como para entender que nunca lo tocaría sin su permiso ni mancharía nuestra amistad. Todo él es un templo y yo me quitaré los zapatos y dejaré la suciedad fuera cuando lo tenga así, tan pegado a mí.

—Prométeme una cosa —le digo.

—Lo que quieras.

Sonrío y uno mi frente a la suya. Su fragilidad me desborda y me aterra. Sé que le harán daño y que no estaré ahí para evitarlo. Sé que esto que somos ahora no durará, que el tiempo (la vida) nos llevará por caminos que quizá se crucen o quizá no.

—No dejes que la nena sufra por mi culpa. Si me convierto en él, yo…

La barbilla me tiembla, la garganta se me atora y me cuesta respirar, y dejar de temblar, y no llorar como el crío que sigo siendo, aunque me esfuerce por aparentar lo contrario. Rayco me sella los labios con sus dedos, largos, bonitos y tan suaves como todo él.

—No lo digas ni en broma.

Lo sujeto de la muñeca. Le clavo los dedos hasta que noto su pulso acelerado y la tensión evidente de su cuerpo.

—Prométemelo, por favor.

—No puedo, Abi. Porque nunca serás él. Pero sí te prometo una cosa —se suelta y me sujeta del rostro con ambas manos, uniendo nuestras frentes—: si alguna vez olvidas dónde está tu casa, iré a por ti y te lo recordaré. No dejaré que te pierdas nunca. Eso sí puedo prometértelo.

Luego me abraza y yo me quedo inmóvil, porque tocarlo es lo que más deseo,

pero también lo único que no podré hacer.

Capítulo 48

Abián

«Todos estamos en el fango, pero algunos miramos a las estrellas». Lo decía Oscar Wilde y lo pensé aquella primera vez que dormí en la calle, con *Astronomy* y el resto de canciones de *Superache* acompañándome hasta que la batería de los auriculares se agotó y sentí que Conan Gray también me abandonaba.

Tumbado en el césped del parque de San Telmo, con los ojos puestos en el techo que era el cielo en mi imaginación y el frío que se me colaba en los huesos, pensé en las estrellas, en lo mucho que brillaban, y en que se parecían a las lámparas de las mesitas de noche, y recordé aquello que decían en *Peter Pan* de que las lámparas eran los ojos que una madre dejaba tras de sí para proteger a sus hijos.

Y entonces recordé *The Crow* , esa película que venía de un cómic que años después se convertiría en uno de mis favoritos, el momento en que Eric Draven decía que una madre era el nombre de Dios en los labios y los corazones de todos los niños, y pensé en las mentiras que contenían los libros y en cómo a veces esas mentiras te salvaban incluso sabiendo que lo eran.

Yo tenía un libro apretado contra mi pecho, y aunque no era *Peter Pan* , también estaba lleno de mentiras. Esa noche apenas dormí, pero, cuando lo hice, soñé con estrellas que eran los ojos de mi madre, estrellas que eran mentiras, estrellas que desaparecieron en cuanto abrí los ojos y el sol me bañó con su luz: una luz distinta, pero verdadera.

Capítulo 49

Henar

Henar se empezó a hacer pis en cuanto se mudaron a Cruz de Piedra. La casa nueva le daba miedo, su padre le daba miedo, los amigos de su padre le daban miedo; que ni su madre ni su madrina durmieran con ella le daba miedo; la oscuridad le daba miedo; y los ruidos, eso le daba muuucho miedo.

Cada noche, Henar le pedía a su hermano que le diera la mano y le preguntaba que cuál era su pensamiento alegre y él siempre le decía que era ella y la agarraba bien fuerte para que el miedo se le fuera bien lejos. Henar se dormía pensando en que esa noche no mojaría la cama, porque su hermano estaba con ella y nunca estaría sola, porque era una niña y los niños creían y ella creía mucho y muy fuerte. Pero entonces se despertaba tiritando y se daba cuenta de que se había hecho pis y de que la cama estaba fría y no podía dormir. Empezaba a llorar bajito, como hacía siempre que algo le dolía, y su hermano bajaba y le besaba la frente y no dejaba de repetir «no pasa nada, nenita, no pasa nada» mientras la ayudaba a cambiarse de ropa. Abián limpiaba el colchón con lejía y jabón, le daba la vuelta, ponía sábanas limpias y se acostaban otra vez y ella no volvía a hacerse pis esa noche, pero sí la siguiente, y la siguiente, y la siguiente.

Cuando se lo contó a Itahisa, ella le compró un despertador y se lo puso al lado de la mesita de noche. Le dijo:

—¿Oyes el tictac? Es el cocodrilo, avisando de que viene. Cada vez que suene, vamos al baño y hacemos pis, ¿vale?

Henar sonrió y le dio un abrazo y le dijo «tequierotequierotequiero», porque de verdad que la quería, aunque no la conocía mucho todavía. Itahisa no puso el despertador aquella noche, el cocodrilo no vino a buscarla y Henar no se hizo pis nunca en su cama.

Capítulo 50

Abián

16 años, diciembre

Mi padre tiene un sello en la mano izquierda. Sabes que juega Las Palmas o el Madrid, o que no está de humor, porque se oye el tac, tac, tac continuado del anillo, seguido de un crrr largo que va y otro crrr largo que viene de vuelta y que te pone la piel de gallina, porque papá está sentado en el sofá y está nervioso, o enfadado, o a saber.

Cuando eso sucede, mamá nos guiña un ojo y nos da dinero y nos dice que vayamos a comprar pastillas de goma o a casa de los Arocha y que ella nos avisa más tarde, cuando las aguas se calmen. Y nosotros nos vamos como correcaminos, conteniendo el aliento para no hacer ruido y dejando una estela de humo a nuestro paso.

No siempre funciona, claro. Porque el enfado a veces tiene nombre y apellido y a veces son los míos, igualitos a los de papá.

Mi padre pronuncia mi nombre con esa entonación dura al final, un «Abián» que suena a sentencia, y yo miro a los lados, como si fuese a aparecer un tercer Abián a quien echarle la culpa de lo que sea que se me acuse y me pueda librar. No lo hay, y casi nunca me libro. Papá no me vuelve a pegar después de aquella primera vez, pero a veces preferiría que lo hiciera. Es un monstruo y los monstruos dan miedo, incluso cuando sabes que no te van a hacer daño físico. Es la espera, las sombras como garras que se te acercan, el silencio como el aullido de un animal. Y luego el aliento, caliente y repulsivo. Papá es un monstruo y yo me siento a su lado cuando vocifera mi nombre. Lo escucho gruñir y babear. En ocasiones, se pone a comer mientras espero a que hable y oigo el entrechocar de las mandíbulas, la masa triturada que da vueltas en la boca, la saliva; y después el arrastrar del sello. El tac, tac, tac seguido de un crrr chirriante y largo.

Ese día no paso mucho tiempo esperando, o eso creo. El tiempo es esa cosa con patas a la que me quedo mirando mientras camina y se arrastra con lentitud. Papá se levanta y saca algo de la mesita que hay en el pasillo. Se sienta otra vez. Alza el paquete y lo gira delante de mí. Es la caja de condones que me compró Rayco cuando empecé a salir con Eli y se puso a darme la murga sobre la

importancia de usar protección, una caja muy similar a la que nos dio Itahisa y que no me traje a casa por vergüenza y miedo a que pasara algo como esto. Ya no estoy con Eli, por cierto, así que no hay mucho de lo que protegerse.

Me pongo colorado y quiero esconderla para que el monstruo no la vea, pero no tiene sentido porque la tiene en la mano y lo sabe.

—¿Follas con el hijo del travelo?

Parpadeo. Oigo, pero no escucho. Lo miro a él y a la caja de condones de manera alternativa. No sé qué me está preguntando, pero sé que es importante. Cosa de vida o muerte. Su cara me lo dice, sus mejillas enrojecidas me lo dicen, la forma en que aprieta la caja, casi deformándola, también me lo dice.

—¿Qué?

—¿Tienes novia o follas con el vecino? Es una pregunta simple, así que responde.

—No he hecho nada con él —contesto—. Somos amigos.

—¿De dónde lo sacaste? —inquiere al tiempo que me coloca la caja delante de la cara, tan cerca que creo que me la voy a comer, con plástico y todo.

Me encojo de hombros.

—Me lo regaló un amigo del insti. Emilio —digo bajito.

Él me observa como si intentara analizar la verdad en mi cara.

—Así que *amigos* —repite, casi escupiendo una palabra que para mí es tan sagrada, tan especial, tan… única—. ¿Le tocas la polla? ¿Se la chupas?

El corazón me late fuerte, pero él se mantiene impasible, como si nada importara, como si sus preguntas no dolieran ni trazaran abismos invisibles entre dos seres de una misma naturaleza.

Un golpe en la mesa, seguido de crrr p'arriba y crrr p'abajo del arrastrar del sello por la madera. El corazón me traiciona y noto esa desagradable sensación del inicio del sudor en la columna.

—Como me entere de que te dejas follar por él…

Su tono es grave, una orden silenciosa, casi letal. Pero no acaba la frase porque la enfermedad que tiene dentro le roba el oxígeno y se lo lleva. Tiene una mueca retorcida en la boca, como las morenas del cuadro *Noche* que Itahisa tiene colgado en el pasillo de la casa y me pregunto si alguna vez habrá tenido un pensamiento alegre, si al menos sabe lo que es y si está relacionado con nosotros. Y nada más pensarlo, me río para dentro, que es una manera fea de reírse.

El monstruo se mete un dedo en la boca para quitarse algo de los dientes y

mueve los dedos de la otra mano en un gesto brusco para que me marche, y yo me voy con la sensación de haber perdido algo importante y no saber qué es. Mi orgullo, quizá; mi dignidad, a saber.

A partir de ese día, mi padre comienza a ir a las canchas para ver los partidos, así como algún encuentro más serio aquí y allá con el insti. Durante ese tiempo en que permanece a metros de distancia, con los ojos fijos en cada uno de mis movimientos, se dedica a observarme con atención, a mí y a mis amigos. Y cuando le queda claro que Rayco no va a aparecer, se larga por donde ha venido.

Nunca me saluda ni habla con nadie, pero la gente sí habla de él. Puedo escuchar los murmullos, unos muy tenues y otros más claros. Ese «Machado el jacoso» seguido de miradas incómodas, algunas llenas de asco y otras de respeto. Y yo no sé qué pensar ni tengo claro cuál de las dos cosas es mejor.

—El respeto, siempre. Es como un escudo —me dice Rayco una tarde al contarle cómo me siento. Itahisa se llevó a la nena a un cumpleaños y estamos solos en su casa, en la habitación grande—. Así no tienes que mirar a tu espalda nunca, ¿sabes? Pa algo bueno que hace tu viejo… aprovéchalo.

—No quiero aprovechar nada. No me gusta que me conozcan por las huellas que ese hombre dejó en mí.

Lo digo con los puños apretados y el cuerpo en tensión. Las ganas de pegarle a algo me pueden y a la vez me asustan, porque me convierten un poco en él y eso me hunde. Odio la idea de parecerme a mi padre.

No sé en qué momento lo hace, pero Rayco se mueve y me sube la camiseta. Me palpa con las palmas abiertas, caricias exageradas que me hacen reír y olvidarme de todo. Es como si estuviera amasando algo, solo que ese algo es mi cuerpo.

—Pero ¿qué haces? —digo riéndome.

—Buscar esas huellas que dices. Nunca te vi ninguna, pero a lo mejor si toco un poquito más…

Lo empujo hacia atrás. Él coge impulso y en nada lo tengo encima, palpando piel con muchas ganas y nada de delicadeza. Respiro hondo cuando me clava la rodilla entre las piernas, muy cerca de mi ingle, y empieza a tirar de los pantalones para bajarme la bragueta.

—Ni se te ocurra. —Le sujeto las muñecas.

—No puedo palparte con la ropa puesta —replica. Tiene que verme la cara, porque se le forma una sonrisa socarrona y se corrige—: Bueno, vale, sí puedo, pero no en profundidad.

—¡Para! —Me río y jadeo cuando me roza la polla con el muslo al inclinarse hacia mí.

Y lo hace; se suelta las manos y las coloca a cada lado de mi cuerpo. Se agacha despacio, sin rozarme más de la cuenta, y su aliento me provoca un estremecimiento que siento en la barriga y más abajo. Me excito, no puedo evitarlo. No es la primera vez que me pasa con él, sobre todo cuando dormimos juntos y me tengo que ir al baño para apagar el fuego que se enciende dentro de mí y que no puedo contener si lo tengo tan cerca. Me gusta y él lo sabe, y quizá por eso se mantiene a diez centímetros de mí. Cerca pero lejos.

—No hay nada de él en ti, Abi. De haberlo, ya lo habría visto. Ni una sola huella tienes.

—No me has visto entero.

—Lo he hecho. No necesito tocarte para eso. Te he visto desnudo, bobo, y no hablo de la ropa, que también, sino de ver como solo ves a una persona a la que quieres mucho. Y yo te quiero fleje, ya lo sabes. Aquí todos te hemos visto desnudo y no tienes nada de él. Eres precioso. Ni siquiera tu nombre suena a él. Abián —dice solemne.

—Es igual —replico, pero mi afirmación suena más bajita cuando me besa la barbilla.

—Abián… —repite y me besa la mandíbula. Giro el cuello cuando noto el empuje de su nariz, sus labios buscando mi pulso acelerado—. Abián… —musita una vez más y yo no me muevo; no puedo.

Respiro, nada más. El tiempo se va, lento, calmado, y nosotros seguimos ahí, sin tictacs ni ningún sonido más allá del de nuestras respiraciones profundas.

Entonces se separa de mí. Sus ojos parecen dos canicas oscuras y brillantes que contienen deseos que necesito atesorar.

—Entiendo que no me crees, pero pienso dedicar la vida a conseguir que lo hagas.

—Eso requiere mucho tiempo.

—Tengo tiempo —me asegura.

¿Lo tiene? ¿Para mí?

Podría preguntar, quiero preguntar, necesito preguntar, pero las respuestas no tardarán en llegar, una a una. Llegarán y me hundirán y todo terminará, como acaban las cosas que no duran, como acaba todo.

Capítulo 51

Abián

16 años, enero

Comerse una uva es difícil, con todas esas cáscaras y esas pipas. Por eso Itahisa las pela y las vacía. La nena se sienta a su lado en la mesa y la ayuda, o lo hace Rayco o lo hago yo. Metemos las uvas en copas y nos quedamos delante del televisor hasta las doce. Si alguno de nosotros se duerme, los demás cogemos las plumas de los disfraces de Itahisa y se las pasamos por la nariz para despertarlo.

Esa madrugada del uno de enero, cuando las campanas dejan de sonar y conseguimos bajar la bola de uvas que tenemos en la garganta, nos abrazamos y nos felicitamos por el año que entra. Luego las chicas se van a la habitación de Itahisa y Rayco y yo nos quedamos solos en el sofá.

Lleva un maquillaje sencillo en tonos dorados, con un *eyeliner* que le llega hasta las estrellas y un iluminador potente. Eso, combinado con la camiseta roja varias tallas más grande y los pantalones de cuero negro ajustados, lo hacen parecer perfecto en su imperfección. Porque no es como el resto de pibes del barrio, ni como nadie de la isla ni del mundo entero. Rayco es… único; y resulta que está aquí, conmigo, y no hace más que pegarse a mí.

Su aliento es dulce porque bebió champán y un poco de ron miel, pero no es desagradable como el de mamá o el monstruo cuando beben. Todavía se está chupando los dedos por el pringue de la fruta cuando se acerca a mi oído y me dice:

—¿Pediste un deseo?

Nuestras narices se empujan cuando me giro para mirarlo.

—No, tonto, pedí doce, uno por cada uva.

—¿Algo importante?

Me coge la barbilla y me la acaricia con los nudillos. Ahora su calor se mezcla con el mío y todo huele a él: a libertad, a polo de fresa, a nomeolvides, a hogar. «Estoy a salvo», pienso, y la tripa se me encoge de miedo, porque no lo estoy, porque solo es una ilusión que se romperá en cuanto el sol se cuele por la ventana y el ron se le vaya del cuerpo y se aparte de mí para irse a saber dónde.

—Todos los deseos son importantes. —Mi voz suena como si estuviera bajo

una cueva, lejos, casi como un aullido de viento.

Rayco me mira los labios y yo le miro los suyos y mi corazón brinca y se me monta a piola y dejo de respirar y su nariz acaricia la mía y me besa. Un beso suave. Roce de labios, de lenguas y de respiraciones profundas. Su boca abre la mía y su lengua se me mete dentro y empuja y se enlaza a la mía y de repente nos estamos besando y es intenso y es fuego y me enciendo y quiero estallar como esos voladores que iluminan el cielo y llenan el suelo de parqué de puntitos en las zonas oscuras allá donde las luces del techo no llegan. Nos apartamos para respirar, nos miramos y mi mano está en su nuca y la suya en mi cintura, dentro de la camiseta, buscando piel, y me acerca más y más y de pronto lo tengo encima y siento todo eso que nunca creí que sentiría. Nuestros cuerpos pegados, nuestras erecciones buscándose, encontrándose, empujándose. Su excitación es una verdad que crece y crece y es real porque la siento y lo estoy tocando y gemimos y nos empujamos y…

—Niños, hagan el favor de parar ya. Que la nena está despierta y aún tiene que ir al baño.

Itahisa no vuelve a decirnos nada. Desaparece y nosotros nos apartamos, con las respiraciones aceleradas y los ojos llenos de verdades que vuelven a silenciarse cuando nos miramos. No sé qué ve Rayco en mí, pero sé lo que yo veo en él: vergüenza y arrepentimiento. Eso veo. Eso siento.

Se me forma un nudo en el pecho y duele tanto que creo que se me abrirá en dos y me partiré y ya no volveré a estar entero nunca más. Pero el dolor no se escucha, así que él no se da cuenta cuando me levanto para llevarme a la nena a cepillarse los dientes y meterla en la cama de Itahisa. Luego me marcho de la casa, y del bloque, y camino hacia Triana. La calle principal está repleta de gente, y de luces, y de vida. Hay un grupo tocando en el kiosco de la música cuando cruzo hacia el parque de San Telmo. Me alejo de la gente y busco un lugar apartado en el césped donde me acuesto, pongo *Yours* a toda pastilla y lloro, con el sabor de Rayco en la boca y el recuerdo de sus palabras cuando me dijo que el dolor sí se oye cuando lloras. Y yo me quedo sordo de tanto hacerlo.

Capítulo 52

Rayco

Rayco lo vio marchar y no hizo nada. Distinguió el dolor en sus ojos, esa manera que tenía de esconder la soledad. Es lo que más le dolía de Abián: la soledad que lo llenaba de grietas que él no podía cubrir con nada. Porque aún era pequeño, aunque fingiera ser grande. Ninguno de los dos lo era. A sus dieciocho años, Rayco había vivido más que él, pero tenía el alma más joven. Quizá porque había crecido rodeado de amor y era la falta de este lo que envejecía a las personas.

Rayco lo vio marchar y no hizo nada. Sabía que huía de él, que le había hecho daño y no podía hacer nada para borrarlo. Porque no querría borrarlo. No quería borrar el beso ni todo lo que había sentido, ni esa cosa que le pesaba en el pecho porque era suya. De Abián. Y él no quería borrar nada que tuviera que ver con su amigo. Nada de nada.

Así que se asomó a la ventana y lo vio desaparecer entre los borrachos y la oscuridad iluminada por las farolas y los voladores que aún llenaban el cielo.

Una lágrima solitaria se le derramó por la mejilla y fue su madre quien se la quitó.

Se miraron. Ella contenía toda la tristeza que solo quien amó y perdió puede atesorar. Él solo tenía miedo. De su presente, de su futuro, de la vida. Esa puta aventura a la que te enfrentabas sin cinturón de seguridad.

—¿Estás enfadada? —le preguntó bajito.

—No, mi niño. Solo tengo miedo. —Le levantó la barbilla y él le aguantó la mirada; siempre lo hacía. Su madre le había enseñado desde bien chiquito a hacerlo—. ¿Por qué hiciste eso?

El sollozo que se le escapó le llenó los ojos de lágrimas a su madre. Qué bonita era, cuánto la quería, qué idiota se sentía por hacerla sufrir.

—Es que no lo pude evitar, ma. No pude. —Se echó a llorar y ella lo abrazó, fuerte, como solo una madre puede abrazar a un hijo—. Lo siento mucho.

Itahisa apretó a su hijo un poquito más contra sí.

—Shhh, no pasa nada. No tienes que sentirlo. Solo tienes que pensar. Es Abián, mi niño. Es nuestro Abián.

—Ya lo sé, ma.

—Y solo tiene quince años.

—Ya cumplió los dieciséis —la corrigió él.

—Y tú vas a cumplir los diecinueve en dos meses. Los caminos de ustedes dos van a virar mucho a partir de ahora. Es menor y le falta cariño. Esto que son ahora puede ser solo una chiquillada o confusión. No lo puedes saber y no es justo que alguien tan chico empiece a sufrir por amor.

Rayco se apartó para mirarla.

—No quiero que sufra.

—Pero lo hará. Ya lo hace cuando te echas novio o cuando te vas al sur con tus amigos o cuando no vienes a dormir. No le des migajas a su corazón, o se pasará la vida muerto de hambre hasta que te odie. El hambre es lo peor, mi niño. Por hambre odiamos y es un sentimiento que no se olvida fácilmente.

—Tú eras joven cuando conociste a mamá —le recordó él.

—Lo era. —Apretó el brazo de su hijo y alzó la mano para coger la mariposa de metal que Henar trajo del cole y que habían colgado juntas en el árbol de Navidad—. ¿Ves qué bonita? —La levantó a la altura de sus ojos y comenzó a girarla, a un lado y a otro, a un lado y a otro. Luego le arrancó las alas, una y luego la otra, y Rayco sintió un dolor agudo, como si le hubieran arrancado las suyas—. Yo era así cuando conocí a tu madre. Estaba muy rota y era muy pequeña por dentro, aunque fuese ya una adulta por fuera. Ni siquiera soportaba verme en el espejo, y en mi casa tampoco querían mirarme. Me sentía invisible y muy fea. Y entonces conocí a tu madre y me llevó con ella y yo la quise tanto… No te imaginas lo mucho que se puede querer cuando no se tiene a nadie más. —Cogió de nuevo la mariposa y le dio vueltas, ya sin las alas—. Viví con ella muchos años, y poco a poco me fui sintiendo bonita, me fui sintiendo yo misma. —Le colocó un ala, enroscó el metal y volvió a girarla—. Vivía en un bote de cristal, pero era yo. Una yo incompleta. Una mariposa no vuela con solo un ala. Tuvo que irse ella para que yo misma, con tu ayuda, me pegara el ala que me faltaba y me dejara ver. Ya no huyo de los espejos, no me da miedo que me vean, pero no fue nada fácil.

A esas alturas, Rayco lloraba sin control. Intentaba recordar a esa otra madre, a esa mujer que lo trajo al mundo y que para él solo era un recuerdo borroso, sonidos amortiguados, fotos en un álbum que nunca abría y esperanza. La esperanza se siente más que verse, y él la llevaba muy incrustada en el pecho. Su madre. Sus madres. Qué agradecido estaba, cuánto las quería.

—¿Por qué me dices todo esto? ¿Qué tiene que ver Abián con…?

Itahisa le limpió las lágrimas con sus manos desnudas, despacio, como si pudiera romperlo con su cariño.

—A veces me pregunto si nuestro amor fue del todo real o si solo nos dejamos llevar. No me malinterpretes: quise mucho a tu madre, pero también fue lo único que tuve. No vi más allá. No podía ni quería. Y creo que a ella le pasó lo mismo. No es algo en lo que piense mucho; odio estropear su recuerdo. Pero no siempre fue bonito, no siempre me gustó ser una mariposa encerrada que intentaba volar con un ala. No siempre nos entendimos. Eras muy chico y no te acuerdas, pero hubo un tiempo en que nos separamos. Al final volvimos, claro. Por costumbre y por cariño. Porque éramos familia y solo nos teníamos la una a la otra.

A Rayco le temblaba la barbilla. Si se esforzaba mucho, podía recordar gritos, portazos, silencios. Los recuerdos estaban llenos de brumas y parecían sueños, o pesadillas, pero estaban.

Itahisa colocó la otra ala y volvió a colgar la figura en el árbol. Luego tomó la mano de su hijo.

—Lo que intento decirte es que pienses bien lo que quieres hacer y lo que el niño necesita. No te voy a juzgar, nunca lo haría, pero si no estás dispuesto a todo, quizá es mejor que no hagas nada. Me moriría de la pena si alguno de mis niños sufriera y él ya tiene bastante dolor con el suyo y con el de la hermana. Te apoyaré en lo que decidas; solo quiero que lo pienses bien.

Rayco asintió, el corazón aplastado por una garra de la que no podía deshacerse. Tenía tanto miedo… y quería tanto a Abián…

Fue su amor por él quien decidió. Y también quien los separó, quizá para siempre.

Capítulo 53

Abián

16 años, abril

Recibo mi primer móvil después del beso, quizá porque empiezo a desaparecer de verdad. Soy un niño que viene y va, un adulto intermitente porque por dentro soy grande, pero por fuera sigo siendo chico.

—Regalo de Reyes adelantado —me dice Itahisa, que ha firmado un contrato con una compañía que ella se encarga de pagar y de lo que no me entero hasta semanas después, cuando le pregunto si no hay que recargar la tarjeta o pagar algo, porque esto funciona y funciona y yo no hago nada.

—No te preocupes por eso, mi niño, pero es mejor que no lo enseñes en casa, por si acaso no quieren que tengas —me contesta.

A Itahisa le preocupa que yo desaparezca, que me pase algo, no poder contactar conmigo. Este aparato negro y sencillo que yo no suelo usar casi nunca, porque no me nace hablar por un cacharro, se convierte en el único hilo invisible que me ata a los Arocha, además de ese otro que es igual de invisible, pero que tiene más peso, porque el amor es un peso que llevamos sin querer y también queriendo.

Con el móvil llegan las notas de audio y las fotos que Rayco me manda día sí y día también. Me habla de cursos de maquillaje y de galas y de que tengo que ir a visitarlo a Madrid cuando se vaya a estudiar allí, más que sea un día o dos, y las flores que le compra a su madre o si está triste o enfadado o si le gusta este chico o aquel. Boberías que a veces escucho tumbado en la cama, a oscuras, con una sonrisa que se me queda pegada en la boca hasta que me duermo. O cuando estoy por ahí alejándome de él, que es cuando más lo echo de menos. Ahí los escucho todos (salvo la parte de los chicos que le gustan, eso lo paso rápido), los nuevos y los viejos, mientras me regodeo en el dolor. Mi móvil es un museo de Rayco y yo me empapo de él hasta que me quedo ciego de dolor y de pena.

Cuando está de bajona, me habla de flores, y eso me gusta, porque soy capaz de leer su tristeza incluso en la belleza.

Sus audios son:

«Hoy compré margaritas. ¿Sabes que no es una flor? Es una inflorescencia, lo

que quiere decir que es un conjunto de flores. Cuando regalas una margarita, es como si regalaras un ramo. Y cuando arrancas un pétalo, estás dejando más sola a la pobre margarita. A mamá le encantan, pero bueno, que a mamá le gustan todas las flores del mundo, hasta las que huelen mal, así que tampoco es que sea tan raro… Me quiere, no me quiere. Pobres margaritas. Las mutilan y al final se quedan solas»;

o:

«Hoy compré claveles verdes. Por Oscar Wilde, ya sabes. Y llevé uno en el bolsillo de la camiseta durante todas las clases. Adivina: nadie supo pillar la referencia. A veces me siento un poco fuera del mundo. Menos mal que siempre me quedarás tú»;

o:

«¿Te fijaste en los nomeolvides que dejé en la mesita? Son tan pequeños… y tienen tanta historia… No sé si lo sabes, pero el nombre viene de una leyenda alemana donde un caballero se ahogó intentando coger una flor para su amada. El pobre hombre gritó "¡no me olvides!" antes de morir. Que suena bonito, pero es la cosa más espantosa del mundo. ¿Quién cojones quiere una flor si puedes tener al amor de tu vida? Bésalo y conviértelo en flor, o en la banda sonora de tu vida, o en lo que te dé la gana. Me horrorizan este tipo de historias donde buscan la tragedia en lo absurdo. ¿Romeo y Julieta? ¡Venga ya! Adolescentes estúpidos y egoístas que no saben lo que es el dolor. La vida real es más perra, ¡supérenlo!

»Aun así, me gustan esas flores violetas y preciosas: chiquititas pero matonas. Me recuerdan a la nena. ¿A ti no? Frágiles, pero con un nombre potente: nomeolvides. Me da miedo el olvido, Abi, tanto que a veces me despierto enchumbado de sudor y no sé qué hacer para que se vaya el miedo. Prométeme que tú nunca me olvidarás. No quiero que dejemos de ser amigos».

Cuando me manda audios así de tristes, rasco las monedas que llevo encima o le pido a la nena que me preste algo de su hucha y le compro un tebeo. Me aseguro de que está solo en casa (sin novios a la vista) y me tumbo a su lado a leer hasta que nos duelen los ojos y las mejillas de tanto reír.

Capítulo 54

Abián

16 años, mayo

Empiezo a trabajar en un veinticuatro horas cerca del Hoyo donde contratan a menores, con el consentimiento de mi madre, claro. Ella me firma y yo le doy parte del dinero que gane, ese es el trato. Trabajo demasiadas horas y el sueldo es una mierda, pero al menos no tengo que volver a casa por las noches y puedo ahorrar.

Le pido a Rayco que me deje guardar el dinero en su casa y él me mira con ese gesto preocupado que cada vez soporto menos. A veces creo que no sé quién es, que ya no sabe quién soy. Y siento que me han arrancado un órgano y que ya no hay manera de pegarlo.

—No me gusta que trabajes ahí.

—A mí no me gusta que mi hermana pase hambre.

—Esta casa también es de ustedes dos, Abi. Nunca les faltará de nada.

No, no lo es; no para mí. Lo fue en algún momento, cuando era chico, cuando todo era fácil, pero resulta que ya no lo es. Resulta que crecí y me enamoré y ahora siento que estoy de paso, que no encajo, que no es mi sitio. El hueco que había hecho a mi medida está ocupado por otro chico, uno que parece bueno y que lo hace feliz. Y eso me hace feliz, aunque me duela. Sé que yo no podría regalarle todas esas sonrisas. Sé que él está arriba y yo no voy a subir a ningún sitio; me quedaré aquí abajo intentando no hundirme. La vida a veces es eso: intentar no hundirte.

—No se trata solo de dos bocas más, Ray. Se trata de mi hermana, de los libros y la ropa y una casa a la que cada vez nos cuesta más entrar porque mis padres cada vez están peor. Tu madre ya tiene bastante con lo suyo. No somos su responsabilidad ni la tuya. Además, se supone que cuando termines el ciclo te vas a Madrid, ¿no?

—Queda fleje para que me vaya. Quiero conseguir un trabajo y ahorrar un tiempo para que mi madre no me lo tenga que pagar todo. Abi…

—Deja de ser tan bueno. Esta es mi vida y resulta que tengo los ojos bien abiertos. Cerrarlos y esperar a que otros se ocupen de mí no es una opción. No lo hicieron mis padres, ¿por qué lo van a hacer ustedes?

Su mirada me atraviesa. Tiembla con todo ese rojo brillante, y toda esa esperanza líquida, y todo ese amor. Es como si mirara al cielo, pero solo estuviera yo. Yo. El cielo. Qué tontería. Yo, que no soy nada. Yo.

—Porque te queremos. Henar y tú son nuestra familia. Entiendo que quieras hacerte cargo, pero puedes apoyar parte del peso. Todavía eres muy…

—No soy un niño, no lo digas —lo corto, temblando; solo puedo ver la miel de esos ojos que me ven como sé que nadie jamás lo hará.

—Tienes dieciséis años.

—Y dejé de ser un niño con doce. A lo mejor antes. —Me encojo de hombros.

Rayco no dice nada más, pero alarga el brazo y me toma de la mano.

—Eres lo más súper del mundo y te quiero.

Sonrío. Solo un poco, porque es él y no puedo no hacerlo.

—¿Puede quedarse Henar aquí? Yo trabajo hasta tarde y la casa está llena de desgraciados.

—Eso no se pregunta. Avisa y te bajo a buscar con el coche.

Asiento, pero no lo hago. Llamo al móvil de Itahisa para que la nena escuche mi voz y acepto la invitación de un pibe que viene a verme cada día a la tienda para que me quede en su casa. Me enrollé con un par de chicas después de Eli, pero es la primera vez que tengo algo con un chico. A veces me acompaña al parque que está encima del Hoyo y se queda conmigo mientras me como un bocadillo. Otras solo hablamos, o nos besamos, o nos tocamos.

Esa noche, cuando salgo, me está esperando en la puerta. Me sonríe y me besa la comisura de la boca. Luego me lleva a su casa. Vive cerca, en una habitación compartida con otros estudiantes de distintas facultades. El cuarto es pequeño, pero estoy tan nervioso que ni me fijo. No hacemos nada más allá de besarnos y tocarnos hasta que nos corremos. Luego me quedo dormido y me siento bien. Me siento muy bien.

Capítulo 55

Abián

Después de terminar el ciclo, Rayco comienza a trabajar en El Corte Inglés de Mesa y López, en una firma de maquillaje. Y todo se vuelve más raro entre nosotros. Quiere ayudarme, así que me compra cosas que no le pido y que no siempre acepto. Unas playeras por aquí, una camiseta por allá. Los días en que mi padre desaparece, va más allá. Le pide permiso a mi madre y nos llena la nevera, o compra toallas, o cubiertos, o ropa de cama. Sobre todo, le compra cosas a la nena, solo porque con ella es más fácil. Los niños no cargan con tanta vergüenza y yo la llevo atorada en la garganta. A veces desaparezco durante días. Me quedo con los colegas del barrio, o con algún chico, o con alguna chica, o me dedico a ver pasar el tiempo mientras lo esquivo. Hasta que el cansancio me cala los huesos y soy consciente de que me estoy alejando de lo que más quiero: la nena, Itahisa, él.

Entonces regreso a su lado, en silencio, y él no me pide explicaciones. Me sonríe y me rodea los hombros con el brazo y me aprieta contra sí, y yo siento que estoy en casa, atado a mi sombra, y que nunca más estaré perdido. Nunca más.

Capítulo 56

Rayco

La realidad es como una bofetada con la mano abierta que te arranca el polvo de hadas, la magia y hasta la capacidad de creer. Eso fue lo que le pasó a Abián, y Rayco no pudo hacer nada por evitarlo. Su mejor amigo se fue apagando, despacio y de manera sutil, como se apaga la llama de una vela.

Rayco recordaba poco de ese día. Él ya tenía diecinueve años, un trabajo y mil proyectos en mente: un futuro viaje planeado a Madrid, cursos profesionales, objetivos; cosas de gente grande. Rayco volaría, pero en avión, y la distancia los separaría más de lo que ya lo estaban, que era mucho. Ojalá que no, pero él sabía que sí. Y tal vez dejarían de creer. Ojalá que no, pero él sabía que sí.

No tuvieron que esperar tanto. Abián lo hizo ese día. Justo ese.

Rayco llegó a su casa. Oyó gritos y el llanto de Henar y ese otro que reconocía porque lo había oído antes: el de la madre. La puta madre que la parió, como solía llamarla Abián con toda su rabia cuando se enfadaba mucho. Rayco entró y vio sangre, e Itahisa tenía a la niña en brazos, aunque cada día pesaba más y le decía que tranquila, que se le pasaría, mientras Ana lloraba y decía cosas como «mi niña, mi pobre niña» y lloraba y lloraba.

Rayco se detuvo en medio de la estancia. Itahisa también lo hizo. Tenía el rímel corrido, el pelo revuelto y Henar se aferraba a su cuello e hipaba. Itahisa meneó la cabeza y se le escapó una lágrima. Y Rayco supo lo que había pasado, porque no era la primera vez. Y tuvo miedo por Abián, por ese niño que ya no era niño, pero que aún volaba como si lo fuera. Y tuvo miedo por esa niña que nunca más volvería a serlo.

Y como si lo hubieran invocado, llamaron a la puerta. Henar tembló. Itahisa tembló. Ana, en el suelo, no había dejado de hacerlo en años con todo ese veneno que se metía en el cuerpo. Rayco también tembló, pero se armó de valor y abrió.

Pasaron muchas cosas entonces. Pasó el tiempo. Pasó el miedo cuando Rayco le explicó lo que sucedía, evitando que la viera, y llegó la rabia.

Henar apretó la mano de su hermano, que también temblaba pero estaba muy quieto, y después de un rato se quedó dormida en los brazos de Itahisa, que se la llevó a la cama.

La rabia tiene alas. Se te pega como ventosas, como una garrapata que chupa y chupa hasta dejarte seco y vuelas, porque la rabia tiene alas y tú te alzas alto, muy alto, hasta llegar al cielo. Y luego caes, porque la rabia es frágil y apenas dura.

Abián se llenó de ella, la masticó y se le hizo bola en la boca. No podía tragarla.

Rayco veía cómo le temblaba el cuerpo. Sintió la vibración cuando lo sujetó del brazo para evitar que saliera de la casa. A la madre la miraba con odio, y ella repetía «fue él, mi niña, mi niña, fue él». El corazón de Rayco le retumbaba en el pecho y no sabía qué hacer cuando su amigo lo empujó y quiso salir y vencer al monstruo como el Peter de *Hook* , ese adulto que también llegó a olvidarse de volar, defendía a sus hijos.

Rayco lo apretó contra la pared y le sujetó la cara con ambas manos.

—Suéltame, joder —le dijo su amigo.

—¿Vas a matarlo? ¿Y luego qué? ¿Quieres que te mate? Porque puede hacerlo. Puedes dejarla sola con ella, que a saber lo que hace.

—Su cara. Su carita… —Abián se aferró a sus muñecas y le clavó los dedos, fuerte fuerte—. Llevo años intentando que no sepa nada, que no se dé cuenta, como en esa peli, *La vida es bella* , ¿recuerdas? Que piense que es un juego y que pasará, hasta que me la pueda llevar. Y ahora… Lo recordará toda la vida, Ray. Si hay una cosa que no se olvida, es el dolor. Y no hablo del golpe, sabes que no. El dolor mata la infancia, yo lo sé bien.

Rayco estaba temblando, y las lágrimas se le querían escapar porque escucharlo así dolía más que nada en el mundo; el dolor de Abián le dejaba el corazón en carne viva.

Aun así, cogió aire y se mantuvo firme cuando le dijo:

—Y la soledad lo mata todo, no solo la infancia, y eso también lo sabes bien. ¿Es eso lo que quieres? —Rayco se sintió pequeño, diminuto, mientras pronunciaba esas palabras. Porque hacían daño, porque eran balas que hacían sangrar a su amigo, balas que él lanzaba. Pero cómo evitar un arma cargada si no es sacando otra arma. Cómo—. ¿Es eso lo que quieres? —repitió con la voz rota por un dolor que era el de su amigo y también el suyo.

No tuvo que repetirlo más. Abián se relajó, sus dedos dejaron de apretar y se derrumbó. Rayco lo cogió a tiempo. Su cuerpo fue la balsa de su amigo; su corazón, la melodía que consiguió calmarlo; su aliento, el oxígeno que le devolvió el aire a los pulmones. Y Abián lloró como pocas veces se permitía

mientras Rayco le decía eso de «niño, ¿por qué lloras?», y le recordaba que tenía que darle un pensamiento alegre por cada lágrima. Y volaron, en esa casa que era chica, pero ellos sentían inmensa, volaron una última vez. Y es que creer es un poco como hacer que lo pequeño parezca grande. Creer lo es todo. Y ellos creían. Pese al miedo, al dolor, y a todo lo demás, creían. Al menos hasta que sus cuerpos se separaran y llegara el frío, y la distancia, y el silencio. Luego… el suelo, la realidad, la vida.

Capítulo 57

Henar

Más tarde, cuando Abián se metió con ella en la cama de Itahisa, Henar tenía los ojos bien abiertos. Había dormido un poco y había llorado un poco más hasta que él le agarró la mano.

—Tengo miedo, Abi.

—¿De qué, nenita?

—No quiero dejar de volar. No quiero hacerme grande.

Su hermano se acercó a Henar, la cara bien pegada a la suya como si no le doliera nada mirarla. Lo hacía. Pero al dolor, cuando se quiere, se lo mira de frente, y también se le combate. Y él era un luchador nato. Le tocó la mejilla derecha, tan intacta que parecía una obscenidad si la comparaba con la otra, amoratada e hinchada.

—Eso no pasará. Te vas a hacer grande, pero jamás dejarás de volar. Los niños grandes también vuelan, como yo; o como Ray, o como Itahisa. Ella vuela siempre, nenita. Y tú eres igual de bonita que ella o más.

—Tengo miedo —repitió Henar.

—Piensa en algo alegre, venga. Si piensas en algo alegre, podrás volar siempre.

Henar no tuvo que pensar mucho.

—El pelo de Ita. Y lo bonita que está cuando Ray la pinta. Y ver *Hook* sentados en el sofá y comer roscas con sal y azúcar. Y tú. Tú eres mi pensamiento alegre, Abi.

No dijo «mamá», pero se mordió el labio y él lo supo. Él siempre lo sabía. Porque mamá ese día había llorado mucho y la había abrazado y había echado a su padre de la casa, al monstruo.

—Papá no es Garfio —dijo Henar cuando ya parecía que se había quedado dormida.

Abián parpadeó.

—¿Qué?

—Creía que era Garfio porque es un viejo malo que no tiene madre y está triste, como el de la peli, pero papá es el cocodrilo que se come el reloj, que es como comerse el tiempo y hace tictac cuando está cerca. Papá nos hace grandes,

y yo no quiero ser grande.

Él suspiró muy hondo para evitar llorar. La apretó con cuidado contra su pecho. El corazón de su hermano parecía una locomotora y a ella le hizo gracia y se rio, la mano apoyada en su pecho para sentirlo.

—Para mí siempre serás chiquita.

Y Henar pensó que eso estaba bien, muy pero que muy bien. Porque si su hermano lo creía, entonces tenía que ser verdad.

Capítulo 58

Itahisa

No llegó a haber denuncia después de aquello. Resultó que la Policía cogió al monstruo y lo encerró en la cárcel, no por pegar a su hija, sino por otras cosas que decían que eran igual de malas, aunque Itahisa dudaba que hubiese algo peor que levantarle la mano a un hijo. Y el alivio les llenó los corazones y la casa se quedó en silencio y todos pudieron limpiar, y respirar, y tener un poquito de paz.

Al año siguiente, Itahisa los llevó a la gala *drag queen* del sur. No era la primera vez que iban, tanto a las del barrio como a la de los carnavales de Las Palmas, pero sí una de las pocas en las que se quedaba con ellos durante todo el espectáculo. Casi siempre los dejaba un rato allí sentados con alguien de confianza que también tenía niños para estar con sus amigas al otro lado, o para ayudar, o para acompañar a Rayco, que cada vez estaba más dentro del mundillo. Itahisa no quería perderse la cara de los niños, cada vez menos niños. Quería verlo todo: cómo abrían bocas y ojos, cómo el brillo se reflejaba en sus miradas, cómo volaban. Porque estar en un lugar así te hacía creer, aunque Abián se estuviera olvidando de hacerlo. Los relojes se apagaban, el tiempo se detenía y tú te quedabas ahí, en ese mundo divino donde estaba prohibido crecer.

Rayco también se quedó con ellos ese día. Los había maquillado a todos, poniendo especial cuidado en Henar, porque era la más ilusionada de los cuatro. Y cuando el espectáculo terminó, Henar tenía los ojos muy brillantes y la magia le burbujeaba dentro. Con una mano se agarraba bien fuerte a su hermano y con la otra, a Itahisa, y, por un momento, solo un instante fugaz, ella pensó que volaba.

Capítulo 59

Abián

17 años, abril

Mi padre lleva meses en Salto del Negro y la cosa en casa está… calmada. A ratos, al menos. Si el monstruo no está, la casa permanece limpia, se puede respirar, hacer de comer y hasta dormir. Mamá está, pero no está. Su humor fluctúa como lo hace el dinero al entrar y al salir. Hay semanas en las que está bien, se ocupa de mi hermana y ella se olvida de que la madre que nos parió es un desastre y de que no la quiere más que a las mierdas que se mete en el cuerpo, que son muchas y frecuentes, aunque no lo parezca y la niña no se dé cuenta. Y es que, sin el monstruo, todo dura mucho más, incluso el alcohol y las drogas.

Sigo trabajando en el veinticuatro horas cuatro veces a la semana y me pide dinero de manera constante. Nunca le doy, así que practica el arte de matarnos de hambre para que sea yo quien se ocupe de la comida. Como si no llevara haciéndolo desde los quince. También le compro ropa a Henar. La nena crece y crece y todo le queda chico enseguida y apenas hay de su talla en las bolsas que nos da Rafa, el de la iglesia. Fue Mari, la del quinto, quien me llevó una vez hasta allí. Por lo que me contó, los vecinos hacían donaciones y en la iglesia se encargaban de entregarlas a familias necesitadas, igual que hacían con la comida.

—Cuando te falte comida o ropa, te vienes y ellos te dan. Chiquillo, la vergüenza te la dejas en la calle —añadió la vecina cuando me vio la cara, y las mejillas se me encendieron todavía más—. Cuando el hambre te llega, la vergüenza es tu peor enemiga.

Así que lo hice. Muchas veces. Menos desde que estoy trabajando, pero sigo yendo a buscar ropa de nuestra talla. Un vaquero por aquí, alguna falda por allá. El dinero no siempre me da para todo. La comida, los libros, la ropa, algún capricho para la nena… Demasiado para mi sueldo de mierda y los pocos días que trabajo. Necesito ahorrar. Nunca podré sacar a mi hermana del barrio si no lo hago.

Los Arocha nos ayudan, nos protegen, nos quieren. Pero ya no soy un niño y me cuesta más estar ahí, quitarme de encima la sensación de que sobro, que

tienen su vida y yo solo soy… No sé qué soy, pero nada bueno dado lo mal que me siento. Sé que la nena no molesta, que Itahisa la quiere y Rayco también. Sé que puede estar con ellos mientras yo me busco la vida lavando coches o haciendo chapuzas aquí y allá que nos ayuden a salir del barrio. Cualquier trabajo es bueno para eso.

Rayco ahora sale con un chico llamado Bentejuí. Me río del nombre y él se enfada cuando lo hago, pero a veces lo veo torcer la boca, sobre todo cuando su madre y mi hermana también se ríen. Y puede que tenga un nombre patético, pero es un buen tío y eso hace que me caiga bien, aunque no soporte estar cerca de él. Sigue con sus estudios de maquillaje y este año participará en la gala *drag* de las fiestas del barrio en octubre como maquillador de una de las reinas. Y puede que sea un enchufe, como suele decir él, un favor a su madre, pero estará dentro y eso es lo que importa. Y, mientras practica y practica y practica, yo lo veo alzar el vuelo, al principio de manera sutil y después hasta casi desaparecer de la vista, lejos de mí, de lo que un día fuimos y de lo que queda de nosotros, que es mucho aunque a veces parezca poco.

La gala de las fiestas del barrio no es como las grandes de los carnavales, pero es un acontecimiento. Viene gente de otros barrios y todo se llena y apenas hay aparcamientos ni taxis libres para los que quieren volver a sus casas. Es un sueño. Y sé que cuando Rayco maquille a esa reina y esta salga al escenario, libre y hermosa, el pecho se me llenará de alas y creeré que puedo volver a volar solo, porque él también lo estará haciendo, esté donde esté en ese momento. Volaremos juntos, aunque estemos separados.

Capítulo 60

Abián

17 años, junio

—Vente esta noche, tío, lo pasaremos bien —me dice Mati cuando nos vemos para darle un rato al balón.

Mati, con sus rizos rubios y ese cuerpo que hace tiempo superó al mío en músculo y tamaño, aunque sigo siendo más alto que él. Mati, que me mira como si quisiera arrancarme la ropa a mordiscos y luego escupirme los pedazos a la cara. Mati, con quien llevo desde tercero jugando a una especie de juego de supervivencia en el que cada vez nos cuesta más avanzar sin morir en el intento. Mati. Con él me fumé mi primer y único cigarro, me bebí mi primera (y mi segunda, y mi tercera, y mi cuarta) cerveza.

Nos miramos, sonreímos, y es como si ambos habláramos un idioma extraño que nadie más alcanza a entender. El deseo es líquido, viscoso y, cuando se te pega a la piel, necesitas quitártelo como sea. Te pesa, hace que te hierva el cuerpo y dejes de ser tú. Así me siento esa noche cuando llego a la fiesta y él está ahí.

Al principio ni me presta atención. Hay chicas guapas que Emilio no tarda en presentarme. Tonteo con esta y con aquella, pero ninguna me pone porque él está ahí y el deseo me quema la piel. Ya no se oculta de los demás. Todos saben que le gustan los chicos y lo respetan, quizá porque su padre tiene peor fama que el mío o por su hermano, que también. Así que Mati se lía con pibes o tontea con cualquiera y no pasa nada. Porque es Mati y no todos los maricas son tan… maricas. Pura hipocresía. Pero está bien. Mati me gusta, siempre me gustó. Y sé que a él le sucede lo mismo. Somos dos bolas de billar que chocan sin querer entrar en ningún agujero. Cuando empiezo a fingir que paso de él, se acerca. Quizá por puro aburrimiento, quizá porque sabe que al final me marcharé o me enrollaré con alguien y pasaré de él de verdad. No le debo nada, no somos nada.

El sofá se hunde cuando se deja caer a mi lado con todo el peso de su cuerpazo; kilos y kilos de puro músculo que se encarga de mantener cada día en el gimnasio de Las Rehoyas. El roce de sus labios en el cuello me ponen la piel de gallina cuando me susurra al oído:

—La habitación del fondo está libre. —Me pasa el porro que lleva en la mano —. Es mierda buena.

Fumo un poco, y mucho más cuando desliza una mano por mi muslo, muy cerca de la ingle. Toso y él se ríe al tiempo que me quita el porro y le da una calada larga. Luego me besa. Aquí, en esta fiesta atestada de gente, delante de todos los del barrio. Si nos miran, nadie dice nada. Él es Mati, hijo de su padre; yo soy Abián, hijo del mío. Dos balas perdidas que se encuentran en la boca del otro.

Nunca he llegado hasta el final con un chico, solo con chicas, pero no se lo digo. No creo que le importe. Le doy otra calada al porro y esta vez no me atraganto. A la tercera estoy sonriendo y, después de la cuarta, me lo quita y me acabo la cerveza. Estamos muy cerca y siento que nadie nos mira y que todos lo hacen. La sensación sigue siendo extraña. Y lo es mucho más cuando me vuelve a besar y su lengua me invade la boca con una brusquedad que es nueva para mí, y que me excita y le devuelvo con la misma intensidad. Estoy mareado, y contento, y cachondo, y tiemblo de necesidad cada vez que me roza la entrepierna con la mano, arriba y abajo, arriba y abajo. Cuando consigue arrancarme un gemido, me dedica una mirada de suficiencia.

En nada me jala del brazo y me lleva a la habitación, me empuja sobre la cama y más allá de ella. Me empuja hacia lugares que no conozco, y yo respiro mientras el deseo se retuerce y sale de mí. Respiro incluso cuando me falta el aire. Respiro cuando todo se vuelve borroso y la habitación da vueltas o quizá somos nosotros quienes damos vueltas el uno alrededor del otro. Empuja y empuja y me duele y lo sabe, pero no se detiene y yo no quiero (ni espero) que lo haga. Está enfadado, por ignorarlo, tal vez; por haber tardado tanto, quizá. Pero no me importa. A él tampoco le importa cuando terminamos, agotados y sin fuerzas más que para dejarnos caer sobre la cama.

Todo da vueltas cuando coge pañuelos de papel y nos limpiamos. Y cuando se levanta y se pone la ropa. Y cuando me deja ahí sin nada más que un «nos vemos».

En ese momento pienso en aquella conversación estúpida que tuve con Rayco hace fleje de tiempo, en los roles, en ese «quién hace de chica» y me río, y también lloro por dentro; porque no me siento ni hombre ni mujer, solo yo, un poco perdido, sin magia, aplastado contra la realidad. Eso soy: Abián Machado, el puto hijo de mi padre.

Todo sigue dando vueltas cuando salgo de la casa, y del bloque, y entro en el

mío.

Y lo sigue haciendo hasta que llamo a la puerta de los Arocha y Rayco me ve. Entonces todo gira, pero de otro modo. Porque estoy con Rayco y la vida a su lado cambia de sentido, se endereza, va hacia alguna parte, no importa dónde. Creo. Y vuelo. Y todo está bien cuando él me abraza y me dice que estoy en casa, que no estoy solo, que nunca estaré solo.

Ojalá sea verdad, ojalá nunca se aleje de mí, ojalá no me convierta en el monstruo que más me aterra. Ojalá pudiera arrancarme la piel con las uñas, dejar de ser yo, ser algo más que el hijo de mi padre. Ojalá. Vaya cosa. Eso soy, un ojalá, un deseo lanzado como quien lanza una moneda al aire.

Ojalá.

Vaya mierda de vida.

Vaya mierda de persona.

Vaya mierda yo.

Capítulo 61

Abián

Vuelvo a acostarme con Mati después de eso. Varias veces. Lo hago alguna de esas noches en las que la nena se queda a dormir con los Arocha y Rayco trae a su novio a casa. Lo hago con él o con cualquier otro que tenga una casa donde pueda quedarme a dormir. A veces no me apetece tanto la parte del sexo y me voy a alguna disco y me paso la noche oyendo música que no me gusta. O me quedo en San Telmo, sentado en el kiosco de la música, o en el césped con la manta que siempre llevo encima y los auriculares. Mis pertenencias condensadas en una mochila de acampada: ahí está mi ejemplar de *V de Vendetta* , y mi número favorito de *Hellblazer* y de *The Sandman* , y alguno suelto de *La cosa del pantano* y *Planetary* ; ahí está la copia vieja de *Peter Pan* que me regaló la nena por mi catorce cumpleaños, cedida por Itahisa; dos camisetas, otros vaqueros, un par de calzoncillos y calcetines; ah, y condones, siempre llevo, y poco más.

Durante esas noches, arrebujado en la manta y en el abrigo de plumas que me dieron en la iglesia la última vez que me pasé a por ropa (ya no me da tanta vergüenza pedir cosas que alguien dejó ahí porque no las necesitaba), hago un repaso mental por mis ahorros. No son muchos. Gasto más de lo que ahorro, sobre todo ahora que el monstruo regresó y la casa vuelve a estar llena de gente que se come toda la comida que me encargo de comprar. Gasto en comida para la casa de los Arocha, donde la nena pasa todo el tiempo en que mi padre está metido en la casa (condición que Itahisa le puso a mi madre para no denunciarlos), y soporto como puedo los reproches de Itahisa porque, según ella, no tengo que comprar nada, que ella se encarga y blablablá. No puedo hacer eso. No cuando cada vez me siento más ajeno a todo. La sensación de no pertenencia crece y crece como las enredaderas que llegaban al cielo de aquel cuento que le contaba a la nena cuando era más chica, el de *Jack y las judías mágicas* .

Pienso en los meses que me quedan para ser mayor de edad; en si podré conseguir un trabajo mejor; en si ahorraré lo suficiente como para alquilar un piso, algo pequeño, para dos; en si la nena querrá venirse conmigo; en si podré cuidarla hasta que se haga grande; en si… Y entonces dejo de pensar, porque

siento el cuerpo contra el suelo, la vida que me aplasta y la magia que se fue hace mucho. Y oigo la voz de la nena en mi cabeza, ese «tengo miedo, no quiero crecer, no quiero dejar de volar».

Y mientras las horas pasan y el sueño no viene, en una calle cada vez más oscura, yo también tengo miedo. De todo lo que no puedo hacer, de lo difícil que es vivir, de lo mucho que duele.

Capítulo 62

Abián

17 años, octubre

Me habla de las grietas una noche cualquiera en la que baja a tirar la basura y me encuentra sentado en el parque, escuchando en bucle *Black* , de Pearl Jam, que es como si alguien me dijera las verdades al oído a gritos. Me explica lo que vio cuando nos conocimos, lo que ve ahora, lo que cree que pasará.

—Así que crees que voy a romperme o algo así —digo con una sonrisa cansada.

Todo mi cuerpo está cansado. Apenas dormí tras llegar del trabajo y tuve que limpiar un poco la pocilga en la que vivimos y acompañar a mi hermana a la casa de una amiga donde va a pasar la noche. Luego me volví al bloque y me senté en el parque a coger un poco de sol. Y ahí me encontró Rayco de camino al coche.

—Creo que una ayuda no te vendría mal. Te empeñas en hacerlo todo tú y…

—¿Vas a ayudarme tú? Apenas paras en casa ya —le recuerdo—. Vas a trabajar, maquillas y sales. ¿Quieres hacer de niñera o es que quieres que lo haga tu madre? Tu vieja ya hace bastante, joder.

La mirada que me dedica me dolería si me quedara espacio para más dolor, pero es que, con este cansancio, no me cabe nada más. Necesito dormir y no despertar en…

—No hables así.

Me río. Elevo la vista. Qué alto parece ahí, de pie, delante de mí, y qué enfadado. Qué guapo.

—¿Te molesta el «joder»? Venga ya, Ray, pero si eras tú el de las palabrotas.

—Me molesta el tono. Hablas como los del barrio.

Me encojo de hombros.

—Son mis colegas.

—No. Solo es gente con la que estás para no estar en tu casa. Y lo entiendo, pero…

Me levanto y él retrocede; me como su altura y parte de su determinación y me pregunto si piensa que le voy a hacer daño, si me cree capaz, si de verdad

empiezo a parecerme a él. Y el cansancio se va como ha venido y llega el dolor, ese amigo que es como un parásito que me acompaña siempre.

—Deja de hacer eso. Deja de analizar todo lo que hago.

—Mírate, Abi. Tienes ojeras y los ojos rojos y estás en la calle cuando puedes, no sé… estar en mi casa.

—No soy tu responsabilidad, ¿sabes? Además…

—¿Qué?

—Tu novio está arriba.

—¿Y qué si está? Además, ya se fue.

No se fue, no. Su presencia sigue ahí, su olor sigue ahí, la verdad sigue ahí, pegada a las paredes de cada habitación, recordándome que no soy nada, que nunca seré nada para él, que jamás me mirará como lo hizo aquella noche por el alcohol o la confusión o a saber qué. Un error: eso fui, eso soy.

—Y tu madre está durmiendo.

Él salva los pocos centímetros que nos separan y me sujeta la cara con ambas manos. Su contacto me sacude por dentro. ¿Cuándo fue la última vez que me tocó? ¿Cómo puedes echar de menos a alguien que está aquí, a tan poca distancia de ti? Cómo. Tengo diecisiete años y él veinte. Sé que ni siquiera me ve, pero aun así…

—Ponme una excusa válida y a lo mejor te hago caso.

—Necesito poder cuidar de mi hermana y de mí mismo. —Lo sujeto de las muñecas para apartarlo—. Estás aprendiendo muchas cosas, vas a llegar lejos en lo tuyo. Yo… solo quiero aprender a salir adelante solo. Quiero dejar de tener miedo de caerme todo el rato.

—Puedes caerte. Solo tienes diecisiete, Abi.

—Ni se te ocurra decir que soy un niño, porque no lo soy.

—Sé que no lo eres. Sé que hace tiempo que dejaste de serlo. Y sé que trabajas y ahorras y que lo haces todo por tu hermana. Eres la persona más valiente que conozco. Pero también sé que te han visto fumando, y bebiendo, y vete a saber qué más. Tú no eres así, Abi.

—¿Como mi padre, dices? —Lo suelto y ahora soy yo quien retrocede, asustado, no de él sino de lo que ve en mí—. Puedes decirlo. No es nada que no haya pensado antes.

—Ya sabes lo que opino sobre eso. Odias tanto la idea de parecerte a él que acabas imitándolo. Y mientras lo haces, las grietas siguen creciendo. ¿Es que no te das cuenta? ¿A dónde quieres llegar?

Lo miro. La rabia se me atora en la garganta, y el miedo, y el rencor.

—¿Qué más da? Algunos solo aspiramos a llegar. El sitio es lo de menos.

«El sitio es lo de menos».

Mis palabras me acompañan calle arriba y lo siguen haciendo cuando me meto en la casa de Mati, en la cama de Mati, en el cuerpo de Mati.

Capítulo 63

Abián

18 años, enero

Tengo dieciocho y Rayco está a nada de cumplir los veintiuno cuando Itahisa enferma por una colecistitis aguda. La operan de urgencias para extraerle la vesícula y pronto está bien, pero Rayco tiene que trabajar y yo puedo quedarme con ella todo el día en el hospital Doctor Negrín, así que me quedo y la ayudo a asearse. Verla desnuda me impresiona, porque mirar su cuerpo es como ver un cuadro de Néstor de la Torre.

Al advertir mi expresión, ella estira el brazo y me acaricia la mejilla.

—Es normal que te sientas raro, no te preocupes. Soy un poco fea con pijama de hospital.

—Eres hermosa —digo, y se me cae una lágrima que ella recoge con la punta del dedo y se la guarda en un puño.

—Tú sí que eres hermoso. Ojalá mi niño encontrara a alguien como tú, un hombre que merezca la pena.

No contesto, pero mi corazón se quiebra al oírla. Rayco y yo. Un sueño imposible. Una quimera. Una lotería que juegas y juegas y nunca te toca.

***

Esa noche, cuando Rayco viene para estar un rato con su madre y ella nos obliga a marcharnos a casa para descansar en una cama cómoda, se me escapa de la peor manera.

—¿Quién es tu madre? —le pregunto cuando llegamos al pasillo que da a la casa donde vivo y me aprieta la mano para pedirme que me quede con él.

—¿Perdona? —inquiere, soltándome.

Me ruborizo a lo bestia. Dios, no quería que sonara así. Yo… solo quiero conocer a esta familia que es mía, aunque no lo sea. Solo quiero saber.

—Nunca me lo has contado, ya sabes.

Menea la cabeza como si no acabara de creérselo.

—No sé nada. Y haré como si no hubiera escuchado esa mierda de pregunta.

—Lo siento, yo…

—Una madre no es quien te lleva en la barriga ni te da su ADN. Una madre

está. Una madre te quiere. —Suelta un suspiro largo—. Joder, pero qué sabrás tú lo que es una madre.

El arrepentimiento es inmediato, pero las palabras son pronunciadas y yo las escucho todas. Más que oírlas, me las trago y se me quedan ahí, rebotando en ese hueco que tengo dentro.

—Eh, Abi.

—Tranquilo, si no has dicho nada que no sea verdad. —Me encojo de hombros y convierto mis sentimientos en hielo; frío, punzante—. Descansa, ¿sí?

—Abi, por favor.

Intenta acercarse, pero yo retrocedo, más y más.

—De verdad, no pasa nada. Adoro a tu madre. Si hay una mujer que me quiera, es ella. Siento haberte hecho esa pregunta de mierda. Yo… —Me paso una mano por el pelo, nervioso; miro el pasillo, sucio y desangelado, las colillas, la meada en la esquina, la chopa que corretea cerca del borde de las escaleras en busca de un lugar seguro; miro todo lo que no me gusta para no mirarlo a él, que me gusta demasiado—. Es que hay cosas que no sé y me encantaría saber, solo eso.

—¿Te vas a tu casa?

—Me voy con mi hermana, sí.

Rayco me sujeta de la muñeca, fuerte fuerte.

—Abi… No me odies, por favor.

Y entonces me lo cuenta, rápido y de manera atropellada, en esas escaleras en las que muchas veces me quedé con la nena a dormir. Me habla de sus dos madres, de sus vidas y de cómo se siente al no recordar a esa mujer que lo trajo al mundo. Me habla y me habla, con los dedos bien clavados en mi piel, y yo escucho su dolor, ese que no se oye ni se ve.

Cuando termina, estiro el brazo y le aparto el pelo de la cara con cariño. Lo tomo de la nuca y le doy un beso en la mejilla.

—No me odies, por favor —repite con una voz rota que me duele.

—Nunca, bobo. —Le beso la sien, la mejilla, la comisura de la boca—. Eres mi familia.

Pero es más que eso. Él lo es todo, y resulta que yo nunca seré ese chico que su madre anhela para él. Yo nunca seré. Nunca.

Capítulo 64

Abián

18 años, marzo

—¿Qué te has metido? —me pregunta Rayco al verme los ojos, o la cara, o vete a saber qué.

Es tarde y no debería haber entrado en la casa de los Arocha pasada la medianoche, pero fuera llueve y no me apetecía quedarme en casa de Mati después de la discusión que tuvimos y que ni recuerdo. Me había liado para que fuéramos al cumple de Emilio con los demás y de ahí vengo.

—Solo un porro.

—¿Solo? Porque te pareces a uno de esos tíos que salen de tu casa.

«Tu casa». El golpe me impacta en el pecho, y en la garganta, y en los putos párpados. Sabe que odio que la llame así, que me asocie a *eso* . Quizá por esa razón lo dice. Quizá quiere hacerme daño. Quizá. Y es una mierda que Rayco quiera hacerme daño. Lo peor del mundo. Dios.

—No soy un drogata.

—Pues lo pareces. —Me sujeta del brazo y me lleva al pasillo, delante del espejo—. Mírate.

Y ahí está él, el monstruo, yo; su mismo cuerpo, sus mismos ojos ahora enrojecidos por la marihuana y el alcohol, la misma palidez envenenada, la misma rabia. Él. Yo. Dos partes de un todo. La náusea me llega rápido. Me sobreviene una arcada y tengo que correr al baño para no vomitar allí mismo, en el pasillo de los Arocha.

Él entra conmigo. Me sujeta la frente y me acaricia la espalda. Mis lágrimas se mezclan con la amargura de la mierda que tengo dentro y me aparto de él. No quiero que me toque. No puedo soportarlo. Intenta agarrarme otra vez, pero lo empujo y pierdo el equilibrio y me caigo al suelo. Observo mis piernas, cada vez más robustas, tiradas de cualquier manera. La camiseta llena de vómito, las uñas negras. La suciedad que soy. La ruina en la que me estoy convirtiendo.

Alzo la mirada y nuestros ojos se encuentran. Su expresión es suave, su mirada es pura compasión. Y lo odio, lo odio, lo odio.

—Dilo.

—Abi…

Le doy una patada al piso de pura rabia.

—Di que me parezco a él. Dilo.

—Jamás haré tal cosa.

Me levanto como puedo. Limpio el váter y me lavo la boca mientras aguanto su escrutinio, su puñetera compasión.

—Dile a mi hermana que trabajo esta noche.

—Abi, no puedes irte así. Está lloviendo. —Intenta tocarme otra vez, pero estoy enfadado y no quiero ni mirarlo.

—Que no me toques, coño.

—No te enfades conmigo, por favor. No me odies por preocuparme por ti.

Salgo al pasillo y avanzo entre el *Poema del Atlántico* , las fotos de las *drags* y una infancia que ya no reconozco. Y entonces lo oigo: el sollozo, la respiración. Me detengo, apoyo la mano en la pared. Los sollozos suben de intensidad. Me tiembla todo, el pecho se me agita como si no estuviera hueco. No puedo moverme. Sé que, si me voy, se acabó. Porque tengo un poco de monstruo, aunque me empeñe en negarlo. Soy un poco él, aunque me duela.

Me giro y lo observo. El pelo rubio le ha crecido bastante y le cae de cualquier manera a ambos lados de la cara. Tiene la mirada perdida en algún punto de la pared, pero yo sé a dónde se ha ido. Está en nuestra niñez, en esa amistad que se estancó a saber cuándo. Estamos destinados a irnos, a buscar algo que no existe, a aferrarnos a un quizá. Somos la cuna vacía de Peter Pan , el anciano que vive en la casa de Wendy, niños perdidos que buscan pensamientos alegres en forma de canicas que ya no existen, niños que buscan excusas, niños encerrados en cápsulas del tiempo. Eso somos, eso seremos, aunque la vida pinte arrugas sobre nosotros, nos quite a personas y nos aplaste contra el suelo.

Arrastro los pies hasta situarme delante de él. No sé cuándo pasó, pero ahora soy más alto, más fuerte, más. Le aparto el pelo y él me clava sus ojos, tan bonitos, tan honestos. Dicen tanto… y yo oigo tan poco…

—No volveré a meterme nada. ¿Confías en mí?

Él asiente, nada más. Luego me sujeta de la camiseta y me atrae hacia sí. Me abraza y hunde la cara en mi cuello. Su dolor me hace cosquillas en la piel, me vibra, me acuna; sus labios dibujan promesas que quizá se cumplan o quizá no lo hagan nunca. Pero son sus brazos los que me traen de vuelta a él y su olor: a Bakoka de fresa, a flores recién cortadas, a la magia de lo invisible, a casa.

—No te alejes de mí, Abi. —Sus dedos se me clavan en las costillas y me duele, y yo necesito que lo hagan con más fuerza, que me duela mucho más. La

vida puede ser más o menos real, pero el dolor existe, el dolor se siente, el dolor soy—. Prométemelo —insiste.

—Vale.

Él suspira, pero no se relaja. Los dos sabemos que es una promesa vacía, que ya lo hicimos. Nos separó la vida, la puta vida.

Capítulo 65

Rayco

—¿Por qué dicen que el espacio es infinito? ¿Qué cojones significa? Porque yo siento que no hay hueco para mí, que no tengo sitio.

—¿Y por qué llaman «noche» a la noche cuando hay tanto brillo en el cielo? Mira todas esas estrellas, es como si cantaran. ¿Las oyes?

—Son luces en un espacio infinito al que no podemos llegar.

—A lo mejor sí o a lo mejor no; lo importante es creer en ello. Solo si crees puedes volar; y si vuelas, llegas a donde quieras.

—¿Quién lo dice?

—Yo. Lo digo yo.

Capítulo 66

Itahisa

Un parpadeo, eso es la vida; y así te cambia, en un parpadeo.

Sucedió una mañana cualquiera de un día cualquiera. Itahisa se había tomado una semana de vacaciones. Estaba agotada. Demasiados turnos de noche en la clínica, demasiado pensar en esto y en aquello, demasiada nostalgia en el pecho ahora que se acercaba la Navidad. ¿Cuánto faltaba? Un mes y medio por lo menos, pero todo estaba lleno de adornos y de turrones. Incluso en Las Arenas estaban con los preparativos para poner el árbol de Navidad, o eso le pareció ver ese día que quedó con sus amigos para ir a un espectáculo sobre los grandes éxitos de Queen y Freddie Mercury en el auditorio Alfredo Kraus.

En qué momento la vida había empezado a correr, no lo tenía claro. Antes, de joven, le daba la sensación de que el tiempo no avanzaba nunca. Ella quería ser más grande, llegar rápido a ese o aquel año. Las prisas se le metían en las venas, pero todo era demasiado lento y había que sufrir la espera. Con el paso del tiempo, en cambio, todo se aceleraba sin remedio y tenías que poner mucho de tu parte para no quedarte atrás, y siempre lo hacías, porque el cuerpo envejecía y cada vez le costaba más. De ahí el cansancio de Itahisa.

En todo eso pensaba cuando sonó el timbre de la puerta. No podía ser Rayco, pues se había ido a pasar el fin de semana al sur para maquillar a dos amigas suyas, ambas bien metidas en el mundo del transformismo, y acudir a una fiesta privada solo para gente del colectivo. Itahisa fue invitada, claro, pero estaba demasiado cansada para los kilómetros de trayecto, y para estar guapa, y para sonreír. Tampoco podían ser sus otros niños. Abián estaba trabajando y Henar se había quedado a pasar el finde con una amiga en Valleseco. Solo por si acaso, porque la gente no le gustaba y ella no se fiaba de nadie, destapó la mirilla para comprobar quién era. Lo que vio no le gustó nada, pero abrió igualmente la puerta.

Ana temblaba y tenía los ojos llenos de churretones negros debido al rímel, el rostro más pálido que de costumbre. A Itahisa le pareció diminuta, frágil y fea. Ana no era nada fea, pero lo parecía. Sintió miedo y pena. Itahisa siempre había sentido un poco de pena por ella, además de rabia, aunque Rayco se enfadara porque esa mujer no merecía más que sufrimiento. Itahisa no podía odiar a

nadie tan perdido como ella. A sus chicos les gustaba hablar de niños perdidos y a ella no se le venía a la cabeza nadie más perdido que Ana.

—¿Qué fue? —le preguntó Itahisa al tiempo que abría el cajón de la mesa de la entrada y le daba un pañuelo.

La mujer miró el clínex con el mismo asco de quien mira una chopa que le fue a parar a la mano. Y lo soltó de la misma forma. Itahisa se asustó al comprender la gravedad de la situación.

—Abián se murió —dijo.

A Itahisa se le saltaron ochenta mil latidos. El corazón entero se le saltó al pensar en Abián: el más fuerte y también el más frágil de sus niños. Pensó en esa bondad desmedida, en toda su tristeza, en la soledad que se había comido a bocados grandes hasta quedar embostado. Estaba tan lleno de ella…, tanto… Itahisa no siempre sabía qué decirle, no hallaba consuelo para corazones tan heridos, y eso le dolía más que cualquier otra cosa.

Se le cayó una lágrima y dio un paso hacia la mujer, que lloraba y lloraba sin decir nada más.

—¿Cómo que se murió? —La agarró de las muñecas con brusquedad—. ¿Cómo?

Ana lloraba y lloraba y lloraba. Itahisa no sabía qué hacer; su corazón no le pertenecía. Había un dragón de fuego dentro de ella y notaba cómo arañaba y quemaba en busca de respuestas. Pero la mujer no reaccionó, no hasta que le pegó un cachetón que se oyó en todo el edificio.

—Decía que controlaba, pero no. Se metió todo lo que le dio Nico y… —Se pasó una mano por la cara, roja por el golpe—. Yo me fui y nadie se dio cuenta hasta más tarde. Nico me llamó hace unas horas. Yo… No teníamos seguro —dijo apenas sin voz.

Itahisa se dio cuenta de que no hablaba de su hijo, sino de su marido. El dragón le clavó las garras y le subió por la boca para alcanzar la libertad.

—¿Pero el niño está bien? —Se le escapó un sollozo—. Dios santo, creí que me hablabas de él.

—¿Mi hijo, dices? —Ana parecía extrañada, como si hubiese dicho algo inaudito—. Abián no se mete nada. Es un buen muchacho.

Itahisa apretó los dientes y dio un paso hacia ella. Pasado el miedo, solo quedaba la rabia.

—¿Estás segura? ¿Cuándo fue la última vez que te fijaste en él? Tu hijo podría aparecer muerto mañana y a ti te sudaría el coño. Solo te miras tu propio

ombligo.

—Mi marido está muerto —dijo Ana a media voz. Itahisa se sintió fatal, pero tenía mucha rabia dentro y no podía contenerla—. Está muerto.

—Y yo me alegro de que no sea Abián, qué quieres que te diga.

Después, suspiró hondo y permitió que la empatía se abriera paso. La abrazó y le prometió que no pasaba nada por el seguro, que ella se ocupaba, pero que no podía seguir así, que iba a matar a sus hijos, que se mataría ella antes y arrastraría a su hija por el camino, porque Henar la quería aunque no se la mereciera. Le hizo prometer que iría a una clínica y que se curaría, y que ella la ayudaría. Y mientras Itahisa hablaba y Ana le hacía una promesa que a saber si cumpliría, la vida, ahí afuera, empezó a cambiar de tonalidad, como cuando hay un eclipse y sabes que es algo inaudito que no volverás a ver en la vida. Abián Machado acababa de morir y la vida de Abián y Henar ya no sería la misma nunca más. Cómo sería, eso aún no lo podían saber.

Itahisa cogió aire y lo soltó. El corazón le volvió a su sitio y se endureció, tanto como ellos necesitaban. Y puede que no fuera su madre (la del ADN, la que les puso pañales y les dio el biberón, la que los trajo al mundo y prometió quererlos bien, aunque luego lo hizo mal), pero los quería como si lo fuera.

Capítulo 67

Abián

18 años, noviembre

—Tu padre murió anoche.

Rayco me lo dice así, tal cual. No hay silencios ni un momento de tensión como en las pelis, solo verdad. No esperaba menos de él.

Lo miro, me mira.

—¿Y la nena?

—Con tu madre. Está triste porque no para de llorar. Ya sabes.

Sí, ya sé. Mi hermana la quiere mucho. Por supuesto que lo sé.

—Van directas al tanatorio, con mi madre —me informa al ver que me quedo sin saber qué decir.

Me cargo la mochila al hombro y escondo la mirada. No quiero que vea la verdad, el alivio que siento, las ganas de llorar porque por fin, por fin, el monstruo dejó de respirar.

—¿Sufrió? —le pregunto cuando nos subimos al Toyota Yaris que Itahisa le compró de segunda mano nada más sacarse el carné a los dieciocho, pero no arranca ni se pone el cinto.

—No creo. Se metió algo. No sé qué se siente cuando te metes algo; nunca lo he hecho. Pero supongo que te vas rápido y sientes poco.

—Yo sí probé —digo— y sí que sientes. Sientes muchísimo, pero nada malo. Así que supongo que murió bien.

Respiro, tiemblo, respiro. La rabia se me mete en la boca, me baja por la tráquea, rebota en el vacío. Le doy un puñetazo al salpicadero en un intento de sacármela de dentro, agitarla y expulsarla lejos de mí, y el dolor me hace gruñir y cagarme en la puta. Rayco estira el brazo y me seca las lágrimas que no sabía que tenía. Luego me toma del rostro y acerca su frente a la mía.

—Shhh, tranquilo.

Se me escapa un sollozo.

—Se merecía sentir cosas malas. Se merecía una muerte de mierda y no algo rápido. Mírame, Ray: eso es lo que estoy pensando. ¿Qué clase de persona soy?

Mi amigo me atrae hacia sí y hundo la cara en su cuello. Lo sujeto de la espalda y le clavo los dedos en la piel, fuerte fuerte, hasta que nuestros pechos se

unen y los asientos nos impiden estar más cerca. Quiero que me sienta, que note los latidos de mi corazón aporreándome el pecho, esa rabia que cargo conmigo desde que soy chico y que no sé cómo quitarme.

Percibo el estremecimiento en su piel cuando separo los labios de su cuello y le digo:

—No sé quién soy, Ray. No sé si quiero saberlo.

—Óyeme bien: yo sí sé quién eres. —Me toma de la cara y vuelve a hacer que nuestras frentes se unan; su aliento me hace cosquillas y me calma y todo huele a él, a sueños que no se cumplen pero deseas que sí—. Eres Abi, eres mi mejor amigo, eres el chico más valiente que conozco. Y tienes derecho a estar enfadado y a sentir alivio. Joder, yo también lo siento. No te imaginas cuánto. Y si eso me convierte en una persona horrible, pues espero verlo en el infierno y hacerle pagar por los años de mierda que viviste. Tu padre no era bueno. Y puede que no te diera palizas todos los días, pero un hijo no tiene que vivir en la calle. A un hijo se lo cuida o no lo traes al mundo. Tienes un puto deber con él. Me lo enseñó mamá, y seguro que mi otra madre también me lo habría enseñado de haber tenido tiempo.

Estoy temblando y me falta el aire y se me caen las lágrimas y tengo un nudo atorado en la garganta que no sube ni baja. Inspiro, espiro. Inspiro, espiro. Inspiro, espiro.

—No sé qué hacer. —No reconozco mi voz enronquecida y tengo que volver a respirar, una, dos, tres veces, antes de continuar—: No soporto la idea de ir al tanatorio y verlas llorar. Él no se lo merece. No puedo.

—Shhh. —Rayco me acaricia la cara con los pulgares y me levanta la barbilla con una ternura que me pellizca el corazón—. Lo harás bien. Piensa en tu hermana. Ella te necesita allí. Estaré contigo todo el rato, y mamá también. Y cuando se acabe, te vienes a casa y te quedas conmigo. Y podemos emborracharnos y cagarnos en el cabrón de tu padre para que se pudra allá donde esté. Haremos lo que quieras, ¿vale?

Me aparta lo suficiente para besarme las lágrimas. Se lleva mi dolor y se lo bebe despacio, a sorbitos pequeños, y yo quiero quedarme aquí, en este coche y en este espacio diminuto, con este chico por el que lo siento todo aunque nunca llegue a ser nada más que esto (amigo, familia). Quiero que su voz sea la melodía de mi vida, que su cuerpo sea refugio, que sus labios me arranquen el dolor. Quiero que sea él, que solo sea él.

Capítulo 68

Henar

Tic, tac. Tic, tac. Tic, tac.

El tiempo es un juego sin límite de edad, tramposo e inclemente; un adiós en sí mismo, un Nunca Jamás, pero sin la parte bonita, sin ruido ni cacareos ni piratas aburridos que luchan contra huérfanos más chicos de cuerpo pero más fuertes de corazón; un «hasta nunca» que suena como un «para siempre» y resulta que no lo es.

Henar jugó con el tiempo y perdió, como perdían todos. Así fue como creció. Creció mientras sentía la mano de su hermano cada vez más ancha y callosa, su pecho más grande, su mirada más oscura. El miedo de Henar cambió, porque crecer también implicaba dejar de preocuparse por uno y hacerlo por aquellos a los que querías, entender para entenderte. Y Henar entendió que ella podría seguir volando, pero su hermano no. Su hermano estaba bien pegadito al suelo. Casi podía ver la forma de sus pies, las huellas impresas, todo eso. Ya no podía aferrarse a su mano porque él no siempre estaba ahí. Abián trabajaba, o salía, o hacía cosas de grandes que ella no podía saber porque seguía siendo una niña.

Cuando él estaba lejos, Henar se abrazaba fuerte a Itahisa, o a su madre cuando el monstruo se fue al cielo (o al infierno) y ella regresó a casa después de estar meses en esa clínica donde por fin se puso buena, y les contaba sus miedos:

—Mi hermano dejó de volar.

Si se lo decía a su madre, Ana lloraba mientras repetía «perdónperdónperdón», como Garfio repetía «tictactictactictac». Si se lo decía a Itahisa, ella la tomaba del rostro y le susurraba:

—Encontrará la manera de volver a casa, mi niña. Lo ayudaremos. Y volveremos de nuevo a volar todos juntos.

—¿Y si no puede?

—Entonces le coseré alas y Ray se las pintará. Le daremos la mano y volaremos juntos. El polvo de hadas se comparte, ya lo sabes bien.

Y mientras Henar lloraba, con el cuerpo de Itahisa agarrado al suyo como un ancla, volvía a ser una niña, aunque hacía mucho que había dejado de serlo.

Capítulo 69

Abián

19 años, marzo

Ese año vamos solos a la gala del sur. De chicos habíamos ido juntos a varios carnavales, pero nunca así, como una cita. La nena se queda en Las Palmas con mi madre e Itahisa va, pero con sus amigas.

Desde la muerte del monstruo, Rayco intenta pasar el mayor tiempo posible conmigo, con la nena y con su madre. Quedan pocos días para que se vaya a Madrid. Por lo que me había contado Itahisa, se quedaría en el piso del amigo de un amigo suyo y trabajaría en El Corte Inglés de allí hasta que empezara el curso en septiembre. Hacía semanas que lo había dejado con el novio, así que se iba bien ligero de equipaje.

Alquilamos una habitación en un hotel cerca del Yumbo para poder ir y venir andando al centro comercial. Acudimos con la idea de quedarnos en el mogollón una vez finalizara la gala. Rayco no tiene que maquillar ese día, tampoco queda con sus otros amigos. Estamos juntos, él y yo, como en un sueño del que jamás quiero despertar. Y sé por qué lo hace. Sé que el lunes cogerá un avión y a saber cuándo vuelve, si es que vuelve. Él me dice que sí, que su vida está en la isla, con su madre y con nosotros. Sé que es sincero, al menos ahora. Lo que no sé es lo que pensará mañana. Rayco se irá y conocerá gente y pasarán los años (uno, dos, quién sabe si más) y a lo mejor se enamora, de un chico o de Madrid. Tal vez estar fuera le hace descubrir lo grande que es el mundo y lo apretado que parece aquí, en esta isla, en ese barrio en el que vivimos, en esa casa en la que crecimos.

Rayco se encarga de maquillarme. Somos Peter Pan y Campanilla. Brillamos y volamos, aunque el único que lleva alas es él, cosidas por Itahisa a un traje esmeralda. Es estrecho y se amolda a su cuerpo como una segunda piel. Me cuesta un mundo apartar la mirada de sus piernas larguísimas, de su culo redondeado y su pecho remarcado por la licra. Es como si llevara un traje pintado y yo lo toco solo para cerciorarme de que la imagen no se va, que está a mi lado, que su cuerpo vibra como lo hace el suelo al atronar de la música.

La gala es hermosa. Hay música y risas y brillo y aplausos. Hay espectáculo, y voladores, y el cielo que se llena de colores, y hay reinas que portan coronas

grandiosas y baten sus enormes pestañas mientras se mueven y bailan subidas a tacones que las alzan hacia el vasto infinito. Sobre todo, hay libertad.

Cuando termina, la felicidad nos bulle en la tripa y él me abraza, o quizá soy yo quien lo hace. La gente grita y la música nos retumba en el pecho, pero nuestros latidos son más fuertes y las sonrisas apenas nos caben en las bocas.

Cenamos perritos y papas locas en uno de los puestos y bebemos, un poco ahí y un poco más tarde, cuando por fin nos metemos en el corazón del mogollón. Es como esa escena en la que Peter Pan recuerda que lo es y se enfrenta a los piratas, y de pronto se ve solo ahí en medio, con una red encima que no lo deja moverse. Y llegan los refuerzos y empieza una batalla loca de idas y venidas, llena de niños y de adultos que quieren ser niños pero no pueden, porque dejaron de creer. Así me siento cuando entramos de la mano al mogollón, un niño que es también adulto y se esfuerza por no dejar de creer.

Y cuando Rayco me toma de la cintura y me aprieta contra él, siento que todo está bien, que estoy en Nunca Jamás y soy libre. Nuestras caderas se mueven solas y siento su dureza contra la mía, su excitación, su aliento en mi cuello. Y me empuja, y yo lo empujo, y nos enlazamos, y nos fundimos, y nos movemos. Somos dos niños perdidos que se encuentran, somos pensamientos alegres, somos polvo de hadas. Somos.

La noche se alarga, el deseo crece, la magia se expande por nuestros cuerpos. El alcohol nos libera. Y no está bien, lo sabemos: no así. Pero cuando regresamos al hotel y nos metemos en la habitación, nos quedamos muy quietos, uno delante del otro. Le miro los labios, el pecho, el cuerpo, la entrepierna abultada que se advierte bajo la falda ajustadísima. Nos acercamos despacio. Los dos sentimos la misma adrenalina en la tripa, la misma excitación, el mismo deseo ávido de ser saciado. Yo estoy duro desde que me besó a los quince, quizá antes, desde que fui consciente de que me gustaba.

Rayco desliza un dedo por mi cara y lo lleva a mi boca, llenándome de pintura el cuello y el pecho. Yo le acaricio la clavícula y arrastro la mano hacia el pezón. Jadea cuando lo rozo y me atrevo a apretarlo con suavidad por encima de la licra. Él me sujeta de la camiseta verde y empieza a arrancar botones. Algunos se separan, otros se rompen y saltan y se pierden como las canicas del niño que se fue de Nunca Jamás y se olvidó de todo. Yo no me olvido. Esta noche no.

Vuelo cuando me quita la camisa y me empuja contra la pared. Vuelo cuando recorre mi pecho, primero con las manos y luego con la punta de la lengua. Me besa como si mi cuerpo fuera un mapa y él necesitara aprendérselo de memoria.

Presiono los dedos contra la pared porque no sé a qué más aferrarme. Me aterra tocarlo y que se esfume, que esto sea un sueño, que todo se acabe como lo hace la magia. Cuando encaja su cuerpo contra el mío y atrapa mis labios, el mundo y todo lo que conozco deja de tener sentido, menos él. Dejo de pensar y siento. Cierro los ojos; nuestras lenguas se encuentran, se empujan, se enredan.

Nos besamos como si fuéramos aire y necesitáramos respirar en el otro. Lo sujeto de la cintura y le clavo los dedos en la carne cuando siento por primera vez el roce de nuestras erecciones, provocándome un ramalazo de placer que me hace jadear y morderle la comisura de la boca, y la mandíbula, y el lóbulo de la oreja. El placer es delirante. Necesito sentirlo, necesito más de esto, más de todo, necesito…

Sus manos ascienden por mi cuerpo para hundirse en mi pelo, enredarse y presionar con suavidad. Me trago sus gemidos cuando comienzo a arrastrar mi polla por la suya; arriba y abajo, arriba y abajo. Tiemblo y me sacudo y siento pequeñas descargas mientras nos movemos al ritmo del pum, pum, pum de los voladores. El mundo, allá afuera, se llena de colores que se cuelan por la ventana semiabierta y nos bañan con su luz. Lo veo, me ve. Nos buscamos, jadeamos, nos sentimos. Le quito la licra, prenda a prenda, hasta que solo queda su cuerpo y un tanga abultado, demasiado abultado. Solo entonces me mira, con esos ojos que son dos pozos de deseo en los que quiero (necesito) zambullirme. Lo siguiente que sé es que vuelvo a estar contra la pared y tengo las manos en su culo y él la suya en mi polla. Y yo gimo y me estremezco y me muevo contra su mano en busca de más, más, más. Lo agarro de la nuca y le muerdo los labios. Él me tira del pelo y me chupa los míos. Cuando le bajo el tanga y por fin le rodeo la erección en un puño, me sujeta la muñeca.

—Abi… —dice apenas sin voz—. ¿Qué estamos haciendo?

Se me forma un nudo en la garganta cuando me eleva la barbilla y el ámbar de sus pupilas me paraliza. Ahí está el miedo, y las dudas, y el rechazo. El rechazo. Quiero gritar, y llorar, y dejar de volar. Porque si no vuelas, no hay vértigo; si no vuelas, nunca te caes; si no vuelas, no esperas tener nunca más de lo que tienes. Y yo llevo media vida esperando esto: una oportunidad con él, solo una, aunque se vaya, aunque su recuerdo me rompa más tarde. Al menos tendré eso, un recuerdo.

Le clavo los dedos en la espalda y apoyo la frente en su hombro porque no quiero que me vea la cara, no quiero que mi dolor lo alcance y le haga daño, y sé que se lo hará, porque me quiere, aunque no sea de la manera en que yo lo

quiero a él.

—No me dejes ahora.

Percibo su cuerpo tembloroso, su respiración agitada, sus brazos rodeándome.

—No voy a dejarte, ni ahora ni nunca, bobo.

Vuelve a subirme la barbilla y el ámbar ahora es una mezcla de oro líquido y verde musgo. Su sonrisa brilla tanto como las coronas de las *drags* , como el polvo de hadas, como mi corazón cuando lo tengo tan cerca.

—Bésame, Ray.

—Estás borracho. No quiero que te arrepientas.

—No estoy más borracho que tú, y no me arrepentiré nunca.

Nos miramos. Tengo doce años y estoy viendo al amor de mi vida. Tengo quince y lo estoy besando. Tengo diecinueve y lo estoy tocando. Quizá cuando tenga veinticuatro ya no sea nada, pero ahora lo sigue siendo todo.

—Más te vale —me susurra en la boca antes de volver a besarme.

Dos minutos después, estamos en la cama. Cinco minutos después, nos reímos porque no encontramos los condones. Siete minutos después, me pregunta si quiero que me lo haga o si prefiero hacérselo.

—No me trates como a un crío —le digo.

—No lo haré, bobo.

Y me vuelve a besar, en los labios y en todo el cuerpo. Somos una melodía lenta que dura segundos y minutos y años enteros. Se toma su tiempo para prepararme y, una vez lo hace, me mira como si fuera uno de esos ahumados jodidos que no le salen bien porque requieren técnicas que no le han enseñado todavía. Sé que quiere que lo detenga, que le diga que no, que ya se me pasó la borrachera, que la vamos a cagar, pero no puedo, no puedo, no puedo.

—Fóllame, Ray. —Lo digo mientras lo tomo de la nuca para besarlo.

Cuando por fin se hunde dentro de mí, lo hace rápido y hasta el fondo. Luego se queda quieto y observa mi rostro. Y es todo luz, con su pelo rubio cayendo en cascada y haciéndome cosquillas en el cuello, su cuerpo brillante por el sudor, sus labios hinchados por mis besos, y el deseo… Ese deseo que me hace hundir los talones en el colchón y elevar las caderas. Él sonríe y yo le devuelvo la sonrisa. Enseguida me besa y empieza a moverse. Me folla como llevo soñando desde los quince y yo me sujeto a su espalda y uno nuestras frentes mientras lo escucho gemir y gruñir y estremecerse. Su cuerpo se tensa, su polla crece dentro de mí y alcanza ese punto que me hace apretar los dientes y ver el camino hacia Nunca Jamás, ese destino que somos ahora y que tal vez no

seamos mañana. Se me escapa un gemido ronco cuando lleva una mano a mi erección y me acaricia como si quisiera que voláramos al mismo tiempo. Y lo hacemos. Volamos. Lo hago cuando lo noto quedarse quieto, vibrar y deshacerse dentro de mí. Lo hago cuando me derramo sobre él sintiendo sus temblores, la fragilidad de un niño que no llegué a conocer porque ya era grande cuando entré en su vida. Ya era grande cuando me acogió, cuando me protegió y me hizo un hueco.

Él, Rayco Arocha, el amor de mi vida.

Jadeamos, y temblamos, y nos abrazamos. Y él se sigue moviendo, y yo sigo mirándolo como lo que es: mi «para siempre», mi amor trágico, ese que se acabará cuando salga el sol y volvamos a mirarnos a los ojos. Porque nada dura eternamente y somos ahora. Él sale de mí, me limpia y me besa: una, dos, infinitas veces. Y yo siento que la magia existe, que somos nosotros y que nada nos la puede quitar.

Solo hay que creer.

Creer.

Creer.

Capítulo 70

Abián

19 años, marzo

—No me digas adiós, ¿vale? No quiero oírlo —le digo el domingo, cuando aparcamos el coche frente a nuestro bloque y nos quitamos los cintos.

—¿Qué es *adiós* ? —pregunta, imitando a uno de los niños al final de *Hook* —. Adiós es marcharse, y no me marcharé nunca. Solo es un viaje de nada. Me voy y enseguida vuelvo. No te darás ni cuenta.

Sonríe con esa boca de dientes blanquísimos que jamás volveré a probar. Porque los dos sabemos que no es verdad, que es más que eso. Que no se trata solo de la distancia ni del tiempo, que somos nosotros que nos rompemos. Los dos oímos el crac, crac, crac de algo que jamás se volverá a soldar, porque hay cosas que una vez rotas no se pueden volver a coser (no del todo, no sin que se noten las marcas) y el corazón es una de ellas. El mío se rompió; ojalá que el suyo no, que siga así, grande y hermoso, latiendo de esa manera tan increíble que tiene de latir. Un corazón que mañana vuela alto, que cree y que puede hasta cacarear. Es el mío el que se queda aquí, con piratas que gruñen y maldicen y no creen en nada alegre; para qué, si la vida es esa cosa gris y sin sentido.

Aparto la mirada con la garganta agarrotada y el corazón destrozado por la pena.

Él se quita el cinto y me toma de la barbilla.

—No llores, Abi. Si lo haces, tendrás que darme un pensamiento alegre por cada lágrima.

Sonrío como solo él sabe hacerme sonreír.

—Mis pensamientos no me dan miedo, y las lágrimas tampoco. Lo que me da miedo es lo que estas hacen contigo y el dolor que las empuja.

—¿Te arrepientes? —me pregunta con un hilo de voz.

Sí. Ojalá pudiera arrancarme su olor, su tacto; ojalá no lo hubiese tocado nunca; ojalá no doliera.

—No. Claro que no. Estuvo bien.

Él sonríe con una tristeza que me hace aún más daño.

—Fue increíble, Abi. —Se me acerca y me besa la mejilla—. Dime que vas a

estar bien.

—Lo intentaré.

—¿Te apetece pasar el día conmigo? Podemos ir a San Mateo, comer arriba y bobear juntos. Mi madre no volverá hasta tarde y la nena está con tu madre.

No. No. No. No puedo. Estoy sangrando y no puedo permitir que me vea. No puedo. Y entonces lo miro y pienso que mañana se va. Conocerá a gente, los kilómetros nos separarán y quizá, tal vez, nunca vuelva a mirarme así ni a estar conmigo así ni a quererme así.

—Te quiero fleje. Lo sabes, ¿verdad? —me dice, y yo me rompo un poquito más por dentro.

Las roturas, si son por dentro, duelen más porque no se ven; nadie más que tú las siente. Desde luego, él no puede verlas. Eso me calma y a la vez me cabrea. Se irá, me olvidará y yo me quedaré con mi dolor, con mis heridas y con todo este amor.

Me trago la bola que tengo en la garganta y asiento. No le digo que yo también lo quiero, porque él ya lo sabe. Me guardo mi amor, porque es lo único que tengo, lo único que me pertenece, lo único que me hace… libre.

Ese día lo pasamos juntos. Luego él se marcha y no vuelvo a verlo en años.

Capítulo 71

Itahisa

A Itahisa le gustaba observar cómo crecían sus niños. Quería a esos tres muchachos con una fuerza que le surgía desde el mismo centro del pecho. Era algo visceral. Tenía la necesidad de protegerlos. Y era triste y frustrante, porque no siempre podía hacerlo, no siempre la dejaban. Porque dos de ellos no eran suyos, aunque los sintiera como tales. Tenían una madre, aunque no se mereciera ese título; tenían un hogar, aunque estuviera lleno de culebras.

Itahisa los había visto reír y llorar, los había cuidado cuando enfermaban, les contaba cuentos cuando no podían dormir y rezaba por ellos cada noche. Itahisa no le rezaba a ningún dios; le rezaba a su mujer, que estaba cerca, aunque no estuviera. Ella los protegía, los cuidaba. Itahisa solo podía creer en aquello que quería y conocía, en aquello que podía tocar. Y tal vez su mujer ya no estuviera en este mundo, pero aún recordaba el tacto suave y frío de sus dedos, cómo fruncía los labios al elegir cortinas nuevas, o sábanas, o cualquier mueble que adornara la casa, porque no había nada más importante para ella que el hogar. A Itahisa le gustaba verla con sus trajes vaporosos, sus labios untados con cacao para la sequedad y sus pies descalzos.

Abián le recordaba a ella. Era tímido, como ella; listo, como ella; hogareño, como ella.

Al entrar en la casa, el muchacho se quitaba los zapatos y los dejaba en la entrada. Flexionaba los ñoños cuando se quedaba quieto, como si necesitara moverlos. «Se siente en casa», pensaba Itahisa y lo veía sonreír a su hermana como solo un adulto es capaz de sonreírle a un niño.

Los niños crecen y, cuando lo hacen, dejan de buscar. El pecho de Itahisa se llenaba de nostalgia mientras veía cómo Henar crecía y crecía y dejaba de hacerlo.

Cuando Henar cumplió los nueve años, el pelo le había crecido hasta los hombros e Itahisa le llenó la cabeza de trenzas.

Con diez, hicieron una tarta que luego se comieron hasta que les dolió la barriga. Vieron *Hook* , como cada año, y mes, y día en que no tenían nada mejor que hacer.

Con trece, Henar se sentaba frente a ella y le pedía que le enseñara a maquillarse. *Hook* se había empezado a llenar de polvo, y Campanilla ya no tenía nada que ver.

Con dieciséis, Henar se escapaba de casa y preocupaba a su hermano. Quería vivir corriendo, como todos los niños cuando se dan cuenta de que no pueden volar. ¿Cuánto hacía que no veían *Hook* ? ¿Y dónde habían guardado la película?

Después de que el viejo estirara la pata, Ana volvió a sus vidas tras meses de recuperarse en una clínica de desintoxicación. No fue fácil, para nada. Uno no se renueva de golpe; lo hace a cachos, despacio, como un bebé que balbucea queriendo formular frases que aún no puede formular porque le falta fortalecer los músculos y las cuerdas vocales, porque ni siquiera conoce las palabras. Una clínica no es un salvavidas; solo te da una oportunidad, tiempo. Ana tuvo un paréntesis. La enfermedad se detuvo, pero el mundo siguió y ella lo hizo con él cuando salió de ahí y tuvo que volver a adaptarse a sus ritmos, a vivir sobre las ruinas que ella misma había dejado a su paso. A veces venía a casa de Itahisa llorando, con el cuerpo tembloroso, y le pedía que la encerrara con llave, «solo durante unas horas, por favor», hasta que se le pasaran las ganas de huir. Otras se pasaba días en la cama y faltaba al trabajo. Discutía mucho con su hijo, demasiado.

—Es como si me hubieran cambiado los órganos de sitio, como si tuviera otra cosa en lugar de sangre por dentro —le dijo una de esas noches—. Intento hacer las cosas bien, pero me falta algo. Soy un coche de gasoil al que le han echado gasolina. Estoy estropeada.

Itahisa la miraba con una mezcla de rabia y pena: rabia por el dolor que le había provocado a sus hijos, pena porque era su madre y ellos todavía la necesitaban.

—A lo mejor nunca has sido un coche de gasoil, a lo mejor solo es la sensación que te da. En todo caso, tienes un combustible fantástico, Ana: tienes a tus hijos. Si eso no es combustible suficiente, entonces yo no sé nada de la vida.

Ana la miró entonces como si la viera por primera vez. Acercó la mano a su cara y la tocó. Deslizó los dedos por las arrugas de sus ojos, por sus pestañas maquilladas, por su mandíbula, y le tocó los labios.

—Eres hermosa —le dijo, y luego lloró.

Y, por primera vez, Itahisa también lloró por ella; no por sus niños, sino por esa madre que nunca supo ser madre.

PARTE II

«Las estrellas son muy hermosas, pero no pueden tomar parte activa en nada, deben contentarse con mirar eternamente. Es un castigo al que fueron condenadas por faltas cometidas en un pasado tan lejano que ninguna de ellas recuerda ya lo que pasó».

«Si sois injustos con un niño, no dejará de quereros, pero nunca volverá a ser el mismo. Nadie olvida nunca la primera injusticia: nadie, excepto Peter. Chocaba a menudo con ella, pero siempre la olvidaba. Creo que esa era la verdadera diferencia entre los demás niños y él».

Peter Pan y Wendy, James M. Barrie

Capítulo 72

Itahisa

Con el paso de los meses, hubo muchos días grises en la vida de los Machado, días de lágrimas y enfados, pero también hubo cambios buenos. Ana pintó la casa, la decoró y llamó a sus hijos para que fueran a su lado. Henar acudió, no así Abián, que después de año y medio de aguantar en la casa, de muchos enfados y lloros por parte de Henar y la madre, llenó su mochila de ropa y desapareció.

Itahisa perdió a dos hijos de golpe, sin aviso. Se dio cuenta un día cualquiera, al levantarse. Cumplía cincuenta y dos años. Era una mañana soleada llena de calima y ni siquiera pudo abrir las ventanas. Se vio sola en el pasillo, observando las paredes llenas de fotografías. Casi podía escuchar el ruido de la infancia, un eco lejano pero real. Estaba sola. Se sintió sola. ¿Dónde estaba Rayco? Ah, sí, se había ido a Madrid. Se había ido por un año y llevaba dos: primero por los cursos, luego por trabajo.

Y como si lo hubiese convocado, el teléfono sonó. Era él, su pequeño. Itahisa lloró en cuanto escuchó el timbre profundo de su voz.

—Eh, ¿qué fue? —dijo su hijo desde el otro lado.

—Lo siento. Es que me hago vieja, no me hagas caso.

—Quería estar ahí por tu cumple, ma, pero no conseguí vuelo. Llego mañana.

—No tienes que venir, bobo. Sigue con tus cosas.

—Ya terminé aquí; quiero seguir trabajando en Las Palmas. Te echo de menos.

Itahisa se sorbió la nariz y lloró más, solo un poquito. Entonces le habló de las peleas de Abián y la hermana, porque uno no quería a su madre y la otra la necesitaba. El amor hacia una madre es así de impredecible: perdonas, aunque el mal sea grande. Le contó lo que no le había contado antes, porque hablar de Abián les dolía a los dos por igual: que había hecho la maleta hacía casi seis meses y se había marchado, y que ahora lo veía poco y que lo echaba de menos.

—No me jodas. ¿Con todo lo que hizo y la machanga se pone de su parte?

—Y con lo que no hizo —añadió Itahisa—. Pero ¿quiénes somos para negarle una segunda oportunidad a una madre? Todos se merecen una, y esos muchachos ya soportaron demasiado dolor.

—Pues luego que no venga llorando cuando vuelva a beber o a drogarse y la

deje sola.

—Esperemos que no. Ya lleva años limpia.

Un suspiro hondo. Y otro. Y otro más.

—¿A dónde se fue Abián? —preguntó su hijo casi en un susurro, como quien no quiere ser escuchado.

—¿No lo sabes tú? Conmigo no habla de esas cosas.

—Ma, hace tiempo que no hablo con él. Nosotros… Bueno, nos distanciamos, ya sabes.

—Yo no sé nada si no me dices. ¿Desde cuándo? Pensé que hablaban por teléfono y que ustedes se veían cuando venías a Las Palmas. Pasó algo, ¿no?

Rayco guardó silencio. Itahisa lo supo. ¿Cómo no saberlo? Lo de ellos estaba escrito desde hacía mucho.

—Lo estropeé —dijo, e Itahisa tuvo la sensación de que le clavaban cristales en la barriga y jalaban hacia arriba, así de fuerte percibía el dolor de su hijo—. Lo siento mucho, ma.

—No te preocupes. Ustedes lo arreglarán. Son familia y se quieren fleje.

—No lo creo. No sé… Al principio sí hablábamos, pero hace tiempo que ya no. Ya ni me contesta a los mensajes, y le mando muchos. A veces cada día, aunque sea un emoticono de esos o una foto. No sé, creo que ya no quiere saber nada de mí.

—Shhh, no digas eso.

—Lo echo de menos. Pensé que sería fácil, pero es horroroso.

—Lo sé, mi niño. Esto es culpa mía. No tendría que haberme metido entre ustedes.

—Pero ¿qué dices? Si lo dices por el beso, fue culpa mía. Y no me arrepiento. Yo también era un niño, aunque fuera más grande que él. No puedes construir una casa sobre el derrumbe de otra; antes tienes que apartar los escombros. Pero él nunca me lo perdonó. Y luego estaban esos pibes con los que se juntaba y… Me da miedo, ma.

—Él no es su padre.

—Eso ya lo sé. Pero está tan perdido… No me deja acercarme.

—Lo haremos juntos, ¿vale?

—Te quiero. En menos de veinticuatro horas estaré ahí y ya te cansarás de mí.

—No seas burro; yo de ti no me cansaré ni aunque me muera. Ten cuidado, anda.

***

Itahisa pasó el día sola. Hizo una tarta que no se comió, buscó la peli de *Hook* y la dejó sobre la mesa, pero no la vio. Cuando dieron las once y media de la noche, el timbre sonó. Se levantó de un brinco, pensando que era su hijo, que le había mentido para darle una sorpresa; pero no era ese hijo, sino el otro.

Abián llevaba un ramo enorme en las manos. Vio gerberas rosas y moradas, margaritas blancas y de botón verde, tulipanes. Itahisa lloró y luego ya no vio nada cuando lo abrazó con toda la fuerza que le quedaba, que era mucha, porque las madres son fortísimas. El ramo se cayó, pero no le importó, porque su niño había vuelto a casa.

Pusieron *Hook* y comieron tarta el uno al lado de la otra. Itahisa se fijó en como Abián retorcía los ñoños desnudos contra el suelo de parqué. «Está en casa», pensó, y se le escapó una lágrima.

Cuando la película acabó, le preguntó muchas cosas, sobre todo dónde se estaba quedando. Abián no respondió a ninguna. Solo le dijo que estaba bien, y que la quería. Luego se fue con la promesa de volver en unos días.

No lo hizo. Y no volvió al barrio en un año.

Capítulo 73

Henar

Henar creció en largura y belleza, también en actitud. Sus notas subieron como las olas y decidió que quería ser enfermera, como Itahisa. Nunca dejó de soñar, pues tuvo al mejor maestro (su hermano), y la vida, incluso en sus momentos más grises (cuando lo echaba de menos), siempre estaba teñida un poco de azul, y de violeta, y de naranja, y de verde. Era la magia de Abián, que seguía con ella, aunque ya no estuviera mucho. Porque estaba, claro. Para ella siempre estaba, pero ya no le daba la mano por las noches, no era su hombro el que la protegía ni su pecho en el que lloraba. Ahora tenía a su madre, que había cambiado tanto que no parecía la misma mujer.

A veces, cuando la tristeza de Henar la dejaba sin respiración, marcaba el móvil de su hermano fuera la hora que fuera y le decía, con esa voz que era de niña pero ya no era:

—Tengo miedo, Abi.

Y no es que ella tuviera miedo, o al menos no el que la persiguió durante la infancia, el de los monstruos que no eran monstruos o las personas que sí lo eran pero parecían personas; era el miedo a la pérdida, al recuerdo, al olvido.

Al otro lado podía escuchar el ruido de pasos, y una puerta que se cerraba, y un sillón que se hundía.

—¿De qué, nenita?

—De crecer, de dejar de volar. Ya lo sabes, petardo.

—Piensa en algo alegre, venga. Un pensamiento alegre y podrás volar.

Henar sabía que le preguntaría eso, claro que sí.

—¿Cuál es tu pensamiento alegre? —le preguntaba ella, solo porque quería escuchar la respuesta, que también sabía cuál era.

—Tú siempre serás mi pensamiento más alegre.

Henar no le preguntaba cuáles eran los otros, y no por miedo a conocer la respuesta, sino a que no tuviera más. Porque el mayor miedo de ella era que su hermano no tuviera más motivos, que su soledad se lo comiera como le estaba comiendo los ojos, hundidos y ojerosos de no dormir; y ese cuerpo, que cada vez estaba más grande, pero parecía más pequeño, como si el hambre no llamara a su puerta y no se alimentara bien. Su hermano, que era hermoso pero no se lo

creía.

Después de eso, Henar a veces callaba, colgaba y se acostaba a dormir; pero otras, cuando la tristeza le mordía las entrañas, le confesaba la verdad:

—Mi miedo es que ya no me des la mano nunca más. Creo que olvidé tu tacto, Abi. —Y lloraba bajito; no quería ser ella quien le causara más dolor.

—Pues mañana quedamos y verás qué áspero está ahora. Se me olvida echarme crema, ya sabes.

Y Henar reía, y lloraba más, y quedaban. Y ella le cogía la mano y le echaba sus cremas milagrosas que no hacían nada porque él no volvía a ponérselas.

Y el tiempo fue pasando así, con llamadas espaciadas y quedadas aún más espaciadas. Henar intentaba que su hermano regresara a casa, acercarlo a su madre. Sabía que él no quería, que le hacía daño, que quizá jamás la perdonaría y tampoco a ella, por haberse quedado en el bando equivocado, como si el amor tuviera bandos y no fuéramos todos guerreros condenados a luchar.

Henar le hablaba de lo bonita que estaba la casa ahora y lo bien que olía; de la habitación que habían arreglado para él, para cuando decidiera volver; del trabajo nuevo de su madre, que ya cotizaba. Y entonces se detenía en ella. Le explicaba que había cambiado, que ya no tenía veneno en el cuerpo ni en la cabeza; que era la misma mujer, pero distinta, y que incluso Itahisa la invitaba a su casa a veces; que había empezado a acudir al psicólogo y que por fin le habían dado plaza en el Proyecto Esperanza de Cáritas, donde la ayudaban a entender y a controlar los procesos de la adicción, y también a tratar la autoestima, a controlar la ansiedad y a seguir los pasos para la reinserción.

Lo que Henar no le decía era que algunos días su madre se levantaba con ojeras y los ojos muy rojos, que la veía temblar mientras intentaba preparar el desayuno y todo se le caía de las manos, que se sentaba con la mirada perdida como cuando eran chicos y parecía estar en todas partes menos con ellos. Henar no le contaba que faltaba a clases cuando eso pasaba para que no se quedara sola, que la abrazaba fuerte y se metía con ella en la cama, que la sacaba a pasear y la acompañaba en la ida y vuelta al trabajo. No le explicaba nada de eso porque su hermano se enfadaría y le diría que todo era cuestión de tiempo, que su madre era cuestión de tiempo. Pero ¿qué era el tiempo cuando se trataba de una madre? A Henar no le importaba el tiempo, solo ella.

Por eso solo le hablaba de lo bueno, que era mucho, pero no era todo. También le contaba que su madre iba a la iglesia y pedía perdón, a Henar y a Dios, y que si volvía a casa también se lo pediría a él.

Y, en esos momentos, Abián sonreía para sí. Ella no podía verlo, y menos mal. Tampoco podía leer la mente, y menos mal. Porque él pensaba que menos mal que el pobre Dios estaba lejos y no escuchaba nada, porque vaya tonterías que decía la gente y qué pena que no podía responderles, porque fijo que tendría mucho que decirles, a ella y a todas las madres desgraciadas del mundo que pensaban que rezando y pidiendo perdón podían borrar el mal, o el dolor. Qué puta gracia. Como si el dolor no se te quedara dentro como una vieja cicatriz que se abría y se abría y daba igual que pasase el tiempo. No era como el cariño, que se diluía y ya está. El dolor, si era fuerte, se te quedaba ahí, como una enfermedad terminal donde los medicamentos no servían para nada. Solo aprendías a vivir con él, a soportarlo, aunque te cambara el cuerpo al caminar y te escachara los hombros como les pasaba a los viejos. Así era el dolor y así lo llevaba Abián, a cuestas, día sí y día también, porque su hermana estaba ahí y él estaba a saber dónde. Lejos, demasiado lejos a pesar de vivir en una isla bien chiquita.

Y Henar se hizo más y más grande, y en ocasiones se veían y se abrazaban fuerte, como los niños perdidos que un día fueron. Y era raro, porque los dos creían que era ella la que se había ido de Nunca Jamás para crecer y ver mundo y él quien se había quedado en la morada de los niños. Pero los cuerpos hablaban de otra cosa. Él había crecido, vaya que sí, y su piel estaba curtida por los palos de la vida y la de ella era tan suave y bonita que dolía mirarla. A él sin duda le dolía. El tiempo es un monstruo y he ahí la prueba: dos hermanos que lo habían sido todo para el otro y después ya no. Y después ya no.

Capítulo 74

Rayco

Dos años. Ese es el tiempo que Rayco se quedó en Madrid hasta que regresó a casa. Dos años de cursos intensivos, de viajes aún más intensivos conociendo a maquilladores profesionales, maquillando a reinas con o sin coronas visibles; trabajando en lo que le salía, vaya. Y estudiando a distancia para sacarse el bachillerato. Su hogar lo llamaba como el canto de una sirena. De Abián sabía poco o nada. Lo llamó mucho al principio, y luego ya nada. Su amigo no se lo cogía ni le contestaba a los mensajes. Su madre le explicaba que había empezado a trabajar en la construcción, como su padre, y que leía mucho, libros y cómics; que a veces hacía horas extras en esa librería chica hasta arriba de cómics en la que le encantaba trabajar; que seguía soñando pa dentro, pero ya no reía, no como antes.

Cuando volvió a casa, Henar le contó que vivía en un piso pequeño con una novia. Que era guapa y muy dulce, y que parecían felices, aunque ella solo la había visto una vez. Y a Rayco se le formó un nudo en la garganta que se tragó porque qué otra cosa iba a hacer él, si ya estaba todo jodido. Pero entonces su madre seguía con ese «no es feliz, mi niño no es feliz», y Rayco vomitaba la resignación y la sustituía por otra cosa: miedo, esperanza, miedo, esperanza. Así todo el rato.

Y pasó un año más sin que tuvieran contacto, aunque vivieran en la misma isla. Cada vez que Abián cumplía, él hacía una tarta y le mandaba una foto. «Una lágrima por un pensamiento alegre», le escribía, que venía a decir que lloraba por él, y que lo recordaba siempre. «No me he ido», se atrevía a escribir a veces, cuando salía y se emborrachaba y no conseguía besar a nadie sin que el sabor de Abián le viniera de golpe y le arrugara el corazón.

Quiso buscarlo cuando regresó a casa, pero su madre lo detuvo. «Dale tiempo», le dijo. Y Rayco se atragantaba con el tiempo que se iba, ese tictac que odiaba como Garfio al cocodrilo. Tiempo, ¿eh? Tiempo.

Se lo encontró una vez. Fue sin querer. Rayco había vuelto a trabajar en El Corte Inglés de Mesa y López, en la misma firma de maquillaje. Lo compaginaba con su trabajo de maquillador *freelance* , con el que ganaba bastante, pero se había propuesto ahorrar. Quería comprar una casa. Su sueño

era irse del barrio.

Lo vio ahí, delante del *stand* , con su novia. Ella miraba la nueva colección y él miraba a Rayco, que sonrió y no se presentó, porque algo le decía que su amigo no quería. Los trató como se trata a los nuevos clientes. Ella se fue contenta, Abián ni siquiera le dijo adiós. Rayco se quedó destrozado. Siguió trabajando, claro, el día no había terminado, aunque su corazón se hubiera cansado de latir. Notaba los pies en el suelo, el peso de su propio cuerpo aplastándolo, la vida. Y pensó en lo rápido que deja de volar uno cuando la realidad lo aplasta. Y no, eso sí que no.

Rayco se apoyó en la madera del *stand* , cogió aire y se agarró a su pensamiento alegre. Tenía muchos pensamientos alegres. Rayco siempre fue un niño alegre, pero se agarró a él como a un salvavidas, a las promesas que se habían hecho desde chicos, a las que se hicieron de grandes. Luego soltó el aire y voló, no mucho, pero lo suficiente para seguir amarrado a la esperanza, a Abián.

Esa noche le escribiría, y días más tarde, y semanas más tarde.

Su amigo no respondió y Rayco siguió agarrado a él, su pensamiento alegre.

Capítulo 75

Abián

Se llamaba Rina y tenía el corazón hermoso, por eso Abián se fijó en ella. En lo de fuera lo hizo más tarde, al mirarla más de cerca. Su chica tenía el corazón de cristal, el cuerpo de un cisne. La primera vez que se dieron la mano (ella daba la mano para saludar), la notó tan chiquita que tuvo miedo de romperla, así que se apartó enseguida. Fue en la librería de cómics, una de esas semanas en la que lo habían contratado para sustituir vacaciones. Abián le dijo que no trabajaba ahí de normal, pero que sí estaba mucho de normal, porque era su sitio favorito del mundo. Y hablaron de tebeos. Ella le recomendó algunos *indies* y él, americanos, de Vértigo sobre todo, y algún europeo con bárbaros y mucha sangre. Vino a verlo todos los días, se dieron los números, se intercambiaban cómics, se escribían de madrugada para hablar de cómo había muerto este o aquel o lo mucho que se habían emocionado.

En nada llegaron las citas. Quedaban por Triana. Recorrían las heladerías. Se pasaban horas en la biblioteca pública. Ella tenía coche, de modo que alguna vez se iban a comer al norte, o al sur, a la playa. Él le contó que era bisexual antes de besarla por primera vez, por si tenía algún problema con eso. Ella le dijo que a veces la ansiedad se la comía y no salía de casa en días (se dedicaba al *marketing* y su trabajo se lo permitía), y que también tenía colon irritable y que todo estaba relacionado con el cerebro. Él le habló de su infancia, de sus padres de mierda, del rencor que le guardaba a su madre y la culpa que sentía porque eso lo estaba separando de su hermana. Le habló de Itahisa, la mujer que nació en un cuerpo equivocado y que había luchado por unos niños que no eran suyos, pero a los que quería como si lo fueran. Le habló también del hijo de Itahisa y ahí se calló. No le dijo su nombre ni le confesó que fue su primer amor (el único). No le explicó que a veces lo echaba tanto de menos que tenía que apretarse la cara contra la almohada y gritar hasta que el dolor se iba, ni que aún se acariciaba recordando cada segundo de aquella única noche juntos.

Por eso, cuando lo vio aquel día en el Corte, se quedó como una estatua, ahí parado, temblando por dentro, inmóvil por fuera. Por eso aguantó el tipo y se dedicó a archivar su número, a leer los mensajes por la noche, cuando ella dormía y a él le venía la tristeza de golpe, porque la tristeza viene de noche y no

te avisa hasta que te doblas de dolor.

Y así pasó el tiempo. Y Abián no se enamoró de ella, porque su corazón ya estaba ocupado desde bien chiquito. Pero la quiso, mucho; y fue feliz, a su manera; y la hizo feliz, también a su manera.

Y la vida le regaló meses tranquilos y felices. Y el trabajo de su vida, eso también. Porque ahora era librero a tiempo completo. Tenía un contrato indefinido en su rincón favorito, que olía a sueños y a tierras vírgenes en las que pensaba perderse.

PARTE III

«—¡Ay, qué tiempos tan maravillosos cuando podía volar!
—¿Por qué no puedes volar ahora, mamá?
—Porque he crecido, cariño. Cuando la gente se hace mayor, se le olvida la forma de hacerlo.
—¿Por qué se les olvida?
—Porque dejan de ser alegres, inocentes y sin corazón. Solo los que son alegres, inocentes y sin corazón pueden volar».

Peter Pan y Wendy, James M. Barrie

Capítulo 76

Rayco

Nota de audio:

«¿Te has fijado en lo que pasa mientras no pasa nada? Ya, sé que suena raro, y quizá ando un poco nostálgico; pero, no sé, antes, cuando estabas aquí, no necesitaba fijarme en esas cosas. Tú lo ocupabas todo, y no lo digo en plan mal, ¿eh?: todo lo contrario. No importaba si llovía o si tenía que barrer, o si el vecino tenía la música alta; no importaba nada más que los centímetros que me separaban de ti. Era muy difícil mantener las distancias, sobre todo cuando empecé a darme cuenta de cómo me mirabas. Y después estaba tu olor. Hueles a sueños, ¿sabes? A ese momento en el que te metes en la cama, agotado y sin fuerzas, y respiras muy hondo y te empiezas a quedar dormido. A eso hueles. Recuerdo cómo movías los pies hacia mí porque sabías que los míos estaban siempre fríos y querías que estuviéramos a la misma temperatura. Y ahora… estoy mirando y solo veo la forma de tu cuerpo en el sofá, la camiseta de John Constantine que te dejaste, y tus cómics, y los libros subrayados que no dejo que mamá ni nadie coja, porque es como si te vieran desnudo y no creo estar preparado para que otros te vean como yo lo hago. Y es una tontería, porque fijo que tienes a alguien que te ve más y mejor, pero, no sé, la esperanza está hecha de raíces que no dejan de crecerme en el pecho. Y sé que la cagué mucho, pero estoy aquí, Abi, y ojalá vuelvas algún día. Solo quiero que sepas que, sin ti, los relojes suenan más alto, y siento que el cocodrilo se acerca demasiado deprisa y que me alcanzará y que me comerá. Te echo de menos, Abi. Cada. Puto. Segundo».

Nota de audio:

«Hola. Dirás que soy un *pesao* , que no quieres escucharme ni verme ni saber nada de mí. Me lo dejaste claro cuando te escribí nada más marcharme, y cuando te llamé, y cada vez que le pido a tu hermana que te diga que quiero que nos veamos. Lo sé, Abi, pero necesito hablar con alguien. Han pasado años y no consigo olvidarte. Te diría que lo intenté, pero te estaría mintiendo. La verdad es que solo se me pasa por la cabeza cuando siento que el dolor es una mierda, pero enseguida me dejo de tonterías. Nunca voy a olvidarme de ti

porque no me sale de los huevos. Hala. Ya lo he dicho. Te jodes. El caso es que hoy es peor. Hoy menos que nunca puedo olvidarte, Abi, porque es tu cumple y siempre me acuerdo de ti. Siempre. Y si no, pues tengo a mi madre que se encarga de hacerlo, o a tu hermana, o las escaleras que dan a tu casa. Que sí, que sé que no es tu casa, que nunca lo fue, pero me llevaban a ti. Estabas ahí y no sé en qué momento dejaste de estar. Me duele pensar que nunca voy a volver a cruzarme contigo, que nunca volverás a estar ni ahí ni en nuestra casa ni en mi vida. Perdón. Me cuesta hablar. Bebí un poquito. Digamos que la botella de ron miel y yo fuimos muy felices durante… hum, diez minutos. Imagínate lo que se puede beber en diez minutos. Lo dejé con mi último novio, ¿sabes? Bueno, en realidad fue él quien me dejó. Me dijo, y cito palabras textuales, que tengo "el corazón más seco que una mojama". La cosa es que no es la primera vez que me lo dicen. Empieza a ser un disco rayado y estoy cansado. Que solo tengo veinticuatro años, joder. Qué difícil es retener el amor. Mamá dice que es una tontería mía, que el amor no se pesca y que, en todo caso, yo ni siquiera sé usar una caña. Dice que paso de todo y que poco puede hacer el amor si no pongo de mi parte. ¿Te puedes creer? Madres para esto. Me costó creer que tenías novia, ¿sabes? Y que vivías con ella. Cuando te vi…, no sé. A ver, sé que te gustan las dos cosas, pero, no sé, después de todo me cuesta imaginarte con una chica. Sé que hubo chicas en el insti, pero luego te enrollaste con aquel tío, Mati, que es guapísimo, aunque no tanto como tú (ni como yo, claro, la verdad por delante). Y después pasó lo nuestro y… Uf, Abi. Sé que la jodí al marcharme como lo hice. Sé que no me merezco que me perdones ni me vuelvas a hablar en la vida. Lo sé, ¿vale? Pero necesito que me hables. Necesito que vuelvas. Mira. Creo que tú eres la razón por la que soy incapaz de pescar el amor. No te echo la culpa ni mucho menos, pero no puedo pensar en nadie si tú no estás en mi vida. Eres mi familia, Abi, y te echo fleje de menos. Pienso en ti todos los días, más de una vez. Imagínate cuánto es eso. A veces me pregunto si solo soy yo, si alguna vez piensas en nuestra infancia, en lo que rompimos, en lo bonitos que éramos juntos. Te echo fleje de menos. Feliz cumpleaños».

Nota de audio:

«Hoy compré rosas rojas para llevarlas al cementerio. Eran las favoritas de mi madre, la otra, la que no conocimos ninguno de los dos. No sé si lo has visto, pero Néstor de la Torre tiene un cuadro llamado *La hermana de las rosas* . Era su favorito porque decía que le recordaba a mamá, su feminidad, la pasión con la

que vivía incluso cuando escondía quién era. Cada vez que lo veo, me imagino a mamá entrando en ese bosque de flores rojas, buscándola a ella entre todas esas sombras que parecen vivas. Y creo que eso es el amor, Abi: entrar en un bosque oscuro en el que quizá no encuentres nada y solo te pierdes. No hay garantías, solo rosas y ese olor que se te mete dentro mientras buscas y buscas todo el tiempo. Creo que el amor es buscar hasta que encuentras algo o hasta que no encuentras nada. Cuando volví a casa, cogí el segundo ramo que compré y me metí en el armario de la habitación grande, donde tantas veces nos escondimos de chicos. Cerré la puerta, me abracé a las flores y respiré fuerte su olor. Y puede que nunca llegue a encontrar el amor, pero fue como entrar en el bosque de los recuerdos y encontrarte a ti».

Capítulo 77

Abián

Nota de audio:

«Gracias, Ray. Por las felicidades, digo. Y por todos los audios que me mandabas cuando estabas en Madrid y los que me sigues mandando ahora, por eso también. Y por los mensajes. Y por prestarme a tu madre. Se sigue preocupando por mí como antes, ¿sabes? Fijo que te lo dice, que estoy más flaco, y que tengo que comer más, y que soy lo peor porque casi nunca voy a por los potajes, y eso que me lo recuerda todas las semanas. Tienes la mejor madre del mundo. Fui a cenar con los del curro por mi cumple y ahora salí un rato a que me diera el aire. ¿Te fijaste en lo bonita que se ve Triana de noche? Y las luces de la biblioteca, y cómo se reflejan las aguas en el mar al otro lado de la pista. Y las calles, que nunca están vacías. Siempre me gustó venir a San Telmo, pero eso ya lo sabes. ¿Qué no sabes de mí? Parece que mucho, pero en realidad es nada. Lo sabes todo, Ray, aunque el cocodrilo nos haya robado un cacho de la amistad que teníamos. Yo también lo sé todo de ti. Sé que ahora mismo estarás escuchando esto sin acelerar el audio, y que lo repetirás una y otra vez hasta que te sepas mi entonación de memoria, hasta que se te ocurra qué contestar, si es que contestas. Mejor no lo hagas, ¿vale? Estoy divagando y no necesito una respuesta. Está bien así. Yo… solo quería escribirte, sacarme esto de dentro aprovechando que estoy achispado y las palabras no se me atascan en la boca. Ya no bebo como antes ni salgo con los del barrio. Veo a Mati alguna vez, pero ya no nos enrollamos ni nada. Hace tiempo que no. Solo quería que lo supieras. Que cumplí mi promesa. Que no soy mi padre. Solo soy yo. ¿Recuerdas aquella escena en el avión en la que Peter, cuando aún no sabe que es Peter Pan , le pregunta a su hijo que cuándo va a dejar de ser un niño? Él le responde que es un niño, así, con esa sonrisa que es de niño y de adulto, porque solo los adultos tienen el desconcierto en la boca, solo los adultos dudan. Hago un repaso por mi vida y creo que puede resumirse así: unos padres que me recordaban cada día lo que no era. Y yo, que no replicaba, porque para qué. Es verdad que no lo era. No recuerdo cuándo fui un niño, pero sí recuerdo cuándo dejé de creer en padres y en la familia que te toca. Sí recuerdo cuándo sentí miedo de verdad. Fue ese día en que vi a mi hermana con la cara morada y el labio tan hinchado

que no podía ni sonreír. Parecía uno de esos *aliens* de *Mi amigo Mac* . Algo grotesco, impensable. Y recuerdo que me empujaste contra la pared para que no hiciera una locura. Recuerdo cómo llorabas por mí, y cómo se oían el llanto de la nena y el de tu madre, y cómo la mía repetía "lo siento, lo siento, lo siento", y yo no dejaba de pensar en por qué tenemos que pagar un peaje tan alto por vivir cuando somos tan chicos, en por qué se le permite a esa gente ser padres. ¿Por qué? ¿Tú lo sabes? Fue la peor noche de mi vida, Ray, pero tú estabas conmigo. Me abrazaste y sentí tu corazón. Me dijiste que me querías. Y yo te creí, porque a ti siempre te creía. Por un momento, sentí que nuestros pies dejaban de pisar suelo y no dolía nada. Y supe que siempre sería así cuando estuvieras conmigo. Pero no estuviste, Ray. Un día estabas y luego dejaste de estar. Veía mi sitio a tu lado a veces ocupado y otras, en las que estaba vacío, ya no sentía que fuera mi sitio. No estuviste, Ray. Y la soledad se me metió dentro más y más. Y creo que voy a ahogarme si no se va. Y creo que no quiero volver porque tú… haces que me sienta más solo».

Capítulo 78

Abián

Cuando Abián descubrió a Lovecraft, sintió una conexión enorme, como si aquel ser humano le hablara a través del tiempo y la distancia y esos lugares recónditos donde creía perderse cuando sentía que no era capaz de volar. Lovecraft era él cuando quería escapar de su realidad y los mundos que creaba eran el suelo que pisaba, el frío que le atenazaba los huesos, la soledad que no alimentaba nada, que era como comer aire en una isla que no se parecía a Nunca Jamás.

Se perdió en calles oscuras y hediondas, caminó entre criaturas que parecían humanas, pero que no lo eran. Así descubrió a los Profundos, esos seres que eran anfibios que habitaban en el fondo del océano y adoraban a Cthulhu, el monstruo de los monstruos. Eran como los humanos, pero con la piel húmeda y resbaladiza, de tono verdoso, con branquias en el cuello, ojos brillantes que no parpadeaban y ausencia de orejas. Cuando Abián leyó sobre ellos por primera vez, dejó de ver a su madre como lo que era, incluso se olvidó de las posesiones y de Regan. Su madre era un Profundo que adoraba a Cthulhu y esa imagen de ella nunca cambiaría, ni siquiera tras la muerte del monstruo. La veía y solo podía apartar la mirada de esos ojos saltones, esa piel húmeda y fría que olía a casa abandonada, esas cavidades en oídos que nunca habían escuchado sus gritos ni los de su hermana y esa boca capaz de echar un humo negro y mortal. Y luego esas manos afiladas, y esos pies, que estaban ahí pero no estaban. No se movían, no los protegían, no hacían nada.

Nada.

Capítulo 79

Abián

Abián había conocido a Néstor gracias a Itahisa, y no por el trabajo que le mandaron hacer en el instituto. Allí les hablaban de pinturas, pero Itahisa lo hacía de colores y sueños y de un mundo escondido entre trazos, líneas y curvas. Los cuadros tenían vida en el hogar de los Arocha. Su amor por Néstor la llevaba a vestirse cada año en carnavales con trajes y colores que se parecían a su *Poema del Atlántico* , pero que no eran lo mismo, porque cada persona percibe la obra a su manera, le da valor y un significado que no siempre coincide con lo que quiso transmitir el artista. Ahí está la magia del arte: hacer sentir, da igual cómo y por qué. Sentir. E Itahisa lo sentía todo. Sus disfraces eran un grito desesperado de libertad, amor por la tierra, por la vida. Amor en todas sus formas. Amor.

La primera vez que Abián la vio subida a unas plataformas, con las grabaciones de las galas *drag queens* reproduciéndose sin parar en la televisión grande del salón, le preguntó:

—¿Tú también vas a ser reina?

—Ella ya es reina, bobo —replicó Rayco, que estaba terminando de retocar la cara de su madre—. Nació reina.

Itahisa se rio. Henar se colocó delante de ella y estiró mucho el cuello para poder verla bien, así de alta era subida a los tacones.

—Pero no tiene corona. Ellas tienen corona —dijo Henar al tiempo que agitaba sus deditos hacia la pantalla.

Rayco miró a Henar y luego a su madre y después a Abián.

—Las coronas pesan y no son cómodas. Eso no significa que no la lleve. Está aquí, ¿ven? —Agitó los brazos e hizo un gesto con las manos para delimitar el lugar donde debía ir la corona—. Ustedes imagínenla.

—¿Como la comida de los niños perdidos? —preguntó Henar, recordando *Hook* ; ella siempre recordaba *Hook* .

La sonrisa de Rayco era enorme, pero sus ojos llameaban de pura tristeza. Eso hizo que Abián se pusiera triste también, porque ellos dos eran más grandes y sí sabían lo que significaba que aquellos niños no tuvieran comida en sus platos.

—Sí, eso es.

Henar aplaudió y empezó a explicarle cómo era la corona que no estaba, una muy parecida a la que llevaba la reina de la pantalla, porque la imaginación de los niños casi siempre era pura imitación. Itahisa se agachó y dejó una marca de labios rojos en la mejilla de la chiquilla. Abián no se movió. Intentaba imaginar algo que no estaba y se dio cuenta de que no podía, quizá porque el tictac seguía ahí; podía escucharlo aunque no lo viera, y el tiempo era implacable. Dicen que los mejores años se van muy rápido y los suyos se estaban yendo a marchas forzadas. No podía ver una corona que no existía, así que decidió crearla.

A Abián se le daban bien las manualidades. Ahorró un poco con lo que su madre le daba para el insti o para que se fueran a pasar el rato en la calle mientras ella y el monstruo hacían cosas de grandes y lo usó para comprar materiales. Se pasó meses para lograr hacer algo decente con los colores y las formas de las criaturas de los cuadros del *Poema del Atlántico* . Y cuando por fin llegaron los carnavales e Itahisa se enfundó en su nuevo traje, le entregó la corona. Todos miraron a Abián. La nena gritó. Los ojos de Rayco eran dos estrellas en medio de una oscuridad profunda; los de Itahisa, un mar furioso iluminado por la tenue luz de un faro olvidado que seguía activo.

La corona no duró mucho: las manualidades se le daban bien, pero Abián no tenía ni idea de lo que estaban hechas las coronas que llevaban esas reinas que veían desfilar por el escenario. Al final acabó convertida en una especie de ornamenta que la nena llevó a duras penas mientras ellos se abrían paso entre el gentío al acabar la gala. Era el segundo año que la nena y él acudían a los carnavales junto a los Arocha con el permiso de su madre y a escondidas del monstruo.

Al tercer año le salió mejor y la corona duró mucho más tiempo.

Al cuarto, se mantuvo toda la noche.

Con el paso de los años, las coronas dejaron de existir, porque la vida lo aplastó un poquito y Abián tenía que cuidar de su hermana, o trabajar, o conseguir que su madre se mantuviera alejada de las botellas cuando su padre se iba y creían que todo podía cambiar.

No fue hasta que consiguió un trabajo estable y la vida se encargó de pegarle varias patadas en las pelotas, alejándolo de su mejor amigo, cuando volvió a pensar en las coronas. Sucedió una noche cualquiera en la que quedó para ir al cine con Itahisa. Ya no vivía en el barrio, sino en un piso con la que entonces era su novia. Mientras cenaban, Itahisa le habló de que quería subirse a un

escenario, parecer una reina, aunque nunca lo fuera.

—Tú siempre fuiste una reina, boba —le dijo, y ambos se acordaron de las palabras de Rayco.

Ella sonrió y él le besó la mano con cariño. Después, Abián decidió que él haría esa corona y esa vez aguantaría y sería digna de la reina que era. Se puso en contacto con profesionales, tiró de ahorros y los contrató. Lo supervisó todo, pero no hizo nada más que estar ahí, que es una manera de hacer algo cuando no sabes cómo. Crearon una corona perfecta con los motivos de su *Poema del Atlántico* y la guardó hasta que ella la necesitara; una corona para la única mujer a la que consideraba madre.

Capítulo 80

Rayco

24 años, diciembre

Noche de *Hook* . Es idea de Henar, por el cumpleaños de su hermano, dice, por celebrar, aunque él no esté y aunque ya haya pasado una semana. «Qué más da», eso también lo dice ella.

Celebrar siempre celebramos el trece de diciembre. Es como si todos tuviéramos una alarma sin sonido en la cabeza que nos avisa de que este es su día y que estamos con él, incluso aunque él no esté. Le escribo; no lo he hecho después del audio que me mandó porque ¿qué se le puede decir a alguien después de eso? Abrazarlo, sí, y pedirle perdón, y quitarle esa idea absurda de que lo hago sentir más solo. Porque no se me ocurre cosa más horrible que saber que la persona a la que quieres con locura siente eso.

Le escribo esa misma mañana, cuando Henar nos propone el plan y nos organizamos para comprar la comida y prepararlo todo, como si fuera un verdadero *no cumpleaños* . Y después le mando un audio en el súper, solo para informarlo de que este año toca tarta de queso, porque mamá se empeñó y aquí se hace lo que mamá dice, como siempre. Y que compraré veintidós velas para poder repartir los soplidos y deseos entre los tres, como hacemos siempre. Es como tener un amigo imaginario que nunca contesta, pero que lee y escucha mis mensajes, porque veo el doble clic en azul y sé que no lo puede evitar. Y eso me hace sonreír y sentir que tengo una sopladera en el pecho que se llena y se llena por él.

Y luego le cuento que mamá tiene novio, que ella dice que no, pero sí, que la conozco, que jamás le había visto esa sonrisa de medio lado que está ahí y después ya no, y que vuelve a estar ahí y después ya no. Y así todo el rato. Que es muy frustrante y a la vez maravilloso. Frustrante porque cuando sonríe me siento un poco más solo. Mamá eleva unos milímetros los labios y yo me siento como cuando él y su hermana aún no habían llegado a mi vida y le tenía miedo a la oscuridad. Diminuto, frágil, solo. Y entonces pienso en Abián y toda su soledad y me siento egoísta y mala persona. Porque si la soledad tiene definición, yo jamás la conoceré del todo. Y sé que no debería sentirme así, que no se puede contabilizar la pena ni compararla, que a cada uno nos afecta lo que

nos afecta y nuestro dolor no es menos por eso. Pero aun así... Aun así…

Abián no me contesta, claro que no. Henar me explica que tiene la mañana libre, pero que la pasa con la novia y que luego trabaja, que tiene al jefe con gripe y no se puede escaquear, y menos en Navidad. Me trago los celos y me quedo con la nostalgia, porque los celos solo los merece aquel que no los propició, y yo no me merezco nada. Que sea feliz, eso quiero. Pero yo sé que no lo es, no del todo. Porque se sigue escondiendo, a veces de su hermana, de su madre siempre. Y de mí. Sobre todo de mí. Y eso me duele como nada en el mundo.

Termino de comprar y me preparo. Tengo unos días libres en el curro y solo tengo algún compromiso suelto para maquillaje social. Hoy me toca maquillar a una presentadora de televisión canaria, así que voy hasta San Mateo, que es donde tiene lugar el programa, y luego vuelvo con una bandeja enorme de dulces de esa panadería escondida que tanto nos gusta y un par de turrones artesanales que están que te mueres de ricos. Se lo cuento a Abián por mensaje, solo por si eso lo convence de pasarse, más que sea un ratito. No es que crea que vaya a servir de nada, pero escribir es gratis, igual que lo es hablar solo, y lo hacemos todos los días, a todas horas. Y quien diga que no, miente.

Esa noche, cuando cenamos y acabamos la película con los ojos aguados y el pecho lleno de nostalgia, alguien llama a la puerta. Mi madre y yo miramos a Henar, preguntándonos si es su madre, si al final la invitó, pero ella niega con un gesto de cabeza. Mamá es la más rápida y enseguida se planta en la puerta mientras Henar quita la peli y yo me encargo de recoger y meter en el fregadero los platos usados.

Y entonces, su voz, esa voz que ya pensaba que estaba olvidando pero que es como una vieja canción que tarareas con la sensación de haber vuelto a un año concreto, a un rincón remoto de tu memoria, a la infancia.

—Entra, niño, no seas majadero.

Salgo de la cocina con las manos chorreando agua y jabón, porque necesito verlo, porque no me lo creo. Y de pronto lo tenemos en el salón, delante de nosotros. Henar me mira a mí, mamá también me mira a mí, y él… Él no mira a ninguna parte. Está ahí, plantado en mitad de la estancia, con su pelo, que ahora está más largo, cayéndole con suavidad hacia atrás, las manos en los bolsillos del vaquero, la camiseta de los X-Men, la barba de dos días que lo hace parecer un poco más mayor de lo que es. Y luego, su cuerpo, más grande que la última vez que lo vi y a la vez más consumido. Tiene los hombros más anchos,

la barbilla y las clavículas más marcadas y las venas se le notan en los brazos, pequeños relieves como caminitos muy finos en un recorrido sin un destino concreto.

—Niño, ¿por qué lloras? —le digo solo para romper el silencio.

Él me clava sus ojos oscuros. Los hombros tensos y la mandíbula apretada me demuestran lo mucho que le toca los huevos que le hable así, como si nada. ¿Y qué otra cosa puedo hacer? Solo quiero que me mire, y vaya si lo consigo.

Sonrío hasta que me duelen las mejillas.

—¿De qué coño te ríes? —inquiere—. No tiene gracia.

Me descojono. ¿Cómo no hacerlo cuando mi madre se está doblando por la mitad y Henar ya está en el suelo? Nos reímos hasta las lágrimas y él también termina por hacerlo, a pesar de sus protestas y sus «si lo sé, no vengo».

No hablamos mucho, no en ese momento. Mamá saca la tarta, a la que le queda la mitad, y lo obliga a soplar las velas; y él protesta y protesta porque su cumple ya fue hace días. Le cantamos *Cumpleaños feliz* y le manchamos la cara como cuando éramos críos, y nos volvemos a descojonar hasta que la risa se nos apaga.

Entonces mamá dice algo, como que tiene una cosa importante que hacer, y Henar se está levantando para irse a su casa cuando Abián la agarra de la muñeca.

—Si es por mí, no te molestes, que yo ya me voy. —Saca el teléfono para comprobar la hora y teclea algo rápido—. Rina me está esperando.

Lo seguimos hasta la puerta como en procesión. Mamá se lo come a besos y le hace prometer que volverá pronto. Henar le pregunta que si quiere ir a casa, que no puede huir toda la vida de su madre, y discuten un poco, muy bajito porque es tarde, y cuando ya se va a marchar sin mirarme, le digo:

—Te acompaño.

Él asiente, nada más.

Bajamos en silencio, y en silencio seguimos calle abajo.

—¿Dónde vives? —le pregunto cuando se me hace insoportable.

—En Rafael Cabrera, por el Hiperdino de Triana —me explica.

Va unos pasos por delante de mí, las manos en los bolsillos y ese aire de estar aquí y a la vez encontrarse lejos, a mundos de distancia. Sin poder evitarlo, lo sujeto de la camiseta y lo detengo frente al parque de las Rehoyas. El viento sopla con suavidad y empuja las ramas del árbol que nos hace sombra y que se mueven sobre nuestras cabezas. Él se da la vuelta, mira mi mano agarrada a la

tela y luego, a mí.

—¿No vas a decir nada? —pregunto.

La luz de la farola se proyecta a través de las ramas y escupe sombras sobre su cara. Sus ojos parecen el fondo de ese bosque de rosas en el que quiero perderme y no salir si no es con él.

—No sé qué decir. —La sonrisa que se le forma en los labios nunca se la había visto, y es tan triste que necesito hacerla desaparecer.

—¿Lees mis mensajes?

Su sonrisa cambia, y esta sí me gusta, esta sí es suya: tan bonita, tan perfecta, tan…

—Siempre, Ray.

—¿Por qué no respondes?

Se encoge de hombros y desvía la vista hacia el parque, que todavía sigue abierto. Las luces se despliegan sobre los caminos y aún quedan personas aquí y allá que rascan unos minutos de su tiempo para hacer ejercicio.

—Es que no sé qué decir. A veces siento que podemos arreglarlo, que solo necesito contestar y todo estará bien. Otras creo que todo se jodió y que da igual lo que haga; siempre gana lo malo.

«Lo malo». Quiero preguntarle qué es lo malo. Yo. Nosotros. El beso que le di. Aquella noche en que nuestros cuerpos se tocaron, se reconocieron, se fundieron; tan perfecta y maravillosa, tan lejana de esto que somos ahora.

«Lo malo».

—No siempre gana lo malo —susurro, signifique lo que signifique eso—. Estás aquí. Viniste.

Sonríe y a mí se me salta un latido, o veinte.

—Lo siento. —Se mira los pies—. Aquella vez en el Corte... Lo siento mucho, Ray. Me quedé en blanco y luego me sentí como una mierda. No hay día en que no piense en eso.

Tiro más de la tela y lo acerco unos pasos.

—No pasa nada, bobo.

—Sí pasa. —Menea la cabeza, sonríe sin ganas y me sujeta la muñeca, pero no me aparta—. No le he hablado de ti, y no sé por qué. Eres la persona más importante de mi vida después de mi hermana. Es… como si quisiera dejarte para mí. No sé.

—No me importa —le aseguro, aunque los dos sabemos que sí—. Solo quiero que seas feliz. Dime que lo eres, anda.

Tiro un poco más de la tela, y más, y más, y más. Cuando su aliento me roza el cuello y yo le subo la barbilla para que me mire, siento que somos dos niños perdidos que por fin hallan el camino de regreso a casa.

Y entonces se saca algo del bolsillo: un test de embarazo. Nos miramos. Se me forma un nudo en la garganta que crece y crece y se me atora y creo que voy a llorar aquí mismo, delante de él, porque esto es lo que somos, lo que nunca podré tener. Y es mi culpa, mi puñetera culpa.

—No pensaba venir. Lo pensé cuando salí de la farmacia y la avisé. Le dije que mi hermana me había comprado una tarta. No es del todo verdad, pero… —Se encoge de hombros, avergonzado—. No sé qué voy a hacer si está embarazada, Ray.

Mastico el dolor igual de rápido que vino y me lo trago. Abián me necesita y lo que siento puede esperar. Ya habrá tiempo para llorar.

—Pues tirar p'alante. ¿Qué otra cosa vas a hacer?

Él chasquea la lengua.

—Me refería a lo de ser padre. Me parece dificilísimo. Solo de pensarlo, yo... Llevo tantos años perdido que pensar en ocuparme de alguien tan chico, dirigir su vida cuando no sé dirigir la mía... No puedo, Ray. Es que no puedo.

Me acerco, estiro los brazos y lo agarro de la cara para que unamos nuestras frentes como tantas veces hice en el pasado.

—Puedes y lo harás. Te recuerdo que ya lo hiciste una vez. Cuidaste de alguien, te preocupaste de que no le faltara nada, convertiste una vida de mierda en un cuento con final feliz. Y mira qué bien salió todo. Mira lo feliz que es la nena.

—Final feliz —repite con la voz rota, como si no se lo acabara de creer.

Cierra los ojos cuando le acaricio la cara, despacio, como si intentara volver a aprendérmelo de memoria. Y en parte es así. Aprender para desaprender. Somos un cuento inacabado que nunca tendrá final.

—Es feliz, Abi, y es gracias a ti, no a esa señora que ahora parece que cambió, pero que no siempre estuvo ahí. Puede que la hayamos aceptado por tu hermana, pero no olvidamos, y sé que Henar tampoco lo hace. Le duele decepcionarte y es consciente de que queriéndola lo hace. Y sé que te duele que la invitemos a casa, pero, no sé, mamá siempre me enseñó que las segundas oportunidades se dan, y luego ya se verá si se la merece o no. Creo que en el caso de tu madre sí la merece, pero también creo que estás en tu derecho a negarte a dársela.

Lo veo tragar saliva, respirar con fuerza. Los coches pasan rápido, el tiempo pasa aún más deprisa y nosotros seguimos aquí, a un abrazo de distancia. Me duele el cuerpo de pura necesidad.

—Tengo miedo —dice, y a mí me tiembla todo.

Me acerco más, y más, y más.

—¿Puedo abrazarte? —me atrevo a preguntar.

Y él se derrumba. Se esconde, claro, pero lo veo. Tiene un huracán dentro aunque por fuera no se advierta el desastre. Los hombros se le encogen, la espalda se le dobla.

Asiente, nada más. Y yo lo envuelvo entre mis brazos hasta que deja de temblar y de respirar como si no hubiera más aire que el que nos envuelve.

Capítulo 81

Abián

—¿Te da miedo ser padre? —le preguntó Rina esa noche cuando llegó a la casa y él se tumbó a su lado en la cama; la abrazó por detrás, la besó en el pelo y le pidió perdón por tardar en volver.

Le alegraba saber que Rina no podía siquiera imaginar cuánto le había costado separarse de Rayco, bajar la cuesta de Mata, regresar a esa diminuta familia que tenían y que hasta ahora había sido suficiente.

—¿A ti no?

Ella sonrió y le acarició el dorso de la mano.

—¿Te da miedo respirar?

—Todo el rato —contestó, y se ruborizó.

Ella giró un poco el cuello para mirarlo con ternura. Olía a limpio y a una flor que Abián no conocía, pero que siempre le había recordado a los Arocha, a casa. Fue lo primero que pensó cuando la abrazó por primera vez: que estaba en casa y que todo iría bien.

—Nunca hablamos de esto, y ahora no entiendo por qué.

—Somos demasiado jóvenes.

—Y, por lo que me has contado, tu madre tenía la edad de tu hermana cuando te tuvo.

—Y mira lo que soy. —Resopló. Quiso salir de la cama, sacudirse los brazos, quitarse de encima la sensación de ser el hijo de sus padres.

Rina se levantó y le pidió que hiciera lo mismo. Lo agarró de la cintura por detrás y lo condujo hasta situarlo delante del espejo del armario grande que compartían.

—Mira quién eres —dijo Rina casi en un susurro. Abián no quería saber nada de ese chico asustado que le devolvía la mirada. Por eso bajó la vista hacia ella, que sonreía y lo quería y él sentía que el suelo se abría y se lo tragaba y no sabía por qué; ella no se merecía nada de eso, no se lo merecía a él—. Para mí eres perfecto, Abi.

—No lo soy.

—Dime una cosa: ¿qué harás si sale positivo?

Abián la miró. No a su imagen en el espejo, toda llena de aristas y sombras y

miedo, sino a esa chica que le había dado los mejores años de su vida.

—Haré lo que haga falta. Tendrá la vida que se merece. Estaremos juntos y nunca le faltará un hogar, ni un abrazo ni nada.

—Pero ¿eso es lo que quieres? —preguntó Rina—. ¿Serás feliz?

Abián tragó saliva. «Feliz», qué palabra tan chiquita y qué grande. ¿Era feliz ahora? A veces creía que sí; otras, la felicidad le parecía tan inalcanzable como esa estrella que te guiaba hacia un lugar donde ser feliz era un derecho y no algo que, simplemente, no era para ti. Naces rubio, moreno, con dos piernas y dos manos, con una sonrisa bonita, con dientes torcidos…, pero… la felicidad no era un derecho, sino eso que a veces te tocaba y otras no. Y él la había sentido a ratos. Iba y venía, como las olas en Las Canteras cuando la marea no estaba muy alta. Desde luego, ahora no sentía que lo fuera. En esos momentos solo sentía miedo. Aun así, dijo:

—Seremos felices.

***

Esa noche decidieron que no harían la prueba. «Mañana», dijeron, como si así pudieran retener la verdad. Durmieron poco, a ratos, pero lo hicieron abrazados, con el corazón del otro retumbando contra sus pechos.

—Mi madre no pasaba mucho conmigo cuando era chica, ¿sabes? —le contó Rina al día siguiente cuando entraron en el baño y siguió los pasos que él leía en el prospecto—. Bueno, y tampoco de grande. Tenía niñera: la vecina del primero —explicó—. Me llevaba a su casa con su hijo o lo traía a él a mi casa. Se llamaba Ancor y nos hicimos muy amigos. Dormíamos juntos. Recuerdo que algunas noches nos costaba coger el sueño y jugábamos a ver quién hacía menos ruido al respirar. Era un juego tonto, pero me servía cuando mi madre estaba cansada o dormía o tenía que trabajar. Aprendí a no molestarla gracias al hijo de la vecina. Éramos buenos niños. Ancor también pasaba poco tiempo con su madre, porque ella tenía que cuidar de otros niños que no eran suyos. A mi padre lo veía menos. Se había ido a vivir a Málaga con la familia y me llevaba con él en verano o venía a pasar unos días. —Suspiró hondo; los ojos se le desviaban todo el rato al test que había dejado sobre el lavabo—. No me puedo quejar, ¿a que no? Mi infancia fue buena. Hay padres buenos que te quieren fleje y, aun así, no están. No planearon tenerme, ¿sabes? Pero me tuvieron y aquí estoy gracias a eso.

—Rina… —Abián quiso decirle que claro que se podía quejar, que la ausencia

también era dolorosa, así como lo era la falta de cariño.

—Shhh, déjame terminar. —Le apretó la mano—. Ahora lo pienso y me da pena. Nacemos, a veces por error, y nos sueltan en familias buenas o malas donde lloramos, comemos, cagamos, aprendemos y crecemos. Felices o no, nos toca apechugar. No nos queda más remedio. —Deslizó los dedos por la palma de su mano, acariciándolo como sabía que le gustaba—. ¿Cuánto dura la infancia? Sacas a un hijo de la oscuridad y le das diez, doce años… Luego deja de querer darte la mano, te pide que no lo beses delante de sus amigos y que no le cuentes cuentos. La infancia no dura nada, Abi. Un parpadeo. A mí me habría gustado tener más a mi madre y a ti te habría gustado tener una madre, ¿verdad?

Él quiso decirle que no, que él sí tuvo una madre, que la seguía teniendo, que no llevaba su sangre pero sí su amor, y su fuerza, y esas ganas locas de vivir aunque doliera. Porque si algo le enseñó Itahisa fue a aferrarse a la vida. Ella, que era heroína en un mundo de villanos.

—Quiero ser madre, intentar ser mejor, no arrepentirme de nada.

—Vas a ser la mejor —dijo Abián—, lo sé.

—Abi, lo que intento decirte es que, si esto da negativo, seguiré queriendo ser madre. ¿Y tú? —preguntó bajito—. ¿Qué quieres tú? Necesito saberlo. Necesito saber si estamos juntos en esto.

Él no contestó. ¿Qué quería? Se lo había preguntado muchas veces, pero el eco le había devuelto la pregunta sin respuesta, sin nada.

Abián se aferró a su mano. Se besaron. Después cogieron la prueba, que ya tenía el resultado. Él estaba sentado al borde de la bañera; ella, sobre la tapa del váter. Él pensó en Henar, en Itahisa, en estrellas, en la arena del tiempo, en la magia de las personas y en Rayco, sobre todo en Rayco. Y supo que tiraría p'alante, como él le había dicho. Siempre lo hacía. Abián Machado no era su padre y nunca más se permitiría volver a pensar que sí. Nunca más.

Y ahí, con las manos entrelazadas y los ojos brillantes, se decidió su futuro.

Capítulo 82

Rayco

24 años, diciembre

Dos días más tarde, cuando lo llamo con los nervios en la barriga y una necesidad visceral de saber, me dice:

—Falsa alarma. Yo… Hemos roto.

No debería, pero los voladores me estallan en el pecho y quiero volar y cacarear y me siento mal, porque su voz no es nada alegre y su felicidad está antes que la mía.

—¿Tú o ella?

—Los dos.

—Abi…

—Vale, sí, fui yo. Pero es que, no sé, creo que no quiero ser padre.

—No tienes que serlo si no quieres y puedes seguir con ella.

—Lo sé, pero es que… me puse a pensar en lo que éramos y se me vino la verdad encima. Ella lo sabe todo de mí, conoce la historia de mi infancia de mierda, pero apenas le hablé de Itahisa, mi hermana la vio una vez y a ti te borré como si no fueras parte de mi piel o de mis huesos. Es como taparme o esconderme en el puto armario. Y eso nunca lo hice, ya ves tú. ¿Por qué ahora, por qué con la persona con la que estoy compartiendo mi vida? —Coge aire y lo suelta despacio—. Nos imaginé separados y no me dolió, Ray, no como cuando desaparecías durante semanas por tus cursos de maquillaje o te ibas al sur con tus amigos. No como cuando te fuiste a Madrid, que pensé que mi cuerpo era de cristal y se había roto y nunca encontraría todos los pedazos para poder pegarlos. Me dio igual, Ray, y no es justo para ella. Me quiere, y quiere ser madre y tener familia, y es una persona hermosa que no se merece a un tío como yo, que tengo el pecho hueco y nada pa darle.

Suspiro hondo. ¿Qué digo? Me ahogo con mi propio aliento. Dios.

Intento armar todo lo que me acaba de decir, explicarle cómo lo veo y lo que significa para mí, hacerle comprender todo lo bueno que tiene para ofrecer y lo mucho que me gustaría ser yo esa persona que envejezca a su lado, ver cómo el pelo se le cambia de color, cómo el tiempo forma un mapa de cordilleras en su piel, lleno de curvas, relieves y desviaciones. Quiero que el paso del tiempo

seamos nosotros, que vivamos juntos, que vivamos. Pero no estamos hablando de nosotros, sino de él y de esa chica. Está saliendo de una relación y no necesita esto; no ahora.

—Dime qué piensas —digo cuando el silencio se hace insoportable.

—En eso de ser padre. Lo que más miedo me da es ser un monstruo en la vida de los demás. Antes prefiero morirme.

—Tú nunca serás un monstruo, bobo.

—Gracias por estar ahí.

—Siempre, Abi. Yo voy a estar siempre.

Silencio. Denso, líquido, asfixiante.

—¿Dónde vas a vivir ahora? —pregunto, porque no sé qué más decir.

—Tenemos el contrato de alquiler hasta el verano del año que viene. Supongo que me quedaré aquí, aunque vaya justo de dinero. Rina ya se fue.

—Te iba a decir que volvieras a casa. Aquí, con mamá y conmigo.

—No creo que pueda volver ahí, Ray.

Más silencio, ahora acompañado de una respiración profunda. Sé que intenta no llorar, no romperse, que no note esa soledad que todavía lleva consigo como una segunda piel.

—Vale, no pasa nada. ¿Te apetece quedar, no sé, mañana o pasado?

Capítulo 83

Rayco

25 años, marzo

Empezamos por llamadas diarias. Yo hablo mucho; él lo escucha todo. Hablo mientras maquillo a mamá o a Henar o veo algún vídeo de fondo y practico conmigo mismo, o mientras cocino o limpio o estoy tirado en la cama evocando aquella única vez que lo tuve desnudo entre mis brazos. Quizá porque volvió a mi vida, ahora pienso mucho en ello. Antes lo arrinconaba en lo más profundo de mis recuerdos. Con él aprendí lo que era meter los sentimientos en un armario oscuro y con olor a viejo, a lo perdido, a desesperanza. Y dolía, vaya que sí. Y ahora el armario ha saltado por los aires y todas mis fantasías vuelven a tener que ver con él, como cuando éramos chicos y yo observaba con fascinación cómo le crecía el cuerpo, las extremidades y ese corazón que latía y latía al ritmo del mío.

Tengo su tacto grabado a fuego y su voz no hace más que alimentarlo; son hilos invisibles que me empujan a acariciarme, dirigen mis dedos, mi respiración, mis caderas cuando me muevo en busca de más. Algunas noches quiero preguntarle si piensa en mí, en nosotros, pero no me atrevo a romper la magia, a despertar el tictac que se ha detenido entre nosotros. Me da miedo perderlo otra vez, así que callo mientras le hablo de todo: de los cursos que hice; de los famosos a los que maquillé; de la libertad que dibujé en sus pieles; de la mía propia, que no he terminado de esculpir, porque la libertad muta contigo, se retuerce o se esfuma y tienes que buscar y buscar, como le ha pasado a él. Eso no se lo digo, no hace falta. Le cuento mis planes de comprar una casa y también le hablo de los novios que tuve.

—Ya terminé con los hombres —le digo unos días después de cumplir los veinticinco.

—¿Y eso?

—No sé, quiero estar un tiempo solo. No necesito a nadie. No lo digo por ti —me apresuro a decir—; a ti te necesitaré siempre.

Él se queda callado durante demasiado rato y, cuando el silencio nos muerde, sigo hablando. A veces interviene, casi siempre para hablar de libros o de cómics o de su trabajo, lugares seguros de los que apenas sale. Y luego

volvemos aquí, a nosotros, y los dos nos sentimos como cuando te subes a un avión y llegas agotado, el cuerpo entumecido por la postura, la sensación de tener los oídos a punto de reventar. Así nos afecta el pasado, la distancia y la vida.

La cosa se complica cuando quedamos. Hay muchos más silencios seguidos de muchas más miradas, las mías, claro. Me lo vuelvo a aprender de memoria con una avidez hambrienta. Así me siento, con un hambre y una sed de él que no puedo saciar porque él lleva una armadura de kilos de tela para protegerse y yo solo sé dibujar la libertad en la desnudez. Necesito acercarme, arrancárselo todo, pero no me atrevo. El miedo no me deja.

Lo llevo a la playa, al norte, acampamos en Llanos de la Pez, hacemos maratones de lectura en su piso, o de cine. A veces, solo a veces, me deja desnudarlo y pinto sobre él. Luego le doy la mano y salimos.

—¿Alguna vez piensas en… *eso* ? —me atrevo a preguntarle una noche de carnavales muy similar a aquella por la que pregunto.

Él no responde, pero su mirada me lo dice todo. Luego bebe y yo no pregunto más. Nos alejamos y nos acercamos como un barco que se mueve sobre aguas agitadas. Somos el grito de un hada al caer muerta al suelo, el de un niño al hacerse mayor, el de Garfio al oír al tiempo morderle la nuca, el nuestro al alejarnos cuando no hemos dejado de querernos.

Esa noche, cuando lo acompaño a su piso y lo ayudo a meterse en la cama, me sujeta de la cintura y me aprieta con tal fuerza que en nada estoy encima de él y me cuesta respirar y quedarme quieto y no besarlo. Cojo aire y lo suelto. Huele a él, a Abi, y su aliento es dulce y está caliente y quiero besarlo. Me pide que me quede con él. Está borracho y sé que no lo haría de estar sobrio, por eso me cuesta un mundo decirle que no, que otro día, mejor.

Me pongo de lado, porque sentir el roce de nuestras pollas es una tortura y no puedo. Empujo su nariz con la mía y él abre la boca solo para poder respirar. Se estremece cuando lo beso en el cuello y noto sus latidos en los labios, la suavidad. Me clava los dedos en los muslos y no sé si es consciente de que lo hace, pero aprieta y yo le tiro del lóbulo de la oreja solo para que me sienta más y más fuerte, más y más cerca.

No sé quién se pone encima o debajo, si es él, si soy yo, si somos los dos. Estoy sobre él, y debajo de él; nuestras caderas se buscan, friccionan, se empujan y todo arde a nuestro alrededor. Tengo un ave fénix en el pecho que muere y nace cada vez que su erección arrastra a la mía en un movimiento suave y contenido,

pequeños empujes que me hacen gemir y buscar piel y querer comérmelo entero. Necesito hacerlo, metérmelo dentro, saciarme, necesito… En cuanto nuestros labios se rozan, noto la presión de su mano en mi pecho, la distancia, ese «no» dibujado en su cara con rotulador permanente.

—No.

El corazón me deja de latir cuando gira el cuello y pone distancia.

—Abi…

Se levanta y se aparta el pelo de la cara. Se detiene delante de la ventana y apoya las manos, alongándose hacia fuera como si necesitara el frío del exterior para respirar.

Me levanto con cautela y me sitúo tras él.

—Abi, lo siento si te incomodé. Yo…

—No quiero que me vuelvas a besar —me corta, y niega con la cabeza—. Ya no soy el muchacho de quince años que suspiraba para que lo miraras mientras tú tenías la atención puesta en todo el mundo menos en él. Tampoco soy el chaval de diecinueve al que te follaste como despedida una noche de borrachera.

Sus palabras me duelen. Porque no fue solo follar, no fue una despedida. Fue… todo. Todo.

—No lo hice por eso. Joder, Abi, sabes que no fue así.

Él menea la cabeza.

—No sé nada. Solo sé que te fuiste.

—Sabías que iba a irme. Llevaba planeando ese viaje desde que era un crío.

—Sí, ya sé que era el viaje de tu vida, pero no es eso.

El viaje de mi vida. Vaya gracia.

—No tienes ni idea.

Quiero tocarlo, hacer que me mire, sentirlo, que me sienta; pero cuando le rozo el brazo se aparta como si no me soportara, como si no me quisiera.

—Da igual.

—No da igual. Puedes echarme en cara que fuera un cobarde o que no apostara por una relación que tenía todas las papeletas para terminar… —Rota, destrozada, como me sentí al dejarlo atrás, como me sentí al darle la espalda tras aquel beso, como me siento ahora.

—¿Terminar qué? Odio que hagas eso de cortar las frases.

—Eras muy joven, Abi. Eras un niño cuando te besé. Nuestra vida era un caos y tú aún tenías mil cosas por hacer antes de querer meterte en una relación. No quería joderlo ni joderte.

Su risotada amarga me araña el corazón.

—Querrás decir que mi vida era un caos. La tuya siempre estuvo bien ordenada. Ya estabas pintado de libertad cuando te conocí —me recuerda—. Y joderme me jodiste, solo que esperaste hasta que te dio la gana.

Ignoro eso último porque, si contesto, si replico, me echaré a llorar y no es el momento.

—Pero tú aún estabas descubriendo tu sexualidad cuando te besé.

—Tenía muy clara mi sexualidad, y te lo dije.

Abro los labios. Los vuelvo a cerrar. Me tiembla la barbilla. Él se me acerca y me empuja hacia atrás, y yo me tambaleo y tropiezo porque no tengo fuerzas, nada de nada.

—Ni siquiera me diste una oportunidad —continúa—. No nos diste nada. Solo un triste beso que fue dulce y terminó volviéndose la cosa más amarga que probé nunca.

—No digas eso, por favor. —Odio cómo suena mi voz, odio el dolor que veo en sus ojos, odio todo lo que el tiempo hizo con nosotros.

—Me hice grande con menos de diez años. Con quince tenía bien claro lo que quería y lo que no, así que no pongas mi vida de mierda como excusa. Era más fácil tirar por otro camino, no sé, menos feo, ¿no?

—Abi… —La voz se me atora en la garganta y me cuesta un mundo respirar, y mirarlo, y defenderme de todo eso que jamás quise ser para él—. No digas eso, por favor —repito, porque no sé qué más decir.

Fuera, un grito, una sirena, una ambulancia. Dentro, nuestros corazones cansados, nuestras miradas, nuestras palabras, nuestro dolor.

—Tu madre me contó lo que te dijo. La pobre se echa la culpa todos los días. Pero no es culpa suya. No lo es.

—Lo siento. Ojalá pudiera cambiarlo, pero no puedo.

Los mechones le cubren parte de los ojos y se los aparta con un gesto brusco de cabeza.

—Lo del sexo no me importó. Yo mismo te lo pedí sabiendo lo que pasaría después. Y estuvo bien. Joder, fue una pasada. Lo que me dolió fue que se acabara. No es porque te fueras a Madrid. Sabes que te habría esperado toda la vida si me lo hubieses pedido, pero tú no querías eso. Me dolió ser uno más. Y no digas que no lo soy, porque da igual, es lo que sentí.

—No da igual, bobo. —Se me escapa una lágrima y me la arranco con rabia. Me peino el pelo con los dedos porque no sé qué hacer con las manos, ni con las

piernas, ni con ese corazón que late y late aunque no le queden fuerzas para nada—. ¿Me odias? —pregunto con la voz rota.

—Claro que no, tolete, pero no quiero volver a hacerlo contigo. Me cansé de esperarlo todo y ya no quiero esperar nada.

—No tienes que esperar nada. Crecimos y cambiamos, y sé que cometí errores, pero no pienso volver a hacerlo. —Doy un paso; él retrocede, de modo que me quedo donde estoy—. Abi, tenía mucho miedo la primera vez que te besé. Acababa de empezar el ciclo y solo quería trabajar, ahorrar dinero, ser maquillador. Y tú estabas ahí. Eras como un sueño del que no quería despertar, pero lo hacía todos los días cuando te veía pasarlo mal, cuando volvías con los ojos como si llevaran una cortina de humo. Parecías tan lejos de todo… Me aterraba que un día yo fuese uno de los motivos por los que estabas así, convertirme en un monstruo más en tu vida. No quería eso por nada del mundo. Y si tenía que perderte para evitarlo, yo…

Él menea la cabeza. La risa que se le escapa no es nada bonita.

—¿Quieres que te dé las gracias? ¿Por arrancarme el corazón?

—Abi…

—No, no lo entiendes. Tuve un par de novias hasta que llegó Rina, y estuve con Mati varias veces, pero eso ya lo sabes. El caso es que no me gusto, Ray. No sé en qué momento pasó, si fue antes de irme del bloque o después. ¿Recuerdas a Peter marchándose lejos de la madre con el carrito? Me fui de esa casa para intentar encontrarme y sigo sin hacerlo. No me gusta la persona en la que me convierto cuando estoy contigo. Me lleno de miedos y me encojo y odio sentirme así cuando me importas tanto. Ojalá…

Su voz se desvanece, pero sé lo que no me dice. «Ojalá no me hubieses besado». «Ojalá no me hubieses tocado nunca». «Ojalá no».

Me trago el dolor, las náuseas y las putas ganas de pedirle que no se rinda, que no tire nuestro amor a la basura, que no me deje. Lloro por dentro, pero sonrío por fuera porque es lo que necesita. Me necesita. Tal vez no mi corazón, pero sí mi cariño, mi amistad. Y puedo tragarme el amor como el cocodrilo se tragó el tiempo para ser solo amigo, familia. Seré lo que necesite, aunque me muera de la pena.

—Eh, tranquilo. —Me acerco despacio y le sujeto la cara con las manos cuando veo que no se aparta, que cierra los ojos, que suspira—. Esto pasará. Todo pasa, ya lo sabes.

—Sí, ya.

Le beso la frente y siento que me ahogo cuando me clava los dedos en la cintura como hace siempre que quiere sentirme, marcarme, y yo me aparto porque no soporto que me toque, no con esta verdad que me duele dentro. Dios.

—Ray... Yo… creo que fue esa noche, cuando me besaste por primera vez. Creo que fue ahí cuando dejé de gustarme.

Tengo un nudo en la garganta y los ojos me escuecen. Giro el rostro para evitar que lo vea. Por nada del mundo quiero que sienta más dolor, no por mi culpa, nunca más por mí.

Me apoyo en la ventana y saco la cabeza para coger aire.

—Lo siento —me dice, y me estremezco cuando noto su mano en mi espalda —, necesito que sepas cómo me siento.

—No es culpa tuya.

—Tampoco tuya. Necesito dejar de verte como algo feo. Odio verte así.

Miro al cielo, iluminado por una luna a la que le falta un buen cacho, y miro hacia la calle, iluminada por la luz artificial de las farolas. Luz y oscuridad, a eso se reduce todo. Y ruido, el que viene de fuera y el que llevamos dentro, tatuado con una tinta invisible que no se va con nada.

—Mamá me lo dijo ese día, ¿sabes? No así, claro, pero me advirtió que podía pasar, que podrías llegar a odiarme.

Sus dedos me recorren la espalda en una caricia suave que me duele.

—No me toques, por favor —susurro, pero no me aparto porque es lo último que quiero en el mundo—. Nunca quise hacerte daño, solo te quería demasiado. Te quería tanto que necesitaba dejarte crecer.

—Y yo necesitaba crecer contigo. Me dejaste solo, Ray. Yo… ni siquiera me atrevía a ir a tu casa. Buscaba amigos donde no los tenía solo para dejar de sentirme como una mierda. ¿Y sabes qué? Que sigo sintiéndome así, ahora más que nunca, ahora que te tengo tan cerca. Y no es justo.

No me giro. No puedo mirarlo y estoy convencido de que a él le sucede lo mismo. Demasiado dolor, demasiada verdad contenida, demasiado.

—No digas eso, por favor. —Apenas me sale la voz; tengo un dolor en el pecho que crece y crece y creo que se romperá y me romperé con él—. No quería que me odiaras. No quería que pasara esto.

Siento el temblor de su cuerpo cuando apoya la frente en mi espalda, la manera en que respira, su fragilidad, sus dedos clavados en mi cintura, presionando.

—No te odio, Ray. Te sigo queriendo como el primer día, pero también me duele y me cuesta mirarte y es una mierda. Necesito dejar de sentirme así, no quiero joder lo único bonito que me dio la vida. Porque sin esto que siento por ti y por tu madre, no tengo nada. Ya ni siquiera tengo hermana. La nena prefiere estar con ella.

Me giro sin que me importe que me vea la cara.

—No digas eso. Ni se te ocurra, joder.

—Es la verdad. Odio estar solo, Ray. Lo odio —dice sollozando, y yo siento como si las garras de un monstruo me hicieran papilla el corazón.

—No lo estás.

—Lo estoy. Lo he estado siempre y puede que muera solo, como él.

No lo pienso cuando salvo la distancia que nos separa y lo abrazo, y él se aferra a mí como lo que siempre hemos sido para el otro: esperanza.

Esperanza.

Esperanza.

Y ahí, con las luces nocturnas salpicando nuestros cuerpos, se derrumba por primera vez en años. Llora por el niño que fue, por la infancia que no pudo vivir y la soledad que lleva dentro. Llora, y yo lo hago con él porque no sé si podré querer al chico del que estoy enamorado, si él querrá que lo haga, si me dejará.

Capítulo 84

Abián

-Sigo siendo el mismo niño asustado que se escondía en las escaleras porque le tenía miedo a monstruos a los que no podía enfrentarse.

—Ya no hay monstruos.

—¿Y qué es la vida entonces? Es el peor monstruo que existe.

—Yo sigo siendo el mismo niño que encontró a una familia que no pensó que necesitaba. Te encontré a ti y encontré a Henar. Por favor, Abi. Necesito que empecemos de cero.

—Yo necesito empezar. Solo eso: empezar.

Capítulo 85

Abián

Pasaron los días, las semanas, los meses, y todo siguió igual, aunque nada lo hiciera. A mitad de año, a Abián se le acabó el contrato de alquiler que tenía con Rina y se fue a vivir a un piso compartido con un chico y una chica. No era muy cómodo, pero los precios de los alquileres eran prohibitivos y él necesitaba seguir ahorrando. Además, sus compañeros no estaban tan mal. Ella trabajaba de noche y él apenas pasaba por la casa más que para dormir.

Y llegó de nuevo el día de su cumpleaños, y con él también llegó Luis. Y fue raro, porque Abián salió con la idea de encontrarse con la única persona con la que quería pasar ese día, además de su hermana, que estaba con unas amigas y no se acordó. Abián no podía enfadarse. Era una adolescente con todos los nudos que tenían los adolescentes, tan difíciles de desenredar que él había acabado muy confundido, ajeno a todo y sin apenas amigos. Por eso, Abián no podía enfadarse con la nena por tener una vida lejos de él, aunque el corazón se le arrugara y la soledad lo dejara sin respiración.

Fue Rayco quien le dio la idea de salir. Lo había felicitado con un mensaje muy corto y un audio muy largo. La voz le temblaba y Abián sabía que estaba nervioso. Había pasado más de un año desde que había vuelto a su vida y seguían algo distantes, como dos viejos amigos que aprenden a conocerse pero no se les da demasiado bien. Estaban todos esos silencios, todas esas verdades contenidas, todo el deseo. Porque sí, el deseo seguía ahí, latente, y eso no se podía esconder con nada. Entre todas esas palabras que su amigo le soltó en la nota de voz, y los suspiros, y los «mmm» que repetía y repetía, entendió que estaba imaginando un escenario, juntos, yendo al japonés nuevo al que habían ido cada uno por separado, el que estaba cerca del Teatro, Rayco con alguno de sus amigos, Abián con sus compañeros del curro.

El audio de Rayco decía:

«Tú pegado a la ventana; yo detrás, mirándote fijamente. Me levanto y me presento y hablamos de todo lo que tenemos en común. Luego vamos por Triana, nos comemos un helado y paseamos hasta el kiosco de la música. Y ahí, bajo el toldo, te doy la mano por primera vez, y la siento tan fuerte como lo eres tú, aunque no te conozca de nada, porque esas cosas se saben y tú llevas la

fuerza por dentro y por fuera. Y quizá también te doy un beso, y tú te pones colorado pero me lo devuelves, y nos damos los números, y nuestra historia empieza como cualquier otra historia, llena de primeras veces y fácil. Aburrida, eso sí, pero feliz. Así debería haber sido nuestra historia, Abi. Justo así».

Pero Abián no quería una relación fácil ni aburrida. Abián lo quería a él, ese amor que le abrió el pecho en dos y vació parte de la soledad que tenía dentro y que luego lo volvió a llenar hasta dejarlo sin aire, aplastado contra el suelo. Un corazón ahogado por sus propios latidos. Podría desear una historia sencilla, pero entonces nunca sería Rayco, y él quería a Rayco, aunque el amor le doliera tanto.

Y se le ocurrió que iría a celebrar su cumpleaños a aquel restaurante, solo. Y si se lo encontraba allí, si estaba… A la mierda sus miedos y su dolor, a la mierda todo.

Abián no creía en muchas cosas, no jugaba a la lotería de Navidad como hacía Itahisa ni le rezaba a Dios como hacía su madrina (muerta desde hacía unos años de un paro cardíaco a medianoche, algo de lo que se enteró cuando fue a verla a la residencia de ancianos y que lo dejó un poco más roto y un poco más embostado de soledad) o la madre que lo parió, pero sí creía en Rayco y en las señales. Y fue esa esperanza la que lo arrastró a sentarse en la mesa pegada a la ventana del restaurante.

Pero no fue su amigo quien apareció esa noche como sucedía en el relato, quien lo miró y le sonrió y le preguntó si podía sentarse a cenar con él cuando ya llevaban un buen rato de miradas esquivas. No fue su amigo quien le hizo un sinfín de preguntas mientras caminaban por Triana y se comían un helado de Guirlache.

No fue Rayco.

No.

Fue Luis, con su sonrisa pequeña y su mirada profunda. Era mayor que Abián. Vivía solo en un piso en el Obelisco, trabajaba de profesor de Lengua en el instituto público Tomás Morales. Y leía mucho. No los libros que leía él, que prefería la fantasía o el terror. Luis leía ensayos y mitología y libros históricos, y también novela gráfica, que es el nombre que se les designa a los cómics cuando no quieres que el mundo piense que eres un friki, o un niño chico que lee machangadas, pero que no deja de ser lo mismo. Un envoltorio puede ser más o menos bonito, pero lo de dentro no cambia.

No hubo besos, pero sí muchas palabras. Luis le habló de su expareja, de lo

que esperaba de una relación, de su rol. «Soy activo», le dijo, y Abián se ruborizó imaginando lo que diría Rayco sobre eso. También le confesó lo mucho que le atraía, y no dejó de mirarlo como si lo taladrara centímetro a centímetro. Luis era de esas personas que atendían a cada palabra con la mirada fija. Abián se puso colorado, y muy nervioso, pero no apartó la mirada en ningún momento. Por nada del mundo quería que pensara que no era correspondido. Por si acaso, se lo dijo. Le contó muchas cosas. Se quitó la verdad de encima y se la entregó, y Luis la cogió con mucha tranquilidad, como un profesor que lidia con uno de sus alumnos problemáticos.

El beso llegó en la segunda cita. El sexo, en la quinta. Una vez que entró en su casa, Abián ya no salió de allí.

Capítulo 86

Rayco

25 años, febrero

Me habla de Luis una noche tras salir de ver una película en Las Arenas, cuando cruzamos hacia la avenida por la zona de La Cícer. Me detengo al llegar al mural de Néstor de la Torre que hay en el paseo desde hace unos años: imágenes solapadas del *Poema del Atlántico* . Distingo *Tarde* , que se mezcla con *Noche* , que se mezcla con *Mar en reposo* … Todo ello sobre un mar furioso que es un reflejo de ese que se puede atisbar al otro lado de la avenida, y yo observo esas formas, con todos esos colores que me recuerdan a mis madres, a Abián y a Henar, a nuestro hogar, a todo lo que me hace feliz. Toco la pared fría mientras Abián me mira y no me toca a mí, porque ya no soy, ya nunca más seré. Bajamos a la arena. No es la primera vez que menciona a Luis, claro, pero sí la primera que lo hace así, como si me confesara algo importante que fuera a poner nuestro mundo del revés, como si mi mundo no llevara del revés mucho tiempo.

Observo el estallar de las olas contra la orilla a medida que nos acercamos con los zapatos en las manos y los ñoños hundidos en la arena fría. La marea está alta y hace pelete, pero necesito andar con los pies en el agua, congelarme mientras intento prestar atención a todo lo que me dice. Una conversación larga y profunda en la que solo interviene él y yo lo oigo todo como cuando te metes debajo del agua e intentas hablar, pero eres incapaz de pronunciar palabra. Caminamos y caminamos y no digo nada hasta que llegamos a la zona de la Peña de la Vieja, nos lavamos los pies en los chorros para volver a ponernos los zapatos y nos detenemos delante de la heladería, la que tiene helados artesanales y tanto nos gustaba de chicos.

—Quiero ver a dónde me lleva esto —me dice.

«A dónde», se repite en mi cabeza. Yo sé a dónde lo lleva: lejos de mí, de lo que somos; justo a donde él quiere (necesita) irse.

Me meto las manos en los bolsillos. La playa está desierta, salvo por algún alma perdida aquí y allá. En esta zona, el viento corre como si quisiera arrastrarte a alguna parte. Las olas rompen, envuelven y ocultan la Peña de la Vieja con el ir y venir de la corriente. Se me ocurre que quiero ser esa roca

legendaria, volver a bajar a la arena, meterme en el agua y convertirme en piedra, que el mar me cubra por entero, que me oculte, que él no me vea. Quiero estallar como la espuma y desaparecer como ella. Quiero olvidar los últimos minutos, la conversación, viajar al pasado y aferrarme al pensamiento alegre que ahora no deja de escurrírseme entre los dedos. Lo que más quiero es no perderlo, y es una mierda, porque ya lo hice.

Lo miro y veo pasado y un futuro demasiado incierto. Lo miro y me cuesta un mundo sonreír, pero me pinto la sonrisa en la boca y le muestro los dientes. Soy la magia perdida aplastada contra el suelo. Siento el peso de mi cuerpo, mi corazón ralentizado, el mundo que gira y gira mientras observo cómo él se aleja de mí.

—Así que el niño perdido quiere salir de Nunca Jamás y ver el mundo real —digo.

—El mundo real ya lo vi, tolete. Lo que quiero es dejar de estar perdido. Quiero ver si puedo encontrarme en otros lugares, vivir sin la sensación de llevar un cocodrilo mordiéndome el pecho. No sé, dejar de pensar en que el tiempo pasa y yo me he quedado en pausa. Estar quieto mientras veo cómo pasa todo a la velocidad de la luz es… agotador.

Qué me va a contar. Llevo un año haciendo justo eso: quedarme quieto mientras lo espero.

Capítulo 87

Rayco

25 años, febrero

No estoy borracho, nada de nada; pero lo parece, lo sé.

Lo primero que hace Henar es olerme la boca. Gajes del oficio, supongo. Me río a lo bestia. Mamá se acerca, preocupada, y de repente estoy en la cama enorme de aquella habitación llena de estrellas en el techo que resume nuestra infancia, rodeado de las dos mujeres de mi vida. El pensamiento me provoca un dolor intenso y dirijo la vista al cielo al otro lado de la ventana. Pienso en esa otra mujer que me trajo al mundo y que ya no está aquí. Apenas la recuerdo. Solo es un puñado de fotos viejas y una sombra alargada que se pierde en mi memoria. Y ruido. Y murmullos.

—¿Por qué olvidamos lo importante y recordamos lo que nos hace daño? —pregunto refugiado en el calor de estas dos mujeres a las que tanto quiero.

—Porque el dolor es un sentimiento con mucho más peso y cuerpo que el amor.

Giro el cuello hacia Henar. La trenza larga le cae a un lado del rostro y tiene una mirada limpia cargada de preocupación. Por mí. Y quizá también por su hermano. Cómo ha crecido y qué hermosa es. «Qué bien lo hicimos, Abi», me digo para mis adentros, deseando que sienta mis palabras esté donde esté.

—¿Eso crees?

—No lo creo, sé que es así. Piensa en tus libros favoritos, o en las pelis, y dime cuáles te marcaron. Yo solo me acuerdo de *Los puentes de Madison* y de las apuestas que Ita y yo hacíamos para ver quién se aguantaba más las lágrimas.

—Hace tiempo que dejé de leer y ver pelis que acaben mal. Odio los finales trágicos cuando la vida ya está llena de tristeza. Solo tienes que salir a la calle y respirar, o peor, quedarte aquí dentro e intentar hacerlo cuando las paredes se te caen encima.

Ahora mi madre me mira con mucha (mucha) preocupación y alarga el brazo para apartarme el pelo de la cara. Vale, sí, estoy siendo un poco dramático, pero estoy jodido y quiero seguir regodeándome en el fango un poquito más. Necesito lamerme las heridas a un ritmo que me permita soportar el dolor.

Henar me da un codazo en las costillas, quizá un poco demasiado fuerte.

—Ya sabes lo que quiero decir, *enterao* .

Sí, ya lo sé. Aun así…

—Una vez Abi me preguntó que por qué las cosas importantes no sonaban. Por qué el dolor no sonaba. Era tan chico… Y hablaba como un viejo. Eso me asustó, pero también me hizo querer protegerlo. Y era una tontería, porque solo nos llevábamos dos años y nueve meses y está claro que los años no son nada frente a la experiencia. Y él ya era más grande que yo entonces. —Me rasco la cabeza, un poco demasiado nervioso. Necesito lavarme el pelo, y cortármelo, y arreglarme; quizá todo a la vez—. Yo creo que el dolor sí suena. Lo estoy escuchando ahora mismo. Es un ruido denso, constante, como un tictac con el que aprendes a vivir y ya no te molesta. ¿Lo oyen ustedes? —Me llevo las manos a las orejas como si intentara captar un sonido imposible—. Es mi corazón machacado. Se está haciendo papilla y no sé qué hacer.

—Podrías hablar con él, Ray…

La voz de Henar es un susurro tembloroso. Los dos sabemos que no es fácil con Abián. Su manera de lidiar con el dolor es aislarse, poner distancia, avanzar por caminos inescrutables. Y quizá fue eso lo que lo salvó de convertirse en el monstruo que siempre temió ser. O quizá, simplemente, no está hecho para ser monstruo. Demasiada luz dentro, demasiado corazón.

—No puedo. —Se me escapa un sollozo que suena al ruido de un gato al atragantarse.

—¿Vas a rendirte? —inquiere Henar—. ¿Y ya está?

Me encojo de hombros.

—Esperaré. Es lo único que puedo hacer.

—¿Y si se enamora? Ahora solo es una posibilidad, pero mañana… —No termina la frase; no hace falta.

—Entonces seré feliz por él. Significa que por fin dejará de sentirse solo. Piénsenlo así: él está buscando en ese hombre lo que no logra encontrar en mí. No puedo obligarlo a que me deje quererlo ni a que me quiera, no a costa de su felicidad. —Mi madre enrosca un brazo en el mío y apoya la cabeza en mi hombro—. Esperaré. Ya esperé mucho, no pasa nada. Y si no… las tengo a ustedes para llorar. Me saldrán bolsas y estaré feo, pero…

—Tú jamás serás feo. —Henar me besa la mejilla.

—Lo siento, mi niño. —Mamá se aprieta más contra mí—. Ojalá hubiera cerrado la boca aquella noche. Yo hice esto.

Suelto un suspiro hondo.

—No empieces, ma. Me pediste que no le hiciera daño y se lo hice. No sabía que con mis decisiones lo estaba dejando solo. No sabía que iba a sentirse así. Me advertiste cuando empecé a traer a chicos, pero estaba muy metido en mi propia peli y no vi nada más. No me di cuenta de que, a veces, prefería dormir en la calle, porque ya no sentía que esta era su casa. Y luego… —Me acosté con él, lo abandoné, me fui, me callé mi amor, lo volví a dejar solo—. He tenido tiempo de darle muchas vueltas, ¿saben? Creía que lo hacía por él, porque era muy joven, porque su situación era una mierda y no tenía sentido que encima tuviera que lidiar con lo nuestro, pero en realidad lo hacía por mí. Yo también tenía miedo, de no ser suficiente, de no poder salvarlo, de que dejara de volar y de creer en nosotros, que para el caso era lo mismo.

—Nadie puede salvar a nadie, mi niño. Somos nuestro propio héroe librando la guerra en la que nos toca vivir.

—Eso ya lo sé, ahora lo sé; pero en esa época estaba muerto de miedo y fue culpa mía, ma. Y ojalá me perdone.

—Lo hará.

Pero eso no lo puede saber y los tres somos conscientes de ello.

—Yo también lo dejé solo —musita Henar—. Y no sé si me perdonará algún día.

Le pellizco la nariz.

—Boba, tú eres su corazón. A ti no tiene que perdonarte nada. Podrías arrancarle la piel y te seguiría queriendo. Pero yo… Solo quiero que sea feliz. Y si ese hombre con el que está lo hace feliz, entonces cerraré el amor que siento en un bote y aprenderé a aceptarlo, aunque me duela. Si consigue que vuelva a sonreír, ese hombre se convertirá en mi persona favorita.

Lo digo con el corazón encogido, pero la voz clara. Mi madre me mira. Henar también. Las dos lloran, por dentro y por fuera. Sobre todo por dentro.

Oigo el dolor, alto y claro, cuando me dicen, casi a la vez:

—Ven aquí.

Y mientras me envuelven entre sus cuerpos, yo siento que todo está bien, que no estoy solo y que está bien, aunque nada lo esté. Pintaré la felicidad en mi cara si él no regresa conmigo solo para que no se dé cuenta y celebraré la suya. Es lo único que puedo hacer por él.

Capítulo 88

Abián

El acto se celebró en el instituto. Henar brillaba como lo hacían los adornos plateados al ser bañados por la luz, tanto la artificial que destellaba desde los fosforescentes como los pequeños rayos de sol que se colaban por las ventanas.

Abián la veía bien. Escuchar no escuchaba nada. Oía el retumbar de las pisadas, los murmullos, la voz de Itahisa a medida que se acercaba y la de la madre que lo parió, pero no lo cuidó lo suficiente. La madre que giró el rostro hacia él una vez que ocupó el asiento a su derecha. Al otro lado de la fila, Rayco se dobló hacia delante en el suyo y lo miró. Abián se fijó en el pelo rubio que le caía a los lados, la media sonrisa y los ojos, esos que decían tanto sin decir nada. Llevaba un maquillaje sencillo y mucho kohl, y Abián pensó que estaba igual de guapo que la primera vez que lo vio en aquellas escaleras sucias y le permitió entrar en su vida.

Itahisa señaló a la nena, que agitaba una mano para saludarlo. Abián sabía que su hermana no lo esperaba; ninguno de ellos lo hacía.

—Viniste —dijo Ana, y él no contestó; no había venido por ella.

El acto tardó un poco en empezar. Rayco miró a Itahisa, que miraba a Ana, que lo miraba a él, que buscaba a su acompañante. La vida es un círculo, dicen, hasta que este se rompe. Abián lo rompió esa tarde mientras observaba cómo la persona más importante de su vida se colocaba en posición allá arriba en el escenario. Lo rompió cuando Luis se sentó junto a él y le dio la mano. Lo rompió cuando todos lo miraron como quien observa una herida de las feas. Lo rompió cuando se enderezaron en los asientos, la vista puesta en el escenario para no ver más allá de él. Lo rompió cuando una lágrima solitaria se deslizó por la mejilla de Rayco y su madre le apretó la mano. Lo rompió como se rompe todo, de golpe y sin tiempo para el sosiego.

El acto duró poco, pero el dolor los acompañó cuando la nena recogió su diploma y los siguió hacia la sala donde Abián esperaba un abrazo que no tardó en llegar. Henar corrió hacia él y le entregó el diploma enrollado en un lazo rojo.

—Me lo tienes que guardar hasta que termine la universidad y te dé el otro.

—No seas boba. Tienes que colgarlo. Te lo ganaste.

—No, me lo ganaste tú. Como los peluches de la feria, ¿te acuerdas? Siempre me conseguías uno. No estaría aquí si no fuera por ti.

Abián la volvió a abrazar, fuerte fuerte, y los dos lloraron un poquito pa dentro, que duele más pero se ve menos, y ellos eran expertos en eso.

Henar le pidió que le presentara a su novio y siguió dando brincos y abrazos y sonrisas, porque era su día y brillaba.

El dolor también los acompañó al restaurante donde fueron a celebrar. Allí siguieron fingiendo que no pasaba nada, que no sangraban, mientras los platos iban y venían e Itahisa recordaba las tardes de *Hook* y ponía la infancia de sus niños en la mesa con Rayco como fiel ayudante en la narrativa. Luis no habló, pero lo escuchó todo mientras clavaba los dedos en el muslo de Abián con una fuerza que dolía y que en nada se parecía a esas otras veces en las que Rayco hacía lo mismo. Llevaban poco viviendo juntos y aún les faltaba algo de confianza, así que Abián se esforzaba por preguntarle si quería más de esto o de aquello, y si estaba bien.

Esa noche fueron ellos quienes llevaron a la nena en el coche y los Arocha quienes se quedaron con su madre. Abián pensó que allí terminaría todo, con muchos silencios y mucho dolor atravesado dentro, pero no.

—¿Podemos hablar? —le preguntó Ana cuando aparcaron el coche delante del bloque y salió para despedir a su hermana.

Abián miró a su novio y este le dijo que sí, que fuera, que él lo esperaba ahí.

Caminaron hasta el parque que había junto a la iglesia y allí permanecieron, ella sentada como si su cuerpo se hubiera quedado sin fuerzas; él, de pie, observando los lugares donde se había sentado con Rayco y la nena cuando eran chicos en las noches de frío y miedo. Todo eso que un niño no olvida, aunque los recuerdos se cubran con telas de araña y el tiempo te impida verlos con nitidez. Abián lo prefería así: recordar a medias, con el dolor tenue de una herida ya cicatrizada.

Caminó de un lado a otro. El lugar parecía igual, pero no lo era. Su visión de adulto hacía que todo le pareciera más feo, la hierba más reseca, el suelo más sucio, los bancos de piedra más hediondos por los chicles, las colillas, las hojas y los frutos blandos y negros que caían de los árboles.

—No voy a pedirte perdón; sé que no serviría —empezó a decir su madre.

—Pues no.

—Yo… solo quiero que sepas que ustedes dos son lo único bueno que tengo.

No me los merezco, pero los quiero y este amor es lo que me alimenta. No recuerdo muchas cosas, ¿sabes? Mi cuerpo estaba lleno de veneno.

Él se detuvo. La vio ahí, tan diminuta, tan ajena a él, tan… poco madre. Y la rabia le creció como una enredadera en el pecho. La de veces que necesitó un abrazo, un «ven aquí, mi niño», un «no estás solo», y no lo tuvo.

—No te preocupes, madre, yo sí las recuerdo. Te puedo contar las veces que nos dejaste tirados o cómo una mujer a la que tú y el cabrón de tu marido despreciaban nos acogió, nos dio comida, una habitación y cariño. Te lo puedo contar con detalle, si quieres.

Ana alzó la barbilla, que le tembló. Los ojos le brillaban. A Abián le dio igual. No sentía nada, solo rabia y dolor. Cuando la rabia y el dolor se mezclan, el resultado es bien feo, como el líquido ese que le echas al váter cuando se atasca. Te abre por dentro, eso sí, pero el amor se diluye como el resto de la mierda.

—No hace falta.

—Pues entonces no sé por qué cojones quieres que hablemos. No hay nada que hablar.

—Te quiero. Solo quiero que vengas a casa de vez en cuando. Tu hermana te echa de menos.

Abián soltó una risotada. Se pasó una mano por el pelo, que ya le llegaba a la nuca, y se lo apartó hacia atrás.

—No te la mereces.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. —Lo dijo deteniéndose delante de ella, casi obligándola a mirarlo. Quería que viera lo que quedaba del niño que trajo al mundo y soltó a su suerte—. Hay gente buena que muere sola y de forma horrible y luego están los padres de mierda a quienes la vida les da una segunda oportunidad que no se merecen. No te la mereces —repitió con un tono más grave—, pero está contigo y espero que sepas valorar lo que significa que un hijo se limpie las heridas con lejía y jabón para que solo quede el amor. Yo no puedo. Lo siento, pero no. Las segundas oportunidades son como el polvo de hadas, madre, o como el Ratoncito Pérez, ese que no vino ni cuando el monstruo con el que te casaste me arrancó un diente de cuajo. Las segundas oportunidades son como los Reyes Magos cuando mi hermana iba corriendo al salón y solo encontraba un par de regalos mal hechos por mí, porque los Reyes estaban muy cansados y hacían lo que podían. —Abián suspiró muy hondo, como si intentara meterse dentro todo el aire del mundo, como si buscara fuerzas en ese acto tan mundano

—. Solo hay una vida, y las segundas oportunidades no existen. Existen las personas. Y yo no tengo nada para darte; te estaría mintiendo si te dijera que sí y me estaría mintiendo a mí mismo. Y estoy muy cansado. Tengo veintitrés años y estoy muy cansado de estar triste y de luchar contra monstruos que no deberían existir. Solo quiero ser feliz.

Ana ya no ocultaba las lágrimas, pero Abián no las veía, pues nada ve quien no quiere mirar. Y él no quería.

—Lo serás.

—A lo mejor. Ojalá. Qué palabra de mierda: «ojalá». Es como rezar. Nunca sabes si sirve para algo, pero lo sigues haciendo. A lo mejor soy feliz, y a lo mejor la felicidad se me escapó al nacer, quién sabe; pero eso ya no depende de ti, madre. Lo hizo muchas veces, durante muchos años, pero ya no.

—Lo siento mucho, mi niño.

El pisotón en el suelo los sobresaltó a los dos. Abián ni siquiera se dio cuenta de que lo hacía.

—¡No soy tu niño! ¡Y no me llames así! Mi madre se llama Itahisa y nació en un cuerpo que no era suyo, pero que aprendió a querer. Esa mujer a la que el mundo rechaza es mi madre. ¡Tú solo me pariste! Gracias por eso, pero no me pidas más, porque no puedo darte más. Tengo el corazón seco y no hay nada para ti. A veces creo que podría tragármelo entero por mi hermana, pero resulta que no soy así. Hay personas buenas y mejores que yo, como Henar, pero yo estoy hecho con la piel de un monstruo. Soy hijo de mi padre, qué le vamos a hacer.

Se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos. El viento movía las ramas, y las hojas caídas, y el pelo de Abián. El viento lo movía todo, pero él seguía sin poder volar. ¿Cuándo fue la última vez que lo hizo? Lo había olvidado. Era el Peter Pan que se fue y ya nunca más creyó.

—No eres tu padre.

—Lo sé, pero no sé perdonar, y olvidar no se hizo para mí. Tengo el rencor atado al pecho en un nudo que no se va a deshacer nunca. Y eso no va a cambiar. Vendré a ver a mi hermana cuando pueda, pero de ti no espero nada más allá de que le des la vida que se merece hasta que empiece la suya.

—Lo haré —dijo ella en un hilo de voz—. Gracias por hablar conmigo.

No había mucho más que decir. Abián echó a andar hacia el coche.

—Henar sigue siendo tuya —dijo Ana; la voz sonaba como una puerta de cristal que chirría tras pasar demasiado tiempo cerrada—. No hay día en que no

hable de ti.

Abián se detuvo. Se rio, se giró, la miró.

—Las personas no somos posesiones, madre. Somos personas y nos quedamos donde nos quieren. Eso es lo que tienes que hacer para que siga contigo: quererla. Pero qué sabré yo, que no soy padre ni lo seré nunca.

Luego se fue y la dejó allí, con el eco de los gritos de dos niños a los que apenas vio crecer; ecos que siempre serían eso, sonidos sin nombre ni apellidos; ecos que no eran nada y lo eran todo.

Capítulo 89

Abián

—No me gusta —dijo la nena unas horas más tarde, cuando se vieron por videollamada porque, según ella, no se habían despedido bien. Se acercaba la cámara a la cara y su nariz parecía más grande; también los ojos y los labios. Toda ella parecía enorme. Tenía las mejillas sonrojadas por los buches de vino que tomó en la cena y la alegría. A Abián se le llenó el pecho de amor y sonrió como un bobo orgulloso—. No me mires así, lo digo en serio.

Él salió a la terraza y cerró la puerta de cristal, aprovechando que Luis estaba poniéndose al día con el correo en su despacho. Por nada del mundo quería que escuchara a su hermana hablar mal de él, no cuando su relación se estaba asentando.

—Te miro así porque te quiero. Y porque hicimos algo bueno: creciste y sigues volando.

Abián sintió cómo le mordían el corazón cuando su hermana puso esa expresión que venía a decir que estaba triste, pero intentaba contenerse por él. Se le habían humedecido los ojos, tan grandes y brillantes, tan iguales a los de su madre, tan distintos. Era una criatura de luz y la quería con una ferocidad casi animal.

—Sigo volando porque creo en ti, pero ese chico no me gusta nada, Abi.

—No te va a gustar nadie que no sea Ray, eso ya lo sé.

—No es por Ray. Rina sí me gustó, más o menos —añadió bajito, porque los dos sabían que no era cierto, no del todo—. Es verdad que siempre preferiré a Ray, pero este nuevo novio no me gusta.

—¿Y por qué, si se puede saber?

—Porque no te ve.

Abián enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Se pasó toda la noche callado, observando. Nos miraba y te miraba para ver la huella que dejábamos en ti, pero no te veía. No al completo. No como Ray. —Él fue a hablar, pero ella levantó el índice para que la dejara terminar—. Cuando miro a Ray puedo verte en el brillo de sus ojos. Y eres tan bonito ahí… No te haces una idea de cuánto. Pero ese hombre… —La voz se le desvaneció

en el silencio de la habitación: la misma litera en la que tantas veces durmieron juntos, las mismas paredes.

A Abián le dolió la distancia y tuvo que mirar al cielo lleno de unas nubes que no cuajarían, porque hacía demasiado calor para eso. Cómo dolía crecer, cómo.

—Luis. Se llama Luis.

Henar suspiró.

—Luis solo te mira para marcarte, como si fueses suyo. Te mira como papá miraba a mamá.

Abián meneó la cabeza. Le dolía que hablara así de Luis cuando no le había dado una oportunidad ni lo conocía ni sabía cómo eran cuando estaban juntos.

—Déjalo y descansa, anda. Ya te lo presentaré mejor.

—Mi opinión no va a cambiar.

—Ya verás que sí. Luis me quiere y yo soy feliz con él.

—No puede quererte. Ustedes solo llevan… ¿cuánto? ¿Cuatro meses juntos?

—Cinco. Y si puedes enamorarte en un día, puedes hacerlo en cinco meses.

Su hermana se apartó el pelo de la cara, también se mordió el labio de esa manera que solía dejar marcas. Estaba preocupada, y eso hacía que él también se preocupara.

—Dime que seguiremos viéndonos, que no serás uno de esos a los que los novios le lavan el cerebro y terminan pasando de la familia.

—Sabes que yo no soy así.

—Bueno… —Los ojos de Henar se desviaron hacia alguna parte de la habitación.

—Bueno… —Él no apartó los suyos cuando le explicó—: Cuando Luis me miró por primera vez… No puedes entenderlo, pero creí que después de Ray no podría sentir nada más por nadie, que era él y ya está, que me había estropeado y ya no volvería a querer. Y ya ves que sí puedo. Puedo ser feliz, nenita. Y me gustaría que tú también lo fueras por mí, que dejaras de juzgarme. No sé si durará toda la vida, ojalá que sí, pero quiero intentarlo.

Henar frunció los labios un instante.

—Pero ¿tú eres feliz?

—No me siento solo. Es lo único que he querido en la vida, solo eso.

Su hermana fue a replicar, a decirle que ella siempre había estado ahí, al igual que Itahisa y Rayco, pero no era verdad, no del todo. Ella siempre había estado ahí, sí, pero no entera. Había una parte que le pertenecía a su madre, al igual que Rayco e Itahisa se pertenecían el uno a la otra.

Henar miró a su hermano, a ese Peter Pan solitario con un pie en la ventana a punto de volar para que el dolor, el miedo o la soledad no lo alcanzaran nunca.

—Eso no es ser feliz, Abi.

—¿Y qué es la felicidad? Para mí es tener un hogar, ser parte de un lugar o de una persona. Y resulta que con él tengo las dos cosas.

—¿Hablas tú o el niño que todavía eres?

—Hace mucho que dejé de ser un niño, lo sabes mejor que nadie.

A Henar se le escapó un suspiro, que sonó como un sollozo, que atravesó la distancia que los separaba, que golpeó el pecho de Abián con demasiada fuerza.

—Solo quiero que estés bien, Abi.

—Entonces sigue queriéndome y estaré bien. Cree en mí y estaré bien.

—Eso siempre. Dios, ojalá pudiera abrazarte. —Abián pudo ver la lágrima que se le escapó a su hermana; la lágrima que se le escapó a él estaba por dentro, así que ella no pudo verla.

—Una lágrima por un pensamiento alegre —dijo Abián.

—Tú siempre serás mi pensamiento alegre —dijo Henar.

Y ahí, cerca y lejos, en esa vida que no siempre fue amable con ellos, se sintieron inmensos a pesar de ser diminutos, pequeñas manchitas en un cielo infinito.

Capítulo 90

Abián

Abián odiaba el silencio que se fue metiendo en aquella casa donde al principio todo eran risas y besos y jadeos entrecortados.

Luis nunca gritaba, jamás levantaba la voz. Te hablaba en un tono calmado, despacio, como si fueras un niño y él tuviera toda la paciencia del mundo. A Abián le habría gustado que gritara. Los gritos eran su lengua materna, los conocía bien. El silencio, en cambio, era un grito que solo oía él, que solo sentía él. No lo entendía. Se le metía dentro, en el puto cerebro, le llenaba el pecho y mantenía su cuerpo en tensión día sí y día también. Abián dejó de dormir tranquilo, dejó de hacer muchas cosas.

El silencio de Luis no era absoluto. Era más bien como una sopladera que se hinchaba y se hinchaba y Abián permanecía en tensión, esperando el momento en que el látex cedía y estallaba. Cogía aire, el cuerpo se le tensaba y el corazón le iba rápido y lento a la vez. Y entonces… no sucedía nada. El globo no explotaba. Se soltaba el agarre, el cierre cedía, fssshhh, y el miedo se iba del mismo modo en que lo hacía la amenaza de estallido. Y él, por fin, se relajaba.

Ese fue su error, sin duda: creer que podía relajarse. *Creer* .

El silencio llegó una tarde en la que Luis había regresado de clase, enfadado y cansado. Llevaban meses viviendo juntos y Abián se sentía bien, tranquilo, en paz. Encajar en la vida de Luis había sido fácil; él se había encargado de todo: de meterlo en su familia, en sus amistades, de hacerle un hueco en su armario. Le compraba ropa, lo llevaba al teatro y le regalaba libros a los que Abián jamás se habría acercado por su cuenta y que leía porque le gustaba la idea de conocer a su novio a través de ellos.

—Esta noche salgo —le comentó cuando entró a saludarlo a la cocina.

—¿Con quién?

A Abián le sorprendió el tono frío con un punto cruel, esa orden, ese «dímelo y ya veremos si vas». No le gustó cómo se lo dijo ni la reacción de su cuerpo, cómo le aumentaron las pulsaciones, cómo se le tensaron los hombros. Reconoció la sensación y sintió un poco de asco, y un poco de confusión, y un poco de enfado.

—Con los del curro —contestó, y se ruborizó al oír su propia voz.

Abián volvió a ser ese crío al que su padre regañaba, con sus miedos y ese querer huir bien lejos. Casi esperó oír el tac, tac, tac seguido de ese crrr chirriante del ir y venir del sello sobre la madera de la mesa. La advertencia.

Pero no.

En su lugar, hubo un arrastrar de silla, el sonido de una libreta al caer sobre la mesa, donde Luis solía sentarse a hacer sus cosas con una taza de café que iba recargando cuando no quería encerrarse en su despacho, y el silencio. Ese puto silencio.

—¿Estás seguro de que vas con los del curro? —quiso saber Luis al cabo de dos, tres, siete segundos; toda una vida para Abián.

—¿Qué quieres decir?

—Dudaste, Abián —dijo, masticando las sílabas; Luis nunca acortaba su nombre y odiaba que los demás lo hicieran—. Te hice una pregunta y tardaste en responder.

—No dudé, solo me sorprendió. Sabes que suelo salir los viernes con los del curro cuando no tenemos otros planes.

—¿Y quién te dijo que no tenemos otros planes? Los tenemos. —Luis volvió a girarse, cogió la libreta y siguió a lo suyo, no sin antes agregar—: Te paso a buscar cuando salgas. Quedamos a las nueve para cenar en Los Pollos de Firgas.

Abián abrió la boca y la volvió a cerrar, porque el silencio se lo comió. Lo hizo poco a poco, como uno de esos machanguitos de aquel videojuego al que había jugado con Rayco, que tragaba y tragaba hasta que todo se fundía en negro, hasta que no quedaba nada.

Esa noche Luis no le dirigió la palabra, pero sí lo tocó. Mucho. Durante la cena, le apretaba fuerte la pierna por debajo de la mesa, casi hasta el dolor, dejaba caer la mano en su nuca o le acariciaba la mejilla. Algunas veces iba más allá. Deslizaba los dedos entre sus muslos y le apretaba la entrepierna, como intentando decirle algo. Abián enrojecía, pero no se movía ni hablaba; Luis lo hacía por los dos.

Y, cuando por fin llegaron a casa, le arrancó la ropa y se lo hizo en el recibidor, la cara y las manos contra la pared, los dedos clavados entre sus muslos, presionando, los dientes en su cuello, marcando. Y Abián volvió a sentirse extraño, diminuto, frágil, incluso cuando Luis lo limpió y lo abrazó y se metieron en la cama. Sobre todo, se sintió avergonzado.

Y entonces amaneció y todo regresó a su sitio. La sopladera se deshinchó, Luis volvió a ser Luis y el silencio se fue como si una ráfaga de aire lo hubiera sacado

por la fuerza.

Pero Abián no se engañaba: conocía ese silencio. Era un silencio que siempre volvía. Había vivido con él durante dieciocho años.

Capítulo 91

Rayco

27 años, marzo

—¿Crees que lo quiere? —me pregunta Henar una tarde en que viene a casa para ver una película con mamá y conmigo como en los viejos tiempos.

Lo hacíamos mucho, y también recordábamos mucho a Abián, que llevaba más de un año viviendo con su novio y ya nunca venía. Al menos no se había olvidado de felicitarme por mi cumpleaños.

¿Cuándo fue la última vez que hablamos? Hace demasiado tiempo. Durante el último año me había dedicado a mandarle audios interminables sobre flores o maquillajes o chorradas varias que él escuchaba pero no contestaba, y yo me decía que no pasaba nada, que estaba en la librería, o con Luis, o a saber. Imaginaba que así debió sentirse él cuando yo me fui a Madrid, y luego me cabreaba porque yo jamás habría dejado un mensaje suyo sin contestar. No, mejor no pensar en eso. No quiero enfadarme con Abián, no cuando se supone que por fin es feliz, no cuando todo esto es culpa mía.

Mamá grita algo desde el baño: que ya viene, que solo tiene que secarse el pelo, que vayamos eligiendo peli.

Me giro en el sofá para poder mirar a Henar a los ojos y le aparto el mechón que le tapa media cara. Su pelo sigue siendo igual de fino y le cuesta muchísimo mantener una trenza (o cualquier otro peinado) en su sitio. Al final cumplió su promesa: es Rapunzel, pero con el pelo castaño y una mirada que a mí me parece mucho más bonita.

—¿Y por qué iba a estar con él si no lo quiere?

—¿Por qué estaba mi madre con mi padre?

—Tu madre quería a tu padre —le recuerdo—. Era un cabrón, pero lo quería.

—No creo que fuera amor. Era… otra cosa. —Se encoge de hombros y el pelo le vuelve a tapar la cara; pienso en coger el móvil, sacarle una foto, mandársela a Abián para que vea lo mucho que ha crecido su hermana, pero algo me dice que esta vez tampoco recibiré respuesta—. A veces confundimos el amor con el miedo porque nos acostumbramos a él. Miedo a la soledad o a perder la seguridad o a que dejen de mirarte o vete a saber qué. Los humanos también somos animales domesticados. Y es difícil salir de ahí. El miedo no te deja.

Pienso en la Henar que fue mientras miro a la Henar que es ahora, tan bonita, tan adulta, tan lista. «Qué bien lo hiciste, Abi».

—Desear otra vida es jodido, eso es verdad. No sabes si la que viene será mejor o peor, y decidir es lo más difícil del mundo.

—Es más fácil que elijan por ti —añade ella.

—¿Eso es lo que estás aprendiendo en la universidad? ¿Cuándo creciste tanto?

—Soy una *viejoven* , ¿no me ves?

—Eres una superviviente, nenita. —Le pellizco la nariz y me sonríe al oír el diminutivo que usa su hermano, pero deja de hacerlo en cuanto me ve la cara —. En serio, Henar. ¿No crees que se merece un respiro?

—Es que ya nunca lo vemos, Ray. Tú eres el primero que se queja de que hablas poquísimo con él, y con Ita lo mismo, y porque lo llama y no tiene los huevos de pasar de ella.

—Eso no significa que Luis sea mal tío. Hay muchas personas que se distancian de amigos o de familiares cuando empiezan una relación. Es ley de vida, supongo.

—No me gusta. —Tiene la cara cada vez más colorada y no deja de fruncir los labios como cuando era chica y se amulaba porque Abián y yo queríamos hacer «cosas de chicos» y ella no podía.

—Lo sé. Llevas con la matraquilla desde que empezaron a salir.

—Lo echo de menos, Ray. —Se le escapa un sollozo—. Vivimos a quince minutos y lo echo de menos. Dime por qué, porque no lo entiendo. Y lo peor es que creo que no voy a dejar de sentirme así nunca.

Quiero decirle que al menos ella lo ve, que le contesta y la llama casi cada día, que es ella quien no le coge el teléfono o tarda en responderle cuando le escribe. A mí, en cambio… Soy un círculo verde en la pantalla, mensajes olvidados sin leer, abajo, muy abajo. Me contesta alguna vez, cuando ni siquiera lo espero, o me coge el teléfono las veces en que me atrevo a llamarlo, que no son muchas porque no quiero ser pesado ni agobiarlo.

—Se le llama crecer. Y puede que no te lo diga porque no te quiere hacer daño, pero tu hermano lleva echándote de menos desde que te hiciste grande y dejaste de necesitarlo. —«Desde que la elegiste a ella», quiero añadir, pero me contengo—. Todos los niños crecen, pero nadie te cuenta lo que sufren los adultos cuando esto pasa. —Tampoco le digo que mi madre también la echa de menos todo el tiempo. No tengo derecho a hacerle daño a esta niña que ya no es tan niña y a la que tanto quiero, no ahora que ya no quedan monstruos a su

alrededor.

—Quince minutos, Ray —repite con una voz que no parece suya—. No es nada.

—Te equivocas, Henar. El tiempo lo es todo. El tiempo siempre lo es todo.

***

Horas más tarde, cuando termina la película y suben los créditos, Henar nos dice:

—Díganme una cosa. En la historia original, ¿por qué creen ustedes que Peter Pan volvía siempre a Nunca Jamás y dejaba atrás a la gente que quería? Nunca Jamás tenía su forma, sus leyes, era su casa. Estaba solo, pero era su casa. O eso pensaba.

Mamá, tumbada a mi lado, me mira con tristeza. Por lo que me contó cuando fui a la cocina para ayudarla a traer las roscas antes de poner la película, había escuchado parte de la conversación y debía imaginar de qué iba todo aquello.

—¿Hablas de Peter Pan o de Abián? —pregunto.

—Somos animales de costumbres, Ray. Y mi hermano no puede haberse olvidado de nosotros. Solo está… perdido. Y tengo miedo de que no encuentre el camino de regreso a casa. Esta es su casa.

—Y lo estaremos esperando si quiere volver —digo antes de levantarme para quitar la película y terminar una conversación que duele demasiado.

Capítulo 92

Abián

Sucedió como sucedía todo. Primero estuvieron bien, y después ya no.

La felicidad es como la marea en Las Canteras. Ves que sube y sube y La Barra, el arrecife natural que bordea la costa, no se ve. No ves nada mientras la arena del reloj cae y cae y tú te dejas arrastrar por ella. Los tictacs ni los percibes. Estás demasiado ocupado dejando que todo pase, viviendo. Y, de repente, la marea empieza a bajar, La Barra aparece y descubres todo lo que antes no veías, la verdad oculta por una felicidad breve y volátil. El tiempo deja de parecerte un ladrón, los tictacs se hacen cada vez más audibles y tú observas lo que hay como quien mira un accidente del que no puede despegar los ojos, porque todo había pasado ya, pero estabas tan ciego que no veías.

Y la marea sigue bajando, y La Barra se ve más imponente, y pisas piedras, y te clavas púas de erizos, y despiertas en medio de una pesadilla que resulta que no es. Porque el monstruo está ahí, a tu lado, y sientes su aliento en el cuello, el peso de su cuerpo sobre el tuyo, la libertad que se te va, el tiempo que no te espera, y la vida, que deja de pertenecerte como cuando eras chico y no tenías voz.

Abián despertó y ya no pudo volver a cerrar los ojos.

Capítulo 93

Abián

Dicen que todos los niños, tarde o temprano, se hacen mayores. Y es verdad. Lo que nadie te explica es que también sucede a la inversa, y no en el sentido de la vejez, que también, sino en ese otro en el que eres adulto y te encoges a base de golpe y porrazo.

Imagina una habitación enorme, con ventanas que casi llegan al techo por donde entra la luz, tus pensamientos alegres sobre la cama, donde moran los sueños más profundos, tus miedos guardados en el armario. Y miras a tu alrededor y te sientes inmenso, y libre. Y vuelves a mirar y las ventanas desaparecen, las paredes se estrechan, de los cajones saltan los miedos, los pensamientos alegres se caen, se esconden, y tú no puedes hacerlo, porque el sitio es cada vez más chico y no consigues moverte.

Y te encoges, y te encoges, y te encoges.

Y ya no hay luz. Y vuelves a ser un niño asustado, diminuto, paralizado por las sombras de formas retorcidas que parecen monstruos pero no lo son y ese otro que sí lo es y que araña las paredes, crirrr, crirrr, crirrr, solo para advertirte de que está ahí, te acecha y te va a comer. Pronto. Muy pronto. El monstruo es un ser cósmico con cabeza de pulpo, aliento a muerte, el cuerpo lleno de escamas y garras. Y está frío, y te hace daño; no con las manos, sino con la mente, que es como más sientes el dolor.

Una pesadilla, eso es.

Abián ya conoció a un monstruo así, vivió con un monstruo así, temió a un monstruo así. Era el monstruo que se escondía debajo de la cama, y encima, y en todas partes. El monstruo. Y había vuelto, con otro nombre y otra forma, pero la misma esencia.

—Tengo miedo —le dijo una noche en que Rayco lo llamó al salir del trabajo para preguntarle si le apetecía ir al cine, que hacía mucho que no hacían nada juntos y ya estaba bien.

Se pusieron al día mientras caminaba por Triana para ir al Obelisco, despacio, porque no le apetecía llegar a la casa que compartía con Luis. ¿Cuántos meses habían pasado desde la última vez que hablaron? ¿Dos, tres? A Abián le costaba coger el teléfono cada vez que su amigo lo llamaba, hablar con él cuando no

sabía explicarle cómo era su vida en esos momentos.

—¿De qué?

—De dejar de ser yo. No sé, a veces creo que me diluyo como esas pastillas efervescentes. Estoy concentrado y de repente me caigo al agua y me disuelvo en muchos yoes y soy incapaz de reconocerme en uno.

Un suspiro prolongado, una ventana que se abría, más ruido que Abián no reconocía. Se lo imaginó en casa, sentado frente al tocador a nada de pintar la libertad. Y quiso subir por la cuesta de Mata, llegar a él, sentarse a su lado, pedirle que pintara la libertad en su cara, que le devolviera a ese *yo* que estaba perdiendo y temía no volver a recuperar.

—Sigues siendo tú, estés más o menos diluido, bobo. Y cuando el agua deje de agitarse, volverás a juntar cada gramo de ti.

—No si caigo en la barriga de un monstruo —replicó y el ruido se oyó más fuerte, seguido de un chasqueo de lengua—. ¿Qué? ¿No lo habías pensado?

—¿Desde cuándo suenas tan dramático? Se supone que soy yo el dramático de los dos.

—No sé por qué te cuento nada. No me vas a entender.

—Claro que te entiendo. Te entiendo de puta madre, Abi. Me estás hablando de lo mal que estás con tu pareja y yo estoy aquí, intentando diluir lo que siento en la misma agua en la que estás tú, todo para no decirte lo que pienso de verdad, para no pedirte que lo mandes a tomar por culo y vuelvas a casa conmigo. ¿Es eso lo que quieres oír? Empiezo cuando quieras; solo dame una señal y lo haré.

Abián se quedó callado. La tripa le dolía, pero de nervios. El corazón se le disparó y la mano le empezó a temblar al agarrar el teléfono. Rayco hablaba y hablaba y él solo podía escuchar «casacasacasa» y «conmigoconmigoconmigo». Lo demás no era importante, solo eran puntos suspensivos y él ya estaba en un punto y aparte, deseando empezar un nuevo párrafo. Las ganas que tenía de salir corriendo, de volver a «casa», eran tremendas y dolían.

—Vale. ¿Miraste la cartelera? —preguntó su amigo al ver que las palabras se le habían diluido junto a todo lo demás—. Podríamos ir el domingo con mamá. Te echa de menos, Abi. Y también se lo podemos decir a la nena, aunque está liada con la uni y a saber si viene.

Y Rayco siguió hablando, y Abián sintió cómo sus partículas se unían y volvía a ser el niño de doce años que miró a una estrella a los ojos y se enamoró. Porque eso era Rayco para él, su estrella fugaz, su eterno deseo, su Nunca

Jamás.

Capítulo 94

Abián

Abián no sabía qué había desencadenado el enfado de Luis, qué le molestó esa vez. Quizá que llegara tarde, que no lo avisara para que lo fuera a buscar (¿para qué?; vivían muy cerca de la librería y a Abián siempre le había gustado caminar). Quizá fue la mención a Rayco, a los planes para ir al cine sin contar con él. O tal vez fue su hermana, el tiempo que estuvo al teléfono con ella, la cena que se enfriaba sobre la mesa.

Nunca había pasado. El silencio era la única arma de Luis y la manejaba como un experto. Abián casi podía sentir el vértigo de su llegada, la distancia que se abría hacia un abismo al que no le importaría caer, solo para que acabara.

Lo había visto enfadado, incluso furioso, pero no así. No sabía quién era ese hombre, pero no su novio; no aquel chico que le abrió su hogar, que le dio la llave, que lo cuidaba y lo hacía sentir… seguro. Resultó que sí era un monstruo parecido a aquellos que lo acosaban cuando era chico, un monstruo que gruñía y arañaba y golpeaba, tanto que empezó a sangrar por la nariz.

Abián apenas sintió el golpe, no lo vio venir. Fue como aquella vez con su padre, cuando le saltó el diente y se quedó ahí, paralizado, observando la sangre como si no fuera suya, como si su mundo no acabara de cambarse para siempre. El cerebro se le quedó mudo y los pensamientos se le enredaron, la garganta se le atascó. No era capaz de decir nada. El dolor de ahora se mezcló con el del pasado, venía como ráfagas mientras los gruñidos y los gritos se intensificaban y él quería defenderse, pero no podía. Abián no era el mismo que tiempo atrás había entrado por primera vez en aquella casa, llena de luz y libertad. Hacía tiempo que había dejado de ser una casa para convertirse en una caja de cartón llena de trampas sin salida, como esas que usaba el hámster que tenía Emilio. Abián volvió a ser un niño muy chiquito, encogido sobre sí mismo. Un niño no dejaba de ser un niño, aunque fuera grande y fuerte como Abián. Y estaba paralizado, y el cuerpo no le respondía, y no había mucho que hacer más que esperar, esperar, esperar.

Luis era un gigante y Abián un caracol que intentaba regresar a la seguridad de su hogar. El problema es que no tenía. Un caracol sin caparazón no es nada, solo un despojo. Se preguntó en qué momento se convirtió en eso. Le dolió

darse cuenta; tanto que, por un instante, pensó en que le daba lo mismo. Solo quería que terminara. Las batallas se acababan antes cuando no luchabas; lo sabía todo el mundo. En eso pensaba cuando una risa suave se le vino a la cabeza, seguida de un susurro. «Henar». Puede que Abián fuera un despojo, pero ella lo quería. El dolor de su ausencia la mataría de la pena y no había nada peor que ser dolor en el corazón de su hermana. Y luego estaba él, Rayco, ese «casacasacasa» y «conmigoconmigoconmigo» que le devolvía el aliento.

Su voz también le llegó muy clara: «Niño, ¿por qué lloras?».

A Abián se le escapó una lágrima. Y respiró. Y respiró.

Estaba en el suelo, boca abajo, y tenía la mano de Luis en el cuello, su cuerpo una roca que le aplastaba el corazón contra los azulejos. Pum, pum, pum. Abián podía escucharlo: era la vida, que salía de él, luchando, siempre luchando.

El mundo giró y giró, y de pronto ya no estaba en el suelo sino en la cama y tenía el cuerpo entumecido y no podía moverse. Notó el sabor metálico de la sangre cuando la lengua de Luis lo invadió y le mordió los labios. Volvió a faltarle el aire, pero esta vez el miedo de Abián salió de su escondite y empujó y empujó y empujó. No supo si fue su resistencia o los ruidos que se le escapaban de la garganta, pero por fin se detuvo. Llegaron los «perdóname, lo siento, perdóname» de Luis, seguidos de los «no pasa nada, está bien, no pasa nada» de Abián, aunque nada estaba bien y sí pasaba. Pasaba todo. Cuando sabes lo que es vivir con un monstruo, aprendes cuál es la única manera de salir de su guarida.

***

Ya era tarde y el monstruo dormía cuando Abián salió de la cama, se vistió y se marchó con la única mochila que contenía sus objetos más preciados, esa que nunca había llegado a vaciar.

Tenía la boca pastosa, aún con el regusto a sangre, y la vergüenza le reptaba por la garganta cuando salió a la calle y lo llamó, con el miedo como único abrigo que lo aislaba del frío y los pies bien pegados al suelo.

Capítulo 95

Abián

Abián tardó un poco en reubicarse. Era como si alguien le hubiera entregado un mapa al nacer, uno sucio, lleno de rutas y caminos emborronados que lo llevaban a lugares en los que no quería estar, y de pronto se lo cambiaran a otro nítido, un mapa seguro. O eso parecía. Abián temía las cosas que parecían ser de una manera, pero tal vez fueran de otra. Era lo que más temía en el mundo, además de la soledad, que su hermana dejara de quererlo y odiar a Rayco.

Le costó un poco situarse en el mapa al principio, pero tuvo ayuda. La psicóloga a la que iba lo ayudaba. Fue cosa suya pedir a una mujer. Había decidido que le gustaban más; todas, salvo su madre. Ella seguía sin gustarle. A veces incluso le costaba recordar que un día la quiso, que aún quedaba una mecha encendida dentro de él, frágil, quebradiza, pero su psicóloga se encargaba de alimentarla. Le hablaba de las segundas oportunidades y de seguir el instinto, y de amarrarse a personas cuando creías que el vértigo te haría caer. Y de pedir ayuda. Qué difícil era pedir ayuda cuando llevaba años encargándose de todo. Qué difícil aceptar que la necesitaba.

Pero lo hizo.

Y pasaron cuatro meses. Abián volvió al trabajo. Regresó a su Nunca Jamás, con todos esos cómics y los clientes que pasaban a verlo cada semana y pedían sus recomendaciones. Volvió el olor a tinta, la aspereza en las manos por abrir cajas llenas de historias que él quería descubrir. Llegó la paz, una que no se creía, pero en la que estaba trabajando.

Y Rayco seguía ahí, a su lado. Dormían juntos, comían juntos, reían juntos. Leían historias que luego intercambiaban. Rayco iba a fiestas, pintaba libertad en muchos cuerpos y era feliz. A Abián le gustaba ver la felicidad en la cara de su amigo, el chico al que tanto quería. Rayco lo llevaba de aquí para allá y él iba, aunque no siempre le apetecía. Había días que sí y otros en los que se quedaba en la casa de los Arocha, bajo las sábanas, y lloraba. Antes no lo hacía casi nunca y ahora las lágrimas le salían solas. Su psicóloga le decía que era bueno, que lo echara todo.

«Lo que no es bueno es que te escondas», le decía Itahisa cuando le veía los

ojos hinchados. «Si necesitas llorar, hazlo en mi hombro, mi niño. Deja que te abrace». «Las lágrimas en compañía son más dulces y el dolor sale en lugar de entrar». Todo eso le decía, y entonces él se dejaba caer en los brazos de esa mujer que no tenía los pechos caídos por el embarazo, como su madre, ni la cicatriz en la barriga por la cesárea, pero que era su madre porque lo había cuidado como si lo fuera, le había dado amor en lugar de soledad. Esa mujer que era un bloque que nunca se hundiría. Esa mujer que era Itahisa.

Por la noche, cuando Rayco regresaba y se metía en la cama, se apretujaba contra él y le besaba la mejilla, y el hombro, y le susurraba un «buenas noches, mi niño perdido» mientras recorría el contorno de su cara con las yemas de los dedos como hacía cuando eran críos. Y los relojes se detenían, el tiempo dejaba de avanzar y ellos volaban.

Abián se dormía con la sensación de que estaba arriba y abajo, seguro, en casa.

Capítulo 96

Rayco

27 años, agosto

—¿Tienes pareja? —me pregunta Abián un sábado por la noche, pasadas las once, tras regresar de una sesión intensa de maquillaje para un grupo de teatro.

Mamá se quedó a dormir con el novio que no es el novio y él está leyendo un cómic cuando me meto en la cama y enlazo mis pies con los suyos en busca de calor.

—No. Ya te dije que terminé con los hombres. Lo decía en serio.

—¿Cuándo lo dijiste? Fue hace más de dos años, Ray.

Me encojo de hombros y no le quito la vista de encima. Lo conozco bien. Abián no pregunta nada por preguntar. Siempre hay algo detrás, y ese algo concreto no me gusta.

—¿A qué viene la pregunta?

—No sé, boberías.

—Preguntabas por algo. Ahora lo dices.

Pero no contesta y a mí me pone malo. Porque el silencio es peor que cualquier cosa. El silencio nos llevó a este limbo extraño en el que estamos cerca pero lejos. ¿Cuántos centímetros hay entre su cuerpo y el mío? Dos. Tres. Veinte mil. Percibo su calor, su piel erizada, la tensión y, aun así, lo siento lejos, a mundos de distancia. Es… como si al estirar la mano no fuera a tocar piel, sino aire. Necesito que me hable, que me diga la verdad, que deje de esconderse. «Déjate de historias y habla con él. El silencio los comerá vivos si no lo hacen», me dice mamá cuando hablo con ella. Y también Henar.

Y entonces se me ocurre que no siempre estamos juntos, que él también tiene una vida a la que no se me permite entrar: la de la librería y sus otros amigos; la de Mati, con quien sale de vez en cuando ahora que regresó al barrio, una vida de la que yo no formo parte.

Le quito el cómic de *Scalped* que tiene en las manos y lo dejo en la mesita de noche.

—Espera, ¿tú estás con alguien?

Abián se ruboriza de una manera que me hace querer acercarme, besarlo ahí,

lamerlo, comérmelo como llevo queriendo hacerlo desde la primera vez que lo probé.

—¿Qué? No, joder. Ni siquiera me lo planteo.

Me arrimo a su cuerpo para tocarle la cara. Necesito sentir el calor en sus mejillas, su vulnerabilidad, esa manera en que traga saliva y cierra los ojos cuando deslizo los dedos por su cuello, su confianza.

—No todos son así, Abi. Hay gente buena en el mundo. Tuviste mala suerte al cruzarte con ese cabrón que tanto te quitó, pero ya no está en tu vida. No puedes dejar que te quite más. No se lo merece y tú ya sufriste bastante.

—Lo sé. De todas formas, no creo que vuelva a estar con un hombre en mucho tiempo, si es que vuelvo a estar con uno.

Se me encoge la tripa y algo dentro de mí se quiebra y me duele.

—¿Le contaste eso a la psicóloga? Porque no creo que sea la solución.

Abián abre los ojos y se gira para mirarme.

—Claro que sí, se lo cuento todo. Me dijo que hiciera lo que mi corazón me pidiera. Que, llegado el momento, lo sabría. Me sonó al «dile que sí para que se calle» que dicen a veces —murmura con una sonrisa torcida.

Debe ver la preocupación en mi rostro, la impotencia. Hace tiempo que perdí la esperanza de que me diera una oportunidad, pero la esperanza es como el polvo de hadas: siempre queda algo. Y escucharlo hablar así lo mata todo. Porque soy un hombre y lo quiero. Este chico es una semilla que alguien plantó en mi pecho y creció, un nomeolvides grande, violeta y precioso. Lo quiero hasta el dolor. Y porque lo quiero, lo dejo libre. Porque lo quiero, no lo agarro de la nuca y le como la boca. Porque lo quiero, no le demuestro que soy un hombre que quiere hacerlo feliz para toda la vida. Porque lo quiero, aparto la mirada y la fijo en algún punto de la pared cada vez más atestada de fotos.

—Es solo un pensamiento, bobo —me dice como si hubiera leído el mío—. No siempre estoy de bajona y, por desgracia, todavía me gustan los chicos.

Resoplo.

—¿Por desgracia? Mira que eres dramático a veces.

—Aprendí del maestro.

Nos miramos, sonreímos y seguimos mirándonos. Minutos, horas, lo que sea.

Al final me lo suelta y el corazón se me deshace como un suspiro de Moya, ese que aplastas y se convierte en un polvo parecido a la harina.

—Es que vivimos como si fuéramos novios, pero sin serlo. Y a lo mejor quieres usar la cama. Solo tienes que decirlo, Ray. No quiero que pase como las

otras veces que vine y ya estabas con alguien. No quiero sentir que sobro. Y tampoco quiero que dejes de ser feliz porque estoy aquí ocupando un sitio que no es mío.

Tengo un nudo en la garganta y me escuecen los ojos. Aparto la vista y me levanto. No le digo nada cuando me siento delante del tocador y me maquillo. Pinto la libertad en mi cara y él se mantiene en silencio hasta que acabo. Entonces me siento delante de él y lo sujeto del rostro. Sus ojos me dicen muchas cosas, su cuerpo tiembla. De miedo. De amor. De envidia. Él siempre envidió mi libertad casi tanto como yo odié su falta de ella.

—¿Recuerdas la primera vez que me viste así y cuando me preguntaste qué quería ser de mayor?

Él asiente, no puede hablar. No pasa nada, ya hablo yo por los dos.

—Me miraste como si no existiese nadie más que yo en el mundo —continúo —, como si fuese lo más hermoso. Me miraste con cariño y con una dulzura que me supo a gloria. Eras un niño, como yo, y yo te gustaba. Me enamoré de ti en ese momento, bobo. Y puede que lo demás haya sido una mierda, que hayamos ido por caminos distintos, que te hiciera daño con mis miedos y mis dudas y esa distancia de la que voy a arrepentirme toda la vida, pero no he dejado de quererte ni un poquito; todo lo contrario. Te besé aquel fin de año porque no podía más. Te follé porque, si no lo hacía, me iba a volver loco. Me fui a Madrid dejando mi corazón aquí contigo. Nunca estuvo en otra parte. Yo no me enamoro de cualquiera, Abi. Tuve novios y muchos rollos, pero no quise a ninguno. Creo en los «para siempre», y en los monstruos de Lovecraft que dan miedo, y también en las hadas. Creo en mi madre y en la familia que somos nosotros, y creo en mí. Pero si hay alguien en quien creo más que en nada, ese eres tú. Y me da igual si no quieres estar conmigo porque soy un hombre y somos lo peor. Me da igual que no quieras perdonarme y hayas dejado de creer en nosotros. Me da igual todo si te quedas conmigo. El sitio va a estar aquí siempre, porque es solo tuyo y ya no tengo que convencerte de que no te quiero. Te quiero, y no volveré a ocultarlo nunca más.

No sé cuándo ha empezado a llorar, quizá antes que yo, tal vez después. Somos dos olas que se encuentran a medio camino y chocan. El agua sube y sube y nosotros estamos aquí, sin saber qué hacer.

—No hace falta que digas nada. —Lo tomo de la mano y le beso la muñeca allá donde su pulso me dice todo lo que él no es capaz de decir.

Voy a levantarme, pero él me sujeta de la camiseta y me quedo donde estoy.

Las manos le tiemblan cuando me clava los dedos en el pecho.

—Yo… —Respira tal y como le enseñaron en terapia—. Yo…

Sigue respirando, y no lo abrazo porque sé que eso es peor, de modo que bajo las manos y le acaricio los muslos con suavidad; noto cómo su cuerpo convulsiona con los sollozos y las respiraciones profundas. Ojalá pudiera sacar el polvo de hadas y alejarlo de todo, difuminar el dolor como hago con los ahumados al maquillar. Pero solo somos dos chicos un poco rotos, un poco enamorados (yo mucho; él, a saber), un poco demasiado asustados.

—Tranquilo, no hace falta que hables. Ya lo sé todo —miento, porque a veces mentir está bien; mentir para que no duela, mentir para decir «te quiero».

Y él respira, y respira, y respira.

—Abrázame —me pide cuando por fin consigue regresar a mí.

Y yo lo abrazo y lo siento: su corazón acelerado empujando al mío, sus manos en mi cintura y en mi pelo, las mías en su espalda, rodeándolo, trayéndolo a casa. Somos dos niños que dejaron de serlo y, aun así, creen y vuelan.

Y creemos.

Y volamos.

Capítulo 97

Rayco

27 años, septiembre

—¿Cómo lo llevas? —le pregunto el domingo siguiente, cuando cogemos el coche y vamos hasta Anfi del Mar para pasar el día en aquella playa que tantos recuerdos nos traen—. Me refiero a lo que pasó con él. No quiero presionarte, pero creo que es importante que hablemos.

Abián se pasa una mano por el pelo. Solo llevamos unas horas bajo el sol abrasador, pero el moreno comienza a notársele. Qué rápido coge sol, qué guapo es. Sigue por debajo de su peso, pero se lo ve mejor que cuando se vino a casa después de lo que vivió con aquel desgraciado.

—Estoy bien, creo. Es raro. —Suspira hondo, buscando las palabras que no llegan—. A veces lo pienso y es… no sé, desagradable. Confiaba en él. Fue como volver a ser el crío de las escaleras, pero sin la parte en la que llegabas para hacerme compañía o llevarme a tu casa, ¿sabes? Creía que lo quería y que podíamos ser felices. No es que estuviera enamorado de él como lo estuve de ti ni nada de eso, pero ya no sentía que tenía que seguir buscando mi sitio. —Menea la cabeza y a mí se me encoge el corazón—. La cosa es que parecía que estábamos bien y de repente fue… como despertarme y darme cuenta de que dormía con un monstruo. Otra vez la misma historia.

Se levanta y se detiene en la orilla. Lo sigo, pero le dejo su espacio; algo me dice que lo necesita.

—Ojalá tuviera el superpoder para borrarlo de tu vida.

—A lo mejor no estaría aquí contigo si eso hubiera pasado —replica.

—¿Y qué diferencia habría? Soy un punto y aparte, soy pasado. Tú mismo lo has dicho. Prefiero que seas feliz y estés bien, aunque yo no pueda verlo. Puedo vivir con eso, pero no con tu dolor. Tu dolor es lo peor del mundo, Abi.

Se gira hacia mí. Es mediodía y apenas hay gente en el agua. Sus ojos oscuros me llenan de mil sensaciones distintas y no sé qué hacer con este corazón que late y late por él.

—¿Y por qué siento que nada tendría sentido si no estuvieras aquí? Me siento como un yoyó que vuelve y vuelve a ti, porque ese es su sitio, aunque esté estropeado.

—Dijiste «estuve». «Estuve» es pasado, Abi.

Se le escapa una risotada.

—¿Quieres que te diga que lo estoy? ¿Que lo estaré siempre? ¿Necesitas alimentar tu ego o qué?

—Solo necesito que me quieras, en presente, aunque no me lo merezca.

Lo veo acercarse a cámara lenta, despacio. Sus pies rozan los míos, su aliento me acaricia la mejilla, su mano me agarra de la nuca, me tira del pelo, me atrae, me besa. Y no es un beso como los que nos dimos en el pasado. Es… como si se rindiera ante mí. Se me encoge el corazón y apenas puedo respirar cuando penetra en mi boca y empuja su lengua hasta el fondo, justo donde lo necesito, justo donde no quiere llegar. Porque él no quiere esto y ninguno de los dos puede fingir que sí. No somos así.

Me cuesta un mundo apartarlo y él se me queda mirando con todas esas arrugas que son fronteras hacia el país de los niños que no quieren crecer, pero a donde ninguno de los dos podemos llegar. Ya no.

—Abi… —musito al tiempo que pego mi frente a la suya y le acaricio la cintura, desnuda, caliente.

—¿No es esto lo que quieres? ¿Que te hable en presente y te diga que sigo queriéndote? ¿De verdad hace falta? Crees que puedes salvarme, pero no hay nada que salvar. Solo soy un chico que creció a base de escarbar hacia fuera con las uñas y ahora está lleno de heridas que sanarán en algún momento. O puede que no sanen nunca. No depende de ti; no puedes hacer nada.

—Puedo estar contigo —digo, temblando, sintiéndolo temblar.

—¿A qué precio? —Me aparta con suavidad—. Mírate. Brillas tanto… Me quedé ciego cuando te vi por primera vez y aún sigo sin haber recuperado la vista. Si eso es el amor, estoy lleno de ti, pero yo solo soy lo que ves, no tengo nada para darte. A veces ni siquiera tengo motivos para levantarme. Y quiero dormir hasta dejar de sentirme como el niño perdido que envejeció y se olvidó de sus pensamientos alegres. Los tengo, coño, tengo a mi hermana y a tu madre, y te tengo a ti. Es más de lo que tenía cuando nos mudamos al polígono. Es más de lo que tiene fleje de gente. ¿Cómo puedes tener tanto y sentirte tan hueco? —Se aparta al ver mi dolor, como si yo le doliera—. Joder, deja de mirarme así.

Se da la vuelta, frustrado, y yo miro al cielo, hermoso, libre de nubes.

—Yo… no sé qué decir —musito.

—No hay nada que decir. No soy la consecuencia de tus actos. No tienes la culpa de lo que me pasa. Somos dos peones en este juego llamado vida, y

hacemos lo que podemos. Ganas o pierdes, eso es así. Pero, míranos, seguimos en pie y seguimos soñando.

Me acerco con cautela. Necesito tocarlo, necesito sentirlo, necesito que me sienta.

—¿Lo haces? ¿Sigues soñando?

—Claro que sí. —Me clava los dedos en las muñecas—. Nada de lo que me pasó me quitó las ganas de soñar. Nunca he querido irme a ninguna parte, solo me daba miedo el tiempo. Quizá tengo un poco de Peter Pan . Las cosas van demasiado rápido y yo acumulo todas las feas y nada de lo bonito. Bueno, vale, sí que tengo cosas bonitas. Ahora mismo estoy viendo una.

Me río con nerviosismo. ¿Cómo no hacerlo?

—¿Soy una cosa?

—Eres muchas cosas, tantas que jamás podría definirte. ¿Y sabes qué? No quiero hacerlo. No quiero que nadie más tenga ese cacho de ti que me pertenece.

—Es más que un cacho, bobo. Es todo yo. Incluso la parte que le pertenece a mi madre es tuya, porque ella también es parte de ti y tú eres parte de ella. Jamás había visto a mamá más orgullosa que cuando la nena se graduó o cuando tú denunciaste a ese cabrón y volviste a casa.

—Le hice una corona, ¿sabes? —Su aliento me hace cosquillas cuando se acerca para besarme la mejilla, la mandíbula, la barbilla—. Tienes que ayudarme a convencerla para que participe.

—Lo hará cuando esté preparada. —Lo sujeto de la nuca y le beso la sien—. Jamás pretendí salvarte, Abi. Desde chico aprendí que lo de *Peter Pan* estaba muy bien, pero que el mundo real no funcionaba así. No puedes salvar a nadie que no quiera luchar ni salvarse por sí mismo. Y tú eres un luchador nato. A lo mejor no eres el rey de los mares, pero eres mi rey. Lo que necesito es dejar de ser pasado; quiero ser presente y futuro contigo.

—Mi pasado eres tú, y eso no lo puedes cambiar. No quiero que cambie cuando, gracias a él, estás aquí —dice, y a mí se me derrite el corazón y me mareo, de nervios, de ganas.

—El pasado solo es una pequeña parte; digamos que el cuarto de una tarta —argumento—. El resto es todo lo que nos queda por vivir. Y si me tengo que meter en un armario contigo como cuando éramos chicos, lo haré. Los armarios solo están fríos cuando estás solo, y tú siempre ardes.

Me empuja con suavidad y yo no dejo que se aparte. Su risa me calienta el

corazón cuando lo rodeo con los brazos y me acerco a su cuerpo. El deseo me crece en la tripa y él suspira cuando siente la presión de mis dedos en la cintura, cómo lo atraigo, cómo lo enlazo a mí.

—Eso suena fatal.

—Dime que no es verdad. —Percibo su estremecimiento cuando deslizo una mano por la calidez de su espalda, ese jadeo que intenta contener, porque estamos donde estamos, y que me trago de un bocado—. Niégalo, venga —murmuro y nuestras pollas se rozan con timidez.

Temblamos y suspiramos y él se aferra a mis brazos cuando le recorro la curva del cuello con labios y lengua. Se agarra a mí como si sus pies no estuvieran anclados a la arena, como si fuera a caerse, como si yo fuera a dejar que lo hiciera. Tomo su rostro entre mis manos y lo beso, y vuelvo a sentir que se rinde, pero de otra manera. Su cuerpo arde y me suplica, pero no le hago caso. No es el momento (ni el lugar). Las llamas son tenues y el calor es soportable. Espero. No tengo prisa. Tenemos toda una vida para quemarnos.

Capítulo 98

Rayco

27 años, octubre

Ese día quedamos en que vendría conmigo a un evento *queer* , de modo que lo voy a recoger a la librería. Aún tenemos que llegar a casa, vestirnos y maquillarnos, y el estudio donde trabajo me queda cerca. Lo espero aparcado en doble fila en la calle Malteses, cerca de los contenedores. No me ve cuando pasa con un chico y cruza a la otra acera. Se detienen delante de la cafetería de fachada acristalada. Lo veo reír, tocarse el pelo que le sigue creciendo y lo hace más guapo si cabe, meterse las manos en los bolsillos y hasta ponerse colorado con algo que le dice el otro. Es guapo, no como Abián, pero sí más que los otros chicos con los que se ha liado, más que Mati, tal vez. O no. Qué más da. ¿Cuánto hace que no me sonríe así? ¿Cuánto? Me trago la pena y agito el brazo fuera de la ventanilla. Enseguida lo tengo en el coche, todavía con las mejillas sonrojadas.

—Gracias por venir a buscarme —me dice, como si yo necesitara que me diera las gracias, como si no fuera la persona más importante de mi vida después de mi madre.

No le contesto. Él trastea con la música solo para no tener que hablar. Estamos… raros. Desde que me declaré, y más aún desde que nos besamos en la playa. Al menos ya no parece que me odie. Quizá le doy pena. Mi madre dice que estoy paranoico, y que lo más probable es que esté confundido, que le dé tiempo. «Todo el que quieras, Abi. Te doy mi vida entera. Te espero aquí, a dos centímetros de ti».

—¿Estás seguro de que quieres venir? —le pregunto a la altura de la parada de los bobos—. Por mí no lo hagas.

—Y si no es por ti, ¿por quién lo hago?

Le doy un puñetazo suave en la pierna y se le escapa la risa, esa risa que no me pertenece, pero que me regala sin darse cuenta. Se me llena el pecho de un amor que cada vez me cuesta más controlar.

—Me refiero a que no quiero que lo hagas obligado.

—No hago nada obligado. Voy porque quiero. Me gusta verte hacer magia.

—Vale —digo, y volvemos a quedarnos en silencio hasta llegar a casa.

Él se da una ducha mientras yo me maquillo. Nada ostentoso, un ahumado resultón en tonos ocre, con *eyeliner* difuminado y mucho brillo. Quiero verme bien, pero no llamar la atención. Soy el maquillador principal y Abián, mi acompañante, de modo que lo obligo a sentarse y le pongo un poco de kohl, un poco de base y un poco de brillo de labios para hidratarlos mientras él hace lo posible por no moverse.

Y como soy un bocazas y me muero de celos, se lo suelto, así, sin más.

—Es guapo. El chico con el que te vi antes —agrego cuando distingo las arrugas que se le forman en la frente. Lo acaricio ahí para borrárselas—. ¿Te gusta?

—No estoy con él.

—No te estoy preguntando eso —replico con una sonrisa.

—No estoy con nadie, Ray.

—Sigues sin contestarme. —Termino de sellarle la base, ponerle el bronceador y el colorete.

El rubor en sus mejillas no tiene nada que ver con el que le acabo de poner, bastante sutil.

—No me gusta de esa forma. Me cae bien, pero ya.

—Vale.

Me levanto y le pido que se vista. Él no deja de mirarme. Hay un huracán de palabras que amenazan con caer sobre mí, pero él no permite que salgan. Se levanta y coge la ropa para vestirse en el baño. Como si no lo hubiera visto desnudo, como si no me hubiera tatuado cada centímetro de su piel.

***

El evento se alarga hasta las dos de la madrugada. El lugar no es muy grande y el decorado de flores autóctonas es tan hermoso que le envío veinte mil fotos a mi madre. Abián me espera entre los invitados hasta que termino de trabajar y puedo convertirme en uno de ellos.

—¿Bebiste? —le pregunto en cuanto me acerco y se me pega como si fuéramos un imán, y yo me río, porque ojalá.

—Ya no tomo medicación —me recuerda—. Puedo.

—Lo sé, bobo. —Le aprieto el muslo con suavidad—. Yo conduzco, así que bebe lo que quieras, pero no te pases.

Me saca la lengua y se le escapa una sonrisa, así de borracho está. Y me aprovecho, claro que sí. Le paso un brazo alrededor de la cintura y lo beso en la

mejilla.

—Eres el chico más guapo de la fiesta.

—¿Después de ti? —Otra vez con esa arruga en la frente que le aliso con el pulgar.

—Eres más guapo que yo.

—Discrepo.

—Te quiero, así que te callas.

Se ríe, tanto que varios pares de ojos se vuelven a mirarnos. Me lo llevo a un rincón y le pido que coma algo antes de seguir bebiendo. Y come, pero el alcohol no se le baja; todo lo contrario. Cuando empieza a sonar *It's Raining Men* y se empeña en darlo todo en la pista, decido que es hora de llevármelo a casa, pero antes le saco un minivídeo, claro, que le envío a mamá y a Henar. Se me escapa una sonrisa. Qué guapo es incluso cuando baila como si lo estuvieran electrocutando.

Sigue muy arriba cuando llegamos. Mi madre tiene turno de noche y estamos solos. Lo ayudo a quitarse la ropa, despacio, prenda a prenda, y él no deja de mirarme mientras lo hago, ni de suspirar, ni de temblar. Lo abrazo solo para que deje de hacerlo, pero el gesto lo empeora todo. Me hunde los dedos en la espalda y se aprieta contra mí. Noto su dureza en mi ingle, su respiración acelerada, sus ganas. El pulso se me dispara y se me pone dura al instante.

Me cuesta un mundo separarme de él, meterlo en la cama, taparnos a ambos.

—Ray… —Estira el brazo y me toca la cara. También se arrima a mí.

—Mmm.

—Estoy enamorado de ti.

La esperanza se abre paso en mi pecho, me retuerce la barriga, me acelera el corazón.

—Estás borracho.

—Sí, pero también estoy enamorado de ti.

—¿Y cuando se vaya el alcohol? ¿Sentirás lo mismo o seguirás poniendo distancia? A veces no lo soporto, a veces creo que no puedo más, Abi.

—No pongo distancia. Es que es… difícil.

—Lo sé. Y no me importa que no me quieras como pareja, pero necesito que me quieras como familia. Necesito que dejes de apartarme. Duele demasiado —confieso con una voz que no parece mía de tan rota que está.

Sentir el roce de sus labios en mi cuello me hace respirar hondo y apretar los dientes. Abián deja caer una mano en mi cintura, hace que nuestras piernas se

enlacen y yo siento que me mareo y que voy a morirme si no lo toco.

—No te aparto, Ray. Es que no sé cómo acercarme. Me da mucha vergüenza.

Lo tomo de la cara.

—¿Qué es lo que te da vergüenza?

—No sé, lo que pasó, que me vieras así; lo bajo que caí. Me pasé la vida viviendo con un monstruo, huyendo de él, y voy y me dejo follar por uno.

Sus palabras duelen como pocas cosas me han dolido nunca.

—No podías saberlo.

—No, pero había señales y no quise verlas. Hice como si no pasara nada y seguí con él porque pensé… Pensé... —Coge aire y lo suelta despacio—. Soy idiota. Creí que me quería, y yo solo quería que me quisiera. Ignoré las señales para mendigar su amor. Por primera vez tenía una casa y alguien que me veía solo a mí. No me di cuenta de que cada vez me encerraba más, que me prohibía cosas, que me hacía sentir pequeño. No me di cuenta de nada hasta que se me echó encima y me quedé sin fuerzas. Me quedé paralizado, Ray, y no sé por qué.

Su dolor se me clava como una garra en el pecho. Me acerco todo lo que nuestros cuerpos me permiten. Su aliento es una mezcla de pasta de dientes y licor. Sigue borracho, pero no lo suficiente como para no saber lo que dice.

—Mírame, Abi. —Tomo su rostro entre mis manos—. No puedes culparte por tener miedo. Lo querías, o pensabas que lo querías; te sentías seguro a su lado, y me cago en todo si aquí no lo hiciste nunca, porque fue mi puta culpa.

—No digas eso —replica sollozando.

—Shhh, no llores, por favor. Mírame. —Sus ojos oscuros están aguados y siento que puedo perderme en ellos, llegar a esa isla en la que podemos volar, en la que seguimos creyendo por siempre jamás—. Cuando una persona a la que quieres te hace lo que él te hizo… no siempre sabes cómo reaccionar. Y ya no hablo de miedo, hablo de una pesadilla. Porque eso es lo que es, una asquerosa pesadilla. No es culpa tuya, Abi, y necesito que te lo creas.

—Lo sé —dice con la voz rota.

Unimos un instante nuestras frentes.

—No soporto que me apartes, y menos por una cosa como esta. Quiero poder abrazarte y recordarte que no tienes la culpa. Quiero ser tu ancla, tu barco en medio de un mar de cocodrilos, tu isla en ninguna parte; quiero ser Garfio y quiero ser Peter Pan ; quiero serlo todo y quiero que tú lo seas todo, y quiero que podamos decirnos cualquier cosa en cualquier momento.

—Estoy enamorado de ti —repite, y a mí me da la risa de lo nervioso que

estoy—. ¿Por qué te ríes?

—Porque te quiero, bobomierda, y no me creo que tú también me quieras.

—Llevo enamorado de ti desde los doce. Intenté no estarlo, pero no salió bien.

Se encoge de hombros; también se ruboriza. Y yo me acerco y le beso la mejilla, le borro las lágrimas con los labios y me las trago, todas, hasta que solo quedan su cara, que arde, y su aliento agitado.

—Me lo vas a tener que repetir mañana para terminar de creérmelo —musito.

Él me sujeta de la nuca y hunde los dedos en mi pelo. Su mirada me advierte que las palabras que está a punto de pronunciar cambiarán algo crucial entre nosotros; lo cambiarán todo.

—Lo que me dijiste aquel día… Jamás pensé que alguien me pudiera querer así. Me explotó el corazón de felicidad, por eso no pude contestarte. Fue como si me arrancaran la voz. Y luego pasaron los días y se me metió la vergüenza dentro. Tú eres tan bonito, y yo soy…

—No sigas por ahí. —Le sello los labios con un pellizco suave—. No te atrevas a insultarte, porque me vas a hacer daño y no quieres eso.

Se le escapa una lágrima.

—No quiero. —Suspira hondo—. Lo estoy trabajando, pero me cuesta pensar de otra manera; me cuesta creer que puedas quererme así. Es como si me hubiera tocado la lotería. ¿Qué probabilidades hay de que encuentres al amor de tu vida y quiera quedarse contigo para siempre? A mí me parece un poco como la magia.

—¿Y qué somos, si no magia? —Sonrío y le beso la frente, y la nariz, y las mejillas, y la comisura de la boca—. ¿Qué somos si no creemos? Estoy enamorado de ti, Abi, y lo estaré hasta que deje de respirar. Y luego te esperaré allá arriba. ¿Cómo era? La segunda a la derecha y todo recto hasta el amanecer. Allí estaré, esperando a que vengas a buscarme. Allí no existirán el tiempo ni los relojes ni el miedo. Estaremos tú y yo, y te querré más aún.

Él abre la boca, pero la voz no le sale y yo le digo que no pasa nada, que está bien así. Y lo abrazo como si no existiera nada más. Somos dos niños perdidos que se encuentran a mitad de un pensamiento alegre, dos niños perdidos que dejan de estarlo, dos niños que dejan de serlo y a la vez lo siguen siendo, todo a la vez. Fuera, alguien da un grito. Un monstruo, un idiota o alguien tan feliz como nosotros. La luna se asoma en lo alto. Un niño da palmas con fuerza solo para evitar que un hada caiga muerta por no creer. El tiempo avanza como lo hace la arena del reloj de la entrada, pero resulta que ha dejado de importarnos.

El tiempo somos nosotros, creyendo, volando. Porque creer también es volar.

Capítulo 99

Itahisa

Desde muy chica, Itahisa aprendió bien el arte del olvido, como si alguien sacara pensamientos de su cabeza con una pinza y los lanzara muy lejos de ella del mismo modo en que lo hacía la madre de Wendy en *Peter Pan* con sus hijos. La señora Darling despejaba sus cabecitas de miedo para que no tuvieran pesadillas y fueran felices. Oh, esas madres de verdad. Ella no tuvo una así. Quizá por eso se esforzó el doble por que sus niños la tuvieran; sus tres niños, esos a los que en aquellos momentos miraba con adoración. Henar, con sus coletas y ese pelo que parecía pertenecer a la mismísima Rapunzel. Abián, que jugaba al despiste con Rayco. Cuando este no miraba, se lo comía con los ojos, literal. Y cuando Rayco lo pillaba, este se derretía, literal. Itahisa no podía hacer más que sonreír y limpiarse la babilla, y hacer lo contrario a olvidar.

Itahisa olvidó pronto su primera lágrima, la que su madre le arrancó con un puñado de palabras. Y las otras que vinieron después, que también le arrancó su madre. Oh, esas madres de mentira. También olvidó otras muchas cosas, como la primera vez que se miró al espejo, desnuda, y no se reconoció. Ese pensamiento le costó mucho más extraerlo de cuajo, porque seguía habiendo espejos en su casa, seguía teniendo un cuerpo, esa carcasa que le había venido de fábrica, con la que tenía que vivir día sí y día también. Olvidó el vacío que le dejó su padre, olvidó cada palo en el camino, olvidó tantas cosas… Y llegó Marta, su amor estacional, y convirtió los recuerdos en pequeñas batallas ganadas, porque con ella siempre ganaba. Itahisa se olvidó de olvidar solo porque encontró a alguien que le recordó que había belleza incluso en lo malo.

Oh, el olvido. Itahisa no era tonta. Nadie olvidaba solo por querer hacerlo y los recuerdos a veces volvían a ti como cachetones en una noche de sueño intranquilo. Los de ella llegaban ahora en tropel, mientras almorzaban en Teror siguiendo una idea loca que había tenido Rayco solo porque no sabía cómo pedirle al chico del que estaba enamorado que pasara la vida con él, y que quería comprar una casa, y que quería que fuese suya, de los dos. A Itahisa le dolía el corazón, pero de felicidad. A Henar también, que lo sabía, y se miraban y sonreían pensando en sus niños y en que, por fin, iban a ser felices.

Dieron muchas vueltas después de comer, pasearon por el casco antiguo,

sacaron demasiadas fotos mientras Itahisa le daba codazos a su hijo y le soltaba que era un guineo y que dejara de dar vueltas y cogiera al toro por los cuernos, o por los huevos, o que mejor no cogiera ningún toro, que los pobres animales no tenían la culpa de sus machangadas mentales.

Y cuando el calor y el emboste los empezó a amodorrar e Itahisa ya no tenía fuerzas ni para quejarse, Rayco por fin los arrastró hasta el coche y los llevó a la casa, un chalé reformado de fachada amarilla revestida de madera y paredes de piedra interior en la mayoría de las habitaciones salvo en el salón.

No había muebles más allá del sofá enorme que ocupaba la pared diáfana del primer piso, en forma de ele. Lo demás era el *Poema del Atlántico* , del suelo al techo y cada centímetro de pared. Los colores de las pinturas parecían hablar, se mezclaban y vibraban con la luz que incidía a través de las ventanas y la terraza que daba al jardín. Abián no sabía dónde mirar, qué tocar ni cómo sentirse mientras Henar daba vueltas y subía p'arriba y volvía a bajar p'abajo. No hacía más que moverse, estirar los brazos, tocar con los dedos una obra que nunca llegó a su fin, pero sí al fondo de los corazones que la admiraban.

Y los recuerdos llegaron de nuevo como un puñado de naipes que alguien te tira encima. Itahisa se vio delante de Marta, con el libro de Néstor de la Torre en las manos, enseñándole su *Poema del Atlántico* , mostrándole todos esos cuerpos que eran masculinos y también femeninos, tal y como se entendía entonces, que era mucho peor que ahora. Itahisa hablaba y hablaba y se lo enseñaba todo, pero ella solo tenía ojos para Itahisa, y esa boca tan bonita que no dejaba de sonreír, y ese corazón que la acogió sin reservas, y ese cariño que le dio hasta el día de su muerte. Oh, el amor verdadero. No es para nada perfecto, y quizá ahí se halla su perfección.

Abián se detuvo en ese mural que estaba en la entrada, donde la habían dibujado a ella, a su «para siempre», con un vestido rojo de verano y su sonrisa inagotable. La mano extendida bien agarrada a la de Itahisa. De fondo, un paisaje muy similar al de *La hermana de las rosas* , con ese bosque de tonos rojos intensos y oscuros y esas flores que simbolizaban la feminidad, el deseo y el amor. Dos mujeres, dos amantes, dos amigas, dos madres. Itahisa sintió cómo la tristeza le empujaba los párpados cuando Abián tocó la imagen de Marta en la pared como si la saludara por primera vez, y en parte era así. Era la primera vez que le mostraban una imagen suya, la primera que sacaba sus recuerdos y se los entregaba para que él también se los guardara bien adentro. Itahisa sabía lo que significaba: su hijo Rayco le estaba dando la última llave para que entrara en su

familia y de allí no se fuera nunca, una llave más fuerte que la que abría y cerraba aquella casa.

—Es mamá —dijo Rayco bien cerquita de él mientras le besaba la sien y le acariciaba la espalda, que temblaba.

—Es preciosa. Las dos lo son —dijo, y miró a Itahisa con esos ojos oscuros y llorosos de un niño que ya no está perdido, ya no más—. ¿Quién lo hizo? —preguntó.

Itahisa sintió cómo Henar le rodeaba la cintura y se abrazaba a ella mientras veían a sus chicos alzar el vuelo. Estaban ahí los dos, con todas esas pinturas y todos esos sueños, y volaban a su manera.

—¿Recuerdas el cómic aquel que nos regalaste a mamá, a la nena y a mí firmado por un ilustrador de aquí, ese que tenía historias guanches pa críos? Pues mamá lo contrató para que hiciera los dibujos, los de Néstor y este. ¿Te gusta? Casi nunca te hablamos de ella, a mamá porque le duele y a mí porque me da vergüenza no recordarla, y porque también me duele no poder hacerlo. Podemos quitarlo si no te gusta, volver a pintarlo y ya está. Es fácil.

—Calla. ¿Cómo no me va a gustar? Son tus madres, y también las siento como si fuesen mías. —Eso último lo dijo en un susurro que resonó con un eco enorme en esa casa llena de huecos que pronto se llenaría de amor—. Las quiero fleje, bobo. Pero dime, ¿qué es todo esto? —Lo dijo señalando la casa con un gesto de la mano.

Itahisa besó la mejilla de Henar y le silenció los labios cuando esta se disponía a intervenir.

—Es todo, o es nada. Depende de ti —contestó Rayco con esa voz solemne que de chico sonaba a pedante y que a Itahisa le seguía haciendo mucha gracia —. Lo tengo todo preparado en el banco. Llevo años ahorrando. Y mamá me dejó un dinero en herencia que no había tocado hasta ahora.

Abián se apartó de él para poder mirarlo. Tenía la cara roja, los ojos abiertos de par en par y vidriosos, la boca entreabierta. No sabía qué decir. Miró el mural, y el retrato, y la casa, y también miró afuera de la terraza abierta, allá donde el viento movía las ramas de los árboles. Miró como si no se lo creyera. Y en parte era así.

Rayco se acercó, le rozó la mejilla, le limpió la lágrima que se le escapaba y le preguntó:

—Niño, ¿por qué lloras?

—¿Por qué dices que depende de mí? ¿Quieres alquilarme una habitación?

—No quiero alquilarte nada, bobo. Quiero compartir habitación y la vida contigo. Quiero poner tu nombre en las escrituras y que paguemos juntos nuestra casa.

—¿Qué?

—Mira, sé que hay gente que no le da nada de importancia al hecho de tener un techo seguro, pero sé que tú me entiendes. Quizá eres la única persona que podría entenderme. Hablo de que en diez años tendríamos nuestra casa pagada, de no tener miedo a quedarnos en la calle nunca más. Tener un sitio seguro, nuestro, donde nadie pueda decirnos cómo vivir nuestra vida.

Abián se lo quedó mirando como si le hablara en un idioma extraño, el de los sueños que nunca se cumplen, el de los quizá.

—No lo entiendo.

—La hipoteca no es demasiado grande. Ya hice los cálculos con mamá y la nena. Entre los dos podríamos pagarlo en diez años y nos quedaría bastante para vivir bien. Me gustaría viajar, ya no solo por trabajo, sino contigo; que conozcamos un poquito de mundo juntos. Si quieres, si te parece bien. Y después… —Tomó aire, nervioso como estaba—. Bueno, después espero reventar de felicidad. Esa es mi idea de futuro.

—No lo entiendo —repitió Abián como un canto de los que se te quedan en el cerebro y no hay manera de sacarlos.

Rayco le acarició la cara con cariño.

—¿Qué es lo que no entiendes? ¿Que quiera pasar la vida contigo? ¿No entiendes que estoy enamorado de ti, que me cansé de esperar, no sé, a que te encuentres? Puedes seguir buscándote conmigo. A veces yo también me pierdo y no pasa nada. Solo tenemos que estar cerca y seguir. Me lo enseñó la mejor. —Y miró a Itahisa, e Itahisa miró a Henar, que lloraba, y Henar solo podía mirar a su hermano, que también lloraba sin control, entendiendo, por fin, de qué iba todo aquello.

Y Rayco siguió hablando, intentando que Abián comprendiera, pero su voz se parecía a la televisión cuando era de madrugada y salía ese ruido estático, esa nada.

—¿Me estás oyendo? —insistió su pequeño, clavándole los dedos en la barbilla con más fuerza a un Abián que no dejaba de mirarlo.

—Solo oí eso de que quieres que compremos una casa juntos, y que vivamos juntos, y que estás enamorado de mí.

La carcajada de Rayco llenó la estancia y el corazón de Itahisa, que empezó a

reír, y el de Henar, que también empezó a reír, y el de Abián, que rio, con los ojos y con la boca.

—Vale, pues ahora necesito que me respondas —dijo Rayco muy solemne.

Y Abián respondió, vaya que sí.

Capítulo 100

Rayco

28 años, marzo

Tres meses. Ese es el tiempo que llevamos viviendo juntos, el mismo que mi madre lleva preparándose para participar en su primera gala, un poco a la carrera. Cuando la veo ensayar y rumiar «en qué momento, si es que solo a mí se me ocurre», la abrazo y le hablo de Néstor o de todas las reinas que no pudieron subirse a un escenario porque se perdieron en un armario profundo donde no había brillos ni colores, donde no había más que dolor.

—¿Qué puedes perder? —inquiere Abián una mañana en que nos viene a visitar al verla nerviosa y lloriqueando con sus «yo paso, a mí lo que se me da es estar al otro lado, que yo nací estrellada, no estrella, y esto no se hizo pa mí» y mil bobadas más.

—¿La dignidad? —contesta ella.

—La dignidad la perderás si te quedas abajo —intervengo yo—. Y no empieces con la matraquilla de que eres mayor y todo eso, que te conozco. Ya sabemos que eres mayor. Supéralo.

—Eh, machango. Estás llamando vieja a tu madre.

—Llevas los años en la piel y ¿sabes qué? Ese es un traje que nadie puede quitarte. Lo tuyo te costó ponértelo y ahora déjate tú de machangadas y úsalo como sabes.

Después de eso, Abián saca la corona que mandó hacer hace mucho para ella con los motivos del *Poema del Atlántico* y yo me derrito, literal. Porque mi novio quiere a mi madre como si también fuera suya y ese es el mejor regalo que puede hacerme. Mamá nunca estará sola. Ella se emociona, las manos le tiemblan cuando sujeta la corona y Abián se la ajusta a la cabeza y a los hombros. Se le llenan los ojos de lágrimas y hace como si se le hubiera metido rímel. Abián le dice «tranquila, ven, que te lo quito», y le sopla en el ojo y ella se ríe y a mí la risa se me mete dentro. La de los dos. Cojo la cámara y les saco veinte mil fotos, casi todas horribles y perfectas.

—Deja eso, bobo —me dice Abián cuando me ve las lágrimas, tirando de mi camiseta para que me acerque a ellos.

—Es que los quiero fleje. —Lo estrecho de nuevo contra mi pecho; me duele

el corazón de felicidad.

Él me empuja con suavidad.

—Pues haz algo por nosotros y vete a hacer de comer, que tengo hambre y te toca.

—Yo me voy, mis niños —comenta mi madre, y los dos nos volvemos hacia ella, que guarda la corona de nuevo en el atril donde Abián la tenía sujeta—. Quedé con Carlos. Es nuestro aniversario. —Se ruboriza y se mira las uñas, se sacude una pelusa y nosotros sonreímos porque así es mi madre. Todos sabemos que ya viven juntos en la casa de él, pero a ella le sigue dando vergüenza.

—¿Almuerzo romántico? —pruebo.

—Finde romántico, más bien. Alquiló un hotel en el sur, en uno de esos sitios para adultos donde no admiten niños. Y quedé antes con la nena para ir de compras. —Más miradas esquivas, más risas contenidas nuestras, más ruborizarse ella.

Qué bonita es y qué feliz me hace verla tan radiante.

—¿Entonces no podemos ir? —pregunta Abián, solo para molestarla un poquito más.

Mi madre le lanza el lazo arrugado que tenía enganchado a la corona.

—Vete a pastar, anda.

Nos descojonamos. Luego la abrazamos, uno a cada lado. Somos un sándwich de puro amor y la felicidad nos sale a borbotones. Ya era hora, joder.

***

La sonrisa aún me dura en la boca cuando Abián entra a la cocina un rato después.

—No vengas a meter la mano, que te conozco. Todavía queda un poco —le advierto, y él se coloca justo detrás de mí para verme montar la lasaña.

Me apoya la barbilla en el hombro y una mano en la cintura que en nada cuela bajo la tela de la camiseta, buscando piel. El pulso se me dispara y las mejillas se me encienden. Su cuerpo es un horno a mi espalda y yo empiezo a quemarme, así, sin precalentamiento ni nada.

—¿Dónde dices que no puedo meter mano? —inquiere con voz ronca al tiempo que me roza el cuello con la nariz.

Me estremezco cuando asciende por mi torso y me roza el pezón con los nudillos, un roce de nada que me hace apoyar las manos en el pollo, cerrar los ojos y suspirar.

Me muerdo el labio cuando me aparta el pelo del cuello con la mano libre y me besa ese punto en el que puede notar mi pulso acelerado, pequeños roces seguidos de lametones suaves que me ponen el mundo del revés. Y luego está esa manera de apretarme por detrás, su dureza entre las nalgas, su excitación. No me muevo. Tengo voladores en el pecho y no sé qué hacer. Soy un niño que tiene miedo de acercarse a lo que más quiere por si se lo arrancan de las manos.

No es la primera vez que estamos tan cerca. A fin de cuentas, compartimos habitación y cama, pero no hay contacto sexual entre nosotros, no más del inevitable cuando dormimos o nos despertamos entre roces y caricias y erecciones de las que nos ocupamos a solas, en silencio, como si el fuego fuera a consumirnos si dejamos que nos alcance juntos. Le di su tiempo como le prometí. Incluso arreglé una habitación individual por si en algún momento quería tener su espacio, pero la primera noche se tumbó a mi lado en la cama y ahí se quedó. Nos besamos alguna vez, roce de labios y otros más intensos, cuando nos puede el deseo y la necesidad nos muerde la tripa, pero nada más allá.

En mis fantasías pasan muchas cosas, claro, y espero que en las suyas pasen muchas más. En mis fantasías me arranco la necesidad de dentro hasta que puedo volver al mundo y seguir respirando. Lo hago cuando no está en casa, con su almohada apretada contra mí, su olor llenándolo todo. Lo hago hasta que me quedo agotado y con fuerzas para seguir a su lado sin que me traicionen las ganas de dibujar en su cuerpo la historia de nuestra vida. Quiero metérmelo dentro, quiero estar dentro y fuera de él, quiero tantas cosas… Tantas… Pero necesito que sea él quien dé el paso, que se muera de ganas por estar conmigo; necesito su permiso y su confianza, sobre todo su confianza.

Y aquí está ahora, tocándome como si no llevara meses imaginando cómo sería nuestra primera (segunda) vez.

Su pecho me aplasta, su corazón me retumba en la espalda y creo que podría morirme cada vez que su erección se me clava en el culo. No tengo claro a quién pertenece el primer gemido; siento el fuego en la garganta al notar sus dientes en el lóbulo de la oreja, tirando con suavidad a la vez que desliza la mano por mi abdomen. Se me eriza la piel cuando me recorre el ombligo con los dedos, trazando mapas invisibles que me hacen temblar y jadear, y se detiene en la línea de vello. Echo la cabeza hacia atrás y noto su respiración acelerada en el cuello, la humedad de sus labios y esa manera que tiene de arrastrar los dientes por mi piel. Muevo el culo hacia atrás y él me devuelve el gesto con un

movimiento de cadera. Suspiro y cierro los ojos un instante. Como un polizón dentro de mi propio barco, así me siento cuando continúa el recorrido con los dedos hacia la cinturilla de mis pantis y mete la mano por debajo; un giro brusco del timón y adelante a toda máquina.

—¿Puedo…? —La vibración de su voz en el cuello me pone la piel de gallina; me tenso y dejo de respirar cuando cuela la mano por mis calzoncillos y siento que me voy a volver loco si me toca ahí.

—¿Qué haces? —le sujeto la muñeca, temblando de nervios, de necesidad.

El rubor en sus mejillas me hace sonreír. Qué guapo es. Cómo lo quiero.

Su respuesta es sujetarme la nuca con la mano libre para que unamos nuestras bocas. Y no es un beso suave y casto de amigos; el beso me deja sin aliento y con el cuerpo en llamas. Me besa como lo hicimos aquella única noche que pasamos juntos, piel contra piel, adentrándose en mí como alguien que lleva tiempo lejos de casa y por fin regresa. Nuestros labios se reconocen, nuestras bocas encajan, nuestras lenguas se encuentran, se empujan, se enroscan. Me giro y él me rodea la cintura y me aprieta para profundizar en el beso. No sé cuánto dura: segundos, años. No quiero que acabe nunca. Quiero sentir este vértigo toda la vida. Quiero que los relojes se detengan, quedarme en este Nunca Jamás que somos, quiero que me quiera.

Me separo con el pecho encogido de miedo y de ganas. Estoy a nada de pedirle (de suplicarle) que no me suelte, que no se vaya, cuando me doy cuenta de que no tiene intención de hacerlo. Continúa agarrándome mientras intentamos dejar de temblar y de sonreír.

—¿Falta mucho para comer? —pregunta con la voz demasiado ronca para ser suya—. Tengo hambre.

Lo miro, un poco demasiado aturdido, aún con el vértigo en la barriga y las llamas en el cuerpo.

—¿Qué fue eso?

—Comprobaba dónde podía o no meter la mano.

—¿Necesitas comprobarlo a estas alturas? —Estiro el brazo para apartarle el flequillo de los ojos y dejar bien visible su cara, sonrojada, preciosa—. Estás guapísimo cuando te pones colorado.

Me da un empujón suave en el pecho, pero no se mueve nada.

—Digo en serio lo de que tengo hambre.

—Bienvenido a mi mundo. Yo llevo con hambre desde que me enamoré de ti. Tuve que aprender a vivir con hambre de ti y es un poco horrible. Necesito

dejar de sentirla.

Lo veo tragar saliva, despegarse de mí como si le costara un mundo. La distancia se abre como una herida que no cicatriza, el vértigo se muere. Y no quiero, no me da la gana.

Lo agarro del culo y lo atraigo de nuevo hacia mí.

—Lo siento, perdón. No te alejes.

—No voy a alejarme. —Me levanta la barbilla—. ¿Ves? Sigo aquí contigo. ¿Y por qué lo sientes? No hay nada que sentir.

—No quiero que te sientas presionado. No tengo prisa, ya lo sabes.

—Ya, me dejaste claro que no pasaba nada si nunca íbamos más allá, pero los dos sabemos que sí pasa, y a mí el miedo se me fue hace meses.

Lo miro. Parpadeo. Él sonríe de esa manera que despierta al ave fénix que llevo dentro. Llamea, abre las alas y me golpea el pecho con toda su fuerza.

—¿Significa eso que me deseas? —pregunto bajito, aunque mi voz resuena en el casco antiguo y probablemente le llegue a mi madre, donde quiera que esté celebrando con su novio, y hasta a Henar en Cruz de Piedra.

—Significa que te quiero, y que tengo hambre, pero de ti, y creo que me volveré loco si no te como enterito ahora mismo.

—¿Y la lasaña?

Sus carcajadas me arrancan el aturdimiento y me río con él; también lo sujeto de la camiseta y atrapo sus labios. Lo que sucede a continuación es una amalgama de besos entrecortados, seguidos de más risas mientras nos quitamos la ropa y la vamos dejando por la casa. La camiseta por aquí, los bóxeres por allá, los calcetines en el pasillo, nuestros labios recorriendo piel, nuestras bocas arrancando un deseo demasiado tiempo reprimido, nuestras manos dibujando la libertad en el otro.

Somos dos niños perdidos que por fin dejan de estarlo.

Lo empujo y él me empuja y, cuando me quiero dar cuenta, estamos en la cama, yo encima de él o él encima de mí; arriba o abajo, todo o nada. La arena cae y cae, el tictac es una melodía que no nos da miedo. El tiempo está aquí, el tiempo somos, el tiempo seremos. El tiempo es esa cosa que avanza y nos lleva por caminos en los que queremos transitar, momentos que necesitamos vivir, personas con las que ansiamos estar. El tiempo suena y nosotros sonamos más fuerte. Cuando le alcanzo el lubricante y los condones y me coloca debajo de él, el tiempo ni siquiera existe. Me prepara rápido y yo agradezco que lo haga. Ninguno de los dos puede esperar.

—Ray… —gime cuando por fin se hunde hasta el fondo de una sola embestida y se queda ahí, temblando y apretándome contra su cuerpo para que me acostumbre a su tamaño—. ¿Te hice daño?

Le clavo los dedos en el culo con fuerza, aferrándome a él como siempre se ha aferrado a mí. Me duele, sí, pero es un dolor que solo aumenta el deseo y yo quiero sentirlo más adentro, que se quede a vivir en mí, que su sombra se cosa a la mía, que se enreden y se pierdan si quieren, pero que lo hagan juntas.

—Tú nunca me harás daño, bobo. Solo sabes hacerme feliz.

Se lo digo uniendo mi frente a la suya y moviendo las caderas, arriba y abajo, arriba y abajo. Las llamas se convierten en un fuego que nos abrasa y todo es calor y jadeos y corazones acelerados. Él gime y me sube las piernas para llegar más al fondo y rozarme ese lugar que me hace temblar y jadear y presionarle el culo con más fuerza para que no deje de hacerlo. Los músculos se me contraen y lo siento crecer dentro de mí mientras me penetra en estocadas largas y rápidas que me hacen caer en un abismo de placer que no está oscuro ni da miedo, y todo huele a almendras garrapiñadas, a sueños que deseas que se cumplan, a él.

Abián suelta un suspiro y me llena la cara de besos en un arrebato que me hace sonreír y sentir que me crece un corazón por cada beso que me da. Enseguida empieza a moverse más deprisa y yo lo hago con él. Volamos. Y creemos. Y seguimos volando. Luego baja el ritmo para alargar el momento. Los dos llevamos esperando esto demasiado tiempo y no queremos que se termine. Abián me folla como si el cocodrilo se hubiera tragado el reloj y se lo hubiese llevado lejos, así de lento, así de intenso. Y yo solo puedo apretarme contra él y sentir. Lo demás es vivir, y vivir juntos es nuestra gran aventura.

—Vuela, Abi —le digo un segundo antes de que se corra.

—Llevo volando desde los doce —me dice un segundo antes de que me corra —. Porque creer también es volar. Y yo creo en ti. —Se aparta mientras mi cuerpo vibra y convulsiona debajo del suyo—. Y tú, niño, ¿crees en mí?

En lo alto, el sol empieza a morir, deja de empujar, bosteza. El cielo se llena de colores y todo es naranja, y ocre, y azul, y violáceo. Somos un *Poema de la Tierra* que acabamos con dedos, y lenguas, y corazones acelerados, y gemidos, y temblores, y risas. El viento sacude las ventanas. Un ave se despide con su canto y un perro ladra en respuesta. El resto de estrellas no se ven, no todavía, pero están ahí. A nosotros solo nos importa una y esa sí la vemos, esa somos, esa seremos. Cojo aire, lo abrazo fuerte y todo huele a él, a sueños que por fin (por fin) se cumplen.

—Sí, creo.

Epílogo

Una estrella que brilla y brilla en la noche, así empezó todo. Y luego luces por todas partes, y polvo de hadas, y la estrella que brilla y gira y se mueve para indicarte el camino. La segunda a la derecha y luego todo recto hasta el amanecer.

En eso piensa Rayco cuando su madre sube al escenario y todo estalla en colores, en un poema inacabado que nadie quiere que finalice. Itahisa ríe y baila y se mueve como solo la libertad es capaz de hacerlo. Y todo es un poco demasiado para él, que tiene que mirar al cielo porque no ve nada entre las cortinas de agua que empañan sus ojos. Y piensa en esa otra madre que está arriba, o quizá abajo, siempre con ellos. Solo espera que ella también sea capaz de ver esa libertad pintada en el cuerpo de su madre que tanto le costó atrapar; está ahí mismo, enredada entre sus dedos, bien atada a ella.

El baile sigue y sigue, el mundo gira y gira, y Rayco tiene frío aunque su cuerpo está en llamas. Y ahí va la mano de Abián, que le agarra la suya y llega el verano, el abrigo de la noche, su propia estrella que brilla pero no lo deja ciego, porque mirarlo a él es la cosa más increíble del mundo, y quererlo es casi un lenguaje, y sentirlo es creer, y creer es volar.

Y vuelan.

Y su madre no gana nada, pero es una reina y vuela con ellos.

Y Henar aparece. Y los voladores inundan el cielo. Y todo se llena de colores. Y la libertad les lame cuerpos y corazones.

Y la vida es triste a veces, y pesa como pesa todo lo que importa, pero ellos se sienten ligeros, están juntos y en casa.

La vida, esa gran aventura.

FIN

Índice

Prólogo Jorge M. Pérez García
Prólogo

PARTE I
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65

Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71

PARTE II
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75

PARTE III
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98

Capítulo 99
Capítulo 100
Epílogo

PATROCINAN

shangay





ORGANIZAN


mado
madrid orgullo


PASAJE BEGOÑA
— ASOCIACIÓN —


muestra t
la cultura del orgullo


editorial
siete islas

ENTIDADES AMIGAS


























































Diversport

ENTENEM


SPAIN

JUNT@S
Todos por la igualdad

Asociación LGTBI
La Janda
(Cádiz)

LanzaEntiende


LGTBIPOL

Libres

Ojalá

PASAJE DESOÑA

PLUMA


REDE

ROJA
DIRECTA

Salud &tre
Culturas

SAN JUAN DIVERSA

somos de
COLORES

VIOLETAS


XEGA

OTRAS OBRAS GANADORAS DEL PREMIO DE LITERATURA DIVERSA



EL JARDÍN DEL INVIERNO / DANIEL MARÍA
GANADOR PREMIO LITERATURA DIVERSA 2025

Manuela y Eusebia son dos mujeres casi octogenarias que se reencuentran tras cinco años sin verse en el duelo de Octavio, el marido de Manuela. En ese momento, las amigas retoman el contacto y comienzan a recuperar el tiempo que no pudieron compartir. Eusebia, que perdió a su esposa Carmen, se convierte en el principal apoyo de Manuela, y sus conversaciones, citas y encuentros hacen revivir la llama de un amor que siempre sintieron, pero que decidieron dejar a un lado mucho tiempo atrás.

El jardín del invierno es un canto a las nuevas oportunidades, al amor y a la amistad, a la complicidad entre nietos y abuelas y, sobre todo, un canto a las mujeres mayores del colectivo LGBTIQ+, a la visibilidad de las relaciones que se reinician en la etapa de madurez y una piedra arrojadiza sobre el edadismo dentro y fuera de la normatividad.

Atrévete a descubrir la nueva novela de Daniel María, que se ha alzado con el Premio de Literatura Diversa 2024 de Editorial siete islas y que es un homenaje a Elisabeth Taylor, figura cómplice, cercana y defensora de los derechos del colectivo LGBTIQ+, cuya presencia sobrevuela esta historia.



EL SILENCIO DE LA LAVANDA / TONY MUÑOZ
FINALISTA PREMIO LITERATURA DIVERSA 2025

Raúl, un adolescente de 16 años, se ve obligado a pasar el verano con sus

padres en la antigua casa familiar, ubicada en un remoto pueblo de la España rural. A pesar de estar en el paraíso, rodeado de infinitos campos de lavanda hasta donde alcanza la vista, odia la idea de pasar todo un verano lejos de sus amigos y de su cómoda vida en la ciudad. Lo que no imagina es que su vida está a punto de cambiar por completo cuando conoce a Roberto, un joven del pueblo que ha sido contratado por sus padres para trabajar en la restauración de la casa. Un simple cruce de miradas bastará para sacudir todo su mundo y despertar en él sentimientos que hasta ese momento habían permanecido ocultos en lo más profundo de su ser.

Atrévete a emprender este viaje hacia al autodescubrimiento, donde el deseo y el miedo se entrelazan en una encarnizada lucha que os hará comprender que el amor y el dolor son fuerzas caprichosas que desafían a los corazones más frágiles.

Atrévete a leer a Tony Muñoz, que ha conseguido, con su primera novela, ser finalista en el Premio de Literatura Diversa 2025.

#elsilenciodelalavanda



EL AMOR DE LOS COBARDES / LORENA ESCOBAR
GANADORA PREMIO LITERATURA DIVERSA 2024

Javier, en el ocaso de su vida, recibe noticias inesperadas, de un pasado, del que renegó por culpa de la intolerancia y la represión franquista. Una historia de amor, nacida en un pequeño pueblo de Murcia, remueve su fingida estabilidad, obligándolo a enfrentarse a las mentiras que construyó a lo largo de los años.

Hay amores fugaces que duran una eternidad.

¿Se curan los corazones a los que no se les ha permitido ser libres?

Presente y pasado se mezclan en esta historia, en la que el amor y el miedo son los protagonistas.

¿Se puede ser feliz tras la felicidad?

Atrévete a descubrir la nueva novela de Lorena Escobar que se ha alzado con el Premio de Literatura Diversa 2024 de Editorial siete islas.

#elamordeloscobardes



LA RAÍZ / ESTHER MARTÍNEZ PERALES
FINALISTA PREMIO LITERATURA DIVERSA 2024

Julia, a sus treinta y dos años, cree tenerlo todo, hasta que su novia la deja. Los miedos, los silencios y las mentiras formaban parte de su convivencia y aunque había mucho amor, ninguna relación florece, si la raíz está podrida.

Esta es la historia de un viaje, de un camino de regreso en el que Julia intentará curar sus heridas para recuperarla.

La sexualidad, la maternidad, las relaciones familiares y la propia identidad se abrazan en esta novela con una sensibilidad desgarradora.

Hay armarios de los que es muy difícil escapar. Hay historias de amor que pueden salvarnos.

Atrévete a leer a Esther Martínez Perales, que ha conseguido, con su primera novela, ser finalista en el Premio de Literatura Diversa 2024.

#laraiz



MISS DRAGÓN / MIGUEL ÁNGEL PARRA
GANADOR PREMIO LITERATURA DIVERSA 2023

Junio de 1973. Tras años de discriminación y rechazo por parte de su familia debido a su homosexualidad, Luismi huye de su pueblo y conoce a la Tanke y la Toñi, dos travestis de Marbella que lo ayudarán a dejar atrás su pasado y le mostrarán un lugar en el que podrá ser él mismo: el bar Dragón Rojo.

Luismi emprenderá un viaje hacia su propia aceptación al tiempo que trabajará para alzarse con el título más codiciado entre los mariquitas de la zona: la corona de Miss Dragón.

Atrévete a descubrir esta novela basada en hechos reales sobre la celebración semiclandestina de unas fiestas en las que un jurado formado por artistas, aristócratas y señoras de la jet set elegía a la mejor transformista de Marbella en los últimos años de la Dictadura.

Atrévete a leer el esperado debut literario de Miguel Ángel Parra, que se ha alzado con el Premio de Literatura Diversa 2023 de Editorial siete islas.

#missdragón



SEIS VECES TÚ / JUDITH FERNÁNDEZ BATISTA
FINALISTA PREMIO LITERATURA DIVERSA 2023

Amelia es pintora, pero solo pinta flores. Su falta de confianza en sí misma le impide retratar personas.

Un encargo, imposible de rechazar, la obligará a enfrentarse a sus miedos y una extraña chica, en una mansión abandonada, se convertirá en su musa.

Fresas, tréboles y caricias.

¿Se puede dibujar el amor?

Recorre con Amelia, el rostro de Silvia y descubre los enigmas que ocultan su mirada.

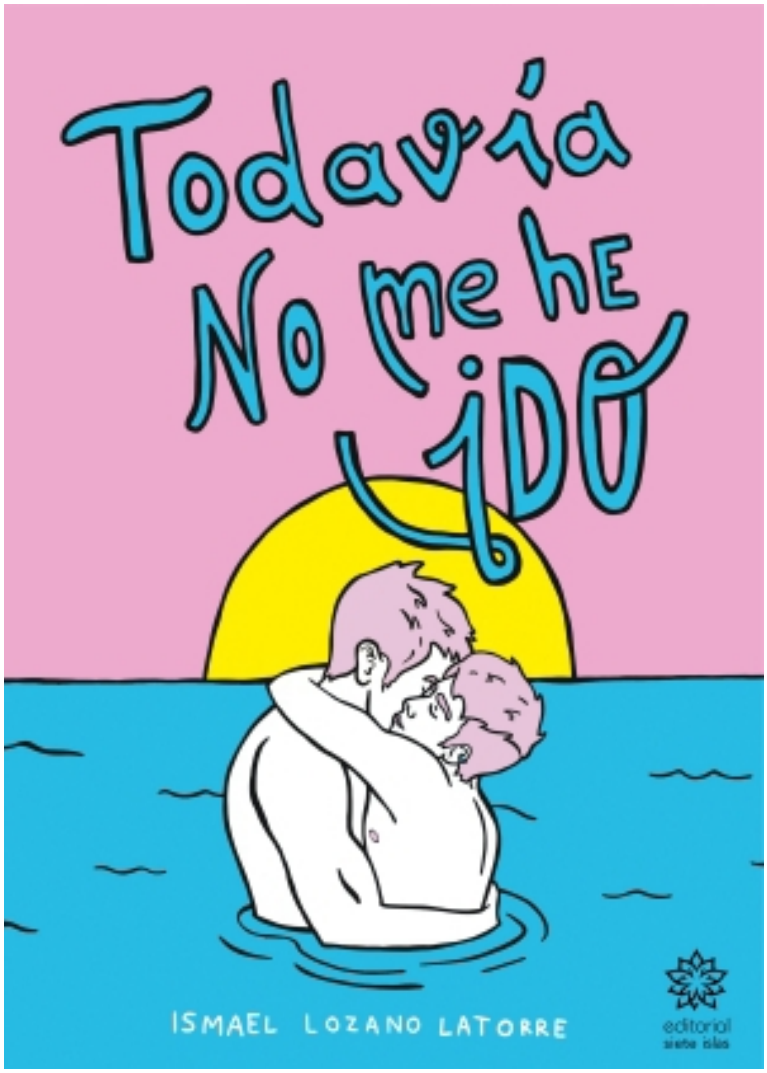
Atrévete a leer a Judith Fernández Batista, la nueva voz de la literatura canaria, que ha conseguido con su primera novela, ser finalista en el Premio de Literatura Diversa 2023.

#seisvecestú

El orgullo de leer

Editorial siete islas
www.editorialsieteislas.com





Todavía no me he ido

Lozano Latorre, Ismael

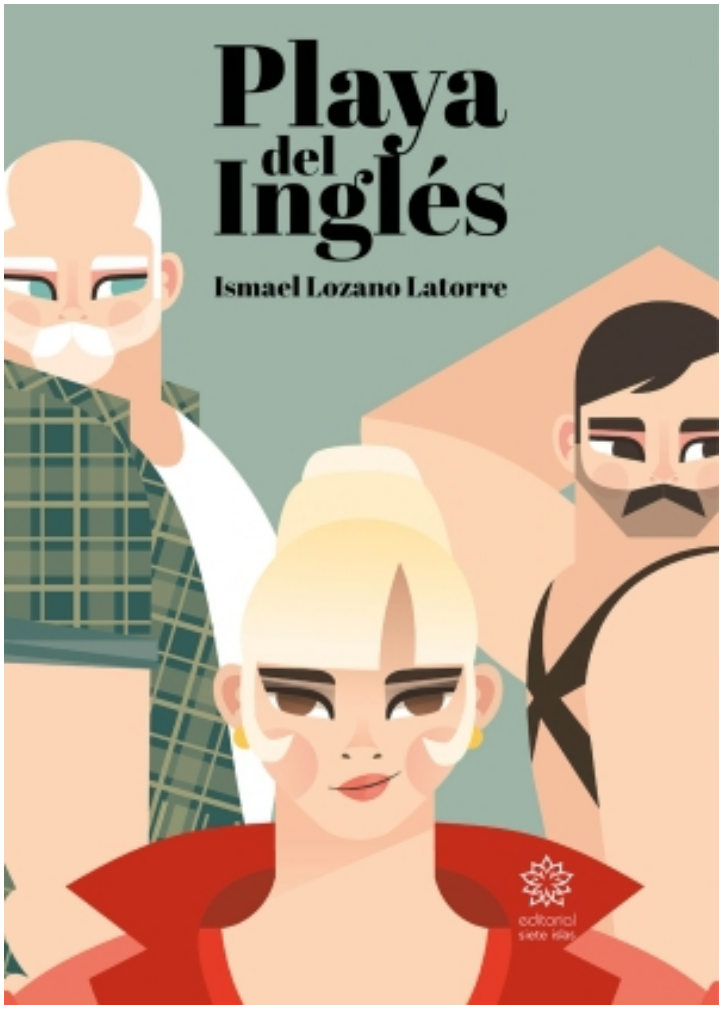
9788494498299

260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Novela LGTB ambientada en Fuerteventura El amor aparece cuando menos te lo esperas, te aborda de improviso y esa persona que no conocías se vuelve imprescindible para ti. Dejas de ser autosuficiente, tu felicidad está condicionada a su risa, a su mirada, a su forma de caminar. La primera vez que lo vio Joel estaba envuelto en su capa negra en mitad de un escenario, el pulso se le aceleró y Aday supo que aquellas manos alguna vez acariciarían su cuerpo. ¿Amar o ser amado? ¿Conquistar o ser conquistado? Magia, misterio y pasión se mezclan en esta historia donde nada es lo que parece. ¿Comenzarías un romance condenado al fracaso? Atrévete a descubrir la diferencia entre amor e ilusionismo, sumérgete en las aguas de Fuerteventura y encuentra el corazón de Joel. #Todavíanomeheido

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Playa del Inglés

Lozano Latorre, Ismael

9788412952346

302

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La vida de Acerina Marrero cambió para siempre cuando la llamaron por teléfono aquel domingo, a principios de noviembre, a las nueve y cuarto de la mañana. La perfección que la rodeaba se derrumbó

como un castillo de naipes. Genaro, su marido, no estaba en Madrid en un congreso como ella creía; había sufrido un accidente en una zona de ambiente de Playa del Inglés. ¿Por qué le había mentido? ¿Qué le escondía? Una transformista que canta canciones de amor, un creador de contenido de una página de adultos adicto a las metanfetaminas, un gato siamés, un chico enamorado de su crush de la adolescencia, una limpiadora colombiana, una joven transexual con el pelo violeta y heridas en el alma… Todos ellos forman un universo único, en esta novela, que tiene a Playa del Inglés y el Centro Comercial Yumbo. Los hombres decentes no van a locales de cruising, ¿O sí? Atrévete a leer el esperado regreso de Ismael Lozano Latorre, autor de Vagos y Maleantes y ganador del Premio Arkoiris 2024 al mejor escritor de Canarias. ¿Estás preparado para sentir?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amore

Wessling, Pablo

9791399093919

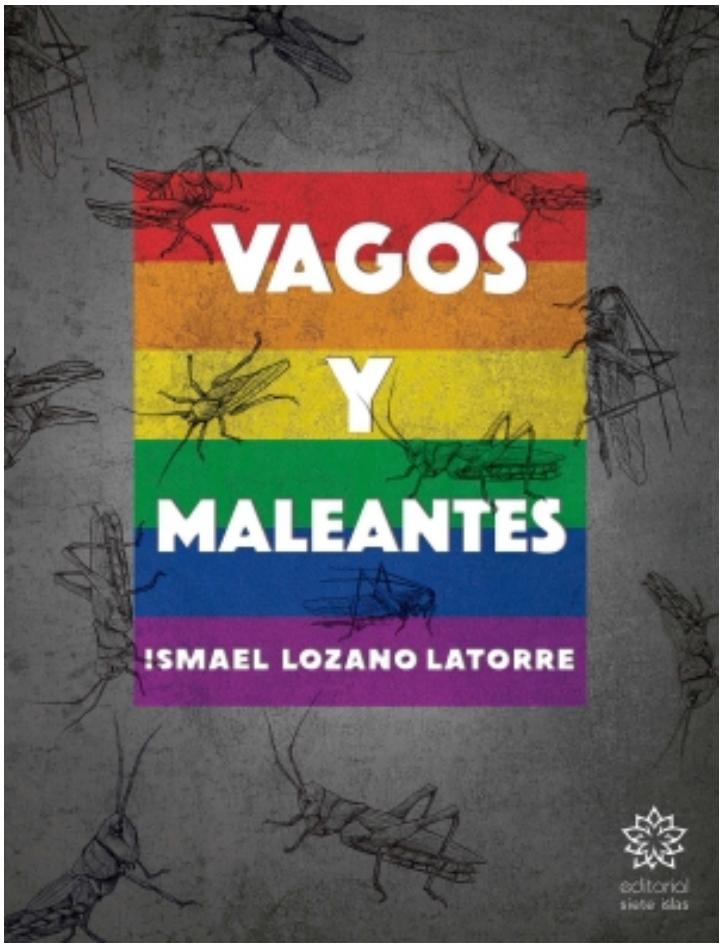
274

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

SINOPSIS: Me llaman Amore, no porque sea mi nombre, sino porque un día en clase me cayó ese mote. Es irónico, porque el amore ha sido siempre mi punto débil. Solo he tenido un novio… y me

engañaba. La noche que lo descubrí toqué fondo, pero también fue el principio: conocí a Camilo, Fran y Edu, un camarero, un policía y un hetero que, sin buscarlo, se convirtieron en mis nuevos mejores amigos. El problema fue que... me acabé enamorando de uno de ellos. ¿Adiviná is de cuál? ¡Exacto! Esta es mi historia. Una tragicomedia moderna sobre exnovios, nuevos amigos, sueños pendientes y una palabra que es mi cruz… y mi mejor aliada: Amore. Atrévete a descubrir Amore, una historia que enamora desde la primera página y cuyos personajes acompañan al lector incluso después de cerrar el libro. Atrévete a leer el esperado regreso de Pablo Wessling, ganador del Premio Rincón de la Diversidad 2021, tras el éxito de Tres chicos buenos, que consiguió conquistar a la crítica y el corazón de los lectores.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Vagos y maleantes

Lozano Latorre, Ismael

9788412122862

400

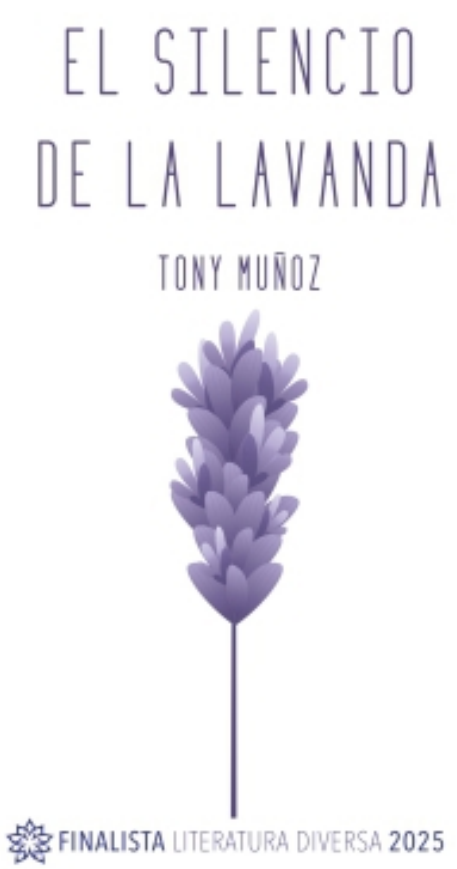
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

1. Un anciano con alzhéimer, una adolescente que se ha escapado de casa, una mujer enamorada, un joven asustado en su primer día de trabajo y una madre angustiada, son algunos de los protagonistas de esta historia, que mezcla presente y pasado,

de la mano de Manuel y Lorenzo, dos jóvenes lanzaroteños que se enamoraron en una época en la que su amor estaba prohibido.

Miedo, tensión, injusticia.
Dos inocentes separados por el franquismo y unidos en la desgracia. Una novela inspirada en uno de los episodios más vergonzosos y olvidados de la reciente historia de España, en la **colonia agrícola penitenciaria de Tefía** , un **campo de concentración** fundado en **Fuerteventura** , en 1954 para proteger a la sociedad de los actos de los homosexuales, bajo el amparo de la Ley de Vagos y Maleantes.
Atrévete a leer esta historia sobre la diversidad y porque debemos sentirnos Orgullosos. Atrévete a aprender de los errores del pasado para que no vuelvan a ocurrir.
#vagosymaleantes
Novela LGTB inspirada en hechos reales, en el Campo de Concentración para homosexuales creado en Tefía (Fuerteventura) en 1954 con carácter reformador.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El silencio de la lavanda

Muñoz, Tony
9791399004137
316

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Raúl, un adolescente de 16 años, se ve obligado a pasar el verano con sus padres en la antigua casa familiar, ubicada en un remoto pueblo de la España rural. A pesar de estar en el paraíso, rodeado

de infinitos campos de lavanda hasta donde alcanza la vista, odia la idea de pasar todo un verano lejos de sus amigos y de su cómoda vida en la ciudad. Lo que no imagina es que su vida está a punto de cambiar por completo cuando conoce a Roberto, un joven del pueblo que ha sido contratado por sus padres para trabajar en la restauración de la casa. Un simple cruce de miradas bastará para sacudir todo su mundo y despertar en él sentimientos que hasta ese momento habían permanecido ocultos en lo más profundo de su ser. Atrévete a emprender este viaje hacia al autodescubrimiento, donde el deseo y el miedo se entrelazan en una encarnizada lucha que os hará comprender que el amor y el dolor son fuerzas caprichosas que desafían a los corazones más frágiles. Atrévete a leer a Tony Muñoz, que ha conseguido, con su primera novela, ser finalista en el Premio de Literatura Diversa 2025.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)